



Tipo de documento: Tesis de Doctorado

Título del documento: De revoluciones y utopías : análisis discursivo de las subjetividades de los años sesenta y setenta, el PRT-ERP (1965-1976) y de las representaciones de estas experiencias (1983-2011)

Autores (en el caso de tesis y directores):

María Florencia Greco

Alejandro Raiter, dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis: 2012

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



María Florencia Greco

De revoluciones y utopías.
**Análisis discursivo de las subjetividades de los años sesenta
y setenta, el PRT-ERP (1965-1976) y de las
representaciones de estas experiencias (1983-2011).**

Tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Director: Dr. Alejandro Raiter

Buenos Aires

2012

1. Resumen

Esta tesis utiliza el análisis del discurso para indagar y comprender la subjetividad de los actores históricos que buscaban transformar la sociedad argentina mediante la lucha armada y dar cuenta de las bases sobre las que se funda el discurso dominante post dictadura militar sobre la experiencia militante de los años sesenta y setenta. Para ello, aborda discursos producidos y leídos por la generación de la época que llamamos *de la revolución* (1965-1976) y las representaciones de estas experiencias en discursos producidos a partir de la recuperación democrática (1983-2011), época a la que denominamos *de la utopía democrática*. Como partimos del análisis del discurso, los textos no fueron seleccionados (ni analizados) siguiendo criterios de exhaustividad o de homogeneidad de las fuentes. Desde la perspectiva teórico-metodológica que adoptamos, los discursos no son entendidos como soportes documentales, índices descriptores de acontecimientos (como sucede en el análisis de contenido que realiza muchas veces la historiografía y otras ciencias sociales) sino como *instancias de materialización y producción de representaciones sociales*. Es por ello que hemos analizado y comparado materiales, supuestamente, tan disímiles, pues todos nos hablan, a pesar de sus diferencias, de las representaciones sociales que lo constituyen y de una subjetividad determinada: la de la época en que fueron producidos.

Siguiendo la tradición lingüística se analizan dos momentos idealizados como sincrónicos. En la primera parte de la tesis, analizamos el primer momento: el de la *época de la revolución*. Allí abordamos diversos géneros discursivos: documentos de la organización político-militar argentina PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo) junto a novelas producidas y leídas en aquellos años por los militantes de organizaciones políticas de izquierda en sus distintas expresiones. Esta selección de corpus, como dijimos, no responde a criterios de homogeneidad ni de exhaustividad de las fuentes, sino al de representación de dominantes discursivas en diferentes tipos de textos, propio del análisis discursivo. A través de este análisis, pudimos dar cuenta de los signos y argumentos que formaban parte de las subjetividades analizadas, todos ellos bajo el dominio del signo ideológico que define esta época: “revolución”. Desde el discurso del PRT-ERP, el sujeto protagonista de esta gesta es el “hombre nuevo” guevarista. Este enunciador dota a su militante ideal de distintos atributos, todos ellos condensados en los signos “proletario/proletarización”, “sacrificio”, “disciplina”, “héroe” y “moral revolucionaria”. En contraposición, el adversario es todo aquel que no se corresponda con este modelo de militante: el “pequeño-burgués”. Ambas construcciones son realizadas por numerosos

locutores pero por un único enunciador, quien debe diferenciar lo que está bien y lo que está mal, lo que es revolucionario de lo que no: el “Partido”. Este enunciador también construye su autoridad en otras voces consagradas del pasado. Desde su perspectiva, quien no toma las armas o discute está “necesidad histórica” en el aquí y ahora de la enunciación partidaria, es un adversario y como tal debe ser apartado de la organización. Estos discursos forman parte de una época con sus signos y argumentos propios: *la época de la revolución* (Gilman, 2003).

En la segunda parte de la tesis (segundo momento sincrónico), analizamos discursos emitidos luego de la experiencia del terrorismo de Estado y la recuperación democrática. La época que llamamos *de la utopía democrática*. El centro de estos discursos –también escogidos como representativos de lógicas discursivas, de géneros discursivos diversos: testimonios, documentos, artículos académicos- no se ubican en torno al signo ideológico “revolución” sino en la presencia de dos signos que estaban ausentes en los discursos que analizamos en la primera parte: “utopía” y “democracia”. Estos signos ideológicos no sólo implican determinada interpretación del pasado reciente -pasado de utopías imposibles y no de revoluciones “inexorables”-, sino también un llamado al presente y al futuro: la única utopía posible y deseable es la “democrática”. Esto manifiesta un cambio en la constitución de la subjetividad de los sujetos en sus propios discursos: *el enunciador de los sesenta y setenta ha desaparecido*.

De objeto discursivo del debate y reflexión políticos a objeto discursivo del conocimiento histórico-académico, el signo “revolución” es abordado tanto por los relatos académicos como por los testimonios de los protagonistas de estas experiencias. Ambos tipos de discursos, con posiciones de enunciación diferentes y en muchos casos contrapuestas, terminan de transformar los relatos revolucionarios en historias pasadas, en “utopías”. En la *época de la utopía democrática*, por tanto, sólo podemos “hablar” o “estudiar” la “revolución” –no hacerla- y de una sola forma: con referencias valoradas en forma negativa. El discurso del ex Presidente, Néstor Kirchner, también producido dentro de las referencias discursivas de la *época democrática*, creyente de la democracia y sus medios pacíficos, se construye a partir de la pertenencia a la generación soñadora/diezmada de los sesenta y setenta; el que va a llevar a cabo sus sueños truncados. Al metaforizar aquellos proyectos políticos transformadores en la nueva situación de enunciación, los saca del pasado donde eran sucesivamente enviados, y les otorga un presente y futuro, aunque distinto al de los sesenta y setenta.

2. Abstract

This thesis uses Discourse Analysis in order to examine and understand the subjectivities of the historical actors who were striving towards transforming Argentine society through armed struggle and, also, to examine the basis upon which the dominant discourse regarding activist experience in the sixties and seventies is founded after the military dictatorship. In order to do so, it approaches discourses produced and read by the generation of that time, which we call *time of revolution* (1865-1976) and the representation of these experiences in discourses produced starting from the democratic restoration (1983-2011), a time we call *time of democratic utopia*.

Following linguistic tradition, we analyze two moments that are idealized as synchronic. In the first part of the thesis, we analyze the first moment: *time of revolution*. There, we approach different discursive genres: documents from PRT-ERP (Revolutionary Party of Workers – Revolutionary Army of the People), a political-military Argentine organization, together with novels produced and read by left-wing activists in different manifestations. Throughout this analysis, we could study signs and arguments that were part of the subjectivities here analyzed, all of them falling under the domain of the ideological sign that defines this time: “revolution”. In PRT-ERP’s discourse, the lead actor of this deed is the guevarist “new man”. This enunciator gives its ideal activist many attributes, which are condensed in the signs “proletarian/proletarization”, “sacrifice”, “discipline”, “hero”, and “revolutionary morality”. On the other side, the enemy is that who does not match this model: the “petite bourgeois”. Both constructions are made by numerous locutors yet one single enunciator, who must tell right from wrong, what is revolutionary from what is not: the “Party”.

In the second part of this thesis (second synchronic moment), we analyze discourses produced after the experience of State terrorism and democratic restoration. The time we call *time of democratic Utopia*. The center of these discourses is not located around the ideological sign “revolution” but in the presence of two signs that were absent in the discourses we analyse in the first part: “utopia” and “democracy”. These ideological signs not only imply a certain interpretation of the recent past –a past of impossible utopias and not of “inexorable” revolutions-, but also a call to the present and the future: the only possible and desirable utopia is “democratic utopia”. The sign “revolution” is approached as much by academic accounts as it is by the testimonies of the main subjects of these experiences. Both

types of discourses, with different positions of enunciation that are frequently opposite to each other, finish transforming the revolutionary accounts into stories of the past, into “utopias”. This is why, in the *time of democratic utopia*, we can only “talk about” or “study” the “revolution” –we cannot make it- and we can only do these things in a single way: with references evaluated in a negative manner.

INDICE

Agradecimientos.....	11	
Presentación.....	14	
INTRODUCCIÓN GENERAL.....	21	
1. Marco teórico-metodológico.....	21	
1.1 Moral y creencias en la constitución de las identidades colectivas.....	21	
1.2 Lenguaje, discurso dominante y creencias en la conformación de una comunidad.....	24	
1.3 El discurso y sus condiciones de producción.....	25	
1.4 El signo ideológico.....	28	
1.5 Teoría de la enunciación y discurso político.....	30	
1.6 Discurso, argumentación, creencias.....	32	
1.7 Agentes y pacientes como problemática ideológica en la <i>lingüística crítica</i>	34	
2. Análisis de narrativas dominantes acerca de los años sesenta y setenta.....	35	
2.1 El pasado reciente y la “Nueva izquierda” en la bibliografía contemporánea.....	40	
PRIMERA PARTE: LA REVOLUCIÓN		
La <i>época de la revolución</i> : “hombre nuevo”, “moral” y “revolución” en los años sesenta y setenta.....	55	
CAPITULO I: Memorias discursivas del sacrificio revolucionario. Un análisis de dos lecturas “obligatorias” de la izquierda setentista: <i>Así se templó el acero</i> y <i>Reportaje al pie del patíbulo</i>		61
1. Las introducciones.....	62	
2. Ficción y realidad.....	69	
3. Pequeños-burgueses, intelectuales y revolucionarios.....	74	
4. La disciplina partidaria.....	80	
5. El Héroe revolucionario.....	85	
6. La moral de los revolucionarios: familia, pareja y amor.....	93	
7. Recapitulación.....	103	

CAPITULO II: Moral, revolución y socialismo en el PRT-ERP. Continuidades y reformulaciones discursivas.....	106
1. Los orígenes del PRT-ERP.....	107
2. “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”. Polémica y ruptura en el IV Congreso del PRT.....	112
2.1 Locutor y ethos.....	114
2.2 Interdiscurso y argumentación.....	117
3. “Moral y proletarización”. La “necesidad” de una moral revolucionaria.....	122
3.1 El GAN y el PRT-ERP.....	123
3.2 Hegemonía burguesa, moral y socialismo.....	125
3.3 La proletarización “dignifica”.....	129
3.4 La familia, primer célula político-militar o el Anti-Amor Libre.....	134
4. Por qué el PRT-ERP no dejó de combatir (1973-1976).....	140
4.1 La “tregua”.....	140
4.2 Fin de la “tregua”: <i>a la violencia reaccionaria, la violencia revolucionaria</i>	143
4.3 Derrotas que no son tales: Monte Chingolo.....	144
4.4. Antes y después del golpe.....	146
4.5. ¡Argentinos, a las armas!.....	148
5. Recapitulación.....	150
CAPÍTULO III: Revoluciones ficcionadas. Respuestas literarias frente al “clima de época”. Las apuestas político-literarias de Julio Cortazar y Francisco Urondo en <i>Libro de Manuel</i> (1973) y <i>Los pasos previos</i> (1973).....	153
1. Ficción y realidad.....	156
2. Pequeños-burgueses, intelectuales y revolucionarios.....	164
3. La moral de los revolucionarios: familia, pareja y amor.....	176
4. Los “hombres nuevos” literarios: arte, política y juego.....	188
5. Recapitulación.....	200
Excursus.....	204

SEGUNDA PARTE: LA UTOPIA DEMOCRÁTICA

La época de la utopía democrática.....	205
CAPÍTULO IV: Los comienzos de otra época.....	207
1. De militantes a “víctimas”. Representaciones de los setenta en el discurso oficial de la transición democrática.....	209
1.1. El discurso de Alfonsín: pasado, presente y futuro de un país.....	209
1.1.1 Rectitud de los procedimientos (democracia) vs. Inmoralidad pública (dictadura)	210
1.1.2 Estado independiente (democracia) vs. Estado apropiado o propietario (dictadura)	211
1.1.3 Elecciones libres (democracia) vs. Violencia (dictadura).....	213
1.1.4 Coexistencia de diversas clases y actores sociales/Pluralidad (democracia) vs. Triunfo absoluto de una clase sobre la otra (dictadura)	214
1.1.5 Votar, comer, educar (democracia) vs. No votar, no comer, no educar (dictadura)	215
1.1.6 Libertades públicas/ Seguridad/Derechos humanos (democracia) vs. Irracionalidad/ Inseguridad/ Violación de Derechos Humanos (dictadura).....	217
1.1.7 Justicia (democracia) vs. Venganza (dictadura).....	217
1.1.8 Medios civilizados para combatir terrorismo (democracia) vs. Medios terroristas para combatir terrorismo (dictadura).....	219
1.2 La historia reciente y el <i>Nunca Más</i>	220
1.2.1 Los “desaparecidos” antes y después del <i>Nunca más</i>	220
1.2.2 Teoría de los dos demonios.....	222
1.2.3 Víctimas pacientes.....	225
1.2.4 Democracia.....	228
2. Representaciones en <i>Hombres y mujeres del PRT-ERP</i> de Luis Mattini.....	229

2.1 La historia del PRT-ERP. ¿Una historia presente, acabada o las dos?.....	230
2.2 La crítica.....	235
2.3 ¿Que se reivindica?.....	235
2.4 La distancia enunciativa con el pasado.....	236
2.4.1 Entre el relato de investigación y el testimonio.....	236
2.4.2 Palabras mantenidas a distancia: el uso de comillas.....	240
2.5 La lucha armada y la “engañifa” electoral.....	242
2.6 Las víctimas.....	244
3. “Esa violencia en manos de los pueblos no es violencia, es justicia”. Signos y argumentos en <i>Cazadores de utopías</i> (1996).....	245
3.1 La “violencia” como único camino.....	245
3.2 ¿Qué se critica? “Política” vs. “Fierros”.....	251
3.3 ¿Que se rescata?.....	254
4. Recapitulación.....	257
CAPÍTULO V: La “vuelta” de los setenta y su crítica. El discurso de Néstor Kirchner y sus ecos. Relectura y redefinición de los procesos del setenta.....	
1. La (nueva) historia oficial.....	261
1.1 La “generación” del Presidente. De “víctimas inocentes” a “militantes por un país mejor”.....	261
1.1.1 La “generación” <i>militante pero no guerrillera</i>	262
1.1.2 Los sueños del presente, ¿son los del pasado?.....	264
1.1.3 Un único demonio.....	265
1.1.4 Los “compañeros” del Presidente.....	266
1.2 El nuevo prólogo al <i>Nunca Más</i> (2006).....	268
1.2.1 Las víctimas.....	268
1.2.2 El país “diferente”.....	269
2. Los militantes se critican a sí mismos: <i>Errepé</i> y la carta de Oscar del Barco.....	271
2.1 El documental <i>Errepé</i> de Gabriel Corvi y su crítica al PRT-ERP.....	272

2.1.1 Lucha armada.....	273
2.1.2 Vida privada vs. Vida partidaria.....	277
2.1.3 Sacrificios colectivos, culpas individuales.....	280
2.1.4 Lo mejor de aquellos años: el sacrificio.....	283
2.2 De “militantes por un mundo mejor” a “responsables de las muertes”. La carta de Oscar del Barco.....	285
2.2.1 “Ajusticiamiento” Vs. “Asesinato”.....	285
2.2.2 Los “responsables”.....	288
3. La revista <i>Lucha Armada en la Argentina</i> : “Somos críticos pero no renegados”.....	291
3.1 Circulación.....	292
3.2 La revista habla sobre sí misma.....	293
3.3 El PRT-ERP en la crítica del pasado: mejor que hablen los que saben.....	294
3.4 ¿Y los “protagonistas”?.....	297
3.5 Documentos.....	298
4. Recapitulación.....	300
CONCLUSIONES.....	303
BIBLIOGRAFIA.....	312
CORPUS.....	323

Agradecimientos

En este momento tan especial, no me alcanzan las palabras para agradecer a todos aquellos que en este largo camino me han acompañado.

En primer lugar, agradezco al CONICET por financiar esta investigación y al Instituto de Lingüística por haber sido mi lugar de trabajo estos años.

En segundo lugar, quiero agradecer enormemente a mi Director, Alejandro Raiter, con quién hicimos una hermosa amistad estos años de trabajo en conjunto. Gracias a su infinita paciencia y a sus comentarios, correcciones y sugerencias, siempre lúcidos y afectuosos, gran incentivo para continuar en esta difícil y hermosa labor, la del investigador, pude finalizar la tesis.

A Julia Zullo, por haber leído tan atentamente la primera parte de la investigación. Sus correcciones y sugerencias fueron de suma ayuda para que una mejor presentación de la misma fuera posible.

A mis compañeras de la cátedra de *Lenguajes*: Paula García, Mariana Szretter y Lucía Hellín, y al batallón de queridos compañeros y compañeras del UBACYT, en especial, a Fernando Montes por ayudarme tan generosamente en las traducciones. A todos agradezco el compañerismo, humor y aliento constantes. Los quiero mucho.

A mi amiga, docente y compañera en el dictado de la materia *Introducción al pensamiento histórico*, María Casalla, y a los estudiantes de la carrera de Historia de la UPMPM: gracias por ayudarme a reflexionar sobre la historia con tanto apasionamiento.

Gracias a mis amigas y amigos, en especial, a Laura Burchi, Marysol Stábile, Jimena Monte, Ornella Curtti, Mariana Morrone, Carolina Todaro, Mariela Peller, Micaela Cuesta, Patricia Ventríci, Cecilia Calderón, Mariana Carroli y Mariana Lorenzatti. Siempre están para bancarme, hacerme reír y contenerme. Sin esos momentos de distensión, como también de reflexión y debate compartidos, hubiese sido todo mucho más difícil. Las quiero con el alma.

A mi familia: mis viejos, hermanos, abuelas y a mi querida cuñada Cintia. A mi abuelo que ya no está pero sigue por siempre presente en mi corazón. A todos ellos, gracias por estar en los momentos más lindos, y en los más difíciles también. Los amo. Especialmente, quiero agradecer a mi mamá y a mi suegra. Sin su ayuda en el cuidado, siempre amoroso, de mi pequeña Julita, no hubiese podido finalizar este proyecto tan deseado. Las quiero.

A mis amores, Ariel y la dulce Julia. Gracias por estar conmigo y bancar mis nervios, las horas de trabajo extras, dándome siempre la alegría, el amor y las fuerzas necesarias para continuar. En fin, gracias por hacerme una mujer tan feliz (y una mamá súper babosa).

Por último, quiero abrazar muy afectuosamente a aquella generación militante, soñadora. Gracias a que sus sueños continúan “relumbrando en un instante de peligro”, fue posible escribir sobre sus creencias, proyectos y deseos emancipatorios.

A ustedes y sus sueños, va dedicada esta investigación.

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su exilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal.

(Karl Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, 1981: 409)

Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo 'tal y como verdaderamente ha sido'. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro. Al materialismo histórico le incumbe fijar una imagen del pasado tal y como se le presenta de improviso al sujeto histórico en el instante del peligro. El peligro amenaza tanto al patrimonio de la tradición como a los que lo reciben. En ambos casos es uno y el mismo: prestarse a ser instrumento de la clase dominante.

En toda época ha de intentarse arrancar la tradición al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla. El Mesías no viene únicamente como redentor; viene como vencedor del Anticristo. El don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza sólo es inherente al historiador que está penetrado de lo siguiente: tampoco los muertos estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer

(Walter Benjamin, *Tesis de Filosofía de la historia*, 1973: 4).

Presentación

En la compilación *Historia reciente. Perspectiva y desafíos para un campo en construcción* (2007), Marina Franco y Florencia Levin afirman que el campo de la historia reciente se diferencia del campo de la historia más convencional en tanto no es un pasado hecho sólo de representaciones y discursos socialmente transmitidos, sino que también está alimentado de vivencias y recuerdos personales, rememorados en primera persona. Por este motivo, se trata de un pasado en permanente proceso de “actualización” y que, por tanto, interviene en las proyecciones a futuro elaboradas por sujetos y comunidades (Franco y Levin, 2007:31). Nosotros creemos, sin embargo, que todo pasado, más reciente o más lejano, está sujeto a actualización o *revisión* de todos aquellos –historiadores, ciudadanos de a pie, lo mismo da- que continúan indagando en él. La diferencia con el pasado más lejano es que el reciente tiene sobrevivientes, testigos que pueden contar esa historia desde la primera persona porque está marcada en sus propios cuerpos. Ellos mismos son la fuente y, a su vez, la producción de una (nueva) historia.

La tesis se propone *actualizar, revisar*, tanto los discursos producidos *en* el pasado reciente como los producidos *acerca* del mismo. Por medio de esta investigación, intentaremos dar cuenta del universo simbólico-discursivo, estructurante de la práctica militante de las organizaciones revolucionarias de la *época de la revolución*, en particular, del PRT-ERP (1965-1976); y los discursos sobre la militancia de los sesenta y setenta, producidos en las nuevas condiciones de producción discursivas de la época que llamamos *de la utopía democrática* (1983-2011).

Si bien esta investigación se inscribe en la serie de trabajos que abordan las distintas aristas y problemáticas en torno a la militancia revolucionaria de ese momento histórico, no implica que lo hagamos de una misma forma o que no pongamos en discusión muchos de los fundamentos que forman parte de estos abordajes. La diferencia fundamental reside tanto en el tipo de corpus analizado como en la forma de acercarnos a él. Si desde diferentes miradas y prácticas disciplinarias –ya sea desde la historia, la antropología, la sociología o el periodismo-, la mayoría de los estudios realizan *análisis de contenido*¹ de documentos y/o

¹ El análisis de contenido es cronológicamente anterior al análisis del discurso, que, en parte, se constituyó en contraposición a él. Es una técnica de investigación dirigida a la descripción del contenido manifiesto de la

testimonios de ex militantes, nosotros abordamos nuestro objeto -estas subjetividades revolucionarias y su reconfiguración a partir de la recuperación democrática de 1983- desde el *análisis del discurso*² y a partir de diferentes géneros discursivos³, -como lo son, por ejemplo, la literatura⁴, los testimonios⁵ y los documentos políticos⁶-. A partir de este enfoque, los *discursos* no son analizados como soportes documentales, índices descriptores de acontecimientos sino como instancias de materialización y producción de representaciones sociales. Es por ello que hemos analizado y comparado materiales, supuestamente, tan disímiles, pues todos nos hablan, a pesar de sus diferencias, de las representaciones sociales que lo constituyen y de una subjetividad determinada: la de la época en que fueron producidos.

Como dijimos, uno de nuestros objetivos es dar cuenta de las subjetividades convocadas y construidas por las organizaciones que pretendían transformar la sociedad argentina en los años sesenta y setenta, en nuestro caso, el PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo), la organización político-militar marxista más importante de Argentina y una de las más importantes de América Latina de ese entonces. La práctica política guerrillera y revolucionaria en general, sufrió una grave derrota en términos nacionales e internacionales -que derivó también en la crisis del marxismo, como modo de conocimiento y transformación del mundo-, lo que hace que a veces se las presente

comunicación (Charaudeau y Maingueneau, 2005). En este tipo de análisis, subyace la suposición que el lenguaje es transparente y pasible, por tanto, de ser *decodificado* en forma literal.

² En el *Diccionario de análisis del discurso* (2005), Charaudeau y Maingueneau definen al análisis del discurso como una disciplina relativamente reciente que tiene como objeto de estudio los discursos realmente producidos en un momento determinado, excluyendo así para su análisis enunciados descontextualizados.

³ Definiremos este concepto en la p. 30.

⁴ Género discursivo dominado por la función poética (ver Jakobson, 1984). Desde el punto de vista de Umberto Eco, lo que define al “pacto ficcional” es un acuerdo implícito entre autor y lector de un texto de ficción acerca de que aquello que narra el texto es imaginario. Sin embargo que no sea “verdadero” no significa que no sea verosímil, esto es, para ser efectivo este pacto, la construcción del mundo imaginario debe adaptarse a las convenciones del género en el que el texto se ubica (Eco, 1996). Genette (2001) denomina “contratos de ficción” a las marcas textuales que el autor dispone explícitamente para dejar asentada la ficcionalidad de un texto.

⁵ Los relatos testimoniales son todos aquellos producidos a partir de un “yo” autobiográfico. Su verosimilitud se construye por haber vivido la experiencia que es objeto del relato. Sin embargo, en contra de la transparencia que la “ilusión autobiográfica” otorga al relato, Leonor Arfuch en *El espacio biográfico* (2006) plantea que el narrador del género biográfico, al narrar su propia vida lo hace como si fuera *otro yo*, compartiendo así las estrategias discursivas propias del relato de ficción, estrategias que deben ser deconstruídas y mostradas por el analista para quebrar esa ilusión.

⁶ Ver definición de “discurso político” en las pp. 32-32.

como absurdas, sin sentido, deslegitimadas por los resultados, por la historia. En polémica con estos discursos, nuestra investigación analiza las creencias constitutivas de aquellas prácticas políticas. Creemos, como Oscar Terán (2006), que *indagar en las creencias de los actores históricos permite describir las representaciones imaginarias que impulsan y dan sentido a sus prácticas*.

En la segunda parte de la tesis, analizamos los discursos que facilitaron este proceso de *despojo significativo de la anterior época*. En el discurso de la reciente democracia, como veremos, desapareció, junto a los cuerpos militantes, el *relato sobre un pasado revolucionario*. Esta suspensión de la argumentativa de la historia social, política e ideológica de los setenta es lo que permitió legitimar el repudio al terrorismo de Estado y la reivindicación de la memoria en el nuevo período democrático abierto en 1983 (Casullo, 2006).

La segunda circunstancia que explica este cambio discursivo es el final político y cultural del máximo exponente del socialismo a nivel planetario. La posterior caída de los regímenes stalinistas y la crisis profunda del ideario marxista, organizador conceptual del “credo revolucionario”, operó como deserción narrativa de las izquierdas para el estudio de sus tradicionales objetos históricos. Así pudimos observarlo en el discurso de los antiguos protagonistas, preocupados por no haber valorado la “democracia” (antes denostada), o representando aquellos tiempos como un pasado de “utopías” (y no de “revoluciones socialistas”).

En la desaparición del relato del proyecto revolucionario caído se compagina un trauma y una problemática social y cultural de la memoria con sus deserciones, silencios y olvidos, que no tiene que ver únicamente con las secuelas del terror de Estado, sino con un hecho comunitario de primer orden casi no hablado en la Argentina: el de un curso histórico popular fallido y luego descuajado para siempre (Casullo, 2006:41).

Tanto la historia con sus pretensiones objetivantes como la memoria, caracterizada por su discontinuidad constitutiva, coincidieron en edificar un pasado donde el tiempo de las vanguardias revolucionarias en la Argentina aparecen como *relatos fantasmáticos* (Casullo, 2006).

Sin embargo, a partir de 2003, comienzan a circular con mayor énfasis discursos y testimonios (críticos) acerca de ese pasado revolucionario. Desde el propio discurso oficial, pasando por el discurso académico como por los propios protagonistas, la “generación” es reivindicada y/o criticada, junto a sus sueños. *Ese pasado deja de ser un pasado finalizado (que es necesario criticar, reivindicar) al construirlo como sueño trunco, como herencia, una deuda con ese pasado que es necesario saldar en el presente de la enunciación.* Esto sucede no tanto en sus antiguos militantes sino en el propio discurso oficial, que construye su enunciación en tanto sobreviviente de esa generación; quien cumplirá con sus sueños, truncados por la trágica historia.

Como ya adelantamos, la tesis se estructura en dos partes. En la primera, analizamos lo que llamamos *época de la revolución*. Los discursos analizados se sostienen en la creencia en la revolución, en el socialismo, entendido éste como un proceso inexorablemente victorioso. Los sujetos, los “hombres nuevos”, debían hacer todo lo posible para acelerar este proceso. Para ello se construye como necesario, adoptar la *moral revolucionaria*, creada por el Partido, único intérprete de los intereses históricos del (único) Sujeto colectivo revolucionario: la clase obrera.

Esta primera parte se encuentra estructurada en tres capítulos. Como sostenemos que la *época de la revolución* se remonta más allá de la gesta “setentista”, en el primer capítulo, analizamos textos que forman parte de la *memoria revolucionaria* y que, a su vez, tuvieron una importante recepción en la militancia de los sesenta y setenta en Argentina: *Así se templó el acero* de Nikolai Ostrovski –publicada por vez primera en la Unión Soviética en 1935 - y *Reportaje al pie del patíbulo* de Julius Fúcik –publicada post mortem en Alemania en 1950- (Longoni, 2007:178). Tanto uno como otro producen modelos de militantes heroicos, figuras ideales de la entrega al Partido, presentadas como necesarias para poder conseguir la victoria en los distintos procesos revolucionarios, de ahí su lectura y emulación por los militantes revolucionarios de aquella década. A través del análisis de ambos textos, observamos las *memorias revolucionarias* que formaban parte del interdiscurso setentista, constitutivo del discurso del PRT-ERP. Sin conocer este universo discursivo es difícil comprender aquellas condiciones de producción que hicieron posible la emergencia de estos discursos, tanto la novedad que ellos traen consigo como el pasado que se actualiza en su enunciación.

Continuando con la línea de análisis que abrimos en el capítulo anterior, en el segundo capítulo, analizamos distintos documentos del PRT-ERP. Si todo discurso es un punto en una

red, para poder interpretarlo, comprender sus condiciones de posibilidad y el campo de efectos de sentido que abre su irrupción en el universo discursivo, hay que analizarlo desde esta polifonía constitutiva, desde las huellas interdiscursivas que lo constituyen y atraviesan. Por ello analizamos la conformación del “hombre nuevo” perretista en relación con las subjetividades convocadas desde los discursos analizados en el capítulo anterior, lo que llamamos *memorias del sacrificio revolucionario*. En los distintos documentos del PRT-ERP escogidos, trabajamos las continuidades y reformulaciones discursivas acerca de la revolución, la democracia, el socialismo y la moral militante. Así pudimos ver que, si a nivel del enunciado puede haber diferencias entre los discursos trabajados en el primer capítulo respecto de los del PRT-ERP, a nivel de la enunciación hay varias similitudes. Todos ellos están contruidos por un enunciadador poseedor de la verdad (proletaria) que interpela a sus seguidores a transformarse subjetivamente en *otro ideal*. Para ello, los destinatarios deben cumplir ciertos mandatos revolucionarios presentados como necesarios, objetivos, lo que llaman *moral revolucionaria*. Desde esta perspectiva, solo así será posible llevar adelante la revolución y alcanzar la victoria, presentada como inexorable.

En el tercer capítulo, observamos cómo en un mismo momento histórico –principios de los setenta - y frente a una misma problemática –la revolución- se da otro tipo de visión a la dada en la *época de la revolución*. Para ello, trabajamos los textos *Libro de Manuel* de Julio Cortázar y *Los pasos previos* de Francisco “Paco” Urondo, ambas publicados en el año 1973. El análisis de estas novelas nos permitió observar tanto las discontinuidades como la reiteración de ciertos lugares comunes constitutivos del discurso revolucionario dominante del momento. A diferencia de la concepción ascética que analizamos en el anterior capítulo, estos “hombres nuevos” literarios proponen otra forma de pensar y hacer política, contrapuesta en muchos aspectos –aunque, como veremos, no en todos- al discurso revolucionario setentista. Si los discursos del PRT-ERP –como los de Ostrovski y Fúciik- interpelaban a sus destinatarios de un modo más bien imperativo, y desde la certeza de la necesidad de la revolución, los enunciadores de los textos literarios analizados en este capítulo plantean dudas y fisuras a este discurso que muchas veces se presenta como monolítico, sin grises.

En la segunda parte de la tesis analizamos los discursos pertenecientes a lo que llamamos *época de la utopía democrática*. Esta época, a diferencia de la anterior, deja de tener su centro en la revolución socialista. Es más, deja de creer en ella, en su necesidad histórica e inexorabilidad. La *democracia* es la creencia de la nueva época, la nueva “utopía”, crítica de toda forma de violencia política. El pasado es un pasado de *utopías* –no de

revoluciones- que deben ser criticadas pero, también, reivindicadas. Como vimos en la primera parte, si algo caracteriza a una época, cualquiera sea ésta, no es su homogeneidad. *Todas las épocas son heterogéneas porque todo discurso está atravesado por lo ya dicho como por lo futuro que se anticipa en su enunciación.*

El análisis se encuentra desarrollado en dos capítulos. En el primero de ellos (que es el cuarto de la tesis), analizamos discursos “oficiales” y de antiguos militantes producidos en el nuevo período democrático iniciado el 10 de diciembre de 1983. Luego del exterminio de militantes de organizaciones políticas armadas, no armadas, gremialistas, simpatizantes y cualquiera que se opusiera, conscientemente o no, a la imagen de súbdito ideal de la dictadura cívico-militar de 1976; luego del derrumbe político que provocó la derrota en la guerra de Malvinas, el 10 de diciembre de 1983 asume el primer gobierno democrático tras siete años de genocidio y reestructuración política, económica y social dictatorial. El gobierno de Raúl Ricardo Alfonsín no es, por supuesto, ajeno a la problemática que nos ocupa. Como primer gobierno democrático después de tantos años de horror, construye su legitimidad en función de determinada representación del pasado (inmediatamente) reciente, conocida como “teoría de los dos demonios”.

Desde esta perspectiva, hay dos “demonios”, únicos responsables de todo lo acontecido: “guerrilleros” y “militares”. En contraposición, las “víctimas”, desaparecidos y sociedad civil, nada tenían que ver con la violencia atribuida a aquellos. *La condena penal y política de los militares se realiza a partir del olvido del pasado revolucionario de las víctimas.* Éstas dejan de ser actores históricos y se transforman en pacientes de acciones (negativas) llevadas a cabo por otros. La violencia de la dictadura aparece como algo irracional, demente, pues no sólo tuvo como causa detener a la guerrilla (lo que es legítimo, “racional” de este discurso) sino que fue ejercida sobre “cualquiera”, simples ciudadanos que sólo “pensaban distinto”.

En este capítulo, también analizamos los discursos de ex militantes como el de Luis Mattini en *Hombres y mujeres del PRT-ERP* (1988) y los testimonios que forman parte del documental *Cazadores de utopías* (1996). Si bien estos discursos representan a las víctimas despolitizadas del *Nunca Más* como actores históricos, “militantes revolucionarios” sacrificados por los otros, por un proyecto político emancipador, construyen este pasado y al proyecto político que le daba sentido como algo *acabado, irrepetible. Un lugar mítico que ya no pertenece al (triste) presente de la enunciación.*

En el quinto capítulo, el último de la tesis, analizamos las transformaciones discursivas y políticas que el discurso de Néstor Kirchner manifestó y, a su vez, provocó. Si el discurso de la reciente democracia construía la legitimidad de este régimen político y del nuevo gobierno a partir de la demonización de los “terroristas de derecha y de izquierda”, y de la victimización-despolitización de las desapariciones, el discurso de Néstor Kirchner construye la legitimidad de su proyecto político al inscribirlo en el proyecto de una generación: la de los setenta, antes victimizada. De esta forma, por primera vez desde la reapertura democrática, los desaparecidos aparecen como actores históricos, “compañeros” del propio Presidente de la Nación, “patriotas” que deben ser emulados en su actitud militante y sueños.

Los otros discursos analizados, de ex militantes –el film *Errepé* (2003) y la carta de Oscar del Barco (2004)- y artículos académicos publicados en la *Revista Lucha Armada en la Argentina* (2005-2011), construyen a las víctimas como actores políticos pero de un pasado acabado ya, objeto discursivo del conocimiento histórico. Producidos desde los lentes que *la época de la utopía democrática* otorga, estos hechos forman parte de un pasado violento, algunas veces indeseable, que hay que criticar; crítica que muchas veces tiene como fin producir un conocimiento más verdadero acerca del mismo y no un nuevo proyecto político transformador. Como dijimos, el pasado aparece numerosas veces en estos discursos como algo *acabado, detenido, muerto*. Los discursos de Néstor Kirchner y el segundo prólogo al *Nunca Más* (2006) también se encuentran atravesados por el discurso democrático de la nueva era, al criticar la violencia y hablar de sueños, de utopías –no de revoluciones-. Sin embargo, a diferencia de los otros discursos analizados, *en estos discursos el pasado no aparece como algo acabado, sino que se encuentra vinculado al presente enunciativo. Esto es posible porque no mantiene con él una relación mimética -como (no) reiteración literal o relato histórico “verdadero”- sino que actualiza los sueños del pasado en la nueva situación de enunciación*. Desde allí construye su identidad política e interpela a los otros, sus destinatarios, a asumir esos sueños trancos que ya no son literalmente los del pasado (aunque así se los presente), sino los que el locutor construye en la *época de la utopía democrática*.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Antes de comenzar, vamos a introducir las distintas perspectivas que forman parte de nuestro análisis. Primero, presentamos el marco teórico-metodológico de la tesis, los conceptos teóricos como las herramientas metodológicas utilizadas, todas ellas pertenecientes a lo que se conoce como *análisis discursivo*. En segundo lugar, introducimos la bibliografía producida sobre el tema de investigación: *las subjetividades de la época de la revolución y de la época de la utopía democrática*, para así poder fundamentar nuestra propuesta de análisis, que comparte varios aspectos de estas lecturas a la vez que se distancia de otros.

1. Marco teórico-metodológico

1.1. Moral y creencias en la constitución de las identidades colectivas

Como decíamos al comienzo, el objetivo principal de la tesis es dar cuenta, a partir de un análisis intra e interdiscursivo, de las creencias que formaban parte del discurso revolucionario del PRT-ERP y de los discursos posteriores acerca de las prácticas políticas armadas desde la recuperación democrática en 1983 hasta el año 2011.

La identidad colectiva de la organización que analizamos en la primera parte de la tesis estaba constituida por la creencia en una moral revolucionaria que hacía del sacrificio y la disciplina las virtudes principales del militante. Como el deber de todo revolucionario era entregarse de “cuerpo y alma” a la lucha armada, nada podía ser más importante ni más sagrado: *todo tenía que subsumirse al deber revolucionario*. De alguna manera, era necesario al mismo proyecto político guerrillero la existencia de una moralidad lo suficientemente rígida y disciplinada como para soportar los sacrificios que exigía semejante situación.

Pero, en contraposición a lo afirmado por Pozzi (2004), estas creencias no son exclusivas de esta organización, ni de la época en que se producen dichas prácticas discursivas. Como veremos, muchas de estas representaciones son constitutivas de las identidades revolucionarias, más allá de ser foquistas, insurreccionales, partidarias de la guerra popular prolongada o de adoptar otras estrategias políticas. Es por ello que hemos recurrido al análisis inter e intradiscursivo. Mediante el estudio de las memorias discursivas

revolucionarias como de otros discursos producidos en ese mismo momento podemos conocer mejor aquella identidad, tanto lo que hay en ella de novedad como de reiteración.

Para entender estas creencias como constitutivas de los vínculos sociales, nos remitimos, en principio, al concepto de *moral* del sociólogo Emile Durkheim (2000a). Para este autor, la moral es tanto condición *sine qua non* de lo social como resultado de la acción social misma, capaz de configurarse en un sistema de prácticas sociales. Los hechos morales no son sólo hechos sociales en el sentido durkheimiano del término –esto es, meramente coercitivos- sino que sobre todo, para ser efectivos, deben presentarse a los actores sociales como deseables:

... la noción del deber no agota la noción de lo moral. Es imposible que realicemos un acto sólo porque nos es ordenado, y haciendo abstracción de su contenido. Para hacernos su agente, es preciso que interese en cierta medida a nuestra sensibilidad, que se nos presente bajo algún aspecto como deseable (Durkheim, 2000a: 137).

Esta trama de representaciones morales –ideales y valores- compartidas, a su vez, crea realidad: constituye a un colectivo en algo distinto de la suma de individuos que lo componen; configura una *identidad* (Catoggio, 2004). *La moral es intrínseca y necesaria del vivir en sociedad: al asociarse los individuos crean una realidad nueva, de naturaleza simbólica y normativa, que a la vez cohesiona y coordina los intercambios, las interacciones individuales y grupales, en virtud de una autoridad que se deriva de una “conciencia colectiva” compartida y común* (Funes, 1998).

La identidad colectiva del PRT-ERP no puede explicarse sólo a partir del carácter piramidal y coercitivo de la organización. Debe tenerse en cuenta el aspecto “deseable” en sus prescripciones morales. Es a partir de la creencia en la legitimidad y validez del mandato partidario que se efectiviza la interpelación ideológica.

Es también pertinente a los efectos de la investigación la definición que hace Emilio De Ipola de las identidades colectivas en *Las cosas del creer* (1997). Para el autor, una identidad colectiva se constituye a través de dos momentos: uno, exterior, prospectivo y a priori, definido por la resistencia a la negatividad encarnada por la amenaza, que anticipa una identidad de grupo elemental y precaria; y otro, interior, retrospectivo y a posteriori, asumido por la creencia como cimiento y garante del pacto social originario y, por tanto, como

reafirmación de dicha identidad. La creencia en que el grupo triunfará a la amenaza, logrará sus objetivos, es lo que permite su constitución y perduración en el tiempo (De Ipola, 1997).

Si la creencia está en el origen de la identidad colectiva y de la acción cohesionada del grupo, algo en ella debe modificarse para que dicha identidad y dicha acción se disuelvan. De Ipola plantea que el carácter constitutivamente perentorio y, en esa misma medida, inflexible en una creencia -en el caso de esta investigación, la creencia en la irreversibilidad del proceso revolucionario y en la victoria del partido- unido a la derrota del colectivo en la concreción de sus objetivos, concluye por corroer la creencia en cuestión y despoja así al grupo del elemento esencial de su razón de actuar y de ser (De Ipola, 1997). Desde esta perspectiva, *la creencia, por lo tanto, es consustancial a la existencia de cualquier identidad colectiva.*

A diferencia de esta perspectiva, Horacio Tarcus plantea que es posible y necesario eliminar lo *sagrado* de los vínculos sociales. En el artículo “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad” (1998-1999), el autor analiza la constitución identitaria de los partidos políticos de izquierda. Desde su perspectiva, la identidad de éstos es comparable a la de las sectas religiosas, y por ello los denomina bajo el concepto *secta política*. A pesar que en el nivel de lo manifiesto un grupo se llame a sí mismo “partido” o “movimiento”, adhiera a un credo laico y racionalista, pervive lo sagrado en su constitución identitaria. Este imaginario que cohesiona al grupo, está dominado por la disolución del individuo en el todo grupal; la separación rígida entre el adentro y el afuera, entre el saber profano y el sagrado; el culto sacralizado del líder; la esperanza mesiánica; las figuras del héroe y el traidor; todas éstas características comunes a las sectas religiosas. La secta constituye una identidad colectiva rígida, cerrada, exclusiva, como condición de una mayor cohesión interna y frente al mundo exterior. La cohesión grupal deviene un fin en sí mismo y la diferencia es una amenaza para esa cohesión total. Hacia afuera hay pura diferencia, hacia adentro, pura identidad. Las sectas políticas, del mismo modo que las sectas clásicas, comparten entre sí una serie de códigos, tics, gustos comunes, claves y contraseñas que escapan al profano, al que no pertenece a ella. *El modo ideal de militante de la secta es el de la renuncia total a su vida anterior y, en el presente, de entrega y disponibilidad total a la organización.*

Si bien acordamos con la descripción que realiza el autor del vínculo identitario de los partidos políticos de izquierda -hemos llegado a similares conclusiones analizando los discursos del PRT-ERP-, no así con su planteo de que es posible y deseable laicizar las

prácticas políticas. Desde su perspectiva, las creencias, en lugar de ser constitutivas de las prácticas sociales como plantearan los otros autores, son, más bien, un retraso posible de ser superado a través de la crítica teórica-práctica de lo sagrado. Lo *mítico*, lo *imaginario*, son un obstáculo, pasible de ser eliminado de nuestras relaciones sociales y políticas, y no, como nosotros planteamos, *núcleo constitutivo de las mismas*.

1.2. Lenguaje, discurso dominante y creencias en la conformación de una comunidad.

La tesis aborda su objeto de estudio -estos discursos *de y sobre* la militancia de los años sesenta y setenta- desde el análisis discursivo. *El lenguaje, en tanto uso lingüístico, no es para nosotros un instrumento transparente, desideologizado, sino portador y constructor de creencias, subjetividades, representaciones y visiones del mundo ideológicamente motivadas.*

En el contexto de esta investigación, el término *representación* refiere a la imagen que tiene un individuo, es decir, un hablante de cualquier comunidad lingüística, acerca de alguna cosa, evento, acción, proceso que percibe de alguna manera (Raiter, 2001). Esta representación - en la medida en que es conservada y no reemplazada por otra - constituye una creencia y es la base del significado que adquiere cada nuevo estímulo relacionado con esa cosa, evento, acción o proceso. Estas imágenes, representaciones del mundo, constituyen las creencias del sujeto sobre el mundo y, por tanto, forman parte de su accionar (Raiter, 2001). Las representaciones sociales, como tales, son las que trabajan como marco para la formación de las individuales (Raiter, 2001). Que los seres humanos tengan representaciones es permanente; cuáles son esas representaciones formará parte - entre otras cosas - de la concepción del mundo que la comunidad tenga en un momento determinado (Raiter, 2001).

Si partimos de la base que la producción y comprensión lingüísticas no pueden realizarse más que desde los sistemas de creencias propios de una comunidad, dentro de la misma, los contenidos de estas creencias, las imágenes y representaciones construidas deben ser lo suficientemente compartidas como para permitir la comunicación entre sus miembros (Raiter, 2001). Alejandro Raiter llama *discurso dominante* a estas representaciones compartidas al interior de una comunidad. El discurso dominante es el que regula la circulación de significados posibles, impone las condiciones de circulación de los signos ideológicos. Como cada enunciado significa en función de una red de significados presentes, la referencia a esos otros discursos es central.

Si hay *discurso dominante*, puede también haber otros discursos. Raiter, en su libro *Lenguaje y Sentido común* (2003), diferencia entre *discurso emergente* y *discurso opositor*. En contraposición a lo que sucede cuando emerge un discurso nuevo, productor de una nueva red discursiva, el *discurso opositor* no puede más que fortalecer al *discurso dominante* pues lo niega en sus mismos términos, reproduciendo la vigencia de ese valor. Esto es, precisamente, lo que sucede, con la *negación polémica*⁷ (García Negroni, 1998b).

A diferencia de esta oposición que no hace más que legitimar el orden de cosas, el *discurso emergente* niega el sistema de referencias que sostiene al discurso dominante e impone sus propios tópicos a discutir. Este tipo de discurso funciona como un nuevo eje de referencias, diferente de cuanto ha sido enunciado con anterioridad, que funciona constituyendo una nueva formación discursiva (Raiter, 2003). Un discurso se transforma en emergente, por tanto, cuando el discurso dominante no puede calificarlo de ningún modo, perdiendo, de esta forma, iniciativa discursiva: ahora es él el que debe responder a ese nuevo discurso.

El concepto *discurso dominante*, y la diferencia entre *discurso opositor* y *emergente* nos permitió reconocer las diferentes épocas, atravesadas por distintas redes discursivas. La noción de *representaciones sociales*, y su identificación en los distintos textos, permitió que podamos conocer la identidad de la comunidad lingüística en cuestión: la de los militantes de los años sesenta y setenta en la *época de la revolución*, como la existente en las nuevas condiciones de producción discursivas nacidas en la nueva democracia, lo que llamamos *época de la utopía democrática*.

1.3. El discurso y sus condiciones de producción

En su libro *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2003), Claudia Gilman afirma que una “época” es la que posibilita el surgimiento de determinado(s) objeto(s) de discurso; el campo de lo que es públicamente decible y aceptable en cierto momento de la historia. Para esta autora, el bloque de los sesenta/setenta constituye una época con un espesor histórico propio y límites más o menos precisos:

⁷ Lo definiremos en el apartado dedicado a la teoría de la argumentación en la lengua, p. 32.

El bloque temporal sesenta/setenta constituye una época que se caracterizó por la percepción compartida de la transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, la subjetividad, el arte y la cultura, percepción bajo la que se interpretaron acontecimientos verdaderamente inaugurales, como la Revolución Cubana, no sólo para América Latina sino para el mundo entero (Gilman, 2003:33).

La época llegó a su fin cuando ese futuro posible, el de la *revolución*, comenzó a ser llamado *utopía* (Gilman, 2003: 56), cuando los “héroes” revolucionarios comienzan a ocupar el lugar de “víctimas”. En la nueva época nacida a partir de las transformaciones provocadas por la última dictadura militar y la recuperación democrática, se produce un cambio en los regímenes de memoria y representación del pasado. Si a partir de los ochenta, la memoria del pasado es una memoria de derechos agraviados y de víctimas inocentes, en los setenta, tiempos de radicalización política y de imaginación revolucionaria, la recuperación del pasado estaba dominada por escenas de lucha y resistencia. La narrativa dominante era de combates y combatientes. Si vamos a analizar discursos de distintas épocas, no podemos dejar de tener en cuenta esa diferencia sustancial.

Si bien, tal como plantea Gilman, partimos de esta homogeneidad discursiva que permite concebir la época de los setenta distinta a otras, también creemos que toda época está atravesada por creencias y representaciones que la trascienden, en un orden temporal y subjetivo caracterizado por su heterogeneidad. A tal fin tomamos la definición que la escuela francesa de análisis del discurso hace de lo que denomina condiciones de producción discursivas. Esta escuela toma en muchos aspectos el pensamiento de Michel Foucault, en especial su concepto de formaciones discursivas⁸.

Para Michel Pêcheux, el iniciador y principal exponente de esta corriente teórico-metodológica, todo discurso producido se ubica en un proceso discursivo que lo determina, bajo la forma de elementos *preconstruidos*⁹ - producidos en otros discursos con anterioridad e

⁸ El término “formación discursiva”, aparece en 1969 con el trabajo de Foucault, *La arqueología del saber* (2002). A partir de la reapropiación de este concepto, la escuela francesa de análisis del discurso podrá oponer a las “definiciones empíricas” de las condiciones de producción discursivas, un conjunto de definiciones teóricas que aparecen desde 1971 en análisis del discurso bajo el término “formación discursiva”, esto es, las condiciones que determinan lo que puede y debe decirse, a partir de una posición dada en una coyuntura determinada (Fuchs y Pêcheux, 1978).

⁹ “Preconstruido” es un término, introducido por P. Henry y retomado por M. Pêcheux, que representa una construcción anterior, exterior, independiente, en oposición a lo que se construye en la enunciación. Marca la existencia de un desfase entre el interdiscurso como lugar de construcción de lo preconstruido, y el

independientes de él- que se reproducen por su intermedio bajo la determinación del *interdiscurso*¹⁰. Es por esto que se hace necesaria la constitución de un corpus discursivo sincrónico y diacrónico, de lo contrario, se producirá, para Courtine (1981) un olvido del interdiscurso, desapareciendo así el carácter preconstruido de ciertos elementos que todo discurso encierra.

Como todo conjunto de discurso (discurso comunista, discurso socialista, etc.) debe pensarse como unidad dividida, en una heterogeneidad con relación a sí misma, sólo a partir de la conformación de un corpus discursivo que conjugue lo sincrónico con lo diacrónico, podemos detectar aquellas *huellas interdiscursivas constitutivas de todo texto*, esto es, sus *condiciones de producción*. El estudio de un proceso discursivo en el seno de una formación discursiva dada, no es disociable del estudio de la determinación de ese proceso discursivo mediante su interdiscurso pues lo propio de su funcionamiento es simular, en la transparencia del sentido que allí se forma, el hecho de que eso habla siempre antes, fuera, o independientemente, es decir, bajo la *dependencia del interdiscurso* (Courtine, 1981).

El interdiscurso funciona, así, como un discurso transversal, a partir del cual se realiza la articulación mediante la cual el sujeto enunciador da coherencia al hilo de su discurso: el intradiscurso de una secuencia discursiva, aparece en esta perspectiva como un efecto del interdiscurso sobre sí mismo. A la existencia vertical interdiscursiva de un sistema de formación de los enunciados que aseguran al discurso la permanencia estructural de una repetición, responde la existencia horizontal intradiscursiva de la formulación, donde la enunciación puede producir una variación coyuntural. La relación entre interdiscurso e intradiscurso se juega en este efecto discursivo particular, cuando una formulación-origen regresa a la actualidad de una "coyuntura discursiva" designada como "efecto de memoria" (Courtine, 1981). Este efecto contiene tres dominios diferentes:

- Dominio de memoria: está construido por un conjunto de secuencias discursivas que preexisten a la red discursiva de referencia, son anteriores.

intradiscurso, como lugar de la enunciación por un sujeto: un elemento del interdiscurso se nominaliza y se encadena en el intradiscurso con forma de preconstruido, es decir como si este elemento ya se encontrara allí de antemano (Courtine, 1981).

¹⁰ Para J-J Courtine (1981), el interdiscurso es una articulación contradictoria de formaciones discursivas referidas a formaciones ideológicas antagónicas. En términos más amplios, es el conjunto de unidades discursivas (anteriores o contemporáneas) con las cuales un discurso particular entra en relación implícita o explícita.

-Dominio de actualidad: está formado por un conjunto de secuencias discursivas que coexisten con red discursiva de referencia en una coyuntura histórica determinada; las secuencias discursivas reunidas en un dominio de actualidad se inscriben allí en la *instancia del acontecimiento*.

-Dominio de anticipación: si existe el siempre-ya del discurso, puede agregarse que existirá el siempre-aún.

Alejandra Vitale (2007), toma el concepto *memoria discursiva* de Courtine pero lo trabaja desde su aspecto argumentativo, ignorado hasta ese entonces. La autora afirma que las memorias discursivas han sido analizadas como constructoras de identidades nacionales o políticas, como regímenes de enunciabilidad, matrices de inclusión y de exclusión de enunciados que determinan lo que puede o no ser dicho desde determinadas posiciones ideológicas pero no en su dimensión argumentativa. Para ello, construye el concepto *memoria retórico-argumental*, esto es, las estrategias desplegadas por las memorias discursivas para argumentar a favor de determinada tesis, como en nuestro caso puede ser, *hacer la revolución o luchar por la democracia*. Estas memorias no constituyen bloques cerrados u homogéneos, pues inciden las diferentes condiciones socio-históricas de producción.

Teniendo en cuenta estos supuestos teórico-metodológicos, hemos escogido tanto el corpus de análisis como el modo de abordarlo. A través de este tipo de análisis, que conjuga lo diacrónico con lo sincrónico, observamos los diferentes dominios de memoria, sus signos y argumentos, y conformamos las dos épocas objeto de nuestro análisis: *época de la revolución y de la utopía democrática*.

1.4. El signo ideológico

Para analizar los signos como *signos ideológicos*, nos basamos en la definición que realiza Valentin Voloshinov en *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Este libro fue publicado por primera vez en ruso en el año 1929. Sin embargo, su primera publicación en español se produjo en 1976. Para poder publicarlo en nuestro país en aquellos años de plomo, cambiaron su título suplantando el “subversivo” marxismo por “signo ideológico”: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. El problema central que presenta la publicación tan tardía de este libro en nuestra lengua es el desfasaje entre contexto de producción y el

contexto de recepción, casi cincuenta años después de su escritura. Escrito en los albores del período soviético, representa un temprano intento por construir una filosofía del lenguaje consecuente con el marxismo.

El marxismo existente hasta el momento de producción de este texto, no se había ocupado de la problemática del lenguaje. Influenciado por el paradigma positivista, sólo veía cosas, hechos tangibles, no estaba preparado para analizar de forma dialéctica el lenguaje y los hechos ideológicos. El objetivo del autor es *fundar*, precisamente, un tipo de *conocimiento marxista acerca del lenguaje y la ideología*.

Para Voloshinov, todos los fenómenos ideológicos y la conciencia misma se manifiestan en forma sígnica. Los signos, desde esta perspectiva, *reflejan y refractan* la realidad pues nuestra percepción de la misma nunca es directa, siempre está mediada por lo que llama *signos ideológicos*. Por medio de este planteo, el autor pone en crisis los fundamentos de lo que llama “objetivismo abstracto”, representado en la figura de Saussure y el estructuralismo en general. El lenguaje, para Voloshinov, no es un sistema estático de signos, como sí lo era para Saussure. Los signos cambian, se transforman en función del entorno social donde éstos circulan. El objeto de estudio de la lingüística (marxista) no puede ser, entonces, una lengua abstracta, sino el *lenguaje tal y como existe en una sociedad concreta*.

El valor de los signos está dado por la ideología dominante de la comunidad donde éstos circulan. En ellos también se juega la lucha de clases, por eso están en constante transformación, y por ello también, deben ser objeto de estudio de un pensamiento transformador y revolucionario como el marxista. Así lo manifiesta el autor:

La clase social no coincide con el colectivo semiótico, es decir, con el grupo que utiliza los mismos signos de la comunicación ideológica. Así las distintas clases sociales usan una misma lengua. Como consecuencia, en cada signo ideológico se cruzan los acentos de orientaciones diversas. El signo llega a ser la arena de la lucha de clases. (...) es tan sólo gracias a este cruce de acentos que el signo permanece vivo, móvil y capaz de evolucionar. Un signo sustraído de la tensa lucha social, un signo que permanece fuera de la lucha de clases inevitablemente viene a menos, degenera en una alegoría, se convierte en el objeto de la interpretación filológica, dejando de ser centro de un vivo proceso social de la comprensión. La memoria histórica de la sociedad está repleta de signos ideológicos muertos incapaces de ser arena de confrontación de acentos sociales vivientes. Sin embargo, gracias a que el filólogo y el historiador los sigue recordando, estos signos conservan todavía los últimos vestigios de la vida (Voloshinov, 2009: 47).

Asumiendo esta perspectiva, concebir a los signos “revolución”, “hombre nuevo”, “lucha armada” como *signos ideológicos* es un acto político y esto en un doble sentido. Tanto respecto a la lectura que hacemos de esto que llamamos *pasado* (en la *época de la revolución* eran signos sujetos a pugna ideológica, no tenían una sola valoración), como también de lo que llamamos *presente de la enunciación*. Como dice Voloshinov, al seguirlos recordando, al concebirlos como arena de disputa ideológica *presente*, colaboramos a que sigan viviendo. Habrá que ver si siguen viviendo como “últimos vestigios de vida” o como renacer de nuevos-viejos sueños de un mundo distinto, mejor: un mundo *emancipado*. Esperemos que sea esta última opción.

1.5. Teoría de la enunciación y discurso político

Emile Benveniste, fundador de lo que se conoce como *teoría de la enunciación*, afirma en su texto *Problemas de lingüística general* (1982), que es *en y por medio del lenguaje como el hombre se constituye como sujeto*. Una tesis que tiene como problemática central la subjetividad, no puede dejar de contemplar para su análisis esta perspectiva.

Para Benveniste, nadie emplea “yo” sino dirigiéndose a alguien que en la alocución asume el lugar de un “tú” o “vos”, en el español rioplatense. El diálogo es, por tanto, constitutivo de la persona. Mijaíl Bajtín (1982), quien formó parte junto a Voloshinov del “círculo de Bajtín”, llevó este planteo más allá. *No sólo el diálogo es constitutivo de la persona, sino que el propio lenguaje es un fenómeno polifónico, atravesado por diferentes voces y perspectivas*. Si decimos, entonces, que sin enunciación no hay sujeto, también podemos decir que *sin polifonía, no hay lenguaje*.

El lenguaje es polifónico pero no por ello caótico, desordenado. Los géneros discursivos son tipos temáticos, composicionales y estilísticos de enunciados determinados y relativamente estables generados por una función determinada (científica, técnica, periodística, oficial, cotidiana) y unas condiciones determinadas, específicas para cada esfera de la comunicación discursiva (Bajtín, 1982). A pesar que cada enunciado separado es individual, las esferas del uso de la lengua elaboran sus tipos relativamente estables de enunciados (Bajtín, 1982). Por lo tanto, si bien cada acto de enunciación es un acontecimiento

y, como tal, es único e irrepitible (Ducrot, 1986)¹¹, está condicionado por ciertas reglas que hace que podamos clasificarlos y entenderlos como formando parte de una unidad más amplia. Nos vamos a detener en un género discursivo particular, uno de los más relevantes que trabajamos en la tesis: el *discurso político*.

Eliseo Verón en “La palabra adversativa” define a la enunciación política como inseparable de la construcción de un adversario. Desde su punto de vista, todo acto de enunciación política es a la vez una réplica y supone o anticipa una réplica. Esta particularidad se manifiesta y cristaliza al nivel de la destinación. El discurso político está habitado por un Otro negativo pero también por uno positivo, se dirige a ambos al mismo tiempo (Verón, 1987). El destinatario positivo es denominado *prodestinatario*. Su vínculo con el enunciador se manifiesta en lo que Verón llamará *colectivo de identificación* que se expresa en el *nosotros inclusivo* (Verón, 1987). El destinatario negativo, el adversario, es llamado por el autor *contradestinataro*. Sin embargo, su análisis no se detiene allí. Verón también habla de un tercer tipo de destinatario que no es ni positivo ni negativo. Es allí donde recae todo el peso de la persuasión del discurso político: los “indecisos”, que son denominados *paradestinatarios*. *El discurso político es un discurso de refuerzo de la creencia respecto del prodestinatario, de polémica respecto del contradestinataro y de persuasión sólo en lo que concierne al paradestinataro* (Verón, 1987).

En el artículo “La destinación del discurso político: una categoría múltiple”, la lingüista María Marta García Negroni (1988), más allá de las distintas denominaciones de los destinatarios (explícitos o directos para los prodestinatarios; encubiertos para los contradestinatarios e indirectos para los paradestinatarios), hace un análisis que complejiza el despliegue de la destinación al hacer una diferenciación entre los componentes inter e intra discursivos. La multifuncionalidad del discurso político a la que hacíamos referencia anteriormente se expresa en forma jerárquica (García Negroni, 1988). En un complejo ilocucionario, como lo es el discurso político, el segundo acto (derivado u oculto) es derivado por inferencia del primero (explícito o directo). Los destinatarios de estos dos actos son, necesariamente, distintos. Desde el derivado u oculto, el Acto de Habla directo o explícito adquiere el status de marco de validación o pertinencia para el oculto. El poder advertir/amenazar o desacreditar/desautorizar la voz del adversario –poner la polémica en

¹¹ La realización de un enunciado es un acontecimiento histórico: se da existencia a algo que no existía antes de que se hablara y que no existirá después. Esta aparición momentánea es lo que el autor va a llamar “enunciación” (Ducrot, 1986).

funcionamiento- constituye una estrategia que apunta a la realización exitosa de las funciones persuasiva y de refuerzo de creencia del discurso (García Negroni, 1988). Las funciones de persuasión y refuerzo se realizan al nivel del discurso como totalidad. En este sentido, *el discurso político puede entenderse como un gran Macro Acto de Habla con fuerza ilocucionaria que responde a la función de persuadir y reforzar la creencia del Destinatario del Mensaje*¹² (García Negroni, 1988). A diferencia de estas funciones, la función polémica se realiza a nivel de bloques discursivos o enunciados, es otra la jerarquía discursiva. Por ello, *intradiscursivamente las funciones que prevalecen son las de refuerzo/persuasión y a ellas contribuye, como subalterna, la polémica*. En cambio, *desde el punto de vista interdiscursivo, esta última adquiere una jerarquía mayor* (García Negroni, 1988).

1.6. Discurso, argumentación, creencias

En nuestro análisis utilizamos diversas herramientas metodológicas de lo que se conoce como *teoría de la argumentación en la lengua*. Para ello, nos basamos en distintos escritos de Oswald Ducrot (1988), Jean-Claude Anscrombe (1998) María Marta García Negroni (1998) y la reformulación realizada por Ruth Amossy (2000), quien combina esta teoría con los principios de la *escuela francesa*.

En la teoría de la argumentación, el concepto de *topoi* o lugares comunes argumentativos es central. De hecho, para Ducrot –su máximo exponente–, la fuerza argumentativa de un enunciado se halla en el conjunto de lugares comunes argumentales que se le puede aplicar para extraer conclusiones en el discurso (Ducrot, 1988). El locutor utiliza determinado *topoi* para alcanzar, por medio de un enunciado, una conclusión específica (García Negroni, 1998a).

No todos los *topoi* son iguales, los hay intrínsecos y extrínsecos. La diferencia entre unos y otros es que, mientras los primeros están determinados por los constituyentes tópicos de la significación de las palabras de la oración, los segundos se sirven de una creencia presentada como compartida por una cierta comunidad lingüística.

¹² El Destinatario del Mensaje es una imagen estática inicial que, a lo largo del discurso, sufrirá sucesivas transformaciones para dar lugar a un nuevo personaje que constituirá el auditorio apto para los fines que persigue el locutor (García Negroni, 1988).

Para analizar los lugares comunes argumentales, estas creencias compartidas por locutor y alocutario constitutivas del encadenamiento argumental, la teoría *de la argumentación en la lengua* presta especial atención a los conectores utilizados. Uno de ellos es el conector adversativo *pero*. Éste presenta una excepción que es compatible con la regla, y, por tanto, la confirma, mientras, por ejemplo, el conector *sin embargo* pone en juego una excepción que la falsea (Anscombe, 1998).

Otro recurso utilizado para analizar la argumentación, la puesta en escena de aquellas otras voces que forman parte constitutiva de todo discurso, es la *negación*. Desde esta perspectiva, toda negación, excluyendo la meramente descriptiva, pone en escena - reproduciendo o descalificando- determinado punto de vista. Si bien son tres los tipos de negaciones descriptos: *negaciones descriptivas, polémicas y metalingüísticas*, García Negroni se detiene particularmente en las dos últimas pues son las polifónicas (García Negroni, 1998b). A diferencia de la negación polémica, que opone dos enunciadores que un mismo locutor pone en escena, la negación metalingüística se sitúa siempre en un espacio discursivo diferente del rechazado o descalificado (García Negroni, 1998b: 229). La función fundamental de este último tipo de negación es la de instaurar un nuevo espacio discursivo (el antinómico, el extremo o simplemente otro) presentado por el locutor como el único adecuado para la caracterización argumentativa de la situación de la que habla (García Negroni, 1998b).

La lingüista Ruth Amossy (2000) parte de varios de los supuestos de la escuela francesa de análisis del discurso como de la teoría de la argumentación de la lengua y el análisis retórico. Basándose en la distinción que realiza O. Ducrot entre *topoi intrínsecos* y *extrínsecos* (Ducrot, 1988), el objetivo del análisis argumentativo que propone la autora es encontrar los elementos dóxicos, extrínsecos, constitutivos de la argumentación (Amossy y Pierrot, 2005). Toma también para su análisis el concepto *preconstruido* de Michel Pêcheux, formas de encastramiento de la sintaxis que presentan al elemento como si ya estuviera ahí, naturalizándolo. El elemento preconstruido es previo al discurso, no afirmado por el sujeto enunciador, no sometido a la discusión y cuyo origen discursivo ya hemos olvidado (Amossy y Pierrot, 2005).

En lo que se refiere estrictamente a las particularidades que presentan los textos literarios para el análisis argumental, la autora afirma que, a pesar de las diferencias existentes con textos ensayísticos y políticos, los une la dimensión argumentativa (Amossy, 2000). Desde esta perspectiva, por tanto, el relato de ficción, así como cualquier otra manifestación

discursiva, comporta una dimensión argumentativa que coexiste con la narrativa o descriptiva. El texto literario puede abrir u orientar un debate, desvelar o aclarar una problemática. La argumentación en un texto literario puede poner de manifiesto una situación sin proponer una solución unilateral a diferencia de otros géneros discursivos. Como su objetivo no es la persuasión en sí misma, la obligación de univocidad desaparece. La heterogeneidad de visiones, la contradicción entre las mismas, pueden convertirse en parte interesante del tipo de argumentación que se produce en el texto literario. Desde esta perspectiva, entonces, la argumentación no se reduce a los textos que intentan hacer aceptar una tesis, sino también a aquellos que hacen compartir un punto de vista sobre lo real, refuerzan los valores u orientan a la reflexión. El relato de ficción busca actuar sobre el lector.

A partir del análisis de textos literarios, documentos políticos, testimonios, entre otros géneros discursivos, analizamos los lugares comunes argumentales, las memorias discursivas que formaban parte del interdiscurso de las distintas épocas trabajadas. Sin conocer este universo discursivo es difícil poder comprender aquellas condiciones de producción que hicieron posible la emergencia de los discursos revolucionarios de la “Nueva Izquierda”, como los pertenecientes a la era nacida a partir de la reapertura democrática de 1983.

1.7. Agentes y pacientes como problemática ideológica en la *lingüística crítica*

Los máximos exponentes de esta corriente teórica y metodológica, Hodge y Kress, publicaron en 1979 -y ampliaron en 1993- *Language as ideology*. Este libro -posterior a los trabajos realizados por Trew, Fowler y otros, publicados en *Lenguaje y Control* (1979)- viene a sistematizar algunas de las ideas más importantes de esta corriente lingüística. Una de sus tesis principales es que la gramática de una lengua es su teoría sobre la realidad (Hodge y Kress, 1993). Para poder realizar este tipo de análisis toman el aporte de la lingüística sistémica funcional de Halliday (1978). Como Halliday, la lingüística crítica también plantea que el lenguaje funciona dentro de la estructura social como un sistema de opciones entre los cuales los hablantes hacen elecciones de acuerdo a sus circunstancias sociales. Desde esta perspectiva, la lengua ofrece no sólo un conjunto existente de clasificaciones, sino que también permite realizar un conjunto de operaciones para facilitar al hablante una clasificación o reclasificación de la realidad. El proceso de clasificación no es, por consiguiente, ni totalmente libre ni totalmente restringido. La clasificación y, por tanto, el lenguaje es un proceso viviente (Hodge y Kress, 1993).

El lenguaje, como también propone la lingüística sistémico-funcional, es un conjunto relacionado de categorías y procesos. Desde esta perspectiva, la primera parte del análisis lingüístico requiere la distribución en términos de procesos y de participantes, para después poder abstraer la distribución de los agentes y de las interacciones entre los participantes. Lo que más nos interesa de esta perspectiva para nuestro análisis es la distribución de participantes como agentes o afectados, como activos o pasivos en los procesos de transacción causal. Allí reside la cuestión central de la problemática ideológica (Trew, 1979). También el análisis de la modalidad. Este sistema refleja relaciones sociales de manera precisa y sensible, traduciendo diferentes clases de conflictos y contradicciones en forma de negación, petición, orden, etc. Por este y otros medios, las estructuras de la sociedad son internalizadas y se vuelven parte de la conciencia del individuo (Hodge y Kress, 1993).

2. Análisis de narrativas dominantes acerca de los años sesenta y setenta

En este apartado, nos abocamos a algunos de los textos que indagan en las representaciones de la experiencia del terrorismo de Estado y las desapariciones en nuestro país y los regímenes narrativos que las constituyen.

Roberto Pittaluga, en su artículo “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)” (2007), sostiene que hay un marcado contraste en las narraciones acerca del pasado reciente argentino. Mientras durante la primera década de la transición democrática (1984-1994) es una situación caracterizada por la escasez de escrituras, desde mediados de la década del noventa, se torna en un manifiesto interés reflejado en un creciente número de intervenciones. Como si hablar de los setenta hubiera puesto en riesgo la realización de los nuevos horizontes de expectativas de la transición, la militancia de esa época fue una de las cuestiones más recurrentemente soslayadas durante el primer período y, al mismo tiempo, una de las más recobradas durante el período posterior (Pittaluga, 2007). Las condiciones de producción discursivas de la transición democrática no possibilitaban la emergencia de un discurso que permitiera hablar de aquella experiencia en otros términos que no fueran los jurídicos, con víctimas y victimarios.

Esta situación de enunciación, sin embargo, cambia a mediados de los noventa. Primero, por la desilusión que provocó en vastos sectores la experiencia democrática. Otro elemento significativo fueron las masivas conmemoraciones al cumplirse los veinte años del

golpe militar. Entre los agentes de esta nueva visibilidad se encuentra la agrupación H.I.J.O.S. Éstos ya no se limitaban a la denuncia a la represión y la demanda de justicia sino que también se preguntaban quiénes habían sido y qué habían propuesto y deseado las principales víctimas del terrorismo de Estado (Pittaluga, 2007). Las marcas de este cambio derivarán, por un lado, en la producción y preservación de las fuentes documentales. Paralelamente, comienzan a circular memorias y testimonios de quienes fueron militantes.

Nicolás Casullo, en el artículo “Memoria y revolución” (2006), identifica tres narrativas en torno a la experiencia dictatorial argentina. La primera, centrada en la visibilización, denuncia y juzgamiento de la represión, que permitió plasmar la interpretación más difundida que la sociedad tiene de lo vivido. La memoria se preguntó, desde complejos procedimientos discursivos, por la índole de la actuación militar (Casullo, 2006:33). El segundo tipo de narrativas, producidas a mediados de los años noventa, posibilitó la politización de las desapariciones a través de testimonios, textos periodísticos y documentales. En esta etapa, la memoria se interrogó por las formas políticas de un tiempo de violencia extrema (Casullo, 2006:33). Por último, en el presente de la enunciación, se asiste a una etapa signada por propuestas documentales y ficcionales cruzadas por distintas vivencias de relatos generacionales y de hijos de desaparecidos en disputa de versiones, a la vez que se abre una discusión ya no sólo sobre lo acontecido sino sobre lo que el autor denomina *la historia de las narraciones de la memoria de los setenta* (Casullo, 2006:33).

En el libro *Memorias en montaje* de Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga (2006), los autores afirman que estudiar el pasado, producir *memoria*, no se trata, precisamente de aprehender lo sucedido e imprimirlo en el presente de manera fija e inmutable, sino abrir la posibilidad de volver a mirar cada día con nuevos interrogantes; asumiendo lo que ese pasado tiene todavía de presente (Oberti y Pittaluga, 2006: 18). Transmitir no implica, por tanto, repetir. Como demostraremos en la tesis, a diferencia de la posición de enunciación histórica o historicista, que pretenden objetivar ese pasado, construirlo como algo acabado, el discurso (político) construye a ese pasado como algo vivo porque entiende que no se puede hablar de él -mucho menos aún, no se pueden cumplir sus “sueños truncados”- de otra forma que transformándolo. Como afirman los autores, “... quien recibe una herencia debe tener la posibilidad de recrear, de tomar algunas cosas y de dejar otras de lado. Así, el relato transmitido pierde especificidad al conectarse con nuevos contextos diferentes de aquellos” (Oberti y Pittaluga, 2006: 20). *Las memorias críticas son todas aquellas que intervienen en el*

presente poniendo en cuestión los lugares y roles sociales de los sujetos, sus identidades. El objetivo del libro –y de nuestra tesis, también- es aportar a la construcción de este tipo de memoria, rescatar los deseos y sueños truncados que desestabilizan el presente de la enunciación.

Luego de definir la especificidad de la memoria como objeto de estudio, analizan las memorias dominantes acerca del golpe de Estado en Argentina. Para ello, siguen un orden temático y, también, cronológico. El primero de ellos, durante los años ochenta, estaba centrado en el *debate en torno a los alcances y significaciones de la dictadura y la denuncia de los crímenes cometidos por el Estado*. Durante esos años iniciales de la postdictadura, incluso las formas de testimonialidad predominantes estuvieron orientadas primero por las estrategias de denuncia del Terrorismo de Estado y luego por la necesidad de la prueba judicial, que derivaron en el juicio y condena a las Juntas Militares (Oberti y Pittaluga, 2006: 25). El segundo momento, a fines de la misma década, se produce a partir de la sanción, durante el gobierno de Alfonsín, de las leyes de obediencia debida y punto final, buscando así alguna forma de cierre del pasado reciente. Sin embargo, *aquello que quiso ser clausurado por ley, volvió por nuevas vías en las voces de los “hijos” y en la de los ex-militantes, quienes no hacen eje en la represión sino en las propia experiencia militante de los años sesenta y setenta*.

El libro se desarrolla en dos secciones. La primera de ellas –que es la que nos ocupa¹³- se denomina “Escrituras sobre la militancia armada en la Argentina”. Allí, Oberti y Pittaluga exponen, como su título indica, el análisis de los modos de construcción de las narrativas sobre la militancia armada setentista en diferentes tipos de discursos: films, textos académicos, literatura testimonial, ensayos, prensa escrita. En todos estos textos, heterogéneos, los autores trazan las narrativas dominantes, vinculándolas con el momento histórico en el que fueron producidos. Esta historización de los discursos acerca del pasado reciente permite pensar los discursos en sus condiciones de posibilidad, lo que puede y no puede decirse en un momento histórico determinado. Lo que nosotros llamamos en la tesis *condiciones de producción discursivas*¹⁴.

¹³ La segunda sección trata sobre los “Pensamientos sobre la memoria y la historia” en la filosofía occidental.

¹⁴ Ver definición en p. 25.

El libro *La historia política del Nunca Más* está basado en la tesis de doctorado del sociólogo Emilio Crenzel (2008). La meta del texto, como su mismo autor expresa, es “entender –a partir del estudio de la elaboración, la circulación pública y las resignificaciones del *Nunca Más*- los procesos políticos que dieron lugar a que este libro alcanzara esa condición” (Crenzel, 2008: 17), la de legado de las presentes y futuras generaciones para evocar la desaparición de personas y la violencia política en los años setenta.

Lo que nos interesa de su análisis es la representación de las causas del último golpe cívico-militar y de los desaparecidos en el *Nunca Más*. La tesis que sostiene el autor es que el informe *Nunca Más* conformó un nuevo régimen de memoria social sobre la violencia política y las desapariciones en la Argentina mediante la integración de ciertos principios generales de la democracia política, los postulados del gobierno de Alfonsín para juzgar la violencia política y la narrativa humanitaria forjada durante la dictadura para denunciar sus crímenes. *En este nuevo régimen de memoria social no hay combatientes, militantes, guerra revolucionaria y contrarrevolucionaria, sino dos demonios: militares y guerrilleros, y víctimas: los desaparecidos y la sociedad civil, ambos inocentes, despolitizados*. Estos discursos estaban presentes antes de la existencia del informe, en las denuncias de los familiares de las víctimas posteriores al golpe de 1976. Como dice el autor:

La clave revolucionaria con la cual había sido denunciada la represión política y las propias desapariciones y las propias desapariciones antes del golpe de 1976 fue paulatinamente desplazada por una narrativa humanitaria que convocaba, desde un imperativo moral, a la empatía con la experiencia límite sin historizar el crimen (...) la denuncia en términos histórico-políticos de la violencia de estado y su relación con el orden social o con los grupos de poder fue sustituida por la descripción fáctica y en detalle de los secuestros, las torturas padecidas, las características de los lugares de cautiverio, la precisión de los nombres de los cautivos y de los responsables de las violaciones. Como correlato de esta perspectiva, la trama política fue crecientemente entendida como un enfrentamiento entre víctimas y victimarios, que desplazó la matriz de la lucha de clases o la antinomia entre el pueblo y la oligarquía que predominaban en la militancia radicalizada antes del golpe. Por otro lado, la reivindicación de la violencia por parte de esta militancia como instrumento legítimo de ciertas metas políticas fue reemplazada por la denuncia de las prácticas que violaban la integridad física o psíquica de los ciudadanos. (Crenzel, 2008:44-45).

Desde el discurso de los familiares y de los propios sobrevivientes, las desapariciones dejan de estar vinculadas a la militancia política, a la “heroicidad” propia del “hombre nuevo”, ahora “víctima”. En lugar de describir su actividad política, a qué agrupación u

organización pertenecían, las víctimas de la represión son representadas mediante sus datos identitarios básicos, como la edad y el sexo; su ocupación o pertenencia religiosa; y la mención a sus valores morales. *Esta representación de los desaparecidos construye a la represión estatal como indiscriminada y a las víctimas como inocentes, convocando así a la empatía de los receptores.*

El informe *Nunca Más*, como ya señalamos, no sólo masivizó la visión humanitaria de las desapariciones, sino que le agrega un ingrediente no menor, presente en el discurso oficial de la nueva democracia: *la teoría de los dos demonios*. “En su prólogo, el libro evoca un tiempo primero dominado por la violencia político producto de los extremos ideológicos. De este modo, el informe reduce la conflictividad vigente en la sociedad argentina de entonces al enfrentamiento armado entre estos grupos” (Crenzel, 2008: 105). Como veremos en el análisis del discurso de Alfonsín y del primer prólogo del informe¹⁵, la teoría de los dos demonios y la victimización de los desaparecidos fueron dos caras de una misma moneda del discurso que la joven democracia construyó sobre el pasado reciente argentino.

El mismo autor, en 2010, coordinó el libro *Los desaparecidos en la Argentina. Memorias, representaciones e ideas* (Crenzel, 2010). Éste contiene artículos de diferentes investigadores¹⁶ sobre diversos aspectos de estas “memorias, representaciones e ideas”.

El texto parte del supuesto que, desde que el país retornó a la democracia, la figura de los desaparecidos ha sido pensada, representada y evocada mediante una multiplicidad de soportes y vehículos. Su representación se ha ido modificando a través del tiempo como resultado de las diversas intervenciones narrativas que, lejos de condensar un sentido unívoco, es aún objeto de confrontaciones. Sin embargo, también señalan que, tópicos como el compromiso político de los desaparecidos, tienen aún un carácter incipiente. La militancia armada, por ejemplo, recién comenzó a formar parte de estas representaciones en la década de los noventa.

A pesar de estos cambios, los autores del texto dan cuenta de ciertas continuidades en estas representaciones:

¹⁵ Ver capítulo IV de la tesis, p. 207.

¹⁶ Diego Born; Emilio Crenzel; Claudia Feld; Carla Guastamacchia; Malka Hancevich; Elizabeth Jelin; Ana Laura Lobo; Ana Longoni; Martín Morgavi; Rossana Nofal; Sabrina Pérez Álvarez; Sandra Raggio; Lorena Soler; Hernan Von Tschirnhaus; Brenda Werth.

... se destacan la primacía de la voz del testigo y del lazo de familia; la presentación de los desaparecidos a partir de sus datos identitarios básicos y sus cualidades morales, que discurre en paralelo a la dificultad por inscribir en términos políticos sus compromisos y los conflictos en los que tomaron parte; un marcado sesgo en su representación en términos de clase, con un predominio abrumador de su presentación como miembros de las clases medias que contrasta con la importancia cuantitativa, según los registros oficiales, que poseen los obreros en el universo de los desaparecidos; la tendencia a presentar de una forma totalizadora las relaciones de la sociedad argentina con la violencia de Estado, sea como su víctima o su cómplice; la ausencia de presentaciones críticas sobre los orígenes de la violencia política y la tendencia a identificar al presente con el pasado omitiendo los cambios operados (Crenzel, 2010).

Como veremos en la tesis, si bien es cierto que son más recurrentes estas representaciones que hacen a la inocencia despolitizada de los desaparecidos, también es cierto que durante la década de los noventa y, especialmente, a partir de 2003, comenzaron a circular discursos académicos y de ex militantes que cuestionan esta representación, rescatando/criticando la militancia política de los desaparecidos. Hasta el propio discurso del ex Presidente, Néstor Kirchner, se construye como continuador de sus sueños. Esta reivindicación o mirada crítica acerca de la militancia de los desaparecidos en tanto sujetos políticos, miembros de una generación de transformación: la generación del setenta, si bien niega, en parte, el discurso victimizante de la transición, se realiza desde los ejes discursivos que la nueva *época democrática otorga*. Son una negación dentro del discurso dominante, en fin, un *discurso opositor*, pero no un *discurso emergente*¹⁷.

2.1. El pasado reciente y la “Nueva izquierda” en la bibliografía contemporánea.

Teniendo en cuenta los diferentes modos narrativos de representar ese pasado pudimos analizar de mejor forma qué era lo que podía y no podía decirse en cada momento, y en función de estos de estos regímenes de lo decible, analizar el corpus y la bibliografía producida acerca del tema.

La mayor parte de los textos académicos que se interrogaron, como nosotros, acerca de la moral militante y las subjetividades revolucionarias de las organizaciones político-militares de los años sesentas y setentas, lo que se conoce como “Nueva Izquierda”¹⁸ se

¹⁷ Para volver sobre la definición de dichos conceptos, ver pp. 24-25.

¹⁸ Ver definición de Hilb y Lutzky (1984) en p. 57 de la tesis.

produjeron en el último marco narrativo descrito por Nicolás Casullo (2006), Roberto Pittaluga y Alejandra Oberti (2006). Nos detendremos, brevemente, en algunos de estos textos.

De la bibliografía trabajada, unos pocos (Oberti, 2004 y 2005; Veron y Sigal, 2003) utilizan estrategias metodológicas provenientes del análisis del discurso. El resto hará diferentes tipos de aproximaciones desde un análisis de contenido de los enunciados. A partir del análisis de estos textos y la forma en que abordan el corpus de análisis, daremos cuenta de los aspectos que tomamos, como de los que nos distanciamos y diferenciamos, para realizar la tesis.

Pablo Pozzi en el texto “‘Los perros’: La cultura guerrillera del PRT-ERP” (1996), analiza en entrevistas e historias de vida, el imaginario y las prácticas culturales que formaban parte de lo que él llama el estilo partidario del PRT-ERP, concluyendo que eran ellas las que cohesionaban y otorgaban identidad a los miembros de la organización. En su libro *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla marxista* (2004), en pos de reconstruir la historia de ésta organización, dedica un capítulo entero a la problemática de la moral revolucionaria. A partir del análisis de entrevistas y documentos de la organización – comparación contrastiva que desconoce las diferentes condiciones de producción discursivas– refuerza esta idea acerca de la relación entre el estilo partidario y los lazos identitarios. La concepción del “hombre nuevo” guevarista derivó en la adopción de una serie de reglas, un modelo de militante que distingue, para Pozzi, al PRT-ERP de otras organizaciones. Para este autor, los diferentes criterios y mandatos conformaron una “cultura” o “estructura de sentimientos” –concepto tomado del libro de Raymond Williams, *The long revolution* (Pozzi, 2004:125) – diferentes a las del resto. Este rasgo que distinguía al PRT-ERP proviene de dos fuentes de valores y tradiciones culturales que abrevaron en su constitución como organización: por un lado, la cultura trotskista de Palabra Obrera, que aportó una “experiencia, una formación y una tradición izquierdista inexistentes en el FRIP¹⁹ de los Santucho” (Pozzi, 2004:125); y, por el otro, el aporte de los militantes del FRIP vinculado a valores propios del ideario cristiano, que el PRT-ERP reivindicaba como las “auténticas virtudes proletarias”. Desde este punto de vista, *la identidad del PRT-ERP es diferente y contrapuesta a la de las otras organizaciones del momento como a las de la izquierda clásica.*

¹⁹ Frente Revolucionario Indoamericanista Popular.

Ana Longoni en el artículo “La pasión según Eduardo Favario. La militancia revolucionaria como ética del sacrificio” (2000), trabaja las implicancias de una moral ascética y sacrificada a través de la historia de un artista devenido militante del PRT-ERP, caído en combate. A partir del análisis de *Reportaje al pie del patíbulo* – texto que analizamos en nuestra tesis- y de cartas y manuscritos de militantes, indaga en los cruces entre la pasión (por la política, por el arte) y la muerte en tanto mandato de sacrificio. Estos textos fueron contrastados con testimonios actuales de ex militantes, también desconociendo las particulares condiciones de producción que los atraviesan. En su libro *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión* (2007), Longoni profundiza lo trabajado en el artículo anterior a partir del análisis de literatura producida desde la apertura democrática y testimonios de sobrevivientes acerca de la figura del traidor. El uso de los testimonios también es contrastivo, sin embargo toma en cuenta las diferentes condiciones de producción discursivas de los textos:

Si en los '80, un escollo insalvable para realizar dicha autocrítica parece haber sido la táctica discursiva entonces hegemónica, en los '90 radica en gran medida en el nuevo impulso que en ciertos círculos cobró la mitificación alrededor de ciertas figuras (el Che), procesos políticos (Cuba) y experiencias (la guerrilla). Y justamente porque operan como mito no pueden descomponerse, ni analizarse, sino que reclaman para sí una adhesión global y sin fisuras (Longoni, 2007: 26-27).

El libro *Traiciones...* se propone desentrañar la arraigada asociación entre sobreviviente y traición. Para Longoni, la reproducción de esta asociación en los discursos presentes, su naturalización como tal, dificulta la producción de un balance crítico acerca de la militancia armada en los años setenta y su derrota. A partir del análisis de diferentes novelas producidas en el nuevo período democrático abierto en 1983 –*Recuerdo de la muerte* de Miguel Bonasso; *Los compañeros* de Rolo Diez; *El fin de la historia* de Liliana Heker- se pregunta cómo los textos reelaboran los materiales testimoniales de los que se nutre y se posicionan ante la estigmatización del sobreviviente como traidor. Estas novelas –como sucede con las que analizamos en la tesis- sostienen un estatuto de lectura ambiguo, a medio camino entre la ficción y el testimonio. Su verosímil se reconstruye a partir de la revelación – nacida del testimonio- de alguna verdad hasta entonces oculta, velada, tergiversada. En el último capítulo del libro, titulado “El mandato sacrificial”, analiza los códigos éticos de la militancia revolucionaria que sostienen esta descalificación como traidores a los

sobrevivientes. Para ello analiza tanto manuscritos, cartas, escritos personales de militantes como el texto *Reportaje al pie del patíbulo* y otros. Para pensar la conformación ético-identitaria de las organizaciones revolucionarias de los sesenta y setenta, toma el concepto de *mito* de la reinterpretación que realizan Laclau y Mouffe (1987) del mito soreliano. A diferencia del análisis realizado por Pablo Pozzi, para la autora esta posición sacrificial frente a la muerte no es exclusiva del discurso del ERP, también formaba parte del imaginario de Montoneros (Longoni, 2007:177). El análisis de *Reportaje al pie del patíbulo*, texto asiduamente leído por la izquierda argentina de esos años, le permite reconstruir esa moral sacrificial constitutiva de la práctica guerrillera, que permite explicar la estigmatización del “traidor”.

Eliseo Verón y Silvia Sigal en *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (2003), parten del análisis enunciativo para así poder analizar el discurso político peronista en su producción y reconocimiento. Es por ello que analizan tanto el discurso de Perón –que se ubica al nivel de la producción- como el de la JP y Montoneros –que tiene ver con la recepción del mismo-. Desde su perspectiva, ningún comportamiento social es comprensible por fuera del orden simbólico que la genera y del universo imaginario que ella misma engendra dentro de un campo determinado de relaciones sociales. Para ello proponen el análisis de los discursos sociales, lo que permite comprender los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social, lo que los actores hacen. En el caso que los ocupa, el tema es ver qué tipo de lectura del peronismo y del propio Perón implicó la posición política de la juventud. *La continuidad histórica y la coherencia discursiva del peronismo no se encuentran en sus contenidos, en lo que ellos denominan el plano de los enunciados, sino en el plano de la enunciación.* La lectura del peronismo de Montoneros y la juventud, no puede comprenderse como respuesta a los enunciados peronistas sino como estrategia de inserción en el dispositivo de enunciación del peronismo:

Los avatares de la ‘izquierda’ peronista representada por la juventud y en particular el modo en que la creencia operó en dicho contexto no pueden explicarse, a nuestro juicio, si no se los sitúa a la luz de las propiedades fundamentales de funcionamiento del discurso peronista (Verón, 2003: 26).

Esta perspectiva nos permitió abordar el tema de la producción y la recepción, lo que llamamos en la tesis, los *militantes como lectores/actores.* En esa compleja red de

interpretaciones se producen los discursos, lo que llamamos tomando a Courtine (1981), sus *condiciones de producción*. También, nos permitió problematizar por qué, a pesar de los cambios producidos en las condiciones de producción discursivas, persisten, en los discursos analizados, similares posiciones de enunciación del narrador en relación con los destinatarios: el yo del enunciador en tanto poseedor del saber, la moral y la verdad, y el otro como amenaza externa pero también interna, de ahí la necesidad de vigilar por las buenas conciencias.

En “La moral según los revolucionarios” (2004 y 2005), Alejandra Oberti analiza, desde las categorías analítico-discursivas de Eliseo Verón (1987)²⁰, uno de los documentos del PRT-ERP que trabajamos en nuestra investigación: “Moral y Proletarización”. A través del análisis enunciativo de este documento, concluye que la moral ascética y disciplinada que interpelaba a los militantes era no sólo anacrónica para el momento histórico -teniendo en cuenta la “revolución sexual” de los sesenta- sino que la imagen de militante neutro construida como ideal contribuyó a la desigualdad sexista. Así lo manifiesta la autora:

Encuentro que los discursos del PRT-ERP eran ciegos y prisioneros de su propia complicidad con la ideología de género que opera por medio de su compromiso con la subjetividad. Negar la diferencia sexual es ante todo negar las relaciones sociales de género que constituyen y legitiman la opresión sexual de las mujeres y además negar el género es permanecer en la ideología, una ideología que en forma manifiesta está al autoservicio de sujetos generizados masculinos (Oberti, 2004/2005: 83-83).

Si bien acordamos con la autora que en la misma época en que fue producido este documento, el tópico de la sexualidad y el papel de la mujer en la sociedad y en la pareja estaban sujetos a disputa ideológica dentro de la propia izquierda²¹, también creemos que criticar estos discursos desde el concepto de “género”, olvida que esta corriente teórico-política no formaba parte de la matriz discursiva de la izquierda argentina de los sesenta y setenta y, por tanto, era impensable (por inexistente) esa mirada. Por otra parte, esta autora, al igual que los otros casos expuestos, también utiliza los testimonios en forma contrastiva. Desde su perspectiva, los testimonios aportan lo que los documentos no pueden. Para la autora, a diferencia del documento, que permite una lectura limitada de las subjetividades

²⁰ Descriptas en el apartado dedicado a la teoría de la enunciación y el discurso político, pp. 30-32.

²¹ Así lo veremos cuando analicemos los textos literarios de Urondo y Cortázar en el capítulo III, p. 153.

producidas en las organizaciones, el testimonio abre fisuras, o bien contrastando lo que dice la letra impresa o bien permitiendo que afloren culpas y deseos, permitiendo una apertura hacia el presente y el futuro. Desde nuestra perspectiva, *esta concepción olvida que todo texto constituye y manifiesta un tipo determinado de subjetividad (sea éste documento o testimonio), como también las (diferentes) condiciones de producción discursivas de los discursos analizados.*

Por su parte, en el texto “Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP” (2004 y 2005), Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez también analizan “Moral y proletarización” como Oberti (2004 y 2005) pero desde un punto de vista que, si bien no utiliza al análisis del discurso como metodología de análisis, toma mayormente en cuenta las relaciones y diferencias entre el pasado y el presente. El documento es examinado a la luz de las transformaciones sufridas desde esa época a esta parte, ubicando a las condiciones de excepcionalidad y guerra como razones que dan sentido al tipo de subjetividad guerrillera:

La pregunta por la vida cotidiana y el sentido de la moral que guiara la práctica política de toda una generación, mayoritariamente nacida entre los años '40 y '50, y la decisión de ceñirnos al caso del PRT-ERP, una de las organizaciones político militares que, nacida en los años '60, protagonizó muchos episodios significativos de la historia política reciente de la Argentina, tiene sentido sólo si podemos realizar una doble operación: situarnos en ese punto del pasado político e interrogar acerca de su sentido hoy (Ciriza y Rodríguez, 2004 y 2005).

Ana Guglielmucci, en el texto “Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante” (2006), analiza, desde el análisis antropológico, los testimonios actuales de mujeres militantes de diversas organizaciones armadas para dar cuenta de la moralidad y las creencias que daban sustento a dicha práctica política. Este análisis lo realiza, sin embargo, *sin tener en cuenta los cambios discursivos e ideológicos que operaron desde la época en que se llevaron a cabo dichas prácticas hasta el momento en que se producen dichos testimonios.* A través de este trabajo, llega a la siguiente conclusión: sólo a través de la entrega incondicional a la organización podía efectivizarse la construcción del tan mentado “hombre nuevo”. Esto fue así porque la organización político-militar era percibida como símbolo, expresión viviente del ideario político, su garante y defensora. Dados estos supuestos, la autora afirma lo siguiente:

La capacidad de sacrificarse por la revolución constituyó una condición subyacente al principio de autoridad. Por medio del gasto visible de tiempo, saberes, energía e, incluso, por la puesta en peligro de la propia vida, aquel que sacrificaba algo de su autosuficiencia individual obtenía el reconocimiento acordado de un valor por parte del grupo. Reconocimiento que se podía expresar de diferentes maneras, ya sea a través del derecho a mandar, el derecho a ser mantenido económicamente por la organización, etc. Reconocimiento que suponía, a su vez, una responsabilidad. De esta forma, se articuló una cadena de deudas y de derechos, una cadena de adhesiones y credibilidades, en la cual se sustentó el proyecto revolucionario (Guglielmucci, 2006:80).

Desde esta perspectiva, dado que todos se encontraban en deuda con la organización, las necesidades y sentimientos colectivos tendieron a primar por sobre las necesidades y sentimientos individuales.

Pilar Calveiro en su libro *Política y/o violencia* (2005), retoma y profundiza lo analizado en *Poder y concentración* (2004). Si en este último texto la autora se había dedicado a analizar la dinámica propia de los agentes de la represión, en *Política y/o violencia* hace lo propio con las organizaciones que se propusieron transformar la sociedad argentina de los sesenta y setenta. Desde su perspectiva, el golpe militar del General Onganía de 1966 cumplió un papel fundamental para la radicalización política de diversos sectores. En este caso, los militares no se planteaban un golpe que restituyera un poder civil afín a sus intereses sino permanecer largo tiempo en el gobierno. Se proponían transformar profundamente la sociedad; constituirse, como institución, en el *núcleo mismo del Estado* (Calveiro, 2005). La autora plantea que fueron los sectores dominantes –civiles y militares–

... los primeros en decretar el agotamiento democrático, reiterando el mecanismo de desaparecer lo inmanejable. Ante la imposibilidad de desaparecer al peronismo, que reaparecía en las alianzas políticas y en la lucha sindical, se optaba por desaparecer la democracia e incluso la política (Calveiro, 2005:30).

A raíz de este escenario militarizado, las organizaciones guerrilleras se entrenan y equipan militarmente, a punto de entrar en acción para disputarle al Estado el monopolio de la violencia (Calveiro, 2005:38). Desde esta visión de las cosas, *la militarización del Estado posibilita y refuerza la militarización de las organizaciones armadas*. Las organizaciones armadas reproducen en modo especular la identidad del enemigo: “la guerrilla había comenzado a reproducir en su seno las formas y las técnicas del poder establecido, antes que

generar su cuestionamiento y desarrollar variantes alternativas de práctica y participación política” (Calveiro, 2005:134-135). Heroicidad, sacrificio, mesianismo eran elementos claves en la construcción identitaria de las Fuerzas Armadas pero también, de la moral revolucionaria de las organizaciones armadas. Por lo tanto, para la autora, *la identidad de las organizaciones revolucionarias, más que anclarse en una práctica discursiva y cultural propia, es un producto especular de la identidad del enemigo*, las Fuerzas Armadas en este caso.

Vera Carnovale, a través de la investigación histórica, analiza en documentos y entrevistas a ex militantes del PRT-ERP, la significación de conceptos centrales en la conformación de la identidad colectiva en cuestión, tales como “proletarización”, “enemigo” y “héroe”²².

En el artículo “El concepto de enemigo en el PRT-ERP” (2004), Carnovale indaga sobre las dos acepciones del concepto de enemigo que conviven en el corpus. Una de estos sentidos se vincula con definiciones teórico-ideológicas: este “enemigo” es el enemigo de clase, la “burguesía”, “la sociedad capitalista”. La otra acepción se vincula con los efectos de ciertas particularidades de la dinámica política de la década de los setenta en Argentina: el “enemigo” son los agentes represores del Estado. Siguiendo la línea de análisis abierta por Pilar Calveiro (2004), si el enemigo más concreto y real son las Fuerzas Armadas, no resulta extraña la decisión de la dirección partidaria de crear otro ejército, revolucionario y popular, en oposición a ese otro identificado como “enemigo”. Esta “militarización”, como es comúnmente denominada, no sería una desviación –como sí postulan muchos otros textos sobre el tema- sino el núcleo mismo de sus formulaciones conceptuales y de las imaginaciones de la revolución como guerra. El paradigma amigo-enemigo atraviesa y constituye su identidad. El enemigo de clase es desplazado, por tanto, por el enemigo militar. La identidad del PRT-ERP queda definida en contraposición a la concepción militarista del enemigo.

En el texto “Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP” (2006), Vera Carnovale analiza en el documento “Moral y proletarización” y en entrevistas a ex militantes, las premisas sobre las que se sustentaba la idea de proletarización en el PRT-

²² Si bien analizamos los artículos donde se fueron plasmando los resultados de esta investigación, en el libro *Los combatientes* (Carnovale, 2011), de reciente publicación, la autora desarrolla todos estos conceptos en forma conjunta y sistematizada.

ERP, para así poder trabajar sobre la identidad de la organización. Retomando la idea leninista de una fisura entre ideología y clase revolucionarias, el planteo del PRT-ERP de la proletarianización postula una escisión entre ideología y moral revolucionaria. Desde la perspectiva de la organización, sólo la conjunción ideología-conciencia de clase posibilita el surgimiento y desarrollo de esta “nueva moral”. Es por eso que la conformación partidaria debe anidar en la clase obrera y no en la intelectualidad pequeño-burguesa. Son estos valores morales, proletarios, lo que los militantes de la pequeña burguesía deben adquirir en la experiencia de proletarianización. Por medio del análisis de entrevistas a ex militantes realizadas por la autora, desmiente varias premisas del documento. Esto es así porque *el testimonio es utilizado como contrapeso de la fuente escrita*. Se pasan por alto las distintas condiciones de producción, llevando así un análisis deshistorizado de los discursos lo que la lleva a afirmar que, si bien la discursividad partidaria hacía del sacrificio y la renuncia de sus militantes un eje discursivo-ideológico, los testimonios dan cuenta de lo contrario pues estos principios no fueron internalizados por sus militantes, como lo deseaba la organización. La autora, de esta forma, escinde discurso y práctica, desconociendo la relación dialéctica, constitutiva entre ambas. Por otra parte, al usar las fuentes escritas y orales de modo contrastivo, olvida en su análisis las diferentes condiciones de producción discursivas de testimonios y documentos.

En el artículo “En la mira perretista. Las ejecuciones del ‘largo brazo de la justicia popular’” (2007), Vera Carnovale plantea que la ejecución de torturadores por parte del PRT-ERP era otra forma de poner en escena aquella moral para la cual era inadmisibles la tortura. Lo anterior se corresponde con el tipo de identidad de la militancia perretista, fuertemente anclada en postulados y mandatos morales. La organización, en tanto encarnación del “hombre nuevo” guevarista, buscaba erigirse no sólo como vanguardia política sino también como referente moral del movimiento de masas. Esta autoridad moral no se sustentaba sólo en la autoasignada representación de aquella justicia popular. También encontraba otra fuente de legitimación en la postulación de una superioridad moral respecto de las fuerzas enemigas. Con este enemigo como referente, el PRT-ERP construyó su propia identidad. A partir de este razonamiento, la autora construye una relación causal entre lo que llama “fusilamientos indiscriminados del PRT” con el encarnamiento de la represión. La “represalia indiscriminada” queda constituida como “reflejo” de las “formas despersonalizadas de la guerra”.

Por último, en el texto “Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP” (2008), Vera Carnovale afirma que la oposición entre violencia y política no sirve para

explicar el denominado proceso de “militarización”. En primer lugar, porque implicaría pensar que tanto uno como otro son términos excluyentes. Más que un proceso de “militarización”, el acrecentamiento del accionar militar es caracterizado como consecuencia directa de la forma en que era concebida la lucha revolucionaria. Si la revolución es guerra, sólo la construcción de un ejército que fuera de lo “pequeño a lo grande” podía garantizar el triunfo popular. Más que desviación, la “militarización” forma parte de las posibilidades abiertas por las enseñanzas de los teóricos de la guerra revolucionaria que el PRT-ERP adoptó en el IV Congreso de 1968.

Si bien concordamos en algunas de las conclusiones a las que arriba la autora –su lectura de la militarización, el análisis de la moral revolucionaria, entre otras-, nos diferenciamos en el uso de las fuentes, su no problematización del lenguaje como fenómeno ideológico e históricamente situado. En todos estos textos, como vimos, Vera Carnovale intercala su análisis entre documentos y testimonios sin problematizar de hecho la distancia epocal, ideológica, que separa unos de otros, desconociendo así lo que consideramos nodal, no sólo para encarar análisis históricos, sino cualquier tipo de análisis social. Para nosotros *el lenguaje no es transparente, está atravesado por formaciones ideológicas, discursivas, que lo constituyen, y por tanto, no se puede hacer un análisis lineal y deshistorizado de las prácticas discursivas, sin considerar sus diferentes condiciones de producción*. Como analizamos a lo largo de nuestro trabajo, el discurso (ya sean entrevistas, novelas o documentos, lo mismo da) está constituido por distintas representaciones y creencias pasadas (o futuras) que se actualizan en la enunciación repitiéndolas, refutándolas, actualizándolas.

Hugo Vezzetti, en su trabajo *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* (2002), analiza las representaciones imaginarias que formaban parte de la violencia y el terrorismo de Estado en la Argentina de los años setenta. Aquí “representaciones/significados” no se opone a “experiencia/acontecimiento” sino que se suponen mutuamente. No puede darse uno sin el otro. En el caso de la dictadura argentina, para el autor, ninguno de los fines que han sido expuestos alcanza para explicar el plan sistemático de exterminio. Hay algo que excede a cualquier explicación racional que debe ser analizado a la luz de otros componentes, imaginarios. Para ello explora imágenes, ideas y discursos, la materia misma de la memoria y la experiencia sociales (Vezzetti, 2002:14). Afirma que

las figuraciones de la guerra que exaltaban la imagen épica de los represores no eran muy distintas de las que impregnaban la acción de las organizaciones armadas del peronismo y el guevarismo que, hay que recordarlo, llegaron a tener un respaldo significativo en la sociedad (Vezzetti, 2002:39).

En un artículo publicado posteriormente, “Conflictos de la memoria en la Argentina” (Vezzetti, 2004), este mismo autor trabaja sobre los diferentes tiempos históricos y la importancia del imaginario y de los mitos en el accionar revolucionario de la militancia de los setenta. El nacimiento del mito revolucionario encontraba sus condiciones en una configuración ideológica e imaginaria que reunía resistencia peronista, guevarismo y radicalización católica, bajo las banderas del antiimperialismo.

En su libro *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos* (Vezzetti, 2009), continúa con esta relación problemática entre el pasado y el presente pero haciendo mayor hincapié en la violencia revolucionaria y las figuras combatientes constitutivas de la práctica política de aquellos años. Su objetivo es dar cuenta de lo que él llama la “moral combatiente”. Su análisis se centra mayormente en fuentes montoneras. Desde la perspectiva del autor, Montoneros muestra, “de un modo exagerado, rasgos básicos de una constelación de ideas, creencias y pasiones que dominó el humor revolucionario de los setenta” (Vezzetti, 2009:137).

Para este autor, la representación social que instituye a los combatientes revolucionarios asesinados y/o desaparecidos como los mejores, parte de dos supuestos bien distintos: o bien, en el interior del mito revolucionario, expresa el culto a la heroicidad y el molde de los guerreros; o bien, en la recuperación social más amplia, nace de una culpa difusa en los sobrevivientes y en la sociedad que no fue capaz de proteger tantas vidas exterminadas en una masacre rutinaria (Vezzetti, 2009:141). La muerte, de esta forma, queda constituida como consustancial a esa imaginación revolucionaria en la medida que la política queda reemplazada por el imaginario cristiano que condensa en el martirio la ofrenda máxima y la entrada en la inmortalidad. Para Vezzetti,

... esa exaltación de la muerte en la religión revolucionaria, la exaltación de la sangre y la pasión por el combate, no encontraba sus raíces en la tradición de la izquierda marxista. Más bien, integra ingredientes morales extensamente implantados en la cultura milicianas, que han constituido un núcleo fundamental de la religión fascista... (Vezzetti, 2009: 141).

El imaginario constitutivo de la práctica política guerrillera se diferencia en gran medida del universo de las izquierdas, más preocupado por la estrategia, el liderazgo y la relación con las masas que por el coraje personal. Esta figura del combatiente guerrillero se afina en la experiencia latinoamericana, con la figura del nuevo líder revolucionario, Ernesto “Che” Guevara. En ese sistema de creencias e identidades, el ejemplo siempre viene dado de los mártires y caídos en combate, es por ello que los sobrevivientes, convocados a dar su testimonio, deben comenzar por disipar cierto estado de sospecha (Vezzetti, 2009:142-143).

Para Vezzetti, el “traidor” –como estuvimos viendo, nudo central del análisis de Longoni (2007)- más que una figura de la memoria es un rótulo propio de los rituales y códigos de la guerra revolucionaria (Vezzetti, 2009: 144). Hay dos sentidos del sacrificio: por un lado, el caso del que ofrenda su vida unificado y afirmado en el mito y en la creencia en la victoria final; por otro, de quien cae prisionero cuando ya no cree. En este último caso, no se puede hablar, estrictamente, de sacrificio o, en todo caso, es de otra naturaleza. Este culto a los caídos lo relaciona a las ceremonias nacionales, propias de la modernidad, nacidas a partir de la Revolución Francesa. Así lo expresa:

En el origen, la implantación de las representaciones de la guerra revolucionaria requería la presencia exaltada de los héroes muertos en combate, un rasgo calcado de los rituales patrióticos que se reforzaba con el vuelco del cristianismo revolucionario a la lucha armada” (Vezzetti, 2009:154).

El mesianismo revolucionario, si en su faz objetiva alentaba la redención por la sangre derramada, en el plano subjetivo reforzaba un tópico ampliamente invocado en el discurso revolucionario de la época: la liberación dependía de la creación del “hombre nuevo”. Para analizar las formas asumidas de este “hombre nuevo” indaga en la cultura cristiana, la tradición jacobina, el humanismo marxista y la ética sacrificial ligada a las experiencias fascistas. La otra vertiente analizada en la constelación de sentidos del hombre nuevo que impactó fuertemente en la militancia revolucionaria de los setenta es la consigna de “desclasarse”: “Aquellos viejos que debían quedar atrás en esta suerte de segundo nacimiento era una condición sobrellevada como una falla esencial, una subjetividad de clase, condensada en la figura del pequeño-burgués” (Vezzetti, 2009:196). Desclasarse significaba, sobre todo, una conversión moral; era, en este sentido, el enemigo más próximo. Como veremos cuando presentemos el análisis de nuestro corpus, el pequeño-burgués encarna siempre aquellos

atributos que eran contraproducentes al voluntarismo imperante: los pequeño-burgueses son los débiles, los pacifistas, todo aquel que no esté del todo convencido en tomar las armas y entregarse al mandato revolucionario. Para el autor, las consecuencias de esta concepción llegan al presente: la figura del héroe muerto, excepcional, la máxima realización de una cultura revolucionaria, perdura como un motivo en las evocaciones actuales (Vezzetti, 2009:202).

En el libro *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, María Matilde Ollier (1998) analiza las distintas instancias que favorecieron el desarrollo de la identidad revolucionaria de los jóvenes de las décadas del sesenta y setenta que militaron en lo que la autora denomina *izquierda revolucionaria*. La investigación rastrea en testimonios de sobrevivientes las razones de la conformación de aquella identidad colectiva. Este análisis la lleva a afirmar lo siguiente:

... la radicalización de los sobrevivientes se alimentó en ámbitos privados (familia y amigos), públicos (escuela, iglesia, universidad, áreas culturales) y políticos (la percepción y el impacto de la dinámica política sobre ellos); desde aquí, entonces, pueden observarse los componentes de continuidad con la cultura política argentina y su sociedad (Ollier, 1998: 14).

La autora concluye que, entre las décadas del cuarenta al setenta en la Argentina, lo privado y lo público se encontraban subordinados a lo político. Esta relación particular entre las distintas esferas permite explicar, desde esta perspectiva, la conformación de la identidad revolucionaria. El golpe de Estado de 1976 es el inicio del fin de esta relación entre privado, público y político, y, por tanto, el inicio de nuevos tipos de identidades políticas.

En un texto posterior, *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina* (2009), Ollier indaga en las transformaciones producidas en las subjetividades revolucionarias, especialmente, a partir de la recuperación democrática. Parte del supuesto, como nosotros, que la identidad política de los integrantes de la izquierda revolucionaria de los sesenta y setenta se transformó, notablemente, desde la transición. Hacia 1983, los miembros de la izquierda claman por el retorno a la democracia. Inician así el camino subjetivo de la transición hacia otra meta política (Ollier, 2009: 207-208). “La idea de la democracia como el mejor camino para el país se hallaba en el horizonte de todos ellos” (Ollier, 2009: 208). Sin embargo, tanto el corpus analizado como la forma de abordarlo,

difiere notablemente de lo realizado en la tesis. El corpus, como dijimos, está conformado sólo por testimonios de antiguos militantes y el análisis de los mismos es de contenido en base a esta diferenciación entre privado, público y político (diferenciación que ignoramos en nuestro análisis porque creemos que, en definitiva, no existe). Por otra parte, se omiten las diferentes condiciones de producción discursivas entre los discursos de una época y otra. Los testimonios fueron producidos en lo que nosotros llamamos *época de la utopía democrática*, y por tanto, los ejes discursivos que lo conforman son distintos de los de su antecesora: la *época de la revolución*. Este abordaje, como los anteriores, también se produce sobre el *olvido del interdiscurso*.

Si bien, como señalamos en su debido momento, compartimos algunos análisis y conclusiones con los textos presentados²³, nos diferenciamos de muchos de ellos tanto en el modo de abordaje- el análisis discursivo de textos- como en el tipo de corpus trabajado. Como vimos, la mayoría de estos estudios toma como corpus de análisis documentos de las organizaciones político-militares de los setenta y entrevistas a sus ex militantes. La utilización contrastiva del testimonio supone que éstos aportan verdad/subjetividad en contraposición a la manipulación del documento (partidario) (Carnovale, 2007b). Nosotros creemos, sin embargo, que *todos los discursos manifiestan manipulaciones, representaciones y creencias constitutivas de una subjetividad determinada*.

Esta subjetividad no se produce en una temporalidad lineal, sino en lo que Courtine denomina *memoria discursiva* (1981). Desde esta perspectiva, toda formulación posee en su "dominio asociado" otras formulaciones, que repite, refuta, transforma, niega, es decir, respecto de las cuales produce efectos de memoria específicos; pero también toda formulación mantiene una relación dialógica con las formulaciones con las cuales coexiste o que le suceden, relaciones cuyo análisis inscribe necesariamente la cuestión de la duración o la de la pluralidad de los tiempos históricos en el análisis de los discursos. Ignorar estos elementos para el análisis no permite ver que los documentos –tanto como los testimonios como cualquier otro tipo de texto- también nos hablan de subjetividad, de otro tipo que la testimonial porque ya no es el testigo el que habla retrospectivamente del pasado, sino que es

²³ Como la combinación de diferentes géneros discursivos y los análisis de Ana Longoni (2007) y Oberti y Pittaluga (2006); la propuesta analítica de Eliseo Verón y Silvia Sigal en *Perón o Muerte* (2003); el sentido de "hombre nuevo" en tanto mandato de desclasamiento, transformarse (siempre) en otro de Vezzetti (2009); la elección como corpus de "Moral y proletarización" de Oberti (2005), Ciriza, Rodríguez (2005) y Carnovale (2005), a pesar de diferir en algunos aspectos del análisis; la transformación de la identidad de los antiguos revolucionarios que se produce a partir de la recuperación democrática (Ollier, 2009).

un documento producido y puesto en circulación por una organización en el momento histórico en el que se produjeron los hechos.

Tal como sucede en el testimonio, en el que se manifiestan las representaciones dominantes de una época, en el documento también podemos ver qué mitos, qué visiones del militante y la revolución eran dominantes en ese momento. Como partimos de la opacidad constitutiva del lenguaje (Perez, Raiter y Zullo, 1999), desde nuestra perspectiva el valor de los discursos no reside en los “hechos” o “verdades” que puede aportar sino en poder ver cómo ese discurso se relaciona con otros discursos, que tipo de sujeto e identidades constituye. Al utilizar como metodología de trabajo el análisis discursivo, los discursos no fueron analizados en tanto soportes documentales, índices descriptores de acontecimientos sino como instancias de materialización y producción de representaciones sociales, de creencias dadoras de sentido de una práctica determinada. En este caso, una práctica política.

Lo anterior significa que, por tanto, no nos preocupamos por la “veracidad” de las fuentes, sino más bien por las representaciones y creencias que constituyen nuestro corpus de análisis. Por este motivo, hemos recurrido al análisis inter e intra discursivo y de diferentes géneros discursivos, pues estamos convencidos que si adoptamos esta nueva visión de las cosas, no alcanza con “declarar” el problema. La forma de abordar el objeto también debe transformarse. Adscribimos a lo que plantean los lingüistas Sara Perez, Alejandro Raiter y Julia Zullo cuando afirman lo siguiente:

... una vez lograda la entrevista o identificada la producción lingüística que constituirá el dato, éstas deben ser analizadas como texto: qué tipo de discurso construye cada uno, qué posiciones y lugares simbólicos ocupan los diferentes personajes, su coherencia, qué elementos están conectados con qué otros, etcétera. De lo contrario, sólo se habrá cambiado el tipo de fuente sin haber realizado ningún cambio metodológico (Perez, Raiter y Zullo, 1999:61).

PRIMERA PARTE: LA REVOLUCIÓN

La época de la revolución: “hombre nuevo”, “moral” y “revolución” en los años sesenta y setenta.

Para poder abordar los discursos políticos de los años sesenta y setenta, no podemos dejar de tener en cuenta las condiciones de producción discursivas que posibilitaron su emergencia. Para ello, tomamos el concepto de “época” que desarrolla Claudia Gilman en su libro *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2003). Desde esta perspectiva, una “época” es la que posibilita el surgimiento de determinado(s) objeto(s) de discurso; el campo de lo que es públicamente decible y aceptable en cierto momento de la historia. Para la autora, el bloque de los sesenta/setenta constituye una época con un espesor histórico propio y límites más o menos precisos. La época llegó a su fin cuando ese futuro posible, el de la *revolución*, comenzó a ser llamado *utopía* (Gilman, 2003: 56).

A comienzos de los años sesenta, atravesaba el mundo la creencia en una victoria mundial que iba a cambiar el mundo y los hombres y mujeres que lo habitaban. Para Alejandra Ciriza (2001), esta época estaba marcada por un conjunto de rasgos específicos que hicieron de esa coyuntura histórica un punto excepcional de condensación para canalizar la voluntad de cambio de numerosos sectores. Se trataba de la edad de oro del capitalismo, con una potente clase obrera y movimientos contestatarios de distinto signo en los países centrales, que incluían desde la demanda de derechos civiles para la población de color estadounidense hasta movilizaciones juveniles en rechazo a la guerra imperialista en Vietnam.

En Latinoamérica, este proceso de radicalización política estuvo más vinculado al impacto de la revolución cubana, la resistencia vietnamita y las formas organizativas de los movimientos emancipatorios africanos -sobre todo la lucha anticolonial argelina y la guerrilla angoleña- que a las formas de resistencia propias de los países del primer mundo, cuyo ícono fundamental es el “Mayo francés” de 1968. Mientras estas últimas han sido asociadas a “los tumultos de una fuerza de trabajo escolarizada, precaria, móvil, que odiaba la ética del trabajo y se oponía, a veces frontalmente, a la tradición y cultura de la izquierda histórica” (Virno, 2003), el modelo de militancia que hegemonizó los movimientos emancipatorios latinoamericanos de los setentas se encontraba atravesado por la exaltación del trabajo fabril y

de una ética sacrificial, aptitudes excluyentes para ser considerado un combatiente revolucionario (Longoni, 2000). En palabras de Oberti,

La estetización de la violencia (...) y una noción de sacrificio fuertemente instalada se conjugan para indicar modos de subjetivación donde el compromiso con la revolución excede, aparece como un exceso, en relación a cualquier idea de cuidado de sí. El borramiento de sí en el colectivo, y la supervivencia en el colectivo, en el caso de que sobrevenga la muerte, aparecen como un mandato, el único posible si quiere ser fiel al ideario revolucionario (Oberti, 2004/2005: 83).

Como veremos en los documentos del PRT analizados, muchas de las demandas y cuestionamientos propias de la llamada “revolución sexual”, así como otras reivindicaciones libertarias de fines de los sesenta de los países centrales, fueron caracterizadas como una manifestación más del espíritu “pequeño burgués”.

La “voluntad” de transformación fue una marca de estos años convulsionados. En los sectores militantes tomaba cada vez mayor legitimidad el topoi²⁴ que prescribía que ninguna revolución sería posible sin una cuota importante de sacrificio y voluntad personales. Las representaciones de la revolución rusa, como de las otras victorias revolucionarias que le siguieron, erigían como inevitable y necesaria la entrega de miles de militantes a la causa revolucionaria. A raíz de este escenario, la militancia armada comenzó a ocupar un lugar central en la vida política de la militancia y la intelectualidad de izquierda latinoamericana. La percepción de que el orden social estaba fundado en la violencia fundamentaba y legitimaba la necesidad de una contraviolencia revolucionaria. “Para la izquierda, a medida que avanzaban los años, la noción de revolución iba a llenar toda la capacidad semántica de la palabra ‘política’; revolución iba a ser sinónimo de lucha armada y violencia revolucionaria” (Gilman, 2003: 51).

La revolución cubana, la resistencia vietnamita y los movimientos de liberación nacional tercermundistas parecían demostrar la viabilidad de las teorías que consideraban a la lucha armada como columna vertebral del proceso revolucionario. El continente latinoamericano estalló en múltiples revueltas populares y alzamientos de grupos armados²⁵.

²⁴ Ver apartado “Discurso, argumentación, creencias”, p. 32.

²⁵ Haremos un breve racconto de lo sucedido durante la década del sesenta: en México, Lucio Cabañas, internado en el monte; en Guatemala lo hace Yon Sosa; en Nicaragua comienzan los primeros conflictos con grupos

A estos emprendimientos armados se sumaron revueltas populares y estudiantiles que culminaron en sangrientas represiones (Tlatelolco, en México; Guayaquil, en Ecuador; Córdoba, en Argentina) (Bufano, 2007). Desde el discurso de las organizaciones revolucionarias, todo parecía indicar que en el continente, luego del éxito cubano, se producirían nuevas revoluciones socialistas²⁶. Al mismo tiempo y como respuesta al elevado nivel de organización de los sectores populares latinoamericanos, se instauran diversas dictaduras militares en la región lo que coadyuvará a delimitar la política al campo de las armas.

En la Argentina, el golpe cívico-militar de 1955 y la proscripción del peronismo inauguraron una etapa caracterizada por la imposibilidad de recomponer en forma estable la hegemonía del bloque de poder, situación que se materializó en la alternancia de dictaduras militares altamente represivas y gobiernos democráticos débiles (Calveiro, 2005). Este contexto de rebelión y de exclusión político-social, como estuvimos viendo, posibilitó la radicalización de diversos sectores (sindicales, estudiantiles, religiosos, culturales, intelectuales, entre otros) muchos de los cuales confluyeron en la eclosión de insurrecciones populares y en la conformación de diversas y masivas organizaciones sociales y político-militares -tanto peronistas como marxistas- (Pozzi, 2006). El nacimiento del mito revolucionario encontró sus condiciones en una configuración ideológica e imaginaria que reunían resistencia peronista, guevarismo y radicalización católica, bajo las banderas del antiimperialismo (Vezzetti, 2006).

Esta pluralidad de expresiones en las que se manifiesta la protesta de los sesenta y setenta forma parte de lo que se conoce como “Nueva Izquierda” (Hilb y Lutzky, 1986). La caracterización de “Nueva” se debe a que se oponían a las formas de acción de los partidos de izquierda tradicionales (Partido Comunista, Partido Socialista), impugnaban los modos

insurgentes; en Colombia, Fabio Vázquez Castaño, al frente del Ejército de Liberación Nacional y Manuel Marulanda Vélez, “Tirofijo”, dirigente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia; en Ecuador, grupos armados de orientación maoísta ocupan tierras junto con campesinos; en Perú, Luis de la Puente Uceda, ex miembro de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, inicia la guerrilla rural; en Bolivia, el Ejército de Liberación Nacional creado por el “Che” Guevara; en Chile, comienza a actuar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria; en Brasil, el ex comunista Marighela crea su grupo armado y el oficial del Ejército Lamarca levanta las banderas del socialismo para iniciar su guerrilla. Paraguay tiene un largo enfrentamiento armado entre la dictadura de Stroessner y el Partido Comunista. Finalmente, en Uruguay se produce el surgimiento de un poderoso Movimiento de Liberación Nacional, Tupamaros, primera versión de la guerrilla urbana (Bufano, 2007).

²⁶ La ola revolucionaria (y armada) no era patrimonio exclusivo de los latinoamericanos. En Estados Unidos, surgió el Black Power, un movimiento que tomó las armas para crear su propia guerrilla urbana. Tampoco Europa quedó fuera de esta tendencia: en Alemania, el grupo Baader Meinhof con su fracción del Ejército Rojo y en Italia las Brigadas Rojas comenzaron su vida política con cruentas operaciones armadas (Bufano, 2007).

representativos de la democracia y confiaban en que se podía transformar la sociedad mediante el socialismo (Weiz, 2006). En este marco, la práctica guerrillera además de concitar mayor convocatoria dio a la época un tinte particular. Las organizaciones armadas ponían en práctica lo que era una noción cada vez más extendida entre la nueva izquierda: la lucha armada era la única vía posible para la toma del poder y la transformación revolucionaria de la sociedad (Pittaluga, 2000).

A pesar de diferenciarse de lo que consideraban la izquierda tradicional, la práctica discursiva de la izquierda revolucionaria setentista reproducía muchos de los lugares comunes y creencias constitutivas de aquellos discursos, especialmente, en lo que respecta a la noción de revolución –centrada en la toma del aparato estatal- y al tipo de militante necesario para poder llevar a cabo dicho proceso con éxito –siempre sacrificado y entregado por completo a los mandatos partidarios-. A diferencia de la bibliografía que asocia la militarización de las organizaciones revolucionarias con la creciente militarización del Estado, por medio de nuestro análisis vimos cómo, más allá de este condicionamiento político-institucional, propio de aquel momento histórico, formaban parte de esta conformación identitaria las huellas interdiscursivas propias de la formación ideológica de izquierda.

Coincidimos con Vezzetti (2009) cuando afirma que el escenario, las figuras y el imaginario guerrillero eran anteriores a la dictadura de Onganía²⁷, presentada, desde varios discursos, como el régimen militar que marcó una bisagra en lo que refiere al proceso de “militarización” de las organizaciones armadas²⁸. Había elementos intrínsecos a la misma identidad política de izquierda que dibujaban, con especial énfasis a partir de la revolución cubana, un camino de radicalización armada que no era sólo reacción a eventos decididos por otros, sino que se proponía construir un mundo a su medida (Vezzetti, 2009:62). Sobre esta concepción ideológica y política impactaba la dictadura de 1966. Para algunos no era más que una confirmación que “el único camino hacia el poder obrero y el socialismo” en Argentina era la lucha armada. Por tanto, más que adoptar el universo de valores y mitos de la organización militar que combatían (Calveiro, 2005), las organizaciones político-armadas de

²⁷ De hecho, la primera iniciativa guerrillera en la Argentina, el EGP (Ejército Guerrillero del Pueblo), nació durante el gobierno de Illia, cuando las posibilidades de acción política se habían ampliado en forma importante. Frente al discurso que fundamenta la aparición de este tipo de acción política en la idea general del curso de violencia, suponiendo un pasaje natural a la acción militar, en este caso, un grupo reducido de combatientes decidía empezar una guerra, sostenido en el mito de la revolución implantado con fuerza en el imaginario de la izquierda y reforzados por la experiencia cubana y el mandato del “Che” (Vezzetti, 2009: 155).

²⁸ De esta forma fue presentado por Calveiro (2005) y otros. Ver apartado de la tesis: “El pasado reciente y la “Nueva izquierda” en la bibliografía contemporánea”, p. 40.

los sesenta y setenta anclaban su práctica política en un imaginario impregnado por la idea de guerra total, propio del discurso de izquierda, y del guevarista en particular, que hicieron del sacrificio y entrega militante el principio estructurante de la práctica guerrillera (Vezzetti, 2009).

La idea de una transformación social por la vía armada – que no era nueva, aunque el contexto histórico posibilitó su actualización enunciativa- era hegemónica tanto en el discurso de la izquierda peronista como marxista. Estos discursos privilegiaron un modo de acción política vinculada al “hacer” en contraposición al “pensar”, propio de los intelectuales, lo que posibilitó la emergencia del llamado “anti-intelectualismo”, característico de la segunda mitad de la época, lo que se conoce como “década del setenta” (Gilman, 2003). Hasta mediados de los años sesenta, las figuras del crítico, ideólogo, buen escritor o militante podían representar al escritor-intelectual comprometido. Esta equivalencia semiológica e ideológica se agotó hacia los años 1966-1968 cuando a partir de una nueva coyuntura, la legitimidad de la figura del intelectual fue disputada ya sea a favor del intelectual como conciencia crítica de la sociedad o a favor del intelectual-revolucionario. Tanto el “anti-intelectualismo” como el “pasaje a la acción” son inseparables de la estructura de sentimientos disponibles en esas coyunturas en que los intelectuales se enfrentaban a demandas de eficacia práctica inmediata (Gilman, 2003:166). En este sentido, el “anti-intelectualismo” implicó una politización de la intelectualidad y una estetización de la práctica política: el vértigo estetizador de la lucha revolucionaria contribuyó a volver inefectivas las pretensiones de las prácticas estéticas.

El fenómeno de la vía armada se tornó el hecho principal ante el cual los intelectuales debían medirse. La caída de Ernesto “Che” Guevara proporcionó el terreno fértil para la expansión del discurso anti-intelectualista. “Quienes tenían acceso a la palabra, ya fuera como lectores o colaboradores de las publicaciones periódicas, expresaban su voluntad de caer o haber caído como Guevara, cuya tumba, decían, les inspiraba al mismo tiempo valor y miedo” (Gilman, 2003:171). La figura del mártir permitía culpabilizar a quienes no habían emprendido este camino, obligándolos moralmente a hacerlo e imponiendo la necesidad del sacrificio revolucionario. Desde este discurso, en las condiciones “excepcionales” imperantes, los escritores debían transmitir y difundir la moral revolucionaria. En sintonía con lo que analizamos a lo largo de nuestra investigación, debía escribirse, no lo que se quería, sino lo que “demandaba” el momento histórico; demanda que suponía y construía como naturales ciertos mandatos morales, mandatos que constituyen uno de los ejes de nuestra investigación.

En términos de Terán,

Un imaginario revolucionario iluminó y simplificó el panorama privilegiando al mismo tiempo la práctica material sobre el saber libresco y al hombre de acción sobre el contemplativo. En el año 1968 existían evidencias de que esos posicionamientos tenían de su lado el huracán de la historia. Los mismos diarios que informaban de la fundación de la CGT de los Argentinos daban cuenta de la incontenible ofensiva del Tet en Vietnam y del grito libertario que otra vez provenía del París de las barricadas. En la Argentina, otro mayo, pero esta vez de 1969 y en Córdoba, vino a cerrar el decenio, llevando al extremo las esperanzas revolucionarias de años no escasamente esperanzados (Terán, 2006:23).

Las representaciones que alimentaban el imaginario revolucionario unían nombres y doctrinas que no mucho antes se hubiese considerado insostenible: Lenin y Perón, José Hernández y Marx, Rosas y Mao; populismo, nacionalismo y revisionismo con revolución cubana y cristianismo revolucionario. Estas representaciones y muchas otras configuraron el espacio político de la época como un campo de guerra. Para Terán, todo este proceso tuvo su punto culmine en el retorno definitivo de Juan Domingo Perón y su oposición a las organizaciones armadas, quienes comenzaron a perder terreno al persistir en una vía ahora deslegitimada por el gran apoyo electoral recibido por Perón y golpeada duramente por la represión legal e ilegal montada desde ese mismo gobierno. En este contexto, el PRT-ERP, ya muerto el “líder de la burguesía”, consideraba que por fin se había abierto el camino para la autonomía de la clase obrera, en el momento en que se decidía la instalación de destacamentos armados en el monte tucumano. En febrero de 1975 el Operativo Independencia contra esta organización anticipó las brutales prácticas de contrainsurgencia que no harán sino incrementarse en los años por venir²⁹. Se comenzaba a cerrar el ciclo ascendente de las ambiciones revolucionarias (Terán, 2006:24), lo que llamamos la *época de la revolución*.

²⁹ En realidad, la llamada “masacre de Trelew”, producida el 22 de agosto de 1972, había demostrado con bastante anterioridad de qué eran capaces los sectores dominantes para detener la avanzada política de las organizaciones político-militares. Haremos una breve crónica de los hechos. El 15 de agosto de 1972, en la postrimería del gobierno dictatorial del General Alejandro Agustín Lanusse, veinticinco presos políticos pertenecientes al PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo); las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y Montoneros, se fugaron del penal de Rawson en la provincia de Chubut. Seis de ellos lograron llegar al Chile de Salvador Allende. Diecinueve no alcanzaron a subir al avión y se entregaron a las fuerzas de seguridad luego de acordar públicamente garantías para su integridad física. El 22 de agosto los diecinueve prisioneros fueron fusilados en la base naval Almirante Zar. Tres de ellos sobrevivieron, razón por la cual podemos tener el relato de esta historia (Ver Urondo, *La patria fusilada*, 1973).

CAPITULO I: Memorias discursivas del sacrificio revolucionario. Un análisis de dos lecturas “obligatorias” de la izquierda y del PRT-ERP: *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*.

En este capítulo, analizamos dos textos literarios que tuvieron una importante recepción en la militancia revolucionaria de los años sesenta y setenta en Argentina: *Así se templó el acero* de Nikolai Ostrovski –publicada por vez primera en la URSS en 1935 - y *Reportaje al pie del patíbulo* de Julius Fúcik –publicada post mortem en Alemania en 1950- (Longoni, 2007:178).

Los militantes revolucionarios, lectores de estos textos, asumen frente a los mismos una posición *expectante*, de *imitación* (siempre creativa) de los modelos subjetivos construidos. Tanto un texto como otro, producen modelos de militantes heroicos, figuras ideales de la entrega al Partido, presentadas como necesarias para poder conseguir la victoria en los distintos procesos revolucionarios. Los militantes, para luego convertirse en actores, primero asumieron, por tanto, el lugar de *aprendices* de modelos de acciones pasados inscriptos en una tradición: *la tradición revolucionaria*.

Como indica el título del presente capítulo, analizamos la conformación de la *memoria discursiva*³⁰ del PRT-ERP. Desde esta perspectiva, como vimos, los discursos se encuentran unidos verticalmente por una memoria que se actualiza en el acto enunciativo. Más allá de los distintos momentos en que fueron producidos los discursos, hacemos hincapié en aquellos lugares comunes que constituyen la materialidad textual, los preconstruidos interdiscursivos que forman parte de estas memorias, las *memorias del sacrificio revolucionario*. A través del análisis de estos dos textos, observamos la *memoria discursiva* (Courtine, 1981) que formaba parte del interdiscurso de la militancia de los años sesenta y setenta, constitutivo del discurso del PRT-ERP. Sin conocer este universo discursivo no se puede comprender aquellas condiciones de producción que hicieron posible la emergencia de los discursos revolucionarios de la “Nueva Izquierda” y del PRT-ERP en particular, tanto la novedad que traen consigo como el pasado que se actualiza en su enunciación.

³⁰ Definimos este concepto en las pp. 25-28.

1. Las introducciones

Tanto *Así se templó el acero* como *Reportaje al pie del patíbulo* tienen una característica en común: ambos relatos se encuentran en los límites entre la realidad y la ficción, fuertemente atravesados por el género autobiográfico³¹ (Arfuch, 2002). Como podremos ver en el transcurso del análisis, ambos textos pueden leerse como testimonios de una época y, a la vez, como legados a continuar³². Tanto la muerte sacrificial de Fúcik, como la dura vida de Korchaguin/Ostrovski, entregada en todo momento a los designios y mandatos del Partido –que son los de la Revolución- marcan un camino a seguir a sus lectores, los militantes revolucionarios: para triunfar en esta guerra, la guerra revolucionaria, es necesario entregarse “de cuerpo y alma” a la causa. Lo individual es desplazado por completo por lo colectivo. Quien no actúe de esta forma será descalificado de forma definitiva, condenándolo al vacío de una existencia sin sentido, servil a la dominación burguesa y a su perpetuación. Desde la lectura retrospectiva realizada por la militancia del PRT-ERP, ambos discursos son victoriosos y en un doble sentido: en lo colectivo –en un caso, la consolidación de la revolución rusa; en el otro, la derrota del nazismo- como en lo individual –ambos personajes lograron entregarse al Partido hasta las últimas consecuencias-. De ahí la fuerza prescriptiva que tenían para la militancia de izquierda su lectura y emulación.

Como ambos relatos son presentados por textos introductorios, y teniendo en cuenta el nivel condicionante que puede tener la presentación de una obra por otro locutor, calificado y prestigioso, que da su punto de vista sobre la misma, decidimos incluir dichos textos en nuestro análisis. Al construir una lectura “válida” o “posible” de la obra, pueden ayudarnos a desentrañar formas probables de recepción y reapropiación de los mismos en la militancia revolucionaria de los años sesenta y setenta.

³¹ Siguiendo a Arfuch (2002), lo propio del género autobiográfico es la construcción del narrador como otro. En este sentido, las diferencias entre el narrador autobiográfico y el literario comienzan a esfumarse. Este extrañamiento del autobiógrafo, independientemente de compartir el mismo contexto en el que sucedió la experiencia, no difiere del narrador ante cualquier materia artística. Es este *valor biográfico* –heroico o cotidiano- que impone un orden a la propia vida –la del narrador, la del lector-, a la vivencia fragmentaria y caótica de la identidad, lo que constituye una de las mayores apuestas del género autobiográfico. No es el contenido del relato lo que importa, sino más bien las estrategias –fccionales- de auto-representación; qué historias cuenta alguien de sí mismo o de su *otro yo*. La vida como producto de la narración. Lo simbólico/narrativo como constituyente identitario.

³² Si en el texto de Ostrovski, los personajes tienen nombres ficticios y el relato está escrito en tercera persona por un narrador omnisciente -si bien, como veremos en el prefacio de Karavaeva, comparten similitudes con los de la vida real del autor-, en el texto de Fúcik los personajes son reales. El relato, escrito en primera persona, es sobre su propio sacrificio y muerte en la cárcel de la Gestapo.

Comenzamos nuestro análisis con la novela soviética *Así se templó el acero*. Como dijimos anteriormente, analizamos primero la forma en que son presentados el texto y su autor en el prefacio elaborado por Anna Karavaeva, editora responsable de la revista que publicó su primera edición en Moscú. Desde uno de sus primeros párrafos, podemos ver como se construye una relación de paralelismo entre el autor y el protagonista heroico de la novela, desafiando, de esta manera, los límites entre realidad y ficción. Teniendo en cuenta la pertenencia de dicha novela a lo que se conoce como “realismo socialista”³³, el texto deviene dispositivo de adoctrinamiento para el desenvolvimiento correcto del sujeto militante en las condiciones revolucionarias:

Nikolai Ostrovski no sólo vive en sus libros: el mismo es una imagen heroica, una de las personalidades más brillantes y fuertes de nuestra época.

La naturaleza fue despiadada con él: lo privó de su salud, de los brazos, la pierna y la vista. Pero él se sobrepuso a la impotencia del cuerpo, a la enfermedad incurable, a la pena, a la debilidad y al abatimiento y, como vencedor, afirmó la vida, la creación y la lucha. La voz de este ardoroso bardo de la juventud bolchevique cantó con maravillosa fuerza lírica a todo el país de los soviets y al mundo entero la combativa y luminosa canción de la lucha y la victoria del socialismo (Karavaeva, 1990: X).

Aquí podemos ver cómo se construye discursivamente la imagen del héroe. Así como hace Ostrovski con el protagonista de *Así se templó el acero*, la editora narra cómo se construyó el carácter duro e invencible del autor. Contrario al lugar común aquí discutido, a pesar de estar privado de salud -al igual que el personaje principal de la novela- nunca abandonó la lucha por el socialismo, sino que “se sobrepuso” y “como vencedor, afirmó la vida, la creación y la lucha”.

³³ El “realismo socialista” tiene sus raíces en el neoclasicismo y las tradiciones realistas de la literatura rusa del siglo XIX, cuyo exponente máximo es la obra de Máximo Gorki. Para esta corriente, impuesta como política oficial de Estado en 1932, el verdadero arte es el que describe y exalta la lucha del proletariado hacia el progreso socialista. Su objetivo principal será, por tanto, educar al pueblo en las miras y significado del socialismo. No podemos referirnos al “realismo socialista” sin mencionar al “stalinismo”. En tanto conjunto de prácticas centralizadas e ideología oficial, puede decirse que el “stalinismo” comenzó en la URSS hacia 1929 y alcanzó su mayor vigor a mediados de 1930. Los estudios más sistemáticos marcan al bienio 1932-1934 como momento de su cristalización. A partir de 1934 el “gran terror” sumió a millones de ciudadanos soviéticos y se llevó a cabo el exterminio de la mayor parte de las figuras centrales de la revolución bolchevique (Beigel, 2003).

Como también sucede en el relato de Fúcik, se hace hincapié en la alegría, en la vida, y no en la “lo efímero de la existencia física”: “¡Fuera los recuerdos dolorosos! Dejémoslos a un lado, rechacemos ese tributo inevitable a lo efímero de la existencia física y pongamos los ojos en el inagotable y poderoso manantial de la vida...” (Karavaeva, 1990: X). La muerte del héroe, por tanto, no es tristeza, pues la vida es vista desde una perspectiva colectiva, no individual. En tal caso, la muerte del héroe abona este camino a la victoria final, que no es más que la Vida (con mayúscula).

Otro tema que atraviesa la representación que Karavaeva realiza del autor, es la disciplina partidaria y su lugar primordial respecto a los demás aspectos de la vida. Veamos un fragmento de la carta citada en el prefacio:

A pesar del peligro, no pereceré tampoco esta vez, aunque sólo sea porque no he cumplido aún la tarea que me ha marcado el Partido. (...) el deber está por encima de todo. Así que me pronuncio por cinco años más, como mínimo. Dime, Anna, ¿dónde encontrarás un loco que quiera marcharse de la vida en una época tan maravillosa como la nuestra? (Karavaeva, 1990: XVII).

Desde esta posición enunciativa, la tarea del Partido, el deber, está por encima de todo, y ésta es la motivación principal para continuar con vida. Desde aquí podemos entender aquella dicha que, según Karavaeva, iluminó el rostro del autor cuando el Ministerio de Defensa le hizo entrega de la cartilla militar. A pesar de las dificultades físicas que le impedían combatir militarmente –de igual forma que su personaje- éste seguía luchando por el socialismo, aunque de otro modo. En estas nuevas condiciones, la única arma que podía empuñar Ostrovski era la literatura.

Otro tópico que da cuenta de estas subjetividades revolucionarias es el amor. En el mismo sentido que en los discursos que analizamos del PRT³⁴, desde esta perspectiva, amor y camaradería van de la mano. Lo contrario, es sólo placer egoísta, “un juguete”: “-Puede haber amistad sin amor, pero el amor sin amistad, sin camaradería, sin intereses comunes, es mezquino... Eso no es amor; es, simplemente, placer egoísta, un juguete...” (Karavaeva, 1990: XXI). Amor sin militancia, sin camaradería en la lucha, era casi inconcebible desde esta perspectiva. Así podemos verlo en el siguiente fragmento: “-Era una chica buena y cordial,

³⁴ Ver Capítulo II, apartado 3: “Moral y proletarización”. La “necesidad” de una moral revolucionaria, p. 122.

pero no valía para la lucha. Eso ocurría a muchos: no sabían luchar por la causa común y no lograron encarrilar su vida” (Karavaeva, 1990: XXI). Esta chica, la “Tonia³⁵ de la vida real”, si bien era buena y cordial, “no valía para la lucha”. El “pero” marca ese cambio en la orientación argumentativa (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a): si bien es importante ser “bueno y cordial” más lo es valer para la lucha. *No saber luchar por la causa común es construido como sinónimo de vida descarrilada, incorrecta.* “No valer para la lucha” equivale a “no valer para casarse”.

A diferencia del prefacio a *Así se templó el acero*, el prólogo al texto de Fúcik escrito por Alfredo Varela -escritor comunista y traductor “oficial” de su obra al español- fue realizado especialmente para su reedición en la época que estamos analizando. Así argumenta el locutor la necesidad de reimpresión:

Se imponía esta nueva edición que ahora sale al encuentro del gran público y sobre todo de los jóvenes, de esta nueva generación nuestra tan fértilmente inquieta, tan ansiosa de ser ayudada en la búsqueda de su ruta por el ejemplo de los que –como Fúcik- pusieron generosamente en el combate por la vida lo mejor de sí mismos, la magia de sus sueños y el fecundo abono de su acción (Varela, 1965:5).

En primer lugar, vemos cómo se despersonaliza la acción de reeditar la obra mediante el borramiento del actor (Hodge y Kress, 1993). De esta forma, puede quedarnos cierta duda acerca de las causas que motivaron hacerlo ya que pareciera que “se impuso” por ella misma. Sin embargo, más abajo, podemos ver cómo aparecen distintos actores y relaciones que nos ayudan a comprender mejor quienes son los implicados en esta acción: el “gran público” pero sobre todo los “jóvenes”; “la nueva generación” que está “inquieta” y “ansiosa de ser ayudada” para poder lograr su sueño: el *sueño revolucionario*. Por consiguiente, si bien en un principio parecía ser algo que “se imponía” casi por su propio peso, podemos ver que no es tan así. Esta búsqueda de las “nuevas generaciones” parece explicar y dar sentido a la reedición de la obra. Estos “jóvenes” o “nuevas generaciones” con ansias revolucionarias aparecen como destinatarios primeros de la presente edición.

³⁵ Personaje de la novela que, como veremos más adelante, tiene un romance frustrado con el protagonista precisamente por no pertenecer al Partido

Como dijimos al comienzo, los militantes deben seguir el modelo de militante construido, el ejemplo de vida que el relato produce, "... ejemplo de los que –como Fúčík– pusieron generosamente en el combate por la vida lo mejor de sí mismos, la magia de sus sueños y el fecundo abono de su acción". Desde este punto de vista, por tanto, esta vida objeto del relato, no es la vida y el sacrificio de Fúčík, sino que es la historia (y el deber) de una *generación*; es la historia y testimonio de los hombres y mujeres interpelados por el llamado revolucionario, la representación de su más probable destino, que no es triste, sino todo lo contrario, pues *todos los dolores sufridos van a ser redimidos en el futuro victorioso*.

En el relato de Varela, la narrativa de Fúčík es un canto a la alegría y al amor, pero también es un llamado, un reclamo de confianza y coraje, pues sin ambas será imposible lograr el objetivo: "... estas páginas redactadas de prisa, en espera del nudo corredizo, constituyen sin embargo un cálido y luminoso mensaje de amor a la vida y a los hombres, a los que hasta su última línea reclamó confianza y coraje" (Varela, 1965:6). Aquí podemos ver cómo el locutor desmonta un lugar común batallado a lo largo del relato. Esperar el nudo corredizo, tener certeza del propio deceso, no debe implicar, como niega ese "sin embargo"³⁶, desesperanza y desilusión, sino todo lo contrario. La muerte individual pasa a un enésimo plano, pues sólo importa contribuir con "confianza y coraje" a la construcción de la esperanza en el aquí y ahora. Desde esta perspectiva, a pesar de los interrogatorios, de la tortura sin fin, nunca se debe flaquear: "Es un pingajo humano, al que deben arrastrar a una camilla para nuevos interrogatorios. Y sin embargo, su espíritu no conoce la derrota, no flaquea" (Varela, 1965:6). Contrario al *topoi*³⁷ (Ducrot, 1988) discutido, ser "un pingajo humano" no implica, ni debe implicar, conocer la derrota ni flaquear pues este tipo de muerte no puede significar más que victoria.

"No hablar" es la única forma, en esas circunstancias, de ser fiel al mandato revolucionario y contribuir a la victoria. Por eso, más allá de todo, esta muerte nunca puede

³⁶ Mientras "pero" presenta una excepción que es compatible con la regla, "sin embargo" cuestiona la validez de la regla a la que alude por medio del garante, y sitúa el debate por fuera de esta regla. La excepción que presenta "pero" confirma la regla (excepción ordinaria), mientras "sin embargo" pone en juego una excepción que esta vez la infirma (excepción extraordinaria) (Anscombe, 1998).

³⁷ Como dijimos en el apartado dedicado a la metodología, la fuerza argumentativa de un enunciado se halla en el conjunto de lugares comunes argumentativos que se le puede aplicar para extraer conclusiones en el discurso (TOPOI) (Ducrot, 1988). Este valor argumentativo está presente desde el nivel semántico más profundo, el de la significación pues hablar no es describir o informar a propósito del mundo sino dirigir el discurso en cierta dirección, hacia ciertas conclusiones alejándolo de otras (García Negroni, 1998a). Este pasaje del enunciado-argumento al enunciado-conclusión se efectúa a través del principio general "topos": el locutor utiliza el topos para alcanzar, por medio de un enunciado, una conclusión específica (García Negroni, 1998a).

ser derrota, sino lo contrario: es el *triunfo sobre los enemigos del hombre, del futuro*. Así podemos verlo en este otro fragmento:

Fúcik nació en 1903 y lo asesinaron en 1943. Fueron cuarenta años vividos plenamente, resueltamente: una existencia fructífera que se clausuró con una victoria. Porque cuando lo ajusticiaban, cuando interrumpían su llama creadora, era él –sin paradoja alguna- quien triunfaba sobre sus enemigos, los enemigos del hombre, del futuro (Varela, 1965:6-7).

En este breve racconto de su también breve pero “fructífera” vida, su “clausura”, que no es otra cosa que su muerte, es presentada con el término “victoria”; mediante ella, se produce el triunfo sobre sus enemigos que son también, como vimos, los enemigos de todos los hombres y del futuro. Fúcik, por tanto, desde este punto de vista, acepta su muerte porque es la única forma de vivir según sus ideales:

Si acepta la muerte con serenidad, es porque resulta la única manera de continuar viviendo, de reafirmar los ideales, que inspiraron su existencia. El héroe se yergue sobre su catástrofe individual porque participa del destacamento combatiente, y sabe que aunque él caiga, los otros han de seguir y tienen ganada la batalla. Su optimismo tiene origen en una concepción correcta, científica, del desarrollo social; pero también en su vinculación con el ejército infinito de los obreros, de todos los hombres y mujeres que en todos los países sostienen la misma lucha por el porvenir (Varela, 1965:8).

Desde esta perspectiva, *los hombres que combaten, los revolucionarios, no son más que seres intercambiables*: otro compañero será el encargado de tomar ese fusil dejado por el héroe caído. El optimismo no sólo es relacionado con la suscripción a la concepción “correcta” y “científica” del todo social. El “pero” marca ese cambio en el encadenamiento argumentativo. En realidad, el enunciador prefiere la vinculación del optimismo con el “ejército infinito de los obreros, de todos los hombres y mujeres que en todos los países sostienen la misma lucha por el porvenir”. Como decía Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* (1975), para el locutor, el optimismo es un asunto de la *voluntad*.

Otro aspecto a tener en cuenta es la forma en que es representada la relación entre Fúcik y su esposa, también detenida en la cárcel de la Gestapo. Así lo expresa Varela en el prologo: “Nada más doloroso y tocante que este idilio renovado a la sombra de la muerte,

nada más hermoso también. El romance de dos combatientes cuya mutua firmeza les inyecta nuevos alientos para despreciar las desgracias, para mantener incolumne su amor” (Varela, 1965:9). Pareciera que todo el tiempo se están jugando y poniendo en cuestión las supuestas contradicciones con las que el texto polemiza. Si desde una perspectiva, aquí discutida, el “idilio renovado a la sombra de la muerte” es valorado negativamente, desde este texto, termina primando lo positivo de ese sacrificio. Se produce, por tanto, una *estetización de la vida y la política*: cuanto más sufrida y sacrificada sea, más se la valora (Gilman, 2003; Longoni, 2007). Tal como sucede en las historias románticas, el amor no puede más que engrandecerse en estas circunstancias límites, todo se hace más intenso.

Esta unión de opuestos, entre lo alegre y lo triste, lo doloroso y lo hermoso, también se manifiesta en la forma de representar su ejecución. Veamos cómo es relatado este suceso por el locutor:

En la madrugada del 8 de septiembre lo condujeron al patíbulo. Fúcik entonó La Internacional. Los SS lo amordazaron. Pero los detenidos de su bloque carcelario, que lo habían oído, retomaron a su vez la canción proletaria, que acompañó a Fúcik hasta el lugar donde fue ejecutado. Así se fue, cantando. Hasta el último momento rechazó ‘al ángel de la tristeza’ (Varela, 1965:17).

Ni en ese momento de dolor el “héroe” puede distanciarse de su deber. Desde el punto de vista desplegado por el locutor, hasta el último segundo siguió luchando y con alegría, otro mandato que se desprende de este relato, pues *es una muerte que abona el triunfo futuro y, por lo tanto, es victoria, nunca derrota*.

Por último, analizamos el modo en que es presentado Fúcik en su carácter de escritor revolucionario. Como sucede con Ostrovski, desde esta perspectiva, *la literatura no es más que otra arma de combate*. Ser escritor implica, necesariamente, combatir por la liberación:

La condición del escritor, sobre todo en nuestro tiempo, presupone la del combatiente por la liberación y la paz. Los que esquivan este carácter indispensable de su misión podrán ahorrarse dificultades, pero a la vez renuncian a su parte en las miserias y grandezas de la vida, empobrecen su experiencia, adulteran su capacidad creadora, hasta debilitar o anular la valía de su obra. Al mutilar al hombre, hieren de rebote al escritor.

La vida de Julius Fúčík ratifica leal y ardientemente sus convicciones, hasta constituirse en un ejemplo insoslayable para los artistas de hoy (Varela, 1965:17).

Como podemos ver, quien se resista a este “carácter indispensable de su misión” terminará anulando la valía de su obra. Desde el *anti-intelectualismo* imperante en el momento que escribió Varela este prólogo, *la práctica militante debe dirigir la práctica literaria*. Es así cómo termina de anudarse, discursivamente, el ideal a seguir en Julius Fúčík. No sólo es ejemplo para las jóvenes generaciones combatientes, también lo es para todos los intelectuales que se pretendan revolucionarios.

2. Ficción y realidad

Ahora presentaremos la forma en que aparece la relación entre literatura y política. En *Así se templó el acero*, desde un comienzo, las aventuras del personaje principal de la novela, del “héroe bolchevique” –llamado de diferentes formas a lo largo de la misma: Pávka, Pável, Pavlushka y Korchaguin, como comúnmente ocurre en las novelas rusas-, se encuentran ensimismadas con las aventuras que el propio personaje leyera en sus libros de cabecera. En un intento de emulación de otras prácticas militantes, calificadas como heroicas, se reiteran a lo largo del relato distintos diálogos y situaciones donde la literatura ocupa un lugar central en el ejemplo a seguir. Así podemos verlo en el siguiente dialogo entre el personaje en cuestión y su amiga Tonia:

-¿Qué libro de todos los que ha leído le gusta más?

-Giuseppe Garibaldi –corrigió Tonia-. ¿Le gusta mucho ese libro?

-Sí, me he leído ya sesenta y ocho entregas. Cada vez que cobro me compro cinco de ellas. ¡Qué hombre ese Garibaldi! –exclamó con admiración Pável-. ¡Ese sí que era un héroe! ¡Así me gusta a mí! Mucho tuvo que luchar contra sus enemigos, pero siempre consiguió la victoria. ¡Recorrió todos los países! Si viviera ahora, yo me uniría a él. Reclutaba su gente entre los obreros y luchaba siempre por los pobres (Ostrovski, 1990: 37).

En este fragmento podemos ver como el personaje relaciona y une los siguientes sintagmas: héroe – luchar mucho contra los enemigos- conseguir la victoria – recorrer todos

los países- reclutar gente entre los obreros- luchar siempre por los pobres. Desde esta perspectiva, ser héroe, un “Hombre” digno de admirar y de imitar, es ser un luchador perseverante que no se rinde ante las dificultades. Por otra parte, ese héroe no lucha para cualquier ni por cualquier motivo: lo hace con los obreros y para los pobres.

En otro de los diálogos que involucra a una trabajadora del sanatorio donde se encuentra internado el protagonista, podemos ver cómo se sigue manifestando esta reflexión acerca de la relación entre el discurso literario, y la prácticas sociales y políticas: “Ya sé por qué no gemía y por qué no acostumbra a quejarse. A mi pregunta, respondió: -Lea la novela *El Tábano*; entonces lo sabrá” (Ostrovski, 1990:115). No gemir ni quejarse por los dolores sufridos es consecuencia directa de leer la novela *El Tábano*. ¿Será que el propio Ostrovski busca provocar el mismo efecto con su novela? O mejor aún, ¿será que el Partido, que favorece y alienta la lectura de Ostrovski, busca provocar ese efecto? Como dijimos al comienzo, los militantes revolucionarios no leían esta literatura sólo por placer (el único placer legítimo y permitido era *el placer de hacer la revolución*). O quizás también, el placer se encontraba en la recreación imaginaria del sacrificio en pos de la revolución. Su lectura estaba atravesada por esta necesidad de emular ejemplos revolucionarios victoriosos para también poder triunfar.

Los héroes admirados por Korchaguin, entonces, (como los héroes admirados por la militancia de la *época de la revolución*) tienen una característica predominante: *son seres sacrificados que dan todo por conseguir la victoria de la causa revolucionaria*. Ningún asunto individual puede interponerse en este camino. Como veremos más adelante, cuando presentemos el análisis del documento “Moral y Proletarización” del PRT, *la moral revolucionaria atañe a todos los aspectos de la vida*, incluso a los más íntimos. En un dialogo que mantiene con Rita, una compañera del Partido a la que amaba, pero, en lugar de declarar su amor, se aleja de ella, vemos cuáles son los presupuestos que explican esta decisión:

-Quiero que me contestes una pregunta –dijo Rita-. Aunque es cosa del pasado, creo que me lo dirás: ¿por qué rompiste entonces nuestros estudios y nuestra amistad?

(...)

-Pienso que lo sabes todo, Rita. Ocurrió hace tres años, y ahora yo únicamente puedo condenar a Pávka por ello... En general, Korchaguin ha cometido en su vida errores pequeños y grandes, y uno de ellos fue ese sobre el que preguntas. (...) De ello, no toda la culpa es mía, parte es de *El Tábano*, de su romanticismo revolucionario. Los libros,

en los que se describía brillantemente a los revolucionarios valientes y fuertes de espíritu y de voluntad, temerarios e infinitamente abnegados por nuestra causa, dejaban en mí, a la par que una impresión indeleble, el deseo de ser como ellos. Y mi cariño por ti lo abordé a lo *Tábano*. Ahora me da risa, pero aún más, pena.

-¿Quiere esto decir que hoy has cambiado de opinión acerca de *El Tábano*?

-¡No, Rita, en lo fundamental no! Ha sido descartada únicamente la tragedia innecesaria de la operación torturante, para poner a prueba la voluntad. Pero, me quedo con lo principal en *El Tábano*, con su valentía, con su resistencia ilimitada, con ese tipo de hombre que sabe soportar los sufrimientos sin mostrárselos a todos y a cada uno. Estoy por ese tipo de revolucionario para el que lo personal no es nada en comparación con lo común (Ostrovski, 1990:225).

A la pregunta realizada por Rita, el protagonista sólo puede responder en tercera persona, produciendo, de esta forma, un efecto de distanciamiento a lo realizado en otro tiempo. Como en los anteriores fragmentos, la responsabilidad de aquellas decisiones tomadas –de las cuales, en el presente, el personaje toma distancia- es de *El Tábano*, de aquella novela y, principalmente, de aquél personaje idealizado en el pasado. En este enunciado, el “romanticismo revolucionario” que en otro tiempo obnubilaba a Pávka, tiene un valor negativo. Si bien el sacrificio, la valentía y la temeridad siguen siendo propiedades heroicas dignas de ser admiradas e imitadas en el presente, no así “la tragedia innecesaria de la operación torturante, para poner a prueba la voluntad”. En el momento en que se produce este dialogo, el objeto del relato -este sacrificio “innecesario”- es presentado como digno de risa, aunque como se encarga de aclarar el personaje, más aún de pena, de ahí el distanciamiento, el desconocimiento que provoca lo relatado. Sin embargo, más allá de esta transformación al interior del pensamiento del personaje, hay algo que se mantiene y que parece que el tiempo no podrá transformar: *para el revolucionario ideal de Korchaguin “lo personal” sigue siendo “nada en comparación con lo común”*.

Tanto es así que nunca dejara de luchar, ni cuando su cuerpo pareciera dejar de responder a su voluntad revolucionaria. Gracias a las imborrables secuelas de la guerra, marcadas en su cuerpo de héroe, y a pesar de los innumerables intentos por volver a las filas, la única forma que encontró Korchaguin para seguir siendo fiel al llamado partidario fue escribiendo una literatura tan revolucionaria como la que había marcado su ingreso a la lucha bolchevique. Su novela -tal como hizo *El Tábano* con él, tal cómo hizo Ostrovski con *Así se templó el acero* en la militancia revolucionaria- será su forma de intervenir en la profundización del proceso revolucionario. Como decíamos al comienzo, la historia del

protagonista y del autor están ensimismadas. La novela y la historia de Korchaguin finalizan con la aprobación del texto por el Partido:

‘Novela calurosamente aprobada. Se pasó a publicación. Le felicitamos por la victoria’. Su corazón latía presuroso. He aquí que el sueño dorado habíase convertido en realidad. Había sido roto el anillo de hierro y otra vez, con un arma nueva, volvía a las filas y a la vida (Ostrovski, 1990:261).

En este último párrafo podemos ver la moraleja principal de la historia. A pesar de todas las dificultades, de tener su cuerpo prácticamente paralizado e inutilizado, mediante la voluntad inquebrantable del héroe, se puede (y se debe) seguir luchando. A través de la literatura volvía a las filas y a la vida. Como dijimos, *la literatura es un arma más* para servir a la revolución, al Partido, pero *sólo cuando no queda otra posibilidad*. El Partido se presenta como el único signo que da sentido al resto de las cosas.

Ahora analizamos esta suerte de espiral autorreferencial sobre la propia práctica literaria en *Reportaje al pie del patíbulo*, texto “escrito en la prisión de la Gestapo, en Pankrác, durante la primavera de 1943”. Vemos como aparece esta temática en una de sus primeras frases: “He visto cien veces mi propio film, mil veces sus detalles. Ahora trataré de contarlos. Si el nudo corredizo aprieta mi cuello antes de llegar al final, aún quedarán millones para terminar este film con un *happy end*” (Fúčík, 1965:22). Su propia vivencia, su propio “film”, por él visto y vivido, es objeto del relato que está a punto de comenzar. Ni la muerte, “su” muerte, podrá evitar el final feliz, la victoria. Otros continuarán su legado.

Haciendo una suerte de balance sobre su vida, representa su relato mediante el signo “testimonio”. Aquí podemos ver lo que decíamos en un comienzo: *su relato es un testimonio de lo ocurrido y también, sobre todo, un legado a seguir*.

Has tardado mucho en llegar, muerte. Y pese a todo, yo había esperado poder vivir aún la vida de un hombre libre, poder trabajar mucho, y amar mucho y cantar y recorrer el mundo. (...) Amaba la vida por su belleza, y fui al campo de batalla. Os he querido, hombres, y era feliz cuando sentíais mi amor, y sufría cuando no me comprendíais. Aquel a quien hice daño que me perdone, y al que consolé que me olvide. Este es mi testimonio para ustedes, camaradas, para todos aquellos que he querido. Si creen que las lágrimas borrarán el triste torbellino de la pena, lloren un momento. Pero no se lamenten. He vivido por la alegría, y por la alegría muero, y sería un agravio poner sobre mi tumba el ángel de la tristeza. (...)

También hoy a la misma hora millones de hombres combaten en la última batalla de la libertad humana, y miles y miles caen en ese combate. Soy uno de ellos. Y ser uno de ellos, uno de los combatientes de la última batalla, es hermoso (Fúčík, 1965:33-34).

El locutor construye una relación de causalidad entre “amar la vida por su belleza” e “ir al campo de batalla”. Desde esta perspectiva, entonces, la alegría es motivo tanto de su vida como de su muerte. A pesar de los deseos personales frustrados, con su sangre abona el terreno de “la última batalla de la libertad humana”, lo que en una suerte de estetización de la política, es calificado como algo “hermoso”.

En un dialogo mantenido con “el padre”, uno de sus compañeros de celda, podemos ver los argumentos que dan sentido al relato en sí, y a las “pinturas de caracteres” que lo atraviesan:

-Construyes pequeños monumentos –repetía el padre al oír algunas de mis pinturas de caracteres.

Es que yo quisiera que no fueran olvidados los camaradas que con tanto valor y fidelidad han luchado, aquí y fuera de aquí, y que cayeron. Pero también quería que tampoco se olvide a quienes viven y nos han ayudado no menos fiel y valientemente en las condiciones más difíciles. Para que de los sombríos corredores de las prisiones salgan a plena luz personalidades como la de Kolinsky y de ese policía checo. No para su gloria, sino para que sirvan de ejemplo a otros. Porque el deber humano no termina con esta lucha, y ser hombre continuará exigiendo de cada uno un corazón valeroso en tanto los hombres no sean realmente hombres (Fúčík, 1965:97).

Su discurso está atravesado por un fuerte deseo: el recuerdo de todos aquellos que “fiel y valientemente” han luchado y ayudado en las condiciones más difíciles. Esto incluye tanto a los caídos como a los que continúan con vida. A ambos los une la entrega, más allá de las terribles circunstancias. Y esto, como dice claramente, debe servir de ejemplo a otros. *La humanidad exige valentía: para ser hombres, verdaderos hombres, hay que entregarse y luchar hasta el último momento para conseguir la victoria, que no es otra sino la victoria del hombre sobre su negación.*

3. Pequeños-burgueses, intelectuales y revolucionarios

En este apartado analizamos la relación (conflictiva y antagónica) que los distintos locutores construyen entre la pequeña-burguesía con los revolucionarios socialistas. ¿Qué hace que este conflicto tome tal relevancia en los discursos revolucionarios?

Tal como veremos en los textos del PRT-ERP, el preconstruido “pequeña-burguesía”, signo ideológico que se repite sucesivamente en nuestro corpus, toma una importancia capital en la definición de la identidad revolucionaria a construir por oposición. Una de las respuestas a este interrogante podemos encontrarla en el lugar que adquiere tal actor en el discurso marxista, más aún, en su manifestación leninista. Desde la teoría del partido revolucionario esbozada por Lenin en *Qué hacer* (1981), la conciencia revolucionaria no es algo que deriva espontáneamente de la clase obrera sino que debe ser reorientada por otro actor, el Partido, portador de su conciencia de clase, en el que los intelectuales -cuyo origen “objetivo”, non santo, es la pequeño-burguesía con conciencia revolucionaria³⁸- cobran especial relevancia. En este sentido creemos que esta remisión constante al actor en cuestión se relaciona más bien con un intento de exorcizar rasgos internos de la propia subjetividad que con enemigos externos que amenazan, desde fuera, una identidad plena, la revolucionaria. De ahí su problematización continua, pues lo abyecto es más cercano de lo querido; de ahí también su mayor peligrosidad, pues el enemigo puede estar al interior de la propia organización.

Comencemos por el texto de Ostrovski. Una de las cosas que más llamó nuestra atención es la constante ridiculización de la “pequeño burguesía” mediante diminutivos y calificaciones negativas ligados a su cobardía y debilidad. Veamos qué sucede en el siguiente fragmento:

³⁸ La escisión entre la teoría revolucionaria y el sujeto históricamente determinado destinado a realizar la revolución, representó un problema tanto teórico como político para los pensadores y las organizaciones de la tradición marxista. En 1895, Lenin en el texto “Proyecto y explicación del Partido Socialdemócrata” sostiene que la ideología revolucionaria nace en la fábrica, de la materialidad de la relación patrón-obrero. Dos años más tarde, en un folleto titulado “Las tareas de los socialdemócratas rusos”, anticiparía algunas de las ideas desarrolladas en *Qué hacer*. Sin embargo, los intelectuales debían ser hegemonizados por el proletariado para poder ser revolucionarios. Hacia 1902, en *Qué hacer*, la postura cambia. La conciencia política revolucionaria solo podía producirse desde fuera. La clase obrera, cerrada en sí misma no puede llegar a la conciencia revolucionaria sino, a lo sumo, al sindicalismo. Estos límites corporativos no podrán ser superados sin el aporte de algunos de los elementos de la intelectualidad pequeño burguesa que elaboran la ciencia revolucionaria donándola al proletariado y organizando su lucha (Carnovale, 2006:31).

La lucha de clases, aguda y despiadada, ardía en toda Ucrania. Cada vez era mayor el número de los que empuñaban las armas, y cada contienda engendraba nuevos combatientes. Los días tranquilos para los pequeños burgueses pertenecían ya a un pasado lejano (Ostrovski, 1990:40).

En primer lugar, podemos ver como se construyen las siguientes oposiciones: *lucha de clases – empuñar las armas- engendrar nuevos combatientes Vs. días tranquilos para los pequeños burgueses*. Desde esta perspectiva, ser “pequeño burgués” significa no ser combatiente ni empuñar las armas; estar en contra de la lucha de clases y del proceso revolucionario pues el pequeño burgués sólo quiere tranquilidad, paz.

Esto se refuerza, aún más, en el siguiente enunciado:

Media hora más tarde, se desarrollaba en la ciudad un verdadero combate. (...) Los pequeños burgueses, completamente atontados, saltaban de las camas tibias y pegaban sus narices a las ventanas (Ostrovski, 1990:44).

Mientras fuera de sus casas pasaba la historia, el “verdadero combate”, los “pequeños burgueses”, “atontados” y dormidos, saltaban de sus “camas tibias” y “pegaban sus narices a las ventanas”. Desde el punto de vista aquí desplegado, el “pequeño burgués”, por tanto, no se involucra, mira asustado desde fuera. Así lo expresan en este otro fragmento:

El pequeño burgués sabe que en tiempos tales hay que permanecer quietecito en casa y no encender la luz en vano. La luz puede atraer a algún importuno. En la oscuridad se está mejor, más tranquilo. Hay personas que nunca se están quietas. Bien, que vayan de un lado para otro, él no tiene nada que ver con ello. Él no irá. Pueden estar ustedes seguros, no irá (Ostrovski, 1990:51).

Aquí se refuerza el lugar común que veníamos trabajando anteriormente. El pequeño burgués es presentado como alguien que “en tiempos tales” le gusta “permanecer quietecito en casa”, mientras que los combatientes, que en discurso indirecto libre (Reyes, 1993) son las “personas que nunca se están quietas”, son los que van de un lado hacia otro. El pequeño burgués, construido como tercero discursivo, es el que no se entromete, el que se mantiene al margen. Este “contradestinatario” se construye en contraposición a un yo/nosotros, las

“personas que nunca se están quietas”, en el que el narrador se incluye; “ustedes” son los “paradestinatarios”, objeto de la persuasión (Verón, 1987). La escritura intenta manipular acerca de la veracidad de lo enunciado.

Otra escena interesante para ser analizada es la que sucede cuando miembros de la Juventud Comunista van a una escuela secundaria con el fin de reclutar militantes. Allí se desarrolla todo un debate en el que interviene un estudiante que se opone al discurso del resto de sus compañeros. Desde la estructura argumentativa que atraviesa la narración, la causa de esta diferencia se relaciona con su distinto origen de clase. Este estudiante, a diferencia del resto, no pertenece a la pequeña burguesía:

Vosotros relincháis como potros y no sabéis que cerca de la ciudad cayeron doscientos camaradas, perecieron para siempre... -La voz de Zharki vibró como una cuerda tensa-. Sin vacilar entregaron la vida por nuestra felicidad, por nuestra causa... Así están pereciendo en todo el país, en todos los frentes; y vosotros, mientras tanto, pasáis el tiempo en devaneos. -Volviéndose de pronto hacia la mesa presidencial, añadió:- Vosotros, camaradas, os dirigís a éstos -señaló a los oyentes con el dedo-. ¿Acaso pueden comprenderos? ¡No! El harto no es compañero del hambriento. Sólo uno ha respondido a vuestra llamada, porque es pobre y huérfano. Nos arreglaremos sin vosotros -dijo agresivo a los reunidos-, no vamos a rogaros. ¿Para qué diablos nos podéis servir? ¡A gente como vosotros lo que se debe hacer es coserla con la ametralladora! -terminó jadeante y, retirándose del escenario corriendo, sin mirar a nadie, se dirigió a la salida (Ostrovski, 1990:88-89).

Dadas estas premisas, por lo tanto, no es casual que el único que haya respondido al llamado del Partido sea “pobre y huérfano”, pues “el harto no es compañero del hambriento”. El conflicto, así representado, es un conflicto de intereses, de clase. El locutor se termina identificando con el colectivo “Partido” y, por consiguiente, diferente de sus anteriores compañeros. El destino de éstos, sus ahora enemigos, no puede ser otro que la muerte, no sirven para nada sino para pensar en ellos mismos.

Así también lo expresa una de las dirigentes de la Juventud al hacer un balance sobre esta misma experiencia:

-No hay por qué asombrarse (...). Aquí casi no hay juventud proletaria. La mayoría son pequeños burgueses, hijos de intelectuales, gente comodona. Hay que trabajar entre los obreros. Apóyate en la serrería y en la fábrica de azúcar. Pero, a pesar de todo, el mitin no ha sido inútil. Entre los estudiantes hay buenos camaradas (Ostrovski, 1990: 89).

Frente a la posición que se “asombra” ante tal situación, el enunciador argumenta en su contra, negándola. No hay por qué asombrarse, porque ahí, en ese lugar, no hay juventud proletaria, son “pequeños burgueses, hijos de intelectuales, gente comodona”, transformando en sinónimo cada uno de esos calificativos. Lo imperativo es “trabajar con los obreros”. Sin embargo, ese “pero” niega, en cierta forma, las consecuencias negativas de lo relatado. A pesar de todo, para el enunciador, valió la pena. Entre los estudiantes hay también “buenos camaradas”. Parecería, entonces, que este actor no está del todo condenado, también pueden ser buenos compañeros, al menos, algunos de ellos. Sin embargo, no queda claro si este comentario positivo se refiere a lo sucedido con el estudiante obrero citado en el ejemplo, o si esta definición puede extenderse también a aquellos otros de extracción pequeño burguesa.

Como estuvimos viendo en el análisis, la debilidad es construida como atributo privativo del intelectual, sinónimo, muchas veces, de “pequeño burgués”. Para el enunciador “ser de mantequilla” equivale a “blandura de intelectual”: “No podemos ser de mantequilla. (...) La camarada Ignátieva advierte que no tiremos demasiado de la cuerda. Tengo que decirle que sus palabras obedecen a una blandura de intelectual” (Ostrovski, 1990:90). Contrario a la posición discutida que plantea “no tirar demasiado de la cuerda”, el punto de vista que se construye apunta a hacer todo lo contrario. Frente a la “blandura de intelectual” – que, como estuvimos viendo, podría ser también “blandura pequeño burguesa”- contrapone “la dureza del combatiente”.

En *Reportaje al pie del patíbulo*, la conformación identitaria de destinatarios y contradestinatarios se produce en torno a la oposición “debilidad-dureza” pero esta vez no se relaciona tanto con una pertenencia de clase, sino con un tipo de comportamiento. Dada la particular situación de enunciación, Fúcik no se ensaña con los “pequeño burgueses” sino con un enemigo más cercano, los que no pueden soportar la tortura y delatan, los “traidores” que pueden ser tanto de extracción obrera como no. Estos “flojos miserables” que pagan su vida con la de un camarada, son el golpe más duro, el espectáculo más terrible que puede sufrir un revolucionario en estas condiciones extremas: “El espectáculo de la gente cuya conciencia está turbia es más terrible que el espectáculo de los torturados físicamente. (...) ¡Oh! ¡Flojos miserables! ¡Como si fuera vida la que se paga con la de un camarada!” (Fúcik, 1965:47). Desde la perspectiva que constituye este discurso, se espera la muerte, pero nunca la traición. Contrario al punto de vista con el que se polemiza, nada puede excusarla:

... éste fue el golpe más duro que recibí. Esperaba la muerte, pero no la traición. (...) No ha sido el aflojamiento de un minuto, ni una debilidad, ni la caída de un hombre torturado hasta la muerte que busca un respiro en medio de la fiebre, nada hay que pueda excusarlo (Fúcik, 1965:51).

En contraposición al discurso dominante del momento, el verdadero sacrificio no es morir sino traicionar. En ese momento es cuando se lo pierde todo: “Lo ha perdido todo porque ha comenzado a pensar en sí mismo. Para salvar su piel ha sacrificado todo, ha traicionado” (Fúcik, 1965:51). En este acto es donde reside la verdadera derrota del combatiente y del “ejército glorioso”, pues si se propagan este tipo de prácticas es imposible pensar en ganar la batalla final:

Un cobarde pierde mucho más que su vida. Él ha perdido. Es un desertor del ejército glorioso, y merece hasta el desprecio del más ruin de sus enemigos. Y aun vivo ya no vivía; porque se había excluido de la colectividad. Más tarde trató de reparar más o menos algo de lo que hiciera, pero sin poder ganar nunca la confianza de los camaradas. Lo que es más terrible en la prisión que en ninguna otra parte (Fúcik, 1965:52).

Esta sobrevivida no es vida. Estar excluido de la comunidad es la propia muerte. El traidor es aún más despreciado que el enemigo, pues se merece hasta su desprecio. Para el traidor no hay salida. Aunque quiera reparar la confianza de sus camaradas, no lo logrará. En fin, por más que haya podido saltar su muerte biológica, no podrá hacerlo con la inevitable muerte simbólica y social que le depara el destino comunista al “flojo miserable” que traiciona.

Como sucede en *Así se templó el acero*, Fúcik, al caracterizar esta figura discursiva, - lo que el enunciador llama “figurines”-, lo hace de una forma despectiva, ridiculizante:

...cada uno de los que con el polvo del pasado quisieron construir una barrera contra la inundación de la revolución no es más que un figurín de madera podrida, aunque tenga los brazos cargados de galones dorados. Pero también es necesario observar a los figurines vivos, en su infamia e imbecilidad, en su crueldad y ridiculez, porque es material que nos alecciona para el futuro (Fúcik, 1965:57).

La revolución es presentada mediante una nominalización que la naturaliza; es una “inundación” y todo aquel que quiera impedir este desarrollo “natural” no es más que un “figurín”, por más condecoraciones que tengan. Aprender acerca de “su infamia e imbecilidad, en su crueldad y ridiculez” es presentado como necesario para el futuro de ese acontecer “natural”.

Uno de los recursos más utilizados para representar estos personajes es la ironía. Por ejemplo, uno de los “figurines” es llamado “un samaritano”-entre comillas para producir el distanciamiento con ese enunciador que está siendo descalificado-, y cuando tiene que describirlo utiliza el calificativo “gordo grandote, con vocecita de tenor”. Otro de los figurines, “el molinero”, es caracterizado como “Un hombrecillo, cochero charlatán de la cervecería Fabián, de Budejovice” (Fúčík, 1965:83). Nuevamente, mediante la utilización de diminutivos y calificativos con valoración negativa refuerza el efecto descalificatorio. Las tareas desempeñadas por cada personaje, tanto antes como dentro de la prisión de Pankrác, ocupan un lugar central en cada una de las caracterizaciones. En el caso del director de la prisión, podemos ver como continua esta estrategia:

... brutal, grosero, sin cultura, un típico advenedizo nazi, dispuesto a sacrificar a todo el mundo para conservar su posición. Se llama Soppa, si para algo interesa su nombre. Originario de Polonia, hizo su aprendizaje de herrero, pero este honroso oficio no dejó rastros en él. (Fúčík, 1965:89).

Contrario de lo que se desprendería de “hizo su aprendizaje de herrero”, el “pero” niega la probable consecuencia de la premisa marxista que plantea la superioridad moral del obrero. Sin embargo, esta premisa no es deslegitimada en tanto tal sino que refuerza su validez al presentar este caso como un caso excepcional y no como una nueva norma.

Por último, “el enfermero de la prisión” es presentado de esta forma:

Es el tipo del pobre diablo. Está solo entre el miedo al régimen que lo gobierna y a lo que vendrá después. Busca cómo y por dónde escapar. No lo encuentra. No es una rata. Es solamente una lauchita caída en la trampa (Fúčík, 1965:90).

Desde la perspectiva con la que se identifica el locutor, los calificativos y acciones adjudicados al personaje “traidor” tienen una significación negativa: “pobre diablo”, “(tener) miedo”, “buscar escapar”, “lauchita caída en la trampa”. En todos los casos podemos ver, en última instancia, como se termina poniendo en cuestión la humanidad de cada uno de estos personajes, construyéndose en contraposición un concepto de hombre que los excluye. De ahí podemos entender mejor la continua representación de los mismos a través de metáforas provenientes del mundo animal.

4. La disciplina partidaria

Ahora nos adentraremos en las representaciones del “Partido”, uno de los signos ideológicos fundamentales que atraviesan ambos textos. Continuamente, por medio de diferentes recursos discursivos, se construye una imagen asimétrica, cercana a una representación divina e indiscutible, entre el militante y el Partido. Desde este lugar puede comprenderse la importancia que cobra el signo “disciplina” como el modo imperativo de interpelación al destinatario discursivo. En este fragmento de *Así se templó el acero*, el “Partido” -en este caso representado en la palabra de Zhujrái, viejo militante bolchevique- es representado como depositario del saber y verdad. Veamos la siguiente descripción del narrador acerca del personaje en cuestión:

Zhujrái hablaba de un modo claro, preciso, comprensible y sencillo. Para él no había nada que no tuviese solución. El marino conocía firmemente su senda, y Pável comenzó a comprender que toda aquella madeja de diferentes partidos con bellos nombres –socialrevolucionarios, socialdemócratas, partido socialista polaco- eran feroces enemigos de los obreros, y que sólo un partido revolucionario e inmovible luchaba contra todos los ricos: el Partido de los bolcheviques (Ostrovski, 1990:52).

En primer lugar, observemos la forma en que es representado el acto enunciativo de Zhujrái: él habla de un “modo claro, preciso, comprensible y sencillo”. Por otra parte, “él” tiene soluciones; conoce “firmemente su senda”. Gracias a esta transmisión de conocimiento, el protagonista, Pável, pudo comprender quién era el verdadero partido revolucionario. El resto de los partidos, aunque tengan bellos nombres, no son más que enemigos de los obreros. El único que realmente los representa, en fin, el único realmente proletario es el Partido de los bolcheviques. Veamos cómo se dirige Zhujrái al personaje principal:

Yo, hermanito, también era en mi infancia, sobre poco más o menos, como tú-decía-. No sabía qué hacer de mis fuerzas; mi naturaleza rebelde pugnaba por salir de mi interior. (...) Luchando aisladamente es imposible cambiar la vida (52). Tú, Pavlusha, reúnes todas las condiciones para ser un buen luchador de la causa obrera, pero eres muy joven y tienes una idea muy vaga de la lucha de clases. Yo, hermanito, te hablaré del verdadero camino, pues sé que tienes madera y de ti saldrá algo de provecho. A los mansos y a los currutacos no los puedo tragar. Ahora ha comenzado el incendio en toda la tierra. Se han rebelado los esclavos y hay que hundir la vida vieja. Pero para ello, hace falta gente temeraria, no niños mimados, sino gente fuerte, de la que cuando llega el momento de la pelea no se esconde en los agujeros, como las cucarachas de la luz, y pega implacablemente (Ostrovski, 1990:52-53).

Para lograr el efecto interpelatorio, presenta su “yo” pasado similar al “yo” presente de Korchaguin. Él, como Pávka, era un rebelde pero no sabía qué hacer con toda esa energía... claro está que todo esto cambió con su ingreso al Partido – como parece también va a pasar con el protagonista-. Allí reside el llamado interpelatorio, el eje de persuasión discursivo. Para llevar a cabo la transformación, para “hundir la vida vieja”, se necesita de la temeridad, de “gente fuerte”, no de “niños mimados”. Pávka es ubicado por el enunciador entre la gente fuerte, es por ello que se toma el trabajo de intentar persuadirlo. Este desprecio a los “niños mimados”, a los asustadizos que se esconden “como las cucarachas de la luz” nos hace recordar a lo trabajado en el apartado anterior. Teniendo en cuenta las distintas argumentaciones analizadas en el texto, no sería nada raro relacionar a los “niños mimados” con el sintagma “pequeña burguesía”. Otra vez, la fortaleza y temeridad son construidas, como los valores más importantes a detentar, en contraposición a la cobardía y mansedumbre, digna, como vimos en el apartado anterior, de los pequeños burgueses o de los aún no-hombres de Fúciik.

Veamos como aparece la disciplina en este dialogo entre un dirigente del Partido y Pável:

-¿Y qué piensas tú de la disciplina? Tienes muy buenas condiciones, Pável, pero eres anárquico. En cuanto se te antoja algo, lo haces. Pero el Partido y el Komsomol están organizados sobre la base de una disciplina férrea. El Partido ante todo. Y uno no debe estar allí donde él quiere, sino donde es más necesario. (...)

Cuando Krámer se hubo calmado, Pável dijo quedo, pero firmemente:

-Todo eso es justo, pero yo me iré con los de Budionny. Es cosa decidida (Ostrovski, 1990:102).

Para el personaje que se encuentra enunciando, Pável no tiene muy claro en qué consiste la disciplina, ese va a ser el objeto de la discusión. Si bien reconoce “muy buenas condiciones” para la militancia en el protagonista, desde este punto de vista, no es suficiente sin una “disciplina férrea”. Mediante el “pero” niega argumentativamente las consecuencias positivas que podría implicar tener aquellas buenas condiciones señaladas (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Estar en el Partido, formar parte de los Komsomoles implica una disciplina de fierro, es por ello que se construye como antagónico “hacer lo que se te antoja” y hacer lo que en definitiva manda el Partido. Entre el deseo del Partido y el del individuo, hay un hiato donde el último queda desplazado por el primero.

Esto lo podemos ver también en este otro diálogo:

Akim preguntó a Tókariev:

-¿Os alcanzarán las fuerzas para construir el ramal en el plazo fijado?

Tókariev, después de una breve pausa, respondió:

-Sabes, hijito, hablando en general, no se puede construir, pero tampoco se puede no construirlo. Y ése es el problema (Ostrovski, 1990:146).

El enunciador sabe el sacrificio implica llevar a cabo el mandato. Sin embargo, lo harán porque no se puede no hacerlo. El mandato partidario pesa más (debe pesar más) que la dificultad de llevar a cabo determinada tarea. Por este motivo, los militantes del Partido son los mejores, los que demostraron toda su vida merecerlo. Desde este punto de vista, por lo tanto, militante no es cualquiera, debe ser dignos de serlo: “Se admitía en el Partido sólo a los mejores, a quienes conocían bien, a quienes toda su vida habían demostrado ser dignos de ello” (Ostrovski, 1990:222). En este enunciado podemos ver cómo se despersonaliza la acción de “admitir a los mejores” (Hodge y Kress, 1993). El Partido aparece, de esta forma, como un colectivo imaginario en el que se admiten personas, se hacen cosas, pero en definitiva, no es responsable discursivo de aquella decisión. El actor aparece borrado, aunque no así la institución en el que se realiza la acción.

El siguiente diálogo, también producido en torno a la construcción del ramal del ferrocarril en condiciones muy difíciles para los trabajadores, refuerza esta idea de la disciplina partidaria:

-¡Al diablo! ¡No me quedo aquí un día más! ¡A la gente se la envía a los trabajos forzados por algún crimen! ¿Y a nosotros, por qué? Nos han tenido aquí dos semanas, y basta. Ya está bien de hacer el tonto. El que ha dado la disposición, que venga y que construya el mismo. El que quiera, que se revuelva en este fangal, pero yo no tengo más que una vida. Mañana me marcho.

(...)

¿Quién es ese que ladra? ¿Para quién la tarea del Partido es igual que los trabajos forzados –pronunció sordamente recorriendo con mirada grave los rostros de los que se encontraban cerca-. Hermanos, no podemos marchar a la ciudad de ninguna manera, nuestro puesto esta aquí. Si nosotros nos largamos, la gente se morirá de frío. Camaradas, cuanto más pronto terminemos, antes volveremos a casa; y huir, como quiere aquí un llorón, no nos lo permiten ni nuestra idea ni la disciplina.

(...)

-¿Los sin partido se marchan?

-Sí –dijo Pankrátov con voz tajante como un hachazo.

Hacia la mesa abrióse paso un muchacho con abrigo corto de ciudad. (...)

-Ahí tenéis el carnet, tomadlo, por favor, por ese pedacito de cartón no estoy dispuesto a sacrificar mi salud.

El final de la frase fue ahogado por las indignadas voces que se alzaron en toda la barraca:

-¿Qué es lo que tiras?

-¡Ah, traidor!

-¡Te infiltraste en la Juventud Comunista para hacer carrera!

-¡Echadle de aquí!

-¡Ya te daremos la carrera, piojo apestoso!

El que había tirado el carnet se dirigió hacia la puerta, con la cabeza gacha. Le abrían paso, apartándose de él como si tuviera la peste. Chirrió la puerta al cerrarse tras el desertor.

Pankrátoc cogió con las puntas de los dedos el carnet que estaba sobre la mesa y lo acercó al fuego de la lamparilla (Ostrovski, 1990:142-143).

Desde el personaje que comienza la discusión, la tarea a desempeñar se presenta como “trabajo forzado”, como “castigo”, lo que explica su decisión de abandonarlo. Frente a esta postura reacciona el representante del Partido. A ésta argumentación, contrapone la siguiente: “Si nosotros nos largamos, la gente se morirá de frío” (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Como abandonar implica, necesariamente, que la gente se muera de frío, se insta a los camaradas a permanecer. Quien está en contra de esta postura no es más ni menos que un

“llorón”, lo que está prohibido desde la idea pero también desde la disciplina partidaria; un “traidor”, un “infiltrado” que no quiere hacer otra cosa que ascender, “hacer carrera”, en provecho propio. En fin, es un individualista, un “pequeño-burgues”.

La forma en la que es despedido uno de los “desertores” da cuenta de lo que puede implicar no atenerse al mandato partidario: como los “temerosos” del PRT-ERP³⁹, es como si tuviera la peste, todos se alejan de él para no “contagiarse”, para no tener su mismo destino. El Partido, tal como aparece en el texto, es el único representante válido de los intereses de la clase obrera, todos los “oposicionistas”, en contraposición, son representantes de la clase burguesa a su interior: “¡En lucha irreconciliable contra las tendencias pequeñoburguesas, bajo la bandera de Lenin, obtendremos la victoria!” (Ostrovski, 1990: 215). Como veremos en el capítulo siguiente, de igual forma serán traducidos los conflictos políticos en el PRT-ERP.

En el texto de Fúcik, la figura del Partido y la disciplina también aparecen ligadas a la idea del deber y entrega hasta las últimas consecuencias. Así podemos verlo en el siguiente enunciado: “A los camaradas que sobrevivirán a esta última batalla les estrecho fuertemente la mano. Por Gusta y por mí. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber” (Fúcik, 1965:61). Ese “cumplir con nuestro deber” no es más ni menos que ser fiel a su mandato hasta el final, que no es otro que resistir a la tortura y entregarse a la muerte segura que esto provocará. Los “camaradas” son los destinatarios primeros, es a ellos a quien va dirigido el ejemplo de Fúcik y de todos los otros camaradas/personajes que pertenecen a la categoría “figura” creada por el narrador. Ellas son el modelo de militante construido a lo largo del relato.

En el siguiente caso, el enunciador construye nuevamente como ejemplo a ser imitado por los destinatarios de su discurso el sentido de pertenencia y entrega hacia el Partido de esta militante revolucionaria:

En febrero de 1942 su adhesión al Partido era aceptada. (...)

-Sé que este día es el más importante de mi vida. Desde ahora ya no me pertenezco a mi misma. Prometo no faltar a mi deber. Pase lo que pase.

Han pasado muchas cosas. Ella no ha fallado (Fúcik, 1965:68).

³⁹ Ver capítulo II, apartado sobre “Moral y proletarización”, p. 122.

La aceptación del Partido –como veíamos antes, pertenecer a él no es algo para cualquiera, sólo los “mejores” podrán hacerlo- es “el día más importante” de su vida, como relata Fúcik. Desde ese momento su persona es propiedad del Partido, no de ella misma, “pase lo que pase”. Este “pase lo que pase” refuerza el sentido construido por Fúcik: frente a la tortura, frente a las situaciones más extremas, debe seguirse cumpliendo el deber que aquella pertenencia demanda. Y como ella “no ha fallado”, a pesar que “han pasado muchas cosas”, es digna de ser incluida bajo la categoría ejemplar a ser imitada por todos los camaradas.

Este sentido de pertenencia también refuerza otro topoi (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a): los camaradas, los militantes revolucionarios son intercambiables, reemplazables. El fusil dejado por el compañero, será empuñado por otros brazos: “Previniendo que yo cayera, estaba preparando mi sucesor. Él retomó el trabajo cuando fui arrestado y continúa haciéndolo” (Fúcik, 1965:107). Por lo tanto, otro deber del militante que se desprende de este enunciado es ser debidamente consciente de esta situación y prepararse para ello. De ahí que la caída individual no implique, desde este punto de vista, la caída del conjunto: “Después de cada prueba, sin embargo, se pudo apreciar nuevamente hasta qué punto el Partido es indestructible. Un militante caía; si uno no bastaba para reemplazarlo, dos o tres aparecían en su lugar” (Fúcik, 1965:106). Contrario al lugar común con el que se discute, el encarcelamiento y ejecución de militantes del Partido no implica su destrucción pues “dos o tres aparecían en su lugar”. De este modo, se continúa reforzando la entidad abstracta y todopoderosa de la organización. *El sacrificio individual, en este contexto discursivo, nunca es derrota, sólo puede ser victoria aunque el final sea la misma muerte. El Partido es indestructible, y su triunfo se lo representa como un destino inexorable.*

5. El Héroe revolucionario

En este apartado profundizamos en uno de los aspectos que trabajamos en el anterior. Particularmente, analizamos las acciones y atributos de este “héroe” -o “figura”, como lo llama Fúcik-; qué características tiene, qué prerrogativas debe cumplir para constituirse como tal.

En *Así se templó el acero*, tal y como ocurre en *Reportaje al pie del patíbulo*, uno de las acciones caracterizadas como positivas y necesarias para ser un fiel servidor a la causa revolucionaria, es la resistencia a la tortura, el silencio ante todo, aún si no se sabe qué se está

callando: “En los interrogatorios no dijo nada, lo negaba todo. Él mismo no sabía que callaba. Quería ser audaz, quería ser fuerte como aquellos a quienes había conocido en los libros” (Ostrovski, 1990:67). El deseo del protagonista, del héroe ficcional-real, es “ser audaz”, “ser fuerte” al igual que los personajes de los libros que leía. Ser un verdadero combatiente es mantenerse firme hasta el final: “Valia Bruszhak se mantuvo firme hasta el último minuto. Murieron como verdaderos combatientes” (Ostrovski, 1990:105).

Otro deber que se desprende de la estructura narrativa de la novela soviética es el de “no llorar”, no demostrar ningún sentimiento que dé cuenta de debilidad. El militante ideal, tal como lo indica el título de la novela, debe ser de acero. Más aún, debe serlo, pero sobre todo, parecerlo ante la mirada de sus camaradas: “Seriozha sintió el frescor de una lágrima que le rodaba por la mejilla. Apresúrose a borrar su huella y miró hacia sus camaradas. No, nadie le había visto” (Ostrovski, 1990:96). El acto de llorar es representado como un acto digno de vergüenza, de ahí la tranquilidad que le provocó constatar que “nadie lo había visto”. En este otro fragmento podemos ver cómo se refuerza este mandato:

Las comunistas del pueblecillo –dos hermanas- se abrazaron y, sin poder contenerse, rompieron a llorar. Stepánov, un joven de la cabeza del distrito, fuerte como un luchador que, resistiéndose al ser detenido, había herido a dos gendarmes, exigía insistentemente de las hermanas: ‘¡Sin lágrimas, camaradas! ¡Llorad aquí, para no hacerlo allá! No hay por qué alegrar a esos perros sanguinarios. De todas maneras no habrá piedad para con nosotros; y ya que tenemos que morir, vamos, pues, a morir como es debido. Que ninguno de nosotros se arrastre de rodillas. ¡Camaradas, recordadlo, hay que saber morir!’ (Ostrovski, 1990:106).

El militante comunista, por tanto, no sólo debe aceptar la muerte como destino probable de su militancia, sino que sobre todo, para ser digno de serlo, debe hacerlo “como es debido”, esto es, sin arrastrarse de rodillas, sin demostrar debilidad, “sin lágrimas”. En la forma de morir también hay un saber, una verdad que debe ser puesta en práctica por todo aquel que integre las filas revolucionarias.

Si bien el militante ideal es de acero, eso no tiene por qué implicar no tener sentimientos tiernos. Ser “tierno”, un sujeto capaz de amar y ser fiel a la amistad, no se contradice con “saber matar”. De alguna manera, frente a lo sostenido en los fragmentos analizados con anterioridad, el narrador polemiza con el lugar común que construye al militante revolucionario que debe matar -pues la revolución es también un acto de violencia-

como alguien sin sentimientos. Al tiempo que se puede (y se debe) matar, también se puede (y se debe) amar:

A Serguéi no le tembló la mano. Estaba seguro de que él, Serguéi, que con tanta ternura sabía amar y ser tan fiel a la amistad, mataría a más. No era un muchacho malo ni cruel, pero tenía conciencia de aquellos enviados de los parásitos mundiales, aquellos soldados a quienes azuzaban el engaño y la maldad, arremetían contra la querida República con un odio bestial.

Y él, Serguéi, mataba para que llegara antes el día en que el hombre dejase de matar al hombre en la Tierra (Ostrovski, 1990:97-98).

Matar por la revolución, entonces, no tiene por qué significar -como sí parece ser para el imaginario con el que discute- “ser un muchacho malo ni cruel”. Mediante esta negación y el “pero” que sigue a ésta, el enunciador plantea un punto de vista que contrapone al topoi negado (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a): se mata porque se tiene conciencia de lo que aquellos soldados, enviados por los parásitos mundiales, hacen “con odio bestial” a la “querida República”. La clausula final legitima esta acción presentada como negativa pero a la vez como necesaria: “Y él, Serguéi, mataba para que llegara antes el día en que el hombre dejase de matar al hombre en la Tierra”. Hay que matar para dejar de matar. Esta supuesta contradicción es la que el narrador intenta desanudar y legitimar: si bien sabemos que no está bien, es necesario para triunfar. Y triunfar significa, entre otras cosas, que el hombre deje de matar al hombre en la Tierra. El enemigo aparece deshumanizado, con “odio bestial”, mero representante de los intereses imperialistas, lo que facilita su eliminación física.

Otro tópico que atraviesa la construcción de este militante ideal es la fusión del individuo con la masa, la “pérdida de la sensación de individualidad”, quedando sólo el “nosotros” para representar la propia posición de enunciación:

Pável perdió la sensación de individualidad. Todos aquellos días estaban saturados de cruentos combates. Korchaguin se fundió en la masa y, como cada uno de los combatientes, pareció haber olvidado la palabra ‘yo’, quedando únicamente ‘nosotros’... (Ostrovski, 1990:109).

La posición enunciativa del sujeto revolucionario no puede ser más que colectiva. No hay individuos sino encarnaciones de ese espíritu universal que puede ser tanto la “Revolución” o el “Partido”, pues ambos son, desde este discurso, sinónimos. Tanto es así, que el personaje principal, al enterarse sobre la pérdida de vista del ojo derecho, no puede más que expresar lo siguiente: “-Mejor hubiera sido perder la vista del ojo izquierdo. ¿Cómo voy a tirar ahora? Aún continúa pensando en el frente” (Ostrovski, 1990:115). Frente a la tragedia individual del protagonista, la preocupación no se remite a su propia carencia y sufrimiento, sino sobre los efectos que tal situación puede provocar “en el frente”. El conector “aún” es el que marca aquel cambio en la orientación argumentativa. El nuevo topoi construido prescribe esta entrega al partido, pese a todo.

Este lugar común se manifiesta en varias oportunidades. Una de ellas, en la carta que le envía este personaje a Artiom, su hermano:

... Estoy dispuesto a soportarlo todo, con tal de volver a filas.

Para mí no existe en la vida nada más terrible que quedar fuera de combate. No puedo ni pensar en ello. He aquí por qué estoy dispuesto a todo, pero no existe mejoría, y las nubes se hacen cada vez más densas.

Cuida tu salud, y no te cargues de golpe diez puds. Luego, al Partido le cuesta cara la reparación. Los años nos dan experiencia; el estudio, conocimientos; y todo ello no es para que holguemos en los hospitales... (Ostrovski, 1990:237).

Lo que se construye como “más terrible” no es su padecimiento individual sino quedar fuera de combate. En “... estoy dispuesto a todo pero no existe mejoría...” pareciera que hay cosas que la voluntad, por más revolucionaria que sea, no puede modificar. El “pero” es el conector que niega las consecuencias de ese “estar dispuesto a todo” (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). El límite material del héroe se encuentra en su propio cuerpo. Es por ello que su descuido excesivo –por más nobles razones que lo justifiquen- es condenado: no cuidar la salud no es una cuestión individual sino colectiva, pues “al Partido le cuesta cara la reparación”. Estar en el hospital, enfermo, es construido como sinónimo de “holgazanear”, “vaguear” en contraposición a “estar en el frente” y combatir.

Esta imposibilidad de “vaguear”, sinónimo de “no hacer nada útil para el Partido”, también lo podemos ver en este otro enunciado. Mientras sus compañeros se iban de vacaciones, Korchaguin, el “héroe” de la novela, es el único que continuaba con el trabajo:

Durante el verano, los amigos se marchaban de vacaciones, uno tras otro. (...) Los muchachos partían pálidos y agotados, pero alegres. Su trabajo recaía sobre las espaldas de Pável, y éste lo arrastraba, como un buen caballo arrastra el carro cuesta arriba. (...) era inconcebible un día de ausencia de Korchaguin en el despacho (Ostrovski, 1990:228).

Esta acción, la de no permitirse vacacionar, es representada como algo inevitable, casi como mandato. De allí la utilización de una metáfora proveniente del mundo animal para representar esta situación. Tal como un buen caballo que cumple las órdenes de su amo, el héroe no elige hacer lo que hace sino que cumple, hasta las últimas circunstancias, con lo que se supone debe hacer un buen revolucionario. El héroe construido es un héroe “full time” que no admite descanso ni vacilaciones.

En lo que se refiere al eje de este apartado, otro momento interesante para analizar es la forma en que el narrador relata, en estilo indirecto libre, el balance de vida que realiza Korchaguin ante su grave estado de salud y las dificultades que esto conlleva para volver a las filas:

... Ante sus ojos discurrió toda su vida, desde la infancia hasta los últimos días. ¿Cómo había vivido sus veinticuatro años, bien o mal? (...) Lo fundamental era que no se había dormido en los días de mayor tensión, que había sabido encontrar su puesto en los encarnizados combates por el Poder, y que en la purpúrea bandera de la revolución había también algunas gotas de su sangre (Ostrovski, 1990:248).

Las acciones valoradas en forma positiva, como “no dormirse en los días de mayor tensión”; “haber sabido encontrar su puesto en los encarnizados combates por el Poder”; “haber gotas de su sangre en la purpúrea bandera de la revolución”, están todas relacionadas a su desempeño y entrega a la lucha revolucionaria. Parece que los momentos de su vida que no forman parte de este tema no son dignos de siquiera ser comentados. Por ejemplo, en el

siguiente fragmento, cuando piensa en la posibilidad del suicidio, se pone en juego también esta valoración:

... Siempre y en todo tiempo, cualquier idiota puede pegarse un tiro. Es la salida más cobarde y fácil de la situación. ¡Si te es difícil vivir, pégate un tiro! (...) Guarda la pistola y no se lo cuentes nunca a nadie. Aprende también a vivir cuando la vida se hace insoportable. Hazla útil (Ostrovski, 1990:248).

Frente a esta salida, calificada como “cobarde” y “fácil”, el personaje reacciona en modo imperativo obligándose, no sólo a seguir con vida, sino sobre todo a hacerla útil.

Como estuvimos viendo, la idea de “utilidad” está íntimamente relacionada al Partido. *Ser útil es ser útil para el Partido*. A partir de este razonamiento es como Korchaguin se convierte en escritor. En sus condiciones, la actividad literaria es la única que le permite volver a las filas, y, por tanto, que su vida vuelva a tener sentido. “Korchaguin reempuñó el timón con ambas manos, y la vida, después de hacer varios zigzags, viró hacia un nuevo objetivo. Era éste el sueño de reincorporarse a filas por medio del estudio y de la literatura” (Ostrovski, 1990:251). Desde esta perspectiva, sin ese sentido colectivo, superior, la vida no tiene valor.

El texto de Fúcik, dado que es un relato “al pie del patíbulo”, la entrega al Partido se manifiesta, como vimos, en el silencio frente a la tortura y el sufrimiento de aquellas condiciones extremas. Quien no pase esa prueba no puede ser más que una cosa: traidor.

-¡Ya ves que lo sabemos todo! ¡Habla! Sé inteligente.

¡Qué razonamiento! Ser inteligente: traicionar.

No soy inteligente (Fúcik, 1965:25).

Aunque el fin no sea otro que la muerte, desde esta perspectiva, el héroe, para ser digno de llamarse de esa forma, debe mantenerse firme hasta el último momento. Como en la novela soviética, el que supere esta “prueba de fuego”, no es “ceniza” (que se la lleva el viento), sino “acero”:

... Aquí no puedes ver ni millones, ni centenares. Aquí sólo se ven algunos camaradas, hombres y mujeres, y a pesar de ello sabes que esto no es menos importante, porque es la revista de una fuerza sometida en este momento a una prueba de fuego, y que no se transforma en ceniza, sino en acero (Fúčík, 1965:44).

La recurrencia a este metal todo poderoso para representar al militante ideal no es casual. El hombre revolucionario debe ser de acero, debe soportar todo, pues sólo con estos combatientes se logrará la victoria.

Ahora nos detendremos en las descripciones de las llamadas “figuras”, “cada uno de los que ha servido fielmente al futuro y cayó para que este fuera hermoso...” (Fúčík, 1965:57), que no traicionaron y fueron de “acero” hasta el final. Comenzaremos por “Los Jelinek”: “-Patrón, diga a los de afuera que no me lloren y que no se dejen aterrorizar por esto. He hecho lo que me ordenaba mi deber de obrera, y también de acuerdo con eso voy a morir” (Fúčík, 1965:64-65). El narrador no elige cualquier discurso referido para representar y fundamentar la inclusión de “Los Jelinek” en esa categoría. Siguiendo el enunciado en cuestión, lo que los hace merecedores de recuerdo, pero sobre todo de ejemplo, no sólo es su entrega sino la forma en que lo hicieron. Este mandato, que se reitera en el relato acerca de “no llorar”, acompañado por la idea de un deber de clase, construye una representación de la muerte del militante que no permite lamentarse sino todo lo contrario. Morir de acuerdo a ese deber implica hacerlo de forma honrosa, sin traicionar y aceptando como inevitable el destino que dicha pertenencia parece implicar y suponer. Este enunciado puede ser leído e interpretado -tal como sucede con el texto de Fúčík como totalidad- como testimonio y mandato para “los de afuera”: no deben aterrorizarse ni llorar, sino cumplir con su deber “obrero” de no traicionar hasta la misma muerte.

Así describe el locutor la llegada a prisión de “Los Vysusilovi”: “Él fue arrestado poco tiempo después que yo, y me causó terror verlo aquí la primera vez. ¡Todo corría peligro si él hablaba! Pero no habló” (Fúčík, 1965:65). Como nos deja ver el enunciadador, “él”, a pesar de todo, no habló, no traicionó. Gracias a su silencio, por tanto, nada corre peligro, los camaradas y el Partido están a salvo. Veamos como representa en discurso referido a la Sra. Vysusilovi: “Han matado a mi hermana, están por matar a mi marido, y quedaré completamente sola, sí a mi edad... Sola, abandonada, hasta muerte... Y yo podría salvarlo, ellos me lo devolverían... sí, pero ¿a qué precio? Ya no sería yo, ni él mi papacito... Y no

dijo una palabra” (Fúcik, 1965:66). A pesar del dolor extremo que significa la pérdida de todos sus seres queridos, “no dijo una palabra”. Desde este punto de vista, nada legitima la delación. La traición, representada de esta forma, sólo trae pérdida, y no de cualquier tipo, sino la de la identidad misma, la peor de las pérdidas.

En el caso que veremos a continuación, el narrador relata la transformación de un “sencillo hijo del pueblo” en “hombre”:

... No es un político profesional. Es un sencillo hijo del pueblo, pero tiene el ejemplo de su padre. Cuenta, pues, con un núcleo firme, alrededor del cual se acumulan sus decisiones. Ya ha tomado la suya. De la crisálida rugosa sale un hombre.

Y un hombre interiormente hermoso, puro como pocos, sensible, tímido y sin embargo viril. Se arriesga todo cuanto aquí es preciso. (...) Trabaja sin agitarse, despacio, prudentemente, pero sin miedo (Fúcik, 1965:98).

Esa negación: “no es un político profesional”, pone en escena una afirmación con la cual el narrador no acuerda, pero sin embargo, no descalifica como tal, pues se trata de una negación polémica⁴⁰, no metalingüística (García Negroni, 1998b). Es por eso que después aparece el “pero”, pues, si bien “no es un político profesional”, sino un “sencillo hijo del pueblo”, el “pero” viene a negar la consecuencia descalificatoria de ese lugar común que valora negativamente no ser un militante encuadrado. Sin embargo, no logra desmontar aquel topoi pues aunque él no lo sea, su padre sí lo es, y eso es lo que permite a fin de cuentas que “de la crisálida rugosa” salga “un hombre”. Desde la perspectiva construida por el enunciador, a pesar de las negaciones y contra argumentaciones, el calificativo “político profesional” sigue siendo positivo, como también permanece el valor negativo de “sencillo hijo del pueblo”. En la segunda parte del enunciado, podemos ver cómo se pone en juego otro lugar común constitutivo del discurso de izquierda. Este hombre que nace, es un “hombre interiormente hermoso, puro como pocos, sensible, tímido y sin embargo viril”. Ese “sin embargo” vendría a negar la consecuencia de lo anterior. “Ser tímido”, “sensible” implicaría, desde ese topoi que se está discutiendo, debilidad, que es lo que estaría negando el calificativo “viril”. Como podemos ver, este topoi tampoco es desmontado en forma

⁴⁰ En la negación polémica, como dijimos, el locutor no se opone a otro locutor sino a un enunciador E1, al que pone en escena en su mismo discurso y que puede no ser homologado con el autor de ningún discurso efectivo. La actitud positiva a la que se opone el locutor es interna al discurso en el cual se la discute. Esta negación “polémica” mantiene los presupuestos (Ducrot, 1986).

completa pues la virilidad, en cuanto tal, sigue siendo construido como un valor necesario para ser un verdadero combatiente, un hombre. Desde un discurso ligado a un imaginario masculino, patriarcal, que hace honra de la dureza, del “acero”, estas cualidades pueden indicar femeneidad y debilidad, y, por tanto, no son signo del “hombre puro” que necesita la revolución. Sin embargo, el enunciador, a partir de los conectores “pero” y “sin embargo”, niega las consecuencias negativas que implicaría poseer dichos atributos. Como dice al final del segundo párrafo, se puede “ser prudente” sin ser miedoso. De todas formas, no deja de legitimar el disvalor del miedo y el valor de la virilidad como cualidades propia de este militante ideal.

Estos lugares comunes también podemos apreciarlos en la caracterización que realiza de “Papá Skorepa”: “Ante todo, conoce su deber. Es un comunista que sabe que no hay lugar en que pueda dejar de serlo...” (Fúčík, 1965:100). Desde el punto de vista aquí construido, ser comunista implica, necesariamente, serlo en todo momento y lugar. Ese es su deber. Y “papá Skorepa” lo es porque cumple con ese mandato, es un “hombre puro”: “Es un combatiente fuerte y valiente. Es un hombre puro. Es papá Skorepa” (Fúčík, 1965:101). Para el enunciador, entonces, ser un “hombre puro” -como para el PRT es el “hombre nuevo”- implica ser un “combatiente fuerte y valiente” en todas las circunstancias, por más duras que éstas sean. Se vuelve a reforzar el sentido construido en los anteriores enunciados. *El valor principal sigue siendo la virilidad, la dureza.*

6. La moral de los revolucionarios: familia, pareja y amor.

En este apartado analizamos como aparecen aquellos aspectos ligados a lo más “privado” de la experiencia personal. Creemos que el análisis de esta problemática es fundamental para poder interpretar las formas que asume esta subjetividad militante en la materialidad textual. A partir de este trabajo, pudimos ver de mejor forma las identidades discursivas de estos hombres y mujeres revolucionarios, y las relaciones que se prescriben entre los mismos.

Como veremos en el capítulo dedicado al análisis de documentos del PRT-ERP, no es casual que el discurso revolucionario le dedique tanta atención a estas cuestiones. Desde esta perspectiva, la moral revolucionaria debe abarcar todos los aspectos de la vida militante, pues sólo así podrá lograrse la victoria. El que no cumpla estos mandatos estará faltando nada más

ni nada menos que a la revolución, pues desde esta trama argumentativa, sin esta moral no puede construirse el nuevo orden social tan ansiado. En el transcurso del análisis, trabajamos, entonces, los mandatos y prescripciones que se materializan y construyen en el texto en torno a este tópico.

En el texto de Ostrovski, en variadas ocasiones, la sexualidad es representada de un modo negativo. En una de las escenas, cuando Korchaguin, el protagonista de la novela, se encuentra en prisión, se presenta esta situación:

-Escucha, querido –susurraron los labios ardientes-, de todas maneras estoy perdida; si no es el oficial, me tormentarán los otros. Tómame, muchachín, querido, que no sea ese perro el que goce de mi virginidad.

(...)

-No puedo, Jristina. Tú eres buena... -y añadió otras palabras que él mismo no comprendía (Ostrovski, 1990:68).

Frente a la posibilidad segura de ser abusada sexualmente por el oficial o cualquier otro de los policías a cargo de la prisión, Jristina le propone a Pávka que sea él quien “goce” de su virginidad y no ese “perro”. Aquí podemos ver como la virginidad aparece en tanto bienpreciado, no apto para ser entregado a cualquiera. Como “de todas maneras está perdida”, pues su virginidad va a ser “arrebatada” de todas formas, a la muchacha se le presenta como opción preferible “ser tomada” -la mujer, de esta forma, aparece como objeto y no como sujeto del acto sexual- por este “muchachín”. El problema principal parece ser perder la virginidad en manos de alguien despreciable y no querido, lo que permite comprender el pedido a Pávka. Sin embargo, Korchaguin no va a aceptar tal propuesta. Es interesante ver cómo lo manifiesta, que topoi constituye y da sentido a esa respuesta. En “No puedo, Jristina. Tú eres buena...”, podemos notar como el enunciador construye una relación de causalidad entre “ser buena” y no poder hacer lo que se le está pidiendo. Si nos dejamos llevar por esta argumentación, pareciera que sólo podría hacerlo si ese alguien no fuera tan bueno, que se mereciera lo que parece ser un ultraje.

Veamos otras representaciones del tópico. El siguiente fragmento pertenece al discurso de un habitante del pueblo que no es miembro del Partido:

Antes, en los momentos de cólera, le dabas a la parienta en los hocicos, cosa imprescindible, y ella se enjuagaba la cara y callaba, pero hoy, en cuanto las tocas, arman un griterío de mil diablos. A las primeras de cambio te mencionan al tribunal popular, y las más jóvenes hasta te hablan del divorcio y te largan una letanía con todas las leyes. Y mi Ganka, que era callada de nacimiento, se ha metido ahora a delegada. Esto es así como jefe de las mujeres, o cosa por el estilo. Y vienen a verla todas las de la aldea. En un principio quise acariciarla con las riendas, pero después envié al cuerno esta idea. ¡Al diablo con ellas! Que cotorreen. Es buena mujer, tanto en lo referente a la hacienda como en lo demás (Ostrovski, 1990:197).

El enunciador construye una representación del pasado que se contrapone al presente bolchevique. Mientras antes las mujeres podían ser maltratadas sin ningún inconveniente, “cosa imprescindible” para este personaje, ahora, con la llegada del poder bolchevique, ellas mismas no lo permiten, hasta llegan a hablar de divorcio, como declara con mucho disgusto el personaje en cuestión. Frente a la elección de su esposa de ser delegada, si bien en un principio quiso “acariciarla con las riendas”, no lo hizo. A diferencia de lo que ocurría antes, ya no era tan fácil ejercer la violencia, es por eso que, como forma de consolarse a sí mismo dice “que cotorreen”, verbo que interdiscursivamente se encuentra asociado al género femenino. Desde el discurso dominante, los hombres son los que mandan y las mujeres obedecen y “cotorrean”. Ahora, ellas, en el presente bolchevique, también pueden decidir y ser sujetos de la historia. Sin embargo, por los distintos aspectos analizados, podemos afirmar que, si bien la mujer aparece como sujeto político, no sucede lo mismo en lo que respecta a otros aspectos como la sexualidad, las relaciones de pareja, etc.

Esto último también podemos verlo en las caracterizaciones que se realizan del “coqueteo” y el concepto de amor que se pone en juego. El acto de coquetear es descalificado sucesivamente. Veamos que sucede en el siguiente fragmento: “Sentado en el borde de la rampa, movíase nervioso y miraba con odio a las emperifolladas Lisa Sujarko y Anna Admóvskaya, quienes coqueteaban descaradamente con sus galanes” (Ostrovski, 1990:88). Mediante el adverbio “descaradamente”, el enunciador (des)califica la acción de ambas muchachas, las cuales son doblemente desautorizadas: por emperifollarse y, después, por coquetear. Desde esta perspectiva, el amor no va de la mano del jugueteo, sino que es algo muy serio; es compromiso, matrimonio⁴¹. Para el protagonista, amar, “querer en serio” es

⁴¹ La relación entre el concepto de revolución y lo lúdico, fuertemente descalificado desde este discurso, es revalorizado (y resignificado) en los textos de Julio Cortázar y Francisco Urondo que analizaremos en el capítulo III de la presente investigación. Allí podremos ver como lo lúdico adquiere una valoración positiva, en contraposición a la descalificación realizada por este tipo de discurso. Pareciera que desde el discurso de la

sinónimo de “no querer como un juguete”. Tener relaciones sexuales con Jristina hubiera implicado, para este personaje, usarse mutuamente como si fueran objetos, “juguetes”, lo que para Pávka está vedado desde su visión de lo que es moralmente válido.

Veamos cómo se manifiesta esta noción del amor en el siguiente enunciado: “-Tonia, cuando termine todo este jaleo, seré, sin falta, mecánico. Si tú no renuncias a mí, si me quieres en serio, y no como un juguete, entonces seré para ti un buen marido. Nunca te pegaré, que me muera si te ofendo en algo” (Ostrovski, 1990:80). Aquí podemos ver lo que decíamos recién: “querer en serio” es construido como opuesto a “querer como un juguete”. También aparece ligada a esta idea la noción de matrimonio: “querer en serio” es construido como condición necesaria para casarse y ser “un buen marido”. Como decíamos antes, el amor es cosa seria, no es para andar jugando y coqueteando, es para casarse. La última parte da cuenta de otro lugar común con el que se está polemizando. Al decir “nunca te pegaré” deja entrever que es totalmente normal que así ocurra, aunque el personaje en cuestión, como se encarga de aclarar, no sólo que no lo hará, sino que prescribe su propia muerte si osa ofender a su amada en algo. De esta forma, a pesar de “nunca hacerlo”, en este acto enunciativo -pues no es una negación metalingüística sino polémica (García Negroni, 1998b)- se termina legitimando indirectamente la violencia hacia las mujeres en lugar de descalificarla como tal. En términos de Raiter (2003), podemos comprender tal negación como una oposición dentro del mismo discurso dominante, no como un discurso emergente, nueva red de significaciones discursivas.

Aquella noción de matrimonio irá transformándose, no tanto en su valoración, porque continua siendo positiva a lo largo del relato, sino por el lugar que adquiere lo político-partidario en su conformación. Si bien al principio, cuando el protagonista no era un combatiente bolchevique, pensaba casarse con Tonia, muchacha de extracción “pequeño burguesa” que no pertenecía al Partido, más tarde, ya convertido en el hombre ideal, de acero, esta posibilidad será descartada de plano. Así podemos verlo en el siguiente fragmento que relata la ruptura entre ambos: “... El individualismo barato de Tonia se le hacía insoportable a Pável. Ambos comprendían la necesidad de la ruptura” (Ostrovski, 1990:115-116). El narrador, en estilo indirecto libre (Reyes, 1993), al representar el comportamiento del personaje en cuestión como “individualismo barato” – que es, desde este discurso, un

izquierda tradicional (ya sea de la “nueva” o “vieja” izquierda setentista), juego y revolución son términos contrapuestos.

calificativo demoledor- fundamenta aquella ruptura, presentada como necesaria e inevitable. La diferencia de clase, la negativa a formar parte del Partido, son barreras infranqueables para que pueda consumarse esta unión:

... Tú, como es natural, sabes que te he querido, y mi amor puede renacer aún; pero, para ello, tú debes estar con nosotros. Yo no soy el Pavlusha de antes. Y seré un mal esposo si tú consideras que debo pertenecerte a ti antes que al Partido. Yo perteneceré ante todo al Partido, y después a ti, a los demás seres queridos (Ostrovski, 1990:116).

El amor sólo podrá renacer, por tanto, si se efectiviza su ingreso al Partido; si se efectiviza aquella *conversión subjetiva*. Se construye una relación antitética entre tú, Tonia, y nosotros, Partido. La relación de pareja deja de ser entre dos para estar mediada por un cuerpo colectivo. El enunciador se encarga de dejar en claro que ya no es el de antes, que ahora lo primero, antes que cualquier otra cosa en su vida, es el Partido. A diferencia del Pavlusha de antes, para el camarada Korchaguin el deber primero es ser fiel, en todo momento, al mandato partidario. Por lo tanto, si ella no accede a comprender este primer amor, desde esta perspectiva, por más dolor que pueda provocarle, no quedará otra salida que la separación.

Tanto es así que cuando le propone matrimonio a otra muchacha llamada Taia, que tampoco era miembro del Partido, le dice lo que sigue: “Ya lo he decidido: nuestra alianza se concierta hasta que tú te conviertas en una persona de verdad, de las nuestras; y yo puedo transformarte (...) Hasta entonces no debemos romper la alianza” (Ostrovski, 1990:249-250). Él, Korchaguin, aparece como el agente de la acción; es quien ya “ha decidido”. También es el que tiene la capacidad de transformarla en alguien “de verdad”. En modo imperativo, ordena la conformación de esta alianza hasta que ella también pueda disolverse en aquel “nosotros”. Por oposición podemos deducir que quién no pertenece a este espacio colectivo no es una persona. Otra vez, el colectivo partidario vuelve a mediar y dar sentido a las relaciones interpersonales y a los sujetos que forman parte de las mismas. La unión queda consumada cuando ambos conforman aquella ansiada “fracción comunista”:

En aquellos días difíciles para él, Taia excitada y alegre, le comunicó:

-Pavlusha, soy candidato al Partido.

Y Pável, al escuchar cómo la célula había admitido en sus filas a la nueva camarada, recordó sus primeros pasos en el Partido.

-Así, pues, camarada Korcháguina, tú y yo componemos una fracción comunista –le dijo estrechándole la mano (Ostrovski, 1990:255).

Con la entrada al Partido de Korcháguina –ya no Taia, pareciera que su identidad individual quedó diluida en la de su marido/camarada- ambos forman parte de la misma identidad colectiva dadora de sentido. La unión queda, de esta forma, bendecida.

Las escenas de amor entre compañeros del Partido provoca más de un revés narrativo a lo largo de la novela. Por ejemplo, cuando Seriozha le dice a Rita que siempre tiene deseos de verla y que cuando esta con ella “se está tan bien”, “se sienten más ánimos, y se desea trabajar sin fin” –como podemos ver, todas estas son acciones despersonalizadas, en ningún momento el locutor se hace cargo de ellas-, le responde lo siguiente: “-Mira, camarada Bruszhak –dijo-, vamos a ponernos de acuerdo: a partir de hoy, no te dedicarás más a hacer lírica. No me gusta” (Ostrovski, 1990:92). A diferencia de Seriozha, que la llama “camarada Rita” (Ostrovski, 1990:92), lo hace por su apellido, produciendo de esta forma un efecto de distanciamiento entre ambos. Para Rita Ustinovich, decir esas cosas, ajenas al trabajo, al deber partidario que une a ambas camaradas, es “hacer lírica” lo que, desde este discurso, está terminantemente prohibido. Frente a un intento de acercamiento amoroso, Rita contrapone la distancia imperativa, es por ello que “Seriozha enrojeció como un escolar al que le han llamado la atención” (Ostrovski, 1990:92). Ella se comporta de esa forma, ejerciendo su autoridad al retarlo como si fuera un escolar. De todas formas, Seriozha no responde en forma pasiva y le dice lo siguiente: “¿Qué de contrarrevolucionario he dicho? ¡Como es natural, camarada Ustinovich, no volveré a hablar mas!” (Ostrovski, 1990:92). En esa pregunta subyace un supuesto: si lo dicho es considerado “contrarrevolucionario”, el reto es válido. Por lo tanto, el personaje no pone en cuestión el disciplinamiento en cuanto tal sino este reto en particular, pues lo que ha dicho, para él, no tiene nada de “contrarrevolucionario”.

La demostración de afecto, por tanto, no es para este personaje –como si parece ser para la “camarada Rita”- algo que vaya en contra del deber ser revolucionario. Desde su perspectiva, los bolcheviques no tienen ningún motivo que justifique no poder demostrar su amor. De ahí el enojo que todo esto le despierta, provocando el alejamiento entre ambos. Sin embargo, ante tal situación la camarada Ustinovich no se mantiene al margen. Al encontrarse ambos en un comité, le dice lo siguiente: “-¿Qué, te ha entrado el amor propio pequeño

burgués? ¿Dejas que influencia en el trabajo una conversación personal? Eso, camarada, no está bien” (Ostrovski, 1990:93). Para Rita, enojarse por lo ocurrido significa tener un comportamiento “pequeño burgués”. A diferencia del discurso del PRT que presentaremos posteriormente, en el cual todo lo personal es político, en este argumento pareciera que trabajo y vida personal son ámbitos separados que no deben inmiscuirse, menos aún, lo segundo en lo primero, pues la revolución, desde este discurso, lo es todo. Desde una posición enunciativa fuertemente normativa, la “camarada Rita” decreta la incorrección de tal actitud. Seriozha vuelve a rebelarse a este nuevo reto: “-¿Qué voy a hablar contigo? De nuevo me imputarás alguna desviación pequeñoburguesa o alguna traición a la clase obrera” (Ostrovski, 1990:93). Para este personaje, estas imputaciones son inválidas, por eso elige directamente no hablar. Desde la ironía, pone en cuestión este lugar común argumentativo que relaciona “desviaciones pequeño burguesas” con este tipo de conflictos.

Sin embargo, todavía no llegamos al final de esta historia. El amor y el erotismo esta vez aparecen sin ser censurados:

Dejó la pistola en el suelo y se volvió a echar sobre la hierba. Bajo el paño de la guerrera se destacaban sus pechos firmes.

-Serguéi, ven aquí –dijo en voz baja.

El muchacho se acercó.

-¿Ves el cielo? Es azul. Y tú tienes los ojos del mismo color. No está bien. Tus ojos deben ser grises, de acero. El azul es un color demasiado tierno.

Y abrazando de pronto su rubia cabeza, le besó ardientemente en los labios (Ostrovski, 1990:95).

Es para destacar que el narrador se permita decir “bajo el paño de la guerrera se destacaban sus pechos firmes” sin descalificar mediante algún comentario o calificativo tal enunciación. Como podemos apreciar, ahora ella es la que lo llama (y también lo besa), apareciendo como sujeto de la acción. Otra vez aparece el tópico del acero. Para Rita, el problema con Seriozha es que es “demasiado tierno”, no es lo suficientemente fuerte y recio como se supone debe ser un combatiente revolucionario. De ahí podemos entender su anterior posición. A diferencia de la militante de metal, Seriozha no escinde ni contrapone la militancia con la experiencia amorosa. Parece que por el momento logro persuadirla...

Otra situación amorosa entre camaradas es la que se da entre Rita con el protagonista, pero a diferencia de Seriozha, éste no va a declarar su amor –por lo menos, no a tiempo- sino que lo reprimirá hasta que sea demasiado tarde:

Para él, Rita era intangible. Era su amiga y camarada de lucha por un mismo objetivo, su comisario; pero, con todo, era también mujer. Esto lo había sentido Pável por vez primera junto al puente, y por ello le emocionaba tanto aquel abrazo. Sentía la respiración profunda y acompasada y, muy cerca, sus labios. La proximidad generó un deseo irresistible de encontrarlos. Con un esfuerzo de voluntad, estranguló el deseo. (Ostrovski, 1990:125).

El lugar común que estructura esta argumentación une “ser amiga” y “camarada de lucha” con la “intangibilidad”. Sin embargo, para contrarrestar la consecuencia de dicho topoi aparece el “pero” (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Si bien es una camarada, también es una mujer, por lo tanto el deseo amoroso puede aparecer, es legítimo que así ocurra. De todas formas, a pesar de este titubeo, termina primando la intangibilidad. Con “esfuerzo de voluntad” -y este personaje es un especialista en ello- estrangula su deseo de amarla. La misma Rita, a pesar que en otro momento no era muy distinta a Korchaguin, le dice lo siguiente: “Pável, no hay que ser tan severo consigo mismo. En nuestra vida no es todo lucha, existe también la alegría de un sentimiento grande” (Ostrovski, 1990:226). Esta Rita, a diferencia de la anterior, no se identifica con el enunciador que plantea a la “lucha” como única experiencia y motivación de vida. También están el amor y la alegría que este puede brindar. De esta forma, *aparece la alegría como un aspecto destacable y deseable, no todo tiene que ser sacrificio y sufrimiento.*

La ética que termina primando es la de un “Pável censor”, que condena tanto el amor “libertino” como cualquier otra conducta que no se corresponda con el mundo ascético que desea y construye para su propia cotidianeidad como para la del resto. Esta situación se reitera en varias oportunidades. Aquí podemos ver una de ellas:

-Buen principio... -dijo Pável-. ¿A quién metes en tu casa? ¿A dónde vas a ir a parar?

Dubava, al parecer hastiado de aquella conversación, gritó:

-¿Aún vais a indicarme con quien debo dormir? ¡Basta ya de sermones! ¡Puedes largarte por donde has venido! ¡Ve y di que Dubava bebe y que duerme con una prostituta! (Ostrovski, 1990:227).

Pável aparece como alguien que asiduamente da indicaciones acerca de lo que está bien o mal. Por ejemplo, en este caso, beber y dormir con una prostituta, son compartimientos descalificados por el personaje en cuestión, pues son signos de mal camino, de perdición, de ahí su pregunta y preocupación, “¿A dónde vas a ir a parar?”. Dubava –en ese momento del relato, miembro de la fracción trotskista en conflicto con la estructura partidaria- se rebela frente a ese mandato calificado como “sermón”, signo ideológico asociado al discurso propio del cristianismo⁴². Si en un momento este personaje aceptó este estado de cosas, ahora parece que no está dispuesto a hacerlo. Ese “aun” marca aquella distensión en la relación. A partir del distanciamiento con la línea oficial del Partido, que provocó también un distanciamiento con Pável, Dubava siente que ya no debe por qué acatar, si quiera escuchar, tales “sermoneos”. Si lo dejan afuera en lo político, pareciera que también desea ser dejado de lado en lo que respecta a su vida privada, legitimando de todas formas esa intromisión.

En este otro enunciado, el protagonista de la novela vuelve a manifestar esa posición enunciativa:

Failo es un fenómeno repugnante en nuestra vida comunista. No puedo comprender, ni aceptaré nunca, que un revolucionario, un comunista pueda ser al mismo tiempo un cerdo obscuro y miserable. Este hecho nos ha obligado a hablar de la vida privada, y esto ha sido lo único positivo del asunto (Ostrovski, 1990:230-231).

Para el protagonista, Failo no es más que un “fenómeno repugnante”, ubicándolo por fuera del colectivo de identificación que aglutina tanto al enunciador, Pável, como a sus destinatarios, que son los otros miembros del Partido (Verón, 1987). Este personaje, por tanto, se lo presenta como algo que atenta a la armoniosa y moralista “vida comunista”. Para preservar el orden no hace falta más que su expulsión. Desde esta perspectiva, “ser

⁴² Son numerosos los trabajos que indagan en torno a las vinculaciones entre los movimientos de izquierda y discurso religioso (Carnovale, 2005; Guglielmucci, 2006; Campos, 2007; Tarcus, 1998-1999). El sacrificio personal como símbolo de una nueva era por venir, es tanto relato fundante de la cultura cristiana, como del lazo identitario de la izquierda en general como del PRT-ERP en particular.

comunista” es, por oposición, ser “no-cerdo obsceno” y “no-miserable”. Quien lo sea, como Failo, no es comunista y, por tanto, debe ser expulsado. Es lo que termina logrando Pável a través de esta argumentación. De esta forma, este personaje termina constituyéndose en una suerte de censor, encarnación y guardián de la moral comunista. Este papel lo desempeñará con tanto esmero que ni los “cuentos verdes” serán permitidos (Ostrovski, 1990:240).

En *Reportaje al pie del patíbulo*, la familia y el amor también tienen un lugar secundario respecto al deber y entrega de este buen militante a la estructura partidaria. En la siguiente descripción de una de las “figuras”, podremos verlo de mejor forma:

Se llama Karel Malec, es un mecánico, y trabajaba en el ascensor de una mina situada cerca de Hudlic, de donde extrajo explosivos para la Resistencia. Tiene mujer y dos hijos, los quiere, los quiere mucho... ‘Pero era mi deber, ¿sabes? No podía hacer otra cosa’ (Fúčík, 1965:36).

Desde el punto de vista del narrador, este miembro de la Resistencia, si bien quería, y mucho, a su familia, no podía dejar de cumplir su deber. Como deja ver el “pero” del discurso referido, contrario a la consecuencia que se desprende de querer mucho a alguien, cumplir el deber -que puede significar no verlos más- se impone como necesidad. De ahí el sentido de ese “no poder hacer otra cosa”. El sacrificio es construido como algo necesario, que se cae por su propio peso. No hay lugar para la elección del sujeto.

Este lugar secundario del amor en relación al deber militante es, en un momento al menos, puesto en cuestión. Veamos cómo el narrador relata el traslado de Gusta, su esposa:

Esta noche ellos se llevan a mi Gusta a Polonia ‘para trabajar’. A las galeras, para morir de tifus. (...) Este reportaje no será terminado. Trataré de continuarlo si aún tengo la oportunidad en estos días. Hoy no me es posible. Hoy tengo la cabeza y el corazón llenos de Gustina, de esta criatura humana tan noble y tan profundamente fervorosa, de esta compañera extraordinaria y abnegada de mi vida azarosa y jamás apacible (Fúčík, 1965:58).

Su deber, que es finalizar este reportaje, dejar su testimonio a millares de militantes, no puede llevarlo a cabo pues no puede pensar en otra cosa que en “Gustina”. Aquí, por tanto,

queda suspendida, al menos por el momento, aquella primacía absoluta del deber militante por sobre cualquier otro deseo.

Sin embargo, al final de este texto dedicado a su amada, el narrador vuelve a exaltar aquella vida después de la muerte que sólo puede posibilitar la entrega a la lucha por la liberación de la humanidad.

¿Podéis imaginar, amigos míos, cómo viviríamos si nos volviéramos a encontrar después de todos estos sufrimientos? ¿Si nos encontráramos de nuevo en la vida libre y bella, la de la libertad y la de la creación? ¿Cuando se cumpla lo que tanto hemos deseado, lo que tantos esfuerzos nos cuesta y por lo que ahora vamos a morir?

Pero aún muertos viviremos en un rinconcito de vuestra dicha, porque para esa dicha hemos dado nuestra vida. Y eso nos alegra aunque sentimos tristeza al despedirnos de vosotros (Fúcik, 1965:59-60).

Si bien aparece cierta melancolía por lo que podría haber sido y no fue, termina primando la alegría por pertenecer a esa “dicha” por la que han dado su vida. La recurrencia de contraargumentaciones mediante “pero”, “aunque”, y distintas negaciones, da cuenta de la conflictividad que todo esto provoca a nivel discursivo-subjetivo. Sin embargo, volvemos a repetirlo, termina primando la valoración positiva del sacrificio.

7. Recapitulación

En el análisis de *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo* pudimos ver cómo se ponía en juego, en forma reiterada, *el mandato de entrega absoluta al partido revolucionario*. Tanto la muerte sacrificial de Fúcik, como la dura vida de Korchaguin/Ostrovski, marcan un camino a seguir para los militantes revolucionarios, lectores e intérpretes de estos textos: el militante ideal, para ser tal, debe entregarse “de cuerpo y alma” a la Causa. El “Partido”, la “Revolución”, son los signos ideológicos constitutivos, centrales, de estos discursos pertenencias a la *época de la revolución*.

Como vimos, ambos textos se encuentran atravesados por la oposición debilidad-dureza, central para la construcción subjetiva de aquel militante modelo. En *Así se templó el acero*, “ser de mantequilla” equivale a “blandura de intelectual” (Ostrovski, 1990:90). Frente a esta “blandura” –que, como estuvimos viendo, podría ser también “blandura pequeño

burguesa”- se contrapone “la dureza del combatiente” que sigue, pese a todo, hasta las últimas consecuencias.

En *Reportaje al pie del patíbulo*, esta contraposición entre debilidad-dureza no se relaciona tanto con una pertenencia de clase, sino con un tipo de comportamiento. Dada la particular situación de enunciación, Fúcik no se ensaña con los “pequeño burgueses” sino con un enemigo más cercano, los “traidores” que, como vimos, pueden ser tanto de extracción obrera como burguesa. Desde este punto de vista, *el verdadero sacrificio no es morir sino traicionar*. En ese momento es cuando se lo pierde todo. Todos los calificativos y acciones adjudicados a los personajes que representan la figura del traidor tienen una valoración negativa que terminan poniendo en cuestión la humanidad de cada uno de ellos, construyéndose en contraposición un concepto de hombre que los excluye. Como contraparte, *la fortaleza y temeridad son construidas como los valores más importantes a detentar*. En ambos textos, entonces, ser un “hombre puro” -como para el PRT es el “hombre nuevo”- implica ser un “combatiente fuerte y valiente” en todas las circunstancias, por más duras que éstas sean. *El valor principal es la virilidad, la dureza*.

En esta configuración identitaria, el Partido, como dijimos, ocupa un lugar central. Ambos textos, por medio de diferentes recursos discursivos, construyen una relación asimétrica, de sumisión entre militante y Partido. Desde este lugar puede comprenderse la importancia que cobra el signo “disciplina” como el modo imperativo de interpelación. El “Partido” es representado como depositario del saber y verdad. Desde esta perspectiva, pareciera que sin ese sentido colectivo, superior, la vida no tiene valor.

Este sentido de pertenencia también refuerza otro topoi: *los camaradas, los militantes revolucionarios son intercambiables, reemplazables*. Contrario al lugar común con el que se discute, el encarcelamiento y ejecución de militantes del Partido no implica su destrucción pues “*dos o tres aparecían en su lugar*” (Fúcik, 1965). De este modo, se continúa reforzando la entidad abstracta y todopoderosa de la organización. El sacrificio individual, en este contexto discursivo, sólo puede ser victoria aunque el final sea la misma muerte: *el Partido es indestructible, y su triunfo se lo representa como un destino inexorable*.

En cuanto a la moral revolucionaria y las relaciones de pareja, como hemos visto en el texto de Ostrovski, la noción de amor -unida discursivamente a la monogamia y a la heterosexualidad- se encuentra también absorbida por lo político-partidario. *El Partido media y da sentido a las relaciones interpersonales y a los sujetos que forman parte de las mismas*.

Pável, el protagonista de la novela, será el encargado de impartir moral y justicia, condenando tanto el amor “libertino” como cualquier otra conducta que no se corresponda con el mundo ascético que desea y construye para su propia cotidianeidad como para la del resto de sus compañeros. En *Reportaje al pie del patíbulo*, también priman el deber y entrega a la estructura partidaria. La familia y el amor, a pesar de ocupar un lugar central en la estructura narrativa, siguen siendo “nada en comparación con lo común”. *El amor más grande es aquella vida después de la muerte que sólo puede posibilitar la entrega a la lucha por la liberación de la humanidad.*

CAPITULO II: Moral, revolución y socialismo en el PRT-ERP. Continuidades y reformulaciones discursivas.

Continuando con la línea de análisis que abrimos en el capítulo anterior, en éste, pondremos a dialogar aquellos discursos que hemos considerado representativos de la constitución de la memoria discursiva de izquierda con distintos documentos del PRT-ERP. Si, como dijimos en un principio, todo discurso es un punto en una red (Foucault, 2002; Courtine, 1981; Raiter, 2003), para poder interpretarlo, comprender sus condiciones de posibilidad y el campo de efectos de sentido que abre su irrupción en el universo discursivo, debemos analizarlo desde esta polifonía constitutiva, desde las huellas interdiscursivas que lo constituyen y atraviesan.

La lectura y análisis de *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo* nos permitió dar cuenta de distintos sentidos y lugares comunes constitutivos del discurso de izquierda, en especial, la interpelación a ese militante ideal, sujeto necesario para el triunfo revolucionario. En este capítulo analizamos el “hombre nuevo” perretista y sus vínculos con las subjetividades convocadas desde aquellos otros discursos, anteriores, que contribuyeron a la conformación de una identidad: la identidad revolucionaria. En los distintos documentos que hemos escogido, trabajamos, entonces, las continuidades y reformulaciones discursivas acerca de la revolución, el socialismo y la moral militante. Si en el anterior capítulo afirmamos que los militantes revolucionarios se ubicaban como *lectores/espectadores*, dispuestos a emular las prácticas representadas en los textos, en los discursos analizados en este capítulo, los militantes son *actores* que toman decisiones y construyen sus propios modelos militantes, anclados en estos discursos previos pero también con sus particularidades.

Elegimos el corpus en función de abarcar distintos momentos de la organización. El primero de ellos, su conformación como organización política, producto de la fusión de dos organizaciones: Frente Revolucionario Indoamericano Popular y Palabra Obrera. El segundo, la opción por la lucha armada y el dispositivo enunciativo y argumental desplegado para lograr que los destinatarios, sus propios militantes, crean que es el “único camino posible”. Ya tomada esta decisión, cuando la propuesta de la lucha armada había ganado la puja interna, se produce el documento “Moral y proletarización” (1972) que profundiza en la definición de esa identidad, revolucionaria y guerrillera, en detrimento de la burguesa, que debe ser destruida para poder avanzar en el camino revolucionario. Para ese entonces, la lucha armada,

como dijimos, ya estaba legitimada como “único camino al socialismo” al interior de la organización como también en la mayoría de las otras organizaciones de la “Nueva Izquierda” del momento. Por último, nos detenemos en el clivaje político que provocó la apertura electoral del Gran Acuerdo Nacional, las vacilaciones de la organización en torno a participar o no de las elecciones, y su postura política en los gobiernos constitucionales de Cámpora-Solano Lima, Perón-Perón y frente al golpe cívico-militar de 1976. Así pudimos ver que “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”, no sólo es la lucha armada, sino también su contraparte necesaria, la proletarianización y la puesta en práctica, en forma cotidiana, de esta “nueva” moral, propia del “hombre nuevo”. Esta construcción subjetiva va unida, a su vez, a una visión de la historia determinada: *lineal, evolutiva, mecanicista*, donde la revolución aparece como un proceso inexorablemente victorioso.

1. Los orígenes del PRT-ERP

El PRT nace el 31 de enero de 1965 como producto de la unificación de dos organizaciones del Norte Argentino: el Frente Revolucionario Indoamericano Popular de la provincia de Santiago del Estero, liderado por los hermanos Santucho y Palabra Obrera de Tucumán, liderado por Nahuel Moreno (de aquí en adelante, FRIP Y PO, respectivamente). Desde su constitución hasta 1970, año en que se realiza el V Congreso que resuelve la constitución de su brazo armado, el ERP, se desata una acalorada puja política entre las distintas corrientes políticas que conviven al interior del partido en cuanto a la adopción de la lucha armada como medio para realizar la revolución socialista en la Argentina. Estas disputas se materializaron en sucesivas rupturas: en 1968 con el “morenismo”⁴³ y en 1970

⁴³ El documento presentado al IV Congreso de la organización, “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”, tenía como finalidad interna diferenciarse con la fracción liderada por Nahuel Moreno. Con esta disputa como trasfondo, el documento va a intentar legitimar teóricamente la decisión de la tendencia liderada por Santucho de comenzar la lucha armada en Argentina (Pozzi, 2004). Para Weisz (2006), estos conflictos entre ambas corrientes tenían larga data. Ya a los dos meses de la constitución del PRT habían surgido fuertes discusiones en torno a la situación de Tucumán, regional hegemonizada por el “santuchismo”. El origen del camino hacia la ruptura son ubicados por el autor en una reunión del Comité Central realizado en marzo de 1966, en la que surgen fuertes diferencias en cuanto a la situación en esa provincia. Esa reunión, con mayoría “morenista”, se pronunció en contra de la caracterización de situación prerrevolucionaria que planteaba el sector liderado por Santucho. Esta diferencia volvió a manifestarse en el II Congreso realizado ese mismo año. Otra diferencia se producirá alrededor de la caracterización del régimen militar gobernado por Onganía. Si para el sector liderado por Moreno era un signo que había que retroceder y adoptar una posición defensiva, para el “santuchismo” había que radicalizar las formas de lucha con el resto de los sectores sociales y políticos movilizados. Estas diferencias tácticas y estratégicas terminaron determinado la ruptura con este sector en 1968, año en que se realizó el IV Congreso, pasándose a dominar PRT *La verdad* la fracción morenista y PRT *El*

con la “tendencia comunista” y “proletaria”⁴⁴. Pero los conflictos internos no terminaron allí. El GAN (Gran Acuerdo Nacional)⁴⁵ y la presentación del peronismo a elecciones tras casi 20 años de proscripción provocaron una nueva fuente de conflictividad, la que dio origen al ERP 22 de Agosto. Hasta 1976, año en que se produce el último golpe cívico-militar, no hubo nuevas rupturas. Desde 1973 hasta la fecha señalada, el PRT *El Combatiente* incrementó su accionar militar en función de su concepto de la revolución, armada e inexorablemente exitosa, quedando desarticulado como organización política en el año 1977.

Una de las cuestiones que más llamó nuestra atención al comparar los textos anteriores a la unificación de 1965 con los posteriores es el cambio que se produce a nivel léxico. En los primeros textos del FRIP, el lugar enunciativo desde el que se construye el relato es de polémica pero sólo con respecto a un “exterior”: el “imperialismo”; las “castas explotadoras”, “los partidos políticos” que participan en las elecciones, y el “comunismo”. Se definían nacionalistas, latinoamericanistas y antiimperialistas, entendiendo al imperialismo como un “factor externo” de dominación y no como una “fase” del desarrollo capitalista; privilegiaban nuevos actores históricos como el campesinado y los pueblos originarios al punto no sólo de

Combatiente, el liderado por Santucho. Como veremos en el análisis, dichas diferencias serán llevadas al extremo discursivo. Moreno y su tendencia pasaron a formar parte del enemigo, expresión intra filas de la “pequeña burguesía”.

⁴⁴ A partir del IV Congreso las disputas internas no cesaron de crecer. El denominado “desastre de Tucumán” (Pozzi, 2004) -operación política que provocó la caída de varios militantes del PRT y de su periferia- desató una serie de críticas por parte de las tendencias comunista y proletaria por lo que se entendía como militarismo de la tendencia Leninista, dirigida por Santucho. La dirección caracterizó a su tendencia como la única de izquierda y a las otras como derecha y centro respectivamente. La diferencia central entre las tres giró alrededor de la lucha armada. Mientras que para la tendencia santuchista ya había comenzado la guerra revolucionaria, la Tendencia Comunista quería suspender, momentáneamente, la actividad guerrillera y caracterizaba de foquista el proyecto de Santucho. La Tendencia Proletaria entendía que la violencia sólo podía ser asumida en tanto expresión de autodefensa de masas (Lucha Armada, N° 7, 2006:104).

⁴⁵ Pacto electoral realizado para Lanusse en un intento de aquietar el convulsionado clima político argentino a través de su canalización político-institucional por vías “democráticas”. Para Amézola (1999), el GAN, a pesar de haber sido producto del agravamiento de tensiones políticas y sociales, no se trató de una improvisación. Pueden encontrarse elementos que le van dando forma a lo largo del accionar de Lanusse como Comandante en Jefe del Ejército, en un proceso en que las situaciones políticas se combinan con la influencia de las ideas de figuras civiles y militares, hasta dar por resultado –hacia 1971- el plan completo (Amézola, 1999:108). El plan político no se limitaba a instalar una democracia restringida al estilo de las que habían sucedido a los gobiernos militares desde 1955. Por el contrario, luego de 18 años de proscripción, se permitía otra vez la participación del peronismo a elecciones. Para Tortti, “la audacia de esa estrategia, radicó en proyectar la reinserción del peronismo en el sistema político, como operación destinada a aislar a los elementos más radicalizados y devolver legitimidad a la acción estatal, encausar la conflictividad social y política dentro de los marcos de la democracia parlamentaria y del sistema de partidos, e intentar que la oposición a la dictadura se desgajara de las impugnaciones al ‘sistema’” (Tortti, 1999). Desde esa perspectiva, para conjurar la amenaza era necesario frustrar la confluencia entre la izquierda social y la izquierda política. La paulatina consolidación del GAN fue la contracara de un molecular proceso de debilitamiento de los lazos que conectaban a los sectores sociales activados con las vanguardias revolucionarias (Tortti, 1999).

incluir “indoamericanista” en el nombre de la organización, sino también consignas en quechua en sus escritos.

Así podemos verlo en el primer boletín de la organización que data de octubre de 1961⁴⁶. Desde formas del español arcaico y en segunda persona del plural, el locutor, al finalizar el documento, llama a la resistencia de los pueblos originarios y a unirse a la incipiente organización:

Ckari, huarmi masisniycu: Ama ckechuchina cuychischu; Sayacuychis.

Nockai cuan sujllayaychis, sujlla callpa cananchispaj.

Hombres y mujeres, nuestros semejantes: No permitáis que se os quite, que se os despoje; paraos, resistid. Uníos a nosotros para que seamos una sola fuerza (en De Santis, 2004: 52).

El enunciador construye una clara separación entre un nosotros (exclusivo) y un vosotros. El objetivo del texto es, precisamente, terminar con esa diferencia a partir de la unión de ambos sectores en la organización, lo que equivale más bien a la absorción de uno sobre otro.

Como pudimos ver en este primer análisis, aparece un actor histórico bastante marginal en la tradición de la izquierda marxista americana como es el indígena⁴⁷. Para relacionarse con el mismo y dentro de los recursos lingüísticos y culturales disponibles, tratan de transformarse en ese otro, adoptan su lengua, pero desde un lugar de distancia. Ni siquiera es Ustedes sino Vosotros. La conflictividad discursiva, si bien intentan mitigarla, forma parte y constituye la forma misma de relacionarse con ese otro, siempre distinto del nosotros inclusivo FRIP.

⁴⁶FRIP N° 1. “Una nueva política”. Octubre de 1961 *Boletín Mensual del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular*.

⁴⁷ José Carlos Mariátegui es uno de los fundadores del marxismo indoamericano. Ver *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, El Andariego, Buenos Aires, 2005.

El segundo boletín⁴⁸ está, en su totalidad, escrito en quechua y traducido al español más abajo. Esto es así porque el destinatario primero, el sujeto de la acción revolucionaria para esta incipiente organización, es el indígena:

**Llajtaicu ckarecka, mana cananta, lamcaylla llamcan, mana paypaj inatapas
ckaas. Tarpuy cachun, hacha cachun, caña cachun, quiquinllami tucuy:
ckolcke imacka, sucunallapajmi atuchajcunallapaj; paypajcka, mana aicapas.**

Chay tucuytacka, sujyachinataj cachun. Nami tucucunampaj alli.

**Llajtaicu ckaricuna: nockaicuan cuscayachis, sujllayas
sinchiyananchispas. Sujlla atun callpa sayacoj casajcu!**

Traducción: -El hombre de nuestro suelo, en indebida forma, trabaja y trabaja, sin que de ello nada vea para sí. Sea la siembra, el hacha o la caña, todo resulta igual: el dinero y lo demás, es siempre para otros, para los poderosos solamente: nunca para él.

Propongámonos para que todo eso cambie. Ya es hora de que concluya. Hombres de nuestra tierra: uníos, incorporaos a nosotros, para que unificados nos fortifiquemos. ¡Seamos una sola gran fuerza que haga frente y que resista! (en De Santis, 2004: 52).

En primer lugar, desde la tercera persona no-discursiva, el locutor describe de una forma pretendidamente “objetiva” la explotación del “hombre de nuestro suelo”. Recién en la última parte del texto aparece la subjetividad del locutor, que se manifiesta discursivamente en el uso del nosotros inclusivo y exclusivo que reproduce la diferencia entre los “hombres de nuestro suelo” y la organización a la que deben unirse. El revolucionario siempre es otro (obrero o indio) que debe ser absorbido y, a su vez, transformado por la organización.

Veamos que sucede en el tercer boletín de la organización⁴⁹:

**Chacka achca atejcunapa mana alli soncko caynincuna raycu, llajtaycucuna
huajchalla cancu.**

⁴⁸ FRIP N° 2. Noviembre de 1961. *Boletín Mensual del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular*.

⁴⁹ FRIP N° 3. Diciembre de 1961. *Boletín Mensual del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular*

**Mana caymantacuna, tucuy imamanta paypachacuncu; chaypata
huajchacunacka, huasincunata huijchus, rinancuna tian mayllamanpas
llamcaj, mana yarckaymanta huañunayaspacka.
Llajtamasicuna: cusctayananchis tian, sujllayas, yanapanacus,
chaynacunamanta ckeshpinanchispaj.**

Traducción: Por la mala fe que abrigan aquellos que pueden mucho, nuestros coterráneos son siempre pobres. Los que no son de aquí, los de afuera, se adueñan de todo; de ahí que la gente pobre, abandonando sus hogares, tenga que ir hacia cualquier parte a trabajar, para no morir de hambre.

PAISANOS: DEBEMOS AGRUPARNOS, PARA QUE UNIFICADOS,
AYUDÁNDONOS LOS UNOS A LOS OTROS, PODAMOS LIBERARNOS DE
ELLO (en De Santis, 2004: 53).

Nuevamente, el texto está escrito en su totalidad en quechua y luego traducido al español. En este caso, el locutor no utiliza la segunda persona para dirigirse a su destinatario, pasa directamente de la tercera no-persona al nosotros inclusivo que convoca a la unidad.

Como establecen Pozzi (2004) y Weisz (2006), los contenidos de estos discursos se transforman a partir de la unificación con la organización tucumana de origen trotskista, Palabra Obrera, en 1965. A partir de este momento se modifican muchas de las concepciones políticas del FRIP, particularmente en lo que respecta al marxismo, el actor revolucionario y a la estrategia y tácticas políticas, en especial, a raíz de la presentación de “candidatos obreros con un programa antiimperialista y anti-patronal” a las elecciones parciales en Tucumán de 1965. Si antes, para el FRIP, la democracia burguesa y las elecciones eran sinónimos de farsa, “trampa”⁵⁰, a partir de la unificación de ambas organizaciones la posibilidad de ganar diputados obreros es calificada como “un avance enorme, un gran triunfo para la clase obrera

⁵⁰ Así lo manifiestan, por ejemplo, en el siguiente fragmento: “En aquellos países donde sólo es posible mantener formas ficticias de régimen electoral, las castas dominantes en complicidad con el aparato militar y el asesoramiento imperialista, hacen malabarismos, estatutos “trampas”, leyes de seguridad, etc, para impedir el verdadero veredicto de las multitudes. Los partidos titulados democráticos, verdaderas parodias a esta altura de los hechos, no manifiestan escrúpulos en complicarse en tal régimen de inmoralidad y opresión” (“La lucha de los pueblos indoamericanos”, NORTE ARGENTINO 1963. Edición preparada por la Secretaría Ideológica del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular).

argentina”⁵¹ que permitirá “utilizar las tribunas, las radios y la propaganda escrita, para llegar a las masas y plantear sin tapujos, a fondo, los problemas fundamentales del país y de la clase obrera”⁵². Ya no se habla del “hombre americano” sino de la “clase obrera”, lo que lleva también a abandonar las inscripciones quechuas.

Sin embargo, hay continuidades enunciativas en los distintos periodos: *el revolucionario siempre es otro con el cual es necesario identificarse y mimetizarse*. Retomando a Hugo Vezzetti (2009), el discurso de la izquierda de los años sesenta y setenta estaba hegemonizado por un mandato de conversión. En el caso que nos ocupa, tanto con el sujeto revolucionario “hombre americano” como con “clase obrera”, debe operarse una transformación subjetiva a nivel del enunciador/ destinatario, pues nunca es lo que debería. “El único camino...” para hacer la revolución *es transformarse en ese otro, en ese deber ser subjetivo*. Siempre se está en cierta falta. Es por esto que el adversario ya no es sólo externo, también aparece como una amenaza latente al interior de la organización. De ahí la necesidad de precisar algunas cuestiones, especialmente en lo que toca a la estrategia política y a la moral militante.

2. “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”. Polémica y ruptura en el IV Congreso del PRT.

Una de las cuestiones más interesantes que pudimos observar al analizar los discursos de la organización objeto de nuestro estudio es la posición de verdad que ocupa el enunciador. Como vimos en el anterior capítulo, esto no se relaciona sólo con el momento histórico en el que se produjeron sino también su pertenencia a un tipo particular de discurso: el *discurso político de izquierda*. Esta conformación político-discursiva permite explicar las sucesivas rupturas al interior de la organización, producto de estas disputas por el sentido, particularmente, en lo que concierne al signo que estructura este discurso –como todo discurso que se pretende revolucionario–: “Revolución”.

⁵¹ “Tucumán-Diputados obreros al parlamento capitalista”. NORTE REVOLUCIONARIO N° 19, del 3 de Marzo de 1965. Órgano quincenal del Partido Unificado (ex FRIP-PO) (en De Santis, 2004: 102).

⁵² *Ibíd.*

Esta posición de verdad, aparte del conocido porte cientificista, tiene un fuerte componente moralista, lo que dificulta aún más la posibilidad de discutir y argumentar en su contra. Tal como vimos en *Así se templó en acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, en el discurso del PRT el “otro enemigo” es un “pequeño-burgués”, un “traidor”, un “cobarde” y, por lo tanto, la respuesta no puede ser otra que la eliminación lisa y llana. Cualquier intento de dialogo puede ser peligroso, pues puede infiltrarse el “virus morenista”. Así fueron calificadas algunas de las posteriores rupturas como las de la IV Internacional y la Fracción Roja en 1970 (Pozzi, 2004). De esta forma, ya sea “virus morenista” o “desviacionismo pequeño burgués”, ambas son enfermedades que deben ser combatidas y aisladas del cuerpo de la organización.⁵³

El documento que presentamos a continuación, la introducción al folleto “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo”, fue presentado y discutido en el IV Congreso de la organización, realizado en febrero de 1968, tras el conflicto con el sector liderado por Nahel Moreno. Elegimos este texto por varios motivos. El más importante, porque se produce en un contexto de ruptura y nos parecía interesante ver las estrategias retóricas y argumentativas utilizadas para dar cuenta de la propia identidad como la de los otros, que hasta no hace mucho eran compañeros.

Para el historiador Pablo Pozzi (2004), el texto tenía un doble objetivo: por un lado aclarar las diferencias e impugnar al llamado “morenismo”; por el otro, establecer las bases de su propia visión del marxismo. El eje de discusión, como indica el comienzo de la introducción del texto, es “el problema del poder y la lucha armada”. Según el documento, la izquierda argentina carecía hasta el momento de una estrategia de poder que se adecuara a lo que el PRT entendía como realidad nacional e internacional y a las “leyes generales del marxismo”. A esta discusión subyacía otra, también descalificada por la organización: la vía pacífica al socialismo, teorizada por la II internacional y la III a partir del final de la 2ª guerra mundial.

Descartada de plano esta última, también rechazan las opciones “insurreccionales” para alinearse firmemente tras la lucha armada como método fundamental para la toma del poder. A partir de allí, el enunciador intenta legitimar su propuesta a través de citas, directas e indirectas, de los clásicos del marxismo (Marx-Engels y Lenin) y las corrientes afines a Trotsky, Mao Tse Tung y a lo que denominan “castrismo o guevarismo”. A través de la

⁵³ Ver el folleto de Lenin que reitera el mismo tipo de metáfora: *La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo* (1948).

elección de distintos aspectos de estas teorías, argumentan a favor de su propuesta política. En este sentido, suscribimos a lo afirmado por Pozzi cuando dice que “el tratamiento que hacen los autores del documento es autojustificatorio de la propia visión y de la decisión de iniciar la lucha armada” (Pozzi, 2004: 93). Para no entrar en contradicción con el corpus canónico efectúan una selección, convocan los fragmentos que van en su propio sentido y dejan en la sombra lo que va en el sentido de su *Otro* (Maingueneau, 1984). El documento busca legitimar su propuesta política, la necesidad de comenzar cuanto antes la lucha armada en nuestro país, dialogando y polemizando con esas otras voces; apoyándose, por tanto, en la memoria discursiva de izquierda, tanto mediante las distintas citas de autoridad como con las formas enunciativas y los preconstruidos que se materializan en la estructura textual, propios de esta tradición discursiva.

En el texto analizado, “socialismo” viene de la mano de “sangre y sacrificio” en contraposición a “la búsqueda de un gobierno burgués liberal que le permitiera vivir legalmente en el régimen capitalista”. La “tarea de las tareas” en plena dictadura militar⁵⁴ es “preparar la guerra revolucionaria”. Ya estaban las condiciones dadas para comenzar la lucha armada.

2.1. Locutor y ethos

En términos de Maingueneau (2002), la construcción del “ethos” no es estática sino dinámica, erigida por el destinatario a través del movimiento mismo de la palabra del locutor. Su construcción está ligada a la producción de identidad⁵⁵. A partir de este concepto, observamos cómo se despliega y construye la misma a lo largo del documento.

⁵⁴ Como hicimos referencia en la introducción, en 1966 un nuevo golpe de Estado, liderado por el General Onganía—luego sucedido por Levingston y Lanusse, quien como vimos, dio una salida electoral a este proceso a través del GAN—, depuso al gobierno democrático de Arturo Illia. Este régimen militar tendrá características aún más represivas que las dictaduras anteriores.

⁵⁵ Para Maingueneau, la construcción de la identidad y del *ethos* están sumamente ligadas pues la estrategia de habla del locutor orienta el discurso para formar a través de él una cierta identidad. En la *Retórica* (1996) de Aristóteles, el *ethos* consiste en causar una buena impresión a través de la presentación que hace de sí el enunciador para de esta forma poder ganarse la confianza del auditorio y poder convencerlo. Esto también fue conceptualizado por O. Ducrot (1986) con su distinción entre “locutor-L” (=al enunciador) y “locutor-lambda” (=al locutor en tanto ser en el mundo). El *ethos* está ligado a L, el locutor en tanto tal: es en tanto fuente de la enunciación que se ve disfrazado con ciertos caracteres que, por contrapartida, vuelven esa enunciación aceptable o desagradable.

En el texto que nos convoca, los responsables empíricos de la enunciación son los miembros de la dirigencia del PRT *El Combatiente*, recientemente separados de la corriente liderada por Nahuel Moreno, los que pasaron a formar parte del PRT *La Verdad*⁵⁶. El enunciador asume – al menos – tres diferentes posiciones y puntos de vista en el entramado textual. En algunas ocasiones, ocupa un lugar que denominamos de “verdad”. Esta posición de enunciación, como dijimos antes, está estrechamente ligada a las características propias del discurso científico y también del discurso moral. Desde esta posición de enunciación, el locutor se ubica en una posición asimétrica respecto de los hechos relatados, una posición temporal de anterioridad, intentando borrar en ese acto sus propias huellas enunciativas. Es el enunciador omnipresente y omnisciente. Por ejemplo, cuando comienza el texto afirma lo siguiente: “Nada estuvo más alejado de las preocupaciones de los ‘marxistas’ argentinos hasta el presente que el problema del poder y la lucha armada”. El hecho es presentado como una verdad evidente y conocida por todos. Esto también podremos verlo en este otro fragmento:

Los partidos proletarios y revolucionarios no se dividen aún cuando en su seno se discutan los más importantes problemas teóricos y políticos que plantea la revolución. Ello es así porque los obreros conscientes quieren a su Partido, conocen las dificultades que entraña su construcción y defienden su unidad por sobre todas las cosas.

En segundo lugar, aparece un enunciador que se presenta ante su destinatario de una forma paternal y consejera. Es el que más se vincula a la posición enunciativa persuasiva pues utiliza estrategias de condescendencia al tiempo que marca un rumbo determinado: “para persuadir, para lograr un cambio en conductas, creencias o actitudes, el hablante parte de una creencia aceptada por el oyente” (Raiter, 1995: 84). Esta posición está atravesada por una temporalidad que ubica al enunciador respecto de lo enunciado en una forma intercalada, ni anterior, ni simultáneo, ambas a la vez:

Algunos grupos de jóvenes peronistas hacen intento de formular una estrategia revolucionaria. Estos intentos terminarán inevitablemente en el fracaso mientras se mantengan en los marcos de una política oportunista. No puede haber estrategia de poder correcta con una política oportunista que reivindica una dirección que en los

⁵⁶ Ambos nombres, *El Combatiente* y *La Verdad*, corresponden al nombre del periódico que publicaban cada una de las corrientes.

últimos trece años ha dado pruebas consecuentes de su carácter capitalista y que sólo ha sabido organizar derrotas del movimiento obrero argentino.

También podemos verlo en esta otra cita:

Están en la etapa preparatoria de su primer congreso y si en él logran una aplicación consecuente del marxismo-leninismo a los problemas que plantea la revolución argentina, pueden dar lugar a un segundo alumbramiento: otra organización de centenares de militantes revolucionarios con una consecuente línea marxista-leninista.

En tercer término, podemos hablar de un sujeto enunciador “primus inter pares”, hay una simultaneidad temporal entre la enunciación del narrador y los hechos objeto de narración. En el siguiente fragmento, el enunciador coloca al “prodestinatario” en un lugar cómplice respecto a la crítica realizada a uno de los “contradestinatarios” (Verón, 1987), por ello asume una posición discursiva que lo ubica al mismo nivel que los hechos narrados, es el presente de la enunciación:

Su estrategia de poder (de algún modo hay que llamarla) condiciona toda su política cotidiana. Así los vemos arrastrarse en el más gris sindicalismo, practicando una política oportunista con la cual se vinculan a los sectores más atrasados de la clase obrera y que, al fin de cuentas, les ha impedido poner el pie con firmeza en el seno del movimiento obrero.

Para el enunciador de un discurso político no sólo es importante garantizarse el apoyo de sus adherentes o seguidores y obtener el de los indecisos, sino también dirigirse a sus adversarios para advertirlos o directamente descalificarlos frente o contando con la complicidad de sus Destinatarios del Mensaje (García Negroni, 1988).

Más allá de la distinción analítica realizada, todas las posiciones enunciativas ocupadas por el locutor se refieren a un lugar de saber, quizá la diferencia entre unas y otras se refieren al grado de acercamiento/alejamiento de los destinatarios respecto al mismo. La supuesta posesión de verdad por parte de la organización (que ella misma se adjudica) es la que constituye los vínculos con los otros. En esta relación de polémica y antagonismo con los mismos construye su propia identidad. En este sentido, podemos hacer un paralelo con los discursos analizados en el primer capítulo. En un caso como en otro, la identidad del

enunciador se construye en contraposición de otra, su enemiga. Retomando a Benveniste, el locutor, en este acto, se constituye como sujeto ya que la conciencia de sí no es posible más que si se experimenta por contraste. No empleo “yo” sino dirigiéndome a alguien que será, en mi alocución, un “tú”. *Es en y por el lenguaje como nos constituimos en sujetos* (Benveniste, 1982).

2.2. Interdiscurso y argumentación

Ni bien comienza el texto, el enunciador afirma lo siguiente: “Nada estuvo más alejado de las preocupaciones de los ‘marxistas’ argentinos hasta el presente que el problema del poder y la lucha armada”. Podríamos decir, tomando a Perelman (1997), que decide comenzar con un silogismo pues éste permite, dadas ciertas hipótesis, (nunca los ‘marxistas’ argentinos pensaron hasta el presente el problema del poder y la lucha armada) inferir necesariamente de ellas una conclusión (nosotros que sí somos marxistas -sin comillas- lo pensamos) (Perelman 1997: 20). Esto se corresponde con una de las características del discurso argumentativo: el orador debe elegir como punto de partida de su razonamiento tesis admitidas por aquellos a quienes se dirige (sus propios militantes) ya que el fin mismo de la argumentación es transferir a las conclusiones la adhesión concedida a las premisas (Perelman 1997: 43).

También podríamos comprender el sentido de este párrafo (y por qué no, del texto en su conjunto) a partir del concepto *lugar común* o *topoi argumentativo*. Siguiendo a Ducrot, la fuerza argumentativa de un enunciado se halla en el conjunto de lugares comunes argumentativos que se le puede aplicar para extraer conclusiones en el discurso (TOPOI) (Ducrot, 1988). En este texto, un posible topoi sería: los verdaderos marxistas argentinos se preocupan por el problema del poder que es el problema de la lucha armada. La escala argumentativa que se correspondería con el mismo sería: *a más marxismo, más preocupación por el poder y la lucha armada y, por lo tanto, más revolución*.

Se argumenta porque la evidencia es discutida (Perelman 1997: 25). Aquí también podemos ver como se manifiesta la heterogeneidad constitutiva del discurso. Es allí, en esta polémica, donde se va a instituir la relación con los otros, posibilitado por la pertenencia a un campo discursivo común a través de consignas y formulaciones presentadas como lo evidente, lo ya dicho y en este acto se constituye la forma sujeto correspondiente a dicha interpelación

ideológica: “el sujeto es “atrapado” en esta red de modo que resulta ser ‘la causa de sí mismo’” (Pêcheux, 2003: 167). Si bien este desacuerdo supone una memoria común, cada discurso construye su propia versión de la historia. Allí va a radicar el centro de la disputa.

Tomando a García Negroni (1998b) ese “nada estuvo más alejado” podríamos entenderlo como una negación metalingüística. La negación que podría haber sido “no se preocupan por el problema del poder y la lucha armada” producirá un efecto ascendente al comenzar a describir de qué sí se estuvieron preocupando estos “‘marxistas’ argentinos”, en cuyo caso la negación declarará situarse en una escala extrema o extraordinaria, distinta por lo tanto de la escala ordinaria o banal que ha sido descalificada (García Negroni, 1998b).

Con posterioridad a esa frase, el enunciador describe y construye a sus “contradestinatarios”, cuya enunciación es así descalificada. En el caso del Partido Comunista, lo único reconocido como positivo (dirigir sectores masivos de la clase obrera) es temporalizado en pretérito perfecto simple, un pasado finalizado (García Negroni, 1999). En el momento de la enunciación, sólo es un “partidejo de la menor importancia”, el ‘mal menor’” ante la burguesía, que arrastra “su existencia en la búsqueda de un gobierno burgués liberal que le permitiera vivir legalmente en el régimen capitalista, usufructuando el nombre y el prestigio del socialismo que otros pueblos construyen a costa de su sangre y sacrificios”. También hay una clara delimitación geográfica: el problema es con el Partido Comunista argentino, “sus partidos hermanos de Venezuela, Bolivia, Chile y Uruguay”, a diferencia de éste, cumplen con el papel legado por la “heroica Cuba”. La escala que permite comprender el sentido de la argumentación es a *más legalidad, menos socialismo; a más sangre y sacrificio, más socialismo*. Este topoi, como estuvimos viendo al comienzo de nuestro trabajo, no es privativo del discurso perretista. Más allá de la táctica política escogida, el componente sacrificial se mantiene invariable: *sin sacrificio es imposible realizar la revolución*.

El Posadismo, Política Obrera y La verdad, los “epígonos del trotkismo”, son depositados en el pasado pero de otra forma. Su estrategia política pertenece a la “prehistoria del marxismo”. Por otra parte, se los descalifica por medio de la denominación “secta intelectual”: *a mayor trotkismo, mayor sectarismo intelectual*; de allí que ganaran “sectores minúsculos de la vanguardia obrera y estudiantil”. En este topoi podemos ver como se reproduce y refuerzan las ideas anti-intelectualistas, dominantes en el discurso revolucionario

de los setenta⁵⁷. Gracias al análisis que realizamos tanto en *Así se templó el acero* como en *Reportaje al pie del patíbulo*, podemos afirmar que estas ideas no son exclusivas de los sesenta y setenta, sino que tiene sus raíces en un tiempo más remoto. La desvalorización de los intelectuales a través de preconstruídos como “blandura de intelectual”, o a través de la igualación semántica de los calificativos “pequeño burgués”, “intelectual” y “comodón” forma parte del discurso de izquierda, del que ambas obras literarias forman parte.

El MLN (Movimiento de Liberación Nacional) es también descalificado no sólo porque su estrategia es errada sino porque ni siquiera asume las consecuencias que implican adoptar una estrategia insurreccional como la de los epígonos del trotskismo y sin embargo seguir identificándose con el castrismo. En este sentido, no es casual que se hable de “pequeña burguesía” y “capas medias”, hecho que se relacionaría a su medio camino entre una estrategia insurreccional y una de lucha armada como la del castrismo que dice detentar. Las primeras expectativas despertadas están en pasado simple:

El fracaso de las ilusiones “desarrollistas” que despertó el frondizismo en amplios sectores de la pequeña burguesía y las capas medias y la posterior influencia del castrismo en estos sectores, dió lugar al nacimiento de un grupo de características peculiares: el Movimiento de Liberación Nacional;

⁵⁷ Para Pablo Pozzi (2004) la tendencia anti-intelectualista era un rasgo central del PRT-ERP. El autor explica esta tendencia por dos motivos diferentes. El primero, por esta puja con Nahuel Moreno, intelectual marxista de gran reputación en ese momento; el segundo, como reacción a lo que para el PRT era la tradición de izquierda argentina, más preocupada por “el decir que por el hacer” (Pozzi, 2004). Desde este punto de vista, quien se preocupaba por problemas teóricos era un “intelectual”, término desde este discurso altamente despectivo, pues actuaba como sinónimo discursivo de “pequeño-burgués”. Estas tensiones podemos verlas en lo sucedido con el FATRAC (Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura), organización generada desde el PRT-ERP que nucleaba a artistas e intelectuales. Surgida en 1968, hay indicios de su persistencia hasta 1971 (Longoni, 2005). El FATRAC se proponía ocupar “el puesto vacante de la vanguardia” dentro del campo cultural, al igual que se proponía el PRT en la política nacional (Longoni, 2005:30). La autora analiza un documento del FATRAC titulado “Los trabajadores de la cultura en el proceso de guerra popular” (octubre 1971) en el que plantean la necesidad de discutir acerca del lugar que les corresponde a los intelectuales en el proceso revolucionario argentino en curso. La explícita prioridad de la militancia política por sobre la reivindicación de la conciencia crítica del intelectual como arma privilegiada en la lucha contra el sistema evidencia las tensiones en torno a esta problemática dentro de la misma organización (Longoni, 2005).

Y el presente sin futuro posible: “está imposibilitado de ganar ningún elemento con inquietudes políticas”. La negación metalingüística es la encargada de teñir la interpelación al “contradestinatario”. Es el discurso *otro* del enemigo.

Luego el enunciador pasa a describir a los “paradestinatarios”. Aquí también hay un componente descriptivo pero sobre todo predomina lo prescriptivo y en algunos casos también lo programático (Verón, 1987). Esto posibilita la aparición de una temporalidad excluida en la descripción de los “contradestinatarios”: el futuro. Para estas organizaciones hay posibilidad de cambio. “Pero” es el conector que más da cuenta del tipo de relación que construye el enunciador con el “paradestinatario”. El “pero” es el que habilita la posibilidad y la necesidad a su vez de cambiar. Como lo llama García Negroni es una pugna polifónica autorizada: se ponen en escena dos enunciadores, de los cuales uno resultara desautorizado en su discurso por el otro enunciador identificado con el locutor (García Negroni, 1988).

Este formato no siempre es utilizado de esta forma, algunas veces se usa “Si bien x, no p”. Hablando del PC CNNR⁵⁸ dicen lo siguiente: “Si bien este movimiento se orienta hacia algunas posiciones del marxismo revolucionario, su tardía asimilación del mismo le ha impedido hasta el presente formular una estrategia de poder coherente y global”. En este texto se materializa una tensión: el locutor pone en escena dos enunciadores aunque se identifica con el último, el de la “estrategia de poder coherente y global”. Esta conclusión podemos extraerla si tenemos en cuenta la escala argumentativa que constituye dicho enunciado: *a más marxismo revolucionario, más estrategia de poder coherente*, que en el discurso que estamos analizando significa *más lucha armada*. Desde este discurso, por tanto, el marxismo revolucionario adoptado por el PRT es, sin más, la verdad; el único camino existente para poder construir una estrategia política coherente y correcta. De ahí la autoridad científica y moral del enunciador. De ahí también la fuerza prescriptiva de su enunciación. Como estuvimos viendo en el capítulo anterior, desde esta posición de enunciación es imposible polemizar sin ponerse, automáticamente, en la vereda de enfrente.

El conector “pero” también puede aludir a uno de dos discursos en pugna. En este caso el locutor hace suya la voz del enunciador de uno de los discursos en conflicto, de aquel que no será desautorizado (García Negroni, 1999). Esta operación podemos encontrarla cuando se refieren a Vanguardia Comunista:

⁵⁸ Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria. Este Partido –que posteriormente será conocido como PCR- se formó como producto de la ruptura con el Partido Comunista en 1968.

Estos camaradas parecen no comprender que la única forma de ser consecuentemente ‘maoísta’, es adoptar frente a Mao la misma posición que Mao adoptó frente a Lenin: incorporar el acervo teórico del Partido las leyes generales descubiertas por él, pero adecuarlas al carácter específico de la revolución en nuestro país, enriqueciendo, e incluso –si se nos permite la “herejía”- superando la teoría revolucionaria.

No desvalorizan al maoísmo en sí mismo sino al entendido como dogma a aplicar. *Cuanto más aplique la teoría revolucionaria a la realidad propia del país, más cercana a la revolución se encontrará dicha organización.*

Al final del texto vuelve a desaparecer el sujeto y la temporalidad:

Los partidos proletarios y revolucionarios no se dividen aún cuando en su seno se discutan los más importantes problemas teóricos y políticos que plantea la revolución. Ello es así porque los obreros conscientes quieren a su Partido, conocen las dificultades que entraña su construcción y defienden su unidad por sobre todas las cosas.

Otra vez la negación metalingüística: “no se dividen sino que se mantienen unidos”. Narrativizan desubjetivando la reciente ruptura del partido:

Algunos elementos de la vieja dirección revelaron su carácter antiproletario, pequeño burgués, al romper con la mayoría. Estos elementos defendieron la unidad del Partido mientras tuvieron la hegemonía de su dirección. Cuando la gran mayoría de los cuadros y militantes emprendieron la tarea de formular una política auténticamente marxista-leninista y erradicar las posiciones oportunistas del pasado, los elementos pequeño burgueses de la dirección antepusieron sus intereses de círculo a los del Partido y rompieron su disciplina.

Lo que se presenta como no subjetivo no admite discusión. El valor de verdad adjudicada a esta cuestión hace que cualquiera que se manifieste en contra de ella pase a ocupar automáticamente el lugar de adversario. No es casual que para referirse a la fracción en conflicto con la dirección partidaria se lo haga a partir de denominaciones como “carácter antiproletario, pequeño burgués”. Tomando a Verón, estas selecciones léxicas funcionan como evidencias con poder explicativo inmediato para al menos el “prodestinatario” (Verón,

1987). En términos de Pêcheux también podemos entenderlas como preconstruidos, las materializaciones interdiscursivas que regresan y forman parte de la memoria discursiva: “El efecto de lo preconstruido como la modalidad discursiva de la discrepancia por la cual el individuo es interpelado como sujeto (...) a pesar de ser siempre ya sujeto”. Esa discrepancia opera “por contradicción conciente o no” (Pêcheux, 2003: 166). No hace falta detallar que implica la calificación a otro de “pequeño burgués”. Como vimos en variadas oportunidades en el análisis de los textos de Ostrovski y Fúciik, hacía tiempo que la pequeña burguesía no gozaba de buena fama en las filas revolucionarias. Presentado de esta forma, este otro con el que se polemiza no es un compañero con el cual se tienen diferencias, es el enemigo, es el “Sr.” Nahuel Moreno. Así se refieren al otrora dirigente del partido y cofundador al finalizar el documento: “(...) muchas de las críticas que formulamos a las posiciones oportunistas del Sr. Moreno tienen plena vigencia para otros ‘teóricos’ de la revolución”. Las adjetivaciones utilizadas para hablar de Moreno y el uso irónico de las comillas (Authier-Revouz, 1978), terminan de colocar a este actor político del otro lado de la vereda.

En estas (des) calificaciones otorgadas al ex dirigente del partido termina de materializarse, en contraposición, la conformación de la propia *identidad anti-intelectualista y anti-pequeño burguesa* del PRT *El Combatiente*. Todo aquel que no concuerde con la lucha armada es colocado discursivamente por este enunciador del lado enemigo.

3. “Moral y proletarización”. La “necesidad” de una moral revolucionaria

El texto “Moral y proletarización” –firmado por Julio Parra, seudónimo de Luis Ortolani, en ese momento dirigente del PRT- ERP- fue publicado por primera vez en la revista *La Gaviota Blindada*, publicación llevada adelante por los presos pertenecientes a la organización que cumplían condena en la cárcel de Rawson durante 1972. Posteriormente, en el mismo año, también fue publicado por el propio partido en el cuadernillo *Sobre Moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución*⁵⁹. Nuestro interés en trabajar dicho

⁵⁹ En la publicación se incluirá otro texto del mismo autor titulado “Pequeña burguesía y Revolución”, junto a dos trabajos calificados como “clásicos” sobre la cuestión- esto es, “las formas de combatir las manifestaciones del individualismo en las organizaciones revolucionarias”-: uno de Mao Tse Tung, “Acerca del liberalismo”, y el otro, de Ernesto “Che” Guevara, “El socialismo y el Hombre en Cuba”. Como versa en la introducción a la publicación “*la sola mención de sus autores y de los títulos (...) nos exime de mayores comentarios*”.

documento reside principalmente en su contenido -pues intenta circunscribir y delimitar el tema que atraviesa nuestra investigación, las creencias revolucionarias- pero, al tomar como punto de partida al análisis discursivo, hicimos especial énfasis en las formas en que son presentados los mismos.

Antes de comenzar con el análisis del documento, haremos un breve recorrido por la coyuntura política y discursiva del momento en el cual fue producido.

3.1. El GAN y el PRT-ERP

El texto fue producido en el contexto de apertura electoral denominado GAN (Gran Acuerdo Nacional). En marzo de 1971, como consecuencia del *Viborazo*, el proceso militar iniciado por Onganía en 1966 -luego reemplazado por Levingston- entraba en su última fase conducido por Lanusse. Consecuencia de la gran movilización popular abierta por el *Cordobazo*, se intentó encausar por vía electoral el descontento político y social a través del GAN (Weiz, 2006).

En un principio, el PRT analizó esta posibilidad como un golpe palaciego que no produciría ningún cambio positivo. Las elecciones seguían siendo una “trampa”:

Sabemos su total falta de significación; conocemos la seguridad del continuismo dictatorial y sabemos que hay que eludir también la trampa electoral. Como en el caso anterior levantamos la justa consigna: ni golpe, ni elección, desarrollar la guerra revolucionaria⁶⁰.

En las “Resoluciones del Comité Ejecutivo de abril de 1971”, se revela la tensión que conlleva una postura que, si bien califica a las elecciones como farsa, admite la posibilidad de utilizarlas tácticamente:

... Si bien es cierto que nuestra estrategia es romper las elecciones, demostrar que son una farsa, denunciar su carácter de engaño de la burguesía, cosa que lograremos desarrollando sin descanso la actividad militar y política (...) debemos también combinar esta actividad con las posibilidades legales del proceso eleccionario (...) no debemos excluir la posibilidad de un intento de participación (...) si la táctica del

⁶⁰ *Resoluciones del Comité Central de Marzo de 1971.*

boicot no se puede apoyar en una verdadera movilización masiva de la clase obrera y el pueblo.

Mientras se plantea la posibilidad de crear “comités de base” con fines electorales, también dice que se debe “ofrecer con toda claridad ante la masa del pueblo la opción de la guerra revolucionaria frente a la salida electoral con que la dictadura pretende engañarnos”⁶¹. Como podemos ver, no se planteaba una sola respuesta ante esta situación. Si bien la estrategia era “romper con las elecciones”, esto se podía hacer mediante el boicot pero también mediante la participación.

Rechazar en principio la elección y adoptar el boicot, antes de que estén definidas las situaciones concretas es un punto de vista anarquista, ultraizquierdista, típicamente pequeño burgués, que nuestro Partido en este momento está expuesto a sufrir⁶².

Elegir entre una táctica u otra depende, entonces, de cuán pequeño burgués se sea, descalificando así cualquier otra alternativa que no se corresponda con lo enunciado por el locutor. Desde su perspectiva, la creciente y continuada actividad militar contribuirá en grado importante a lograr el objetivo de hacer fracasar la farsa electoral, independientemente del método utilizado⁶³.

En mayo de 1972, la editorial de *El Combatiente*, titulada “Los revolucionarios y la democratización del país”, plantea que el proceso electoral es más beneficioso para el proletariado que para la burguesía. Esta última postura se relaciona con la de la posterior fracción ERP-22 de agosto, que rompe con el PRT-ERP precisamente por su posición frente a las elecciones de 1973, desde su perspectiva, una posición profundamente anti-popular, más funcional al boicot que a la participación⁶⁴. Otra vez, la disputa por el sentido deriva en una

⁶¹ “Resoluciones del Comité Ejecutivo de enero de 1972”.

⁶² Carta de Santucho a Sayo en Seoane, 1991: 141.

⁶³ “Resoluciones del Comité Ejecutivo de abril de 1971”.

⁶⁴ La línea electoral del PRT fue tan poco clara que muchos para muchos de sus militantes significó directamente abstención (Weiz, 2006). La nueva organización nacida al calor de las elecciones, el ERP 22 de Agosto, al criticar duramente lo que entendía como una política a favor del voto en blanco del PRT-ERP, reivindicará “*la herramienta imperfecta pero real que el pueblo forjó para aplastar en las urnas a la dictadura. Esa herramienta ya devolvió la libertad a los combatientes, reestableció la libertad de los combatientes, reestableció las*

ruptura. Desde el dispositivo enunciativo constitutivo del discurso dominante de izquierda (“nueva” o “vieja”) no hay lugar para la divergencia. Es la lógica política de lo *mismo* y lo *otro*.

Esta postura fue variando hasta plantear lo siguiente en 1972, ya producida la ruptura con fracción favorable a la participación electoral:

Frente al GAN, frente a un posible proceso electoral nuestra línea concreta estará orientada a dos objetivos estratégicos (...) 1) Ampliar al máximo nuestra ligazón con las masas aprovechando audazmente los resquicios legales; b) [sic] ofrecer claramente la opción de guerra revolucionaria a la política nacional, frente a la opción electoral del GAN⁶⁵.

Si bien proponen combinar el accionar armado junto a una política de alianzas con las organizaciones armadas peronistas y el desarrollo de los comités de base como organismos legales, continúan postulando a la guerra revolucionaria como primer alternativa frente a la apertura electoral (Pozzi, 2004). El documento que presentamos a continuación se propone allanar el camino moral e ideológico para lograr la victoria de la alternativa política elegida: la guerra revolucionaria.

3.2. Hegemonía burguesa, moral y socialismo

En la primera parte de “Moral y proletarización”, titulada “Importancia y límite del problema”, fundamentan su tesis acerca de la importancia de la moral en la práctica revolucionaria. Para ello introducen el concepto gramsciano de “hegemonía”:

Hoy ya es un lugar común en el campo revolucionario el aserto leninista de que la burguesía ejerce en los países capitalistas la dictadura de su clase, es decir, la dominación sobre la clase obrera y el conjunto del pueblo.

libertades democráticas, reinició las relaciones con Cuba y se apresta a hacerlo con Corea del Norte y Vietnam” (Crónica, 4 de junio de 1973).

⁶⁵ “Resoluciones del CE de Enero de 1972” en Partido Revolucionario de los Trabajadores: *Resoluciones del V Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo posteriores*, Ediciones El Combatiente. Agosto 1973.

Pero es un aspecto menos conocido su concepto de la hegemonía de clase de la burguesía en la sociedad, categoría que complementa a la dominación en la práctica social (Ortolani, 1972: 93).

En primer lugar, aparece la burguesía, agente de la dominación. La clase obrera y el pueblo, sus afectados, son representados en tanto locativo de aquella acción. Nuevamente, el “pero”, conector inter e intradiscursivo, introduce otra voz que es con la que efectivamente se termina identificando el locutor (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Si bien el carácter “dictatorial” de la burguesía es un hecho harto conocido para el “campo revolucionario”, no así el concepto de “hegemonía de clase de la burguesía en la sociedad”. Allí reside el objetivo principal del texto: introducir y convencer acerca de la utilidad de dicho concepto para la práctica política. Acto seguido, mediante la cita-prueba (Mainguenu, 1980) de la palabra consagrada de un marxista como Antonio Gramsci, intentarán delimitar mejor el alcance de este concepto y, principalmente, legitimar su apuesta teórica y política⁶⁶.

Así presentado el problema, la dominación burguesa no se sostiene sólo por la fuerza represiva, sino porque su concepción del mundo y de la vida forman parte de las prácticas cotidianas:

... si la burguesía nos tiene aún bajo su dominio, no es solamente en virtud de su aparato represivo, sino y ante todo, porque una parte considerable del pueblo continua adherida a las concepciones burguesas y porque prácticamente la totalidad del pueblo continua viviendo según el sistema de vida que la burguesía ha construido (Ortolani, 2004-2005: 93).

Aquella negación, “no es solamente en virtud de su aparato represivo...” es otra manifestación de la polifonía constitutiva del lenguaje (García Negroni, 1998b). Debajo de la misma subyace una afirmación en virtud de la cual se hace necesaria la escritura de este “tratado de moral”. Como el orden burgués no se mantiene sólo mediante la fuerza, los revolucionarios, encargados de destruirlo y construir otro nuevo, el socialista, deberán

⁶⁶ Este es un rasgo común del texto en su totalidad. Al igual que en “El único camino...”, para constituirse en una palabra con autoridad, se suceden, a lo largo del mismo, citas y remisiones a Marx, Engels, Lenin y otros exponentes marxistas como Gramsci. Fundan su legitimidad en la fidelidad y atadura semántica a lo llaman y/o construyen como marxismo-leninismo.

también tener en cuenta ese factor para poder lograrlo. De ahí la importancia de la construcción de una moral revolucionaria:

... la hegemonía burguesa (...) se manifiesta en todos los aspectos de la vida humana.

Aquí es donde el problema de la hegemonía entronca con el problema de la ética, de la moral. Esta es la cuestión planteada por el CHE con su apasionado llamamiento a la construcción del Hombre Nuevo (...) Este es el problema que empiezan a plantearse corrientes revolucionarias, con su llamamiento a la proletarización de sus cuadros y militantes.

Y esta cuestión (...) no es cuestión que pueda dejarse para después de tomar el poder como creen algunos (...).

Por el contrario, es una cuestión que está en el centro mismo de los problemas de la Guerra Revolucionaria (Ortolani, 2004-2005: 93).

En este fragmento podemos ver cómo se construye un campo semántico que une las concepciones gramscianas y guevaristas de la historia a la propuesta que, si bien no es exclusiva del partido⁶⁷, se dedican particularmente a fundamentar: el lugar e importancia de la proletarización en “los problemas de la Guerra Revolucionaria”. “Moral y proletarización”, desde su título en adelante, pretende unir lo que para “algunos” se presenta como separado y distinto. Tener en cuenta “el problema de la hegemonía” implica necesariamente tener en cuenta “el problema de la ética, de la moral”, que es también “la cuestión planteada por el CHE con su apasionado llamamiento a la construcción del Hombre Nuevo”, lo que finalmente es igualado a proletarizar cuadros y militantes. Nuevamente, por medio de la negación, introducen la polémica con ese otro que no reconoce la importancia de la ética y la moral para lograr la victoria revolucionaria (García Negroni, 1998b). Ese otro, muy vago como para que podamos identificar a un actor en concreto, puede ser cualquiera que no crea en lo afirmado por el enunciador. De ahí que el destinatario primero sean los militantes revolucionarios, es a ellos a quienes hay que convencer en primer lugar, lo que abre la posibilidad, o más bien, supone, que el enemigo puede formar parte de las propias filas; que el destinatario puede

⁶⁷ La proletarización era una práctica habitual y extendida en varias organizaciones políticas de la izquierda argentina. Se trataba, en términos generales, de compartir la práctica social de la clase obrera para así poder adquirir su punto de vista. Para ello, los militantes partidarios de extracción “no proletaria” debían ingresar a trabajar en la industria y mudarse a barrios pobres (Carnovale, 2006).

transformarse fácilmente en contradestinatario si no se siguen estas prerrogativas (Verón, 1987).

Así también podemos verlo en este otro enunciado: “Y si entendemos correctamente la hegemonía proletaria (...) no consiste solamente en la adhesión de la mayoría del pueblo a las ideas y programa político del proletariado, sino que plantea también el problema ‘de la nueva moral’” (Ortolani, 2004-2005: 93). Entender “correctamente” la hegemonía proletaria es entender el problema de la nueva moral. A través de conectores como “sino que...” el locutor se termina identificando con el llamamiento a la construcción de aquella nueva moral e interpelando a sus destinatarios a sumarse a esa tarea mediante el “nosotros inclusivo” (Benveniste, 1982). Notemos que el destinatario no se limita a los militantes del PRT, sino que incluye a sus dirigentes como otros militantes revolucionarios. Es una problemática nodal para el correcto desenvolvimiento y culminación del proceso revolucionario, sin importar a qué organización se pertenezca.

La construcción de este “hombre nuevo” guevarista es presentada como condición necesaria para lograr la victoria: “No podemos ni pensar en vencer en esa guerra, si no nos decidimos a comenzar ya, en la práctica misma de la guerra, la construcción del hombre nuevo, del hombre capaz de luchar y vencer en esa guerra” (Ortolani, 2004-2005: 93). El “hombre nuevo”, es el hombre “capaz de luchar y vencer en esa guerra”, la Guerra Revolucionaria. Sin aquel es imposible siquiera pensar en tomar el cielo por asalto. Como también vimos en los textos analizados en el primer capítulo, la construcción de una “nueva moral”, contrapuesta a la hegemónica burguesa, es un elemento central de la organización revolucionaria.

La construcción de una nueva moral, se pone de relieve como una herramienta tan valiosa e imprescindible para la victoria revolucionaria como la lucha ideológica, económica y política-militar, se vincula a ellas y a la inversa esta nueva moral sólo podrá construirse en la práctica de la guerra. Pero entendiendo este término ‘práctica de la guerra’ (...) como la organización de la totalidad de nuestra vida en torno a la guerra con el pueblo, con nuestros compañeros, con nuestra pareja y nuestros hijos con la familia y la gente que nos rodea en general, con el enemigo (Ortolani, 2004-2005: 94).

Es interesante la forma en que es presentada “la construcción de una nueva moral”. En lugar de presentarla como un decisión táctica, basada en una elección política, se la presenta como algo que cae por su propio peso, que “ se pone de relieve”, ella misma, como

herramienta “valiosa e imprescindible”. La “Guerra Revolucionaria” así entendida, no se reduce a la práctica militar, sino que forma parte de la vida cotidiana del militante. El “pero” es el que marca un cambio en la orientación argumentativa (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a). Contrario al imaginario aquí discutido, la guerra revolucionaria sólo podrá efectuarse (y con éxito) a través de esta nueva moral. La “moral revolucionaria” -construida como sinónimo de “moral de combate”- es la única que puede allanar el camino hacia la “moral socialista de mañana”. La moral revolucionaria es, por tanto, una moral de transición⁶⁸: “Sólo así lograremos una moral revolucionaria, una moral de combate que constituye, aquí y ahora, el tránsito necesario a la moral socialista de mañana” (Ortolani, 2004-2005: 94).

Únicamente de esta forma, insertando y organizando la vida cotidiana en el eje de la revolución, es que podrán hacerse “nuevos Vietnam en América Latina”:

Esta es la clave de la epopeya vietnamita. Es imposible comprender que un pueblo sea capaz de soportar cuarenta años de guerra casi continua, si no comprendemos que ese pueblo ha removido hasta los cimientos de su vida cotidiana, insertándola y organizándola en el nuevo eje de la revolución (Ortolani, 2004-2005: 94).

Como era propio de ese momento histórico, el sujeto político interpelado no se reduce ni a los militantes del partido, ni a los revolucionarios argentinos; es un sujeto revolucionario latinoamericano:

Si queremos hacer nuevos Vietnam en América Latina, como quería nuestro Che, sepamos aplicar creadoramente a nuestra realidad las enseñanzas de la experiencia vietnamita no sólo en la práctica de la estrategia y la táctica militar, de la educación ideológica y de la labor política, sino también y ante todo, en el campo de la moral revolucionaria (Ortolani, 2004-2005: 94).

3.3. La proletarización “dignifica”

⁶⁸ Esta moral de transición hunde sus raíces en el llamado “mito de la transición” guevarista, el cual permitía pensar la posibilidad de abandonar hábitos e ideas burgueses en el proceso que llevaría a la emergencia del hombre nuevo: “En este período de construcción del socialismo podemos ver el hombre nuevo que va naciendo. Su imagen no está todavía acabada; no podría estarlo nunca ya que el proceso marcha paralelo al desarrollo de formas económicas nuevas (...) El premio es la nueva sociedad donde los hombres tendrán características distintas” (Guevara, 1987). El mito de la transición derivó en la conciencia de una necesidad de autovigilancia permanente a sí mismos pero también a los otros (Gilman, 2003).

En el apartado “El individualismo, esencia de la moral burguesa” el locutor realiza un análisis detallado de cada una de las “desviaciones” burguesas y las formas de conjurarlas. Para fundamentar tal análisis, plantea el siguiente razonamiento: si la moral socialista y su embrión, la moral revolucionaria, es la superación dialéctica de la moral burguesa, para superarla, hay que conocerla. La relación entre moral y modo de producción es presentada de una forma mecanicista: “La moral burguesa es la expresión en el terreno de las relaciones cotidianas entre los seres humanos y de su actitud frente a ellas, de las relaciones de producción capitalistas” (Ortolani, 2004-2005: 94). En este sentido, el discurso del PRT-ERP no se diferencia de la tradición marxista, pues esta forma mecanicista de ver el mundo - cristalizada en la metáfora del edificio social- hegemonizó gran parte de su historia. Tanto *Así se templó el acero* como *Reportaje al pie del patíbulo*, la clase obrera es valorizada, continuamente, en forma positiva en tanto identidad opuesta a la pequeño burguesa.

A partir del desarrollo de la teoría marxista del fetichismo de la mercancía, llegan a la siguiente conclusión: “... el individualismo constituye la característica esencial de la moral burguesa, ya que emana del carácter mercantil de las relaciones de producción capitalista” (Ortolani, 2004-2005: 94). Por lo tanto, para poder revolucionar dicho orden se hace necesario un cambio interno, subjetivo, ser *otro*. Tomando a Vezzetti (2009), allí residiría el mandato de conversión:

... cambiar radicalmente las opiniones, los gustos, y afinidades sobre las cosas más corrientes y las actitudes más cotidianas frente a todos los que nos rodean. En una palabra, de desintegrar nuestra personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios revolucionarios (Ortolani, 2004-2005:95).

Como sucede con Korchaguin, el personaje principal de *Así se templó el acero*, y como también pasaba con el “hombre americano” del FRIP, el sujeto revolucionario es siempre otro, de ahí la necesidad de una transformación total. Sólo por medio de la proletarización podrá lograrse tal cambio. “... la propia situación de explotado origina en el obrero profundo odio de clase y una tendencia al igualitarismo que se constituye en negadora y superadora del individualismo burgués y pequeño-burgués” (Ortolani, 2004-2005: 95).

Quien no se corresponda con ese modelo de militante ideal, nunca dejara de ser lo que, desde este discurso, siempre fue: un pequeño burgués y, por lo tanto, un enemigo.

Acto seguido, comienza a detallar las “auténticas virtudes proletarias” – que sólo se encuentran en los sectores obreros politizados, en los otros prima el individualismo pequeño-burgués-: “humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo” (Ortolani, 2004-2005: 95). La proletarización, por lo tanto, al permitir adoptar el punto de vista del obrero, permite “liquidar” el individualismo y otras debilidades burguesas:

Este es el meollo del planteo de la proletarización, que quiere decir pues, adquirir las características y puntos de vista del proletariado (...) que emanan objetivamente de su carácter de clase, históricamente interesado en liberar a la humanidad, liquidando todas las clases (Ortolani, 2004-2005: 95).

El enunciador, como vemos, construye al “proletariado” como tercero discursivo, como ese *otro ideal* del que hablábamos. Aquí se está admitiendo, por tanto, que si bien el proletariado es el sujeto histórico de la revolución, el Partido y sus militantes deben proletarizarse porque *no son obreros/revolucionarios aún*. Hace falta un paso más para lograrlo: la *proletarización*. Sólo a partir de ella podrá establecerse la hegemonía proletaria en la sociedad y la conquista del poder político. En fin, la revolución.

... proletarizarse constituye la condición básica, el paso previo imprescindible para combatir y tender a liquidar el individualismo. Y con él, a todas las manifestaciones de la hegemonía burguesa, para establecer la hegemonía proletaria en la sociedad, lo que a su vez constituye el paso previo imprescindible para la conquista del poder político (Ortolani, 2004-2005: 95-96).

Tanto es así que la madurez política de la organización, necesaria “para cumplir cabalmente con su misión histórica”, depende de la cantidad de obreros que constituyan su

base y dirección (Ortolani, 2004-2005: 96)⁶⁹. La proletarización queda así constituida discursivamente como “paso previo” de cualquier intento revolucionario que se precie de tal.

Sin embargo, proletarizarse no se reduce a trabajar en una fábrica, también implica actuar y vivir en todos los sentidos de la vida como un obrero real, tener sus “virtudes proletarias”. Hasta tal punto es así, que “empuñar las armas resulta incluso insuficiente si nuestra vida cotidiana continúa encerrada en el marco de la práctica social burguesa o pequeño-burguesa” (Ortolani, 2004-2005: 96). El conector “incluso” marca la importancia de la proletarización, ya que ni siquiera alcanza con “empuñar las armas”, para el PRT, expresión máxima de la conciencia de clase obrera. Aquí termina de enlazarse la proletarización con el tema desarrollado en el apartado anterior: la nueva moral revolucionaria.

... es un error también creer que basta trabajar en una fábrica o vivir en un barrio obrero para proletarizarse (...). Proletarizarse, desarrollar la nueva moral, es pues un proceso más completo y profundo, que interesa a todo militante revolucionario, incluso a los obreros, pero sobre todo a los no obreros (Ortolani, 2004-2005: 96).

Mediante el conector “incluso” construyen la importancia de la nueva moral pues “interesa a todo militante revolucionario”, aunque el “pero” es el que marca quienes son los que más la necesitan: los no obreros, pues no gozan de las virtudes propias del trabajo fabril. Sin embargo, la mención de *los obreros* marca que para el enunciador la moral proletaria también pertenece a un *obrero – otro*. Para ser ese “obrero ideal”, todos deben moralizarse. Este mandato no es privativo del PRT-ERP, también se desprende de la lectura de *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*. Como estuvimos viendo, el comportamiento individual, moral, es central para el desenvolvimiento de los sucesos. Si en el primer caso, cada uno de los infractores era debidamente penado por el Partido y por Korchaguin -su más fiel representante y censor-, en el texto de Fúcik, las figuras del héroe y del traidor estructuran del relato. En ambos casos, para poder triunfar en esta revolución entendida como guerra, es necesario entregarse en todo el momento al Partido, nunca traicionar, ser en todo momento un hombre íntegro, en fin, en términos de Fúcik, un hombre sin más.

⁶⁹ Aquí también podemos hacer un paralelo con la novela de Ostrovski cuando se dictamina el deber de trabajar con los obreros, y no con los pequeños burgueses e intelectuales (Ostrovski, 1990: 89).

Ya fundamentada la importancia de la proletarización para construir aquella nueva moral, indispensable para el triunfo revolucionario, pasan a detallar y analizar “El individualismo en las organizaciones revolucionarias”. Como hemos analizado en “El único camino...”, el valor de verdad que tiñe la enunciación de la organización hace que cualquiera que se manifieste en contra de ella pase a ocupar automáticamente el lugar de adversario o, lo que es lo mismo, “pequeño-burgués”. Este otro no es un compañero con el cual se tienen diferencias, es el enemigo. La línea entre amigos y enemigos se hace cada vez más delgada. Cualquier manifestación de desacuerdo con lo que se supone es la línea proletaria (que es la línea del partido) da cuenta del carácter individualista y, por lo tanto, pequeño-burgués del enunciador, descalificando, de esta forma, su enunciación, su palabra. Ser individualista significa ir en contra de la revolución, que es lo mismo que estar en contra de la clase obrera y del pueblo:

El subjetivismo, la autosuficiencia, la búsqueda de prestigio, el espíritu de camarilla, el liberalismo, el temor por sí mismo. Estas y otras manifestaciones del individualismo tienen una característica común que consiste en colocar la propia consideración y las propias precauciones por encima de los intereses de la revolución, en tomarse como punto de referencia a sí mismo y no al proceso histórico, a la clase obrera y al pueblo (Ortolani, 2004-2005: 96).

A partir de este momento, el enunciador comienza a caracterizar cada uno de las “manifestaciones del individualismo”, presentadas como íntimamente enlazadas, complementadas, pues formarían parte de un mismo “círculo vicioso”. Nos detendremos particularmente en el llamado “temor por sí mismo”. En consonancia con los textos analizados en el primer capítulo, dentro de las seis “desviaciones pequeño-burguesas” que describe el documento, esta es la más castigada. Teniendo en cuenta que la revolución del PRT-ERP –como las revoluciones de Ostrovski/Korchaguin y Fúcik- es una revolución armada, guerrera, el temor es el principal enemigo. Como cada una de las otras “desviaciones”, es una propiedad característica y privativa del individualista, que es la moral propia del régimen burgués. Desde este punto de vista, quien tiene miedo es un individualista, si es un individualista está en contra de la revolución, y si está en contra de la revolución no puede ser otra cosa que un enemigo (aunque a primera vista parezcan “compañeros excelentes”):

El temor por perder la vida o de resultar gravemente amputado física y mentalmente, lo corroe consciente e inconscientemente. Al encontrarse en momentos difíciles (...) ante la amenaza inmediata de una muerte real o simulada, el individualista tenderá a ser débil. Lo que en la práctica cotidiana aparecía como defectos menores de compañeros aparentemente excelentes, se revelará en esos momentos en toda su magnitud, como el verdadero cáncer de cualquier organización, la lacra que puede llevar al desastre a los revolucionarios mejor intencionados (Ortolani, 2004-2005: 98).

El calificativo “verdadero cáncer”, “lacra” da cuenta no sólo de la gravedad de incurrir en tal error, sino de lo que le espera al que incurra en él: para no contagiarnos de la lacra, para que el cáncer no se esparza, mejor extirparlo, ya sea mediante la proletarización o la lisa y llana expulsión.

Este régimen de sumo control sobre los cuerpos y los comportamientos, instaura un orden al interior de la organización donde la vigilancia sobre sí y sobre los otros ocupa un lugar central y definitivo. En la novela de Ostrovski, Korchaguin -el personaje que representaba este militante ideal- es el encargado de desempeñar este rol censor en todo momento y lugar. De ahí que no alcance con la proletarización. La “vigilancia” sobre sí y sobre los otros es fundamental para el desarrollo exitoso del proceso revolucionario:

En primer lugar, es necesario tener una clara conciencia del verdadero rol y de la verdadera dimensión del individualismo en las filas revolucionarias. No tomar el problema a la ligera y mantener una permanente y severa vigilancia mutua con todos los compañeros, sobre todo con los compañeros de dirección. En segundo lugar, esforzarse por la proletarización constante de la organización, de cada revolucionario tal como lo explicitamos anteriormente. En tercer lugar, ejercer constantemente la crítica y la autocritica sobre todos los aspectos de la actividad teniendo siempre como un aspecto práctico y particular el individualismo y sus diversas manifestaciones (Ortolani, 2004-2005: 98).

3.4. La familia, primer célula político-militar o el Anti-Amor Libre

Este apartado se divide, a su vez, en cuatro subpartes. La primera de ellas plantea el tipo de familia que es propia a esta moral de transición; la segunda, se dedica exclusivamente a la crianza de los hijos; la tercera, al papel de la mujer y la cuarta y última a la autocritica.

En el primer subapartado, titulado “La familia en la perspectiva revolucionaria”, toman al Engels de *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado* para así

poder fundamentar su suscripción a la pareja monogámica, y su rotunda oposición a las (falsas) novedades abiertas por la llamada “revolución sexual”:

... Engels no planteó como sería o debería ser la pareja y la familia socialista. (...) No obstante, es importante señalar que Engels rescata y defiende la pareja monogámica burguesa como forma de relación familiar superior a las anteriores de transición a la familia socialista. En efecto, la libertad de persona humana, su desarrollo armónico, son más viables aunque no se alcance totalmente en esta forma de familia, que en las formas que la precedieron: la poligamia, la poliandria, matrimonios por grupos y promiscuidad (Ortolani, 2004-2005: 99).

Más que defender la familia burguesa, la última parte del párrafo da cuenta de la motivación principal que atraviesa y da sentido al texto: polemizar y desacreditar las nuevas visiones que comenzaron a circular con más fuerza en los años sesenta acerca de la familia y la sexualidad. Si bien la “revolución sexual” no tuvo el mismo impacto en nuestras tierras que en los llamados países “desarrollados”, su sola existencia en el interdiscurso motivó la polémica y redefinición estricta de la problemática. Nada debía quedar fuera de la moral revolucionaria. En el mismo sentido construido que en *Así se templó el acero*, la única forma posible de amor socialista es la monogámica tradicional. Para el PRT, como para Korchaguin, el amor es cosa bien seria, no un juego libertino. En este otro fragmento podremos verlo de mejor manera:

La forma de la hegemonía burguesa que se pretende imponer (...) predica un supuesto ‘amor libre’ que aparentemente liberaría a los miembros de la pareja, particularmente a la mujer de la sujeción tradicional. Pero lo que en realidad hace es establecer nuevas formas de esclavización de la mujer y de cosificación de las relaciones entre ambos sexos (Ortolani, 2004-2005: 99).

La despersonalización de la acción (Hodge y Kress, 1993) no permite recuperar quiénes son los que efectivamente intentan propagar o alentar estas prácticas calificadas por el enunciador como negativas y engañosas; en términos discursivos, no permite recuperar quiénes se estarían ubicando en el lugar de contradestinatario, del adversario. Como decíamos anteriormente, esta mitigación (Lavandera, 1984) es una herramienta efectiva para la interpelación. El “pero” es el que, precisamente, viene a negar la “liberación” por la “revolución sexual” y del “amor libre” que predicaban aquellos que lo imponen (Ducrot, 1988;

García Negroni, 1998a). El locutor, de esta forma, termina identificándose con el enunciador que dictamina la nueva esclavización que dicha liberación traería aparejada. Para el enunciador, no hay que dejarse confundir por este nuevo canto de sirena; detrás de este espejismo liberador no hay más que nuevas formas de manifestación de aquella moral vieja y cancina: la burguesa. Como en el texto de Fúcik, la pareja revolucionaria tiene su basamento en la militancia política de ambos. El documento construye una valoración más bien negativa de lo sexual, reproduciendo la imagen peyorativa que se construye en *Así se templó el acero*. Esto es así porque, para este punto de vista, su valoración excesiva se origina en la moral burguesa e individualista que se quiere destruir: “La pareja sólo puede, pues, basarse en una relación integral entre sus miembros, que tiene como base material la actividad social de los mismos, el rol concreto que juegan en la sociedad: el de militantes revolucionarios” (Ortolani, 2004-2005: 99). De esta forma, pareja y militancia forman una unidad indisoluble.

Pero allí no termina la cosa. No sólo la pareja debe ser una “célula básica”, no sólo debe “integrarse a una forma de vida comunitaria constituida por el grupo de compañeros que comparten una unidad de vivienda” sino que también deberá integrarse con el pueblo, las masas, los vecinos de los barrios proletarios:

Este grupo constituye la célula básica, no sólo de la actividad político militar de la organización sino de un estilo de vida que constituye una adecuada transición hacia el futuro estilo de vida socialista. (...) Abriendo su unidad familiar a los vecinos, a las masas que nos rodean e integrándonos a ellas, los revolucionarios aprenderán de las masas, confrontarán con ellos el acierto o desacierto de sus prácticas y puntos de vista y podrán aportar a las masas los legítimos progresos que hagan en su vida como revolucionarios. Digamos de paso, que al mismo tiempo es la única manera de garantizar la seguridad correctamente (Ortolani, 2004-2005: 99-100).

En la parte dedicada a la crianza de los hijos, vuelven a desplegar una larga lista de prescripciones a seguir. La modalidad imperativa permea la totalidad de la enunciación. Como sucede a lo largo del texto, el fin principal pasa por ver cómo se manifiesta la moral burguesa en esta tarea y como deberíamos actuar para desempeñarla en forma revolucionaria. En primer lugar, presentan a la paternidad como una tendencia “natural e instintiva” que, al igual de las otras esferas de la vida cotidiana, debe ser tratada de una forma revolucionaria:

... la natural e instintiva tendencia del ser humano a prolongar la existencia de la especie, puede y debe ser tratada de una manera revolucionaria. (...) el hecho de ser un buen padre o madre no se contraponen sino que se complementa con la formación de un revolucionario cabal.

En segundo lugar, para poder cumplir con este primer deber, no debemos tratar a los hijos como si fueran de nuestra propiedad: "... es necesario desprenderse de la actitud individualista corriente frente a los hijos. (...) Esta actitud corriente frente a los hijos es la prolongación natural del individualismo propio de la hegemonía burguesa" (Ortolani, 2004-2005: 100). En tal caso, los hijos son propiedad de la revolución. Ser padre y revolucionario significa, también, integrar ese hijo al proyecto revolucionario. Ningún temor o amor debe superar al amor (o también temor) a la revolución:

... la atención de los hijos no puede contraponerse al conjunto de las actividades de un revolucionario sino integrarse en ellas. Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces sus riesgos. Por cierto que debemos tratar de brindar a los niños protección especial, de su corta edad. Pero siempre que esa protección especial no se contraponga con los intereses superiores de la revolución (Ortolani, 2004-2005: 101).

Como también vimos en el relato de Fúčík, los militantes -en este caso, los padres militantes- son figuras intercambiables:

Lo que los niños necesitan no es tanto 'su' padre y 'su' madre, sino la imagen del padre y de la madre. (...) estas imágenes son perfectamente intercambiables, cuando el intercambio se efectúa correctamente, aún cuando el niño distinga cuáles son biológicamente sus padres. (...) Haciendo así, constituye una verdadera tarea, tan importante como cualquier otra tarea político-militar pues se trata nada menos que de la educación de las futuras generaciones revolucionarias, las que tendrán sobre sus hombros la tarea de construir el socialismo (Ortolani, 2004-2005: 101).

Los hijos de los revolucionarios, las "futuras generaciones revolucionarias", serán las que "tendrán sobre sus hombros la tarea de construir el socialismo". Menuda tarea si las hay, de ahí la importancia central de la crianza. Esto se manifiesta especialmente en la crianza de los hijos de los militantes caídos o detenidos.

... esta actitud debe ser complementaria con la seria atención que deben prestar las organizaciones revolucionarias al cuidado de los hijos de los compañeros muertos o prisioneros. La organización tenderá a ocuparse no sólo de los aspectos materiales más urgentes de ese cuidado, sino también a promover la integración del niño a una nueva unidad familiar en el seno de la organización. Esto es particularmente importante en los casos de hijos de compañeros de extracción no proletaria. Generalmente estos niños quedan en manos de abuelos o tíos y de esta manera todo lo que sus padres hayan avanzado en la lucha contra el individualismo burgués y pequeño-burgués, lo perderá el niño al volver a recibir en el hogar de sus abuelos o tíos la influencia de la hegemonía burguesa (Ortolani, 2004-2005: 101).

Delegar la crianza de estos niños, especialmente los casos de “extracción no proletaria”, puede significar volver atrás con lo conseguido hasta ese momento. Como podemos ver, la proletarización -aunque adaptado a estas circunstancias- también toca a los infantes, los “hombres nuevos” del futuro:

Los niños deben integrarse a las masas de la manera que es posible a ellos, jugando y conviviendo con los hijos de los obreros. De esta manera los niños irán avanzando en una educación proletaria que debemos complementar con una educación política, en términos adecuados a la edad de cada niño (Ortolani, 2004-2005: 101).

Un análisis similar realizan acerca del papel de la mujer. Tal como hicieron en los otros casos, dan diferentes pautas de comportamiento “correctos”, el “deber ser” de una mujer verdaderamente revolucionaria. Al tiempo que hacen una crítica a la explotación de las mujeres en la sociedad capitalista, describen lo que para el enunciador son los rasgos propios y “naturales”, determinados por la propia especificidad del género femenino, a los cuales, por más revolución que se haga, las mujeres no van a poder renunciar. La revolución no se lo permitiría.

... es claro que durante el embarazo y la lactancia la maternidad plantea obligaciones especiales. Las compañeras deberán asumir esta realidad, y no creer que al ser madres podrán militar de la misma manera. (...) estas limitaciones se deben comprender revolucionariamente, como impuestas por la tarea superior de educar a las futuras generaciones revolucionarias y compensarlas prácticamente con otro tipo de actividades viables, como por ejemplo el estudio. Su pareja y demás compañeros deberán comprender este problema y apoyar a las compañeras de una manera

revolucionaria, ayudándoles a comprender y superar esas limitaciones prácticas. Esto se podrá lograr también en la medida que se integra nuestra vida cotidiana a la vida de las masas. Por ejemplo, aprendiendo de las mujeres proletarias la manera en que se cuidan mutuamente los hijos y de otras muchas maneras (Ortolani, 2004-2005: 101).

La modalidad imperativa es la que predomina en la interpelación a ese otro, en este caso, las militantes mujeres, sus parejas y demás camaradas. Ellas “deberán” asumir, no creer y comprender. Ellos, los compañeros, también “deberán” comprender, ayudar. El modelo de madre construido se relaciona, otra vez, con la proletarización: las compañeras deben copiar el ejemplo de las mujeres proletarias. Es más, para que una liberación femenina sea factible, para que la organización pueda llevar adelante estas reivindicaciones, deberán ingresar a la organización las propias interesadas, que no son otras que las mujeres obreras:

... las organizaciones revolucionarias deben tomar entre sus reivindicaciones la liberación de la mujer, particularmente la mujer proletaria. (...) este planteo sólo podrá llevarse evidentemente a la práctica, en la medida que ingresen a las organizaciones revolucionarias las propias interesadas: las mujeres proletarias (Ortolani, 2004-2005: 102).

Por último, en la “autocrítica”, dan cuenta de los temas y dificultades que quedaron pendientes en el planteo general del documento. Todos ellos se relacionan con la pareja revolucionaria y los errores individualistas que pueden cometerse, tales como cuidarse excesivamente el uno al otro, la proyección de los desacuerdos de la pareja a la militancia práctica, la separación de una forma irreflexiva y la posterior (o simultánea) iniciación de nuevas relaciones. Para todas estas “desviaciones” se prescribe igual solución: la proletarización. Sólo a partir de ella podrá construirse la moral revolucionaria necesaria para el triunfo de la revolución socialista, donde quiera que sea. “Todas estas desviaciones sólo podrán corregirse con el criterio antes señalado y su corrección contribuirá a la construcción de una nueva moral y al avance de las organizaciones revolucionarias” (Ortolani, 2004-2005: 102).

Como pudimos ver a lo largo de este texto, para ser un/a verdadero/a revolucionario/a no hace falta más que dos cosas. En primer lugar, proletarizarse pero seguido a esto, necesariamente, amoldarse a las prescripciones de la moral revolucionaria. Desde una argumentación marxista-mecanicista, la práctica es la que determina la conciencia, y si bien

reconocen que hay obreros que no tienen conciencia de clase, para que se haga carne la moral socialista del mañana, para ser una compañera que desempeñe su rol de una forma revolucionaria, es condición necesaria la *proletarización*. “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo” no sólo es la lucha armada, sino también la proletarización y la puesta en práctica, en forma cotidiana, de la nueva moral, condiciones necesarias para el triunfo de la revolución. El “hombre nuevo” perretista no podrá nacer sin la proletarización pero tampoco sin la moral revolucionaria. Lo que llama la atención de este planteo es que, si bien parten de una concepción mecanicista, donde la practica determina la conciencia, al plantear este problema se reconoce indirectamente que no es necesariamente así, que para producir el sujeto revolucionario –este “otro ideal”- el Partido debe intervenir política e ideológicamente en su creación a partir de estos mandatos morales.

4. Por qué el PRT-ERP no dejó de combatir (1973-1976)

En este apartado trabajamos fragmentos de cinco textos, cada uno producido en un contexto socio-histórico distinto. El primero, antes de la asunción del gobierno del FREJULI, en el que se anuncia la tregua a las fuerzas policiales (no así al ejército y a las empresas); el segundo, durante el último gobierno de Juan Domingo Perón, cuando se anuncia el fin de aquella tregua; el tercero, luego del trágico intento de toma del Batallón Depósito de Arsenales “Coronel Domingo Viejobueno”, hecho comúnmente conocido como la “batalla de Monte Chingolo”; los dos últimos, antes y después del golpe de Estado de 1976.

Si bien fueron producidos en diferentes coyunturas, estos textos nos permiten construir otra lectura de lo que, posteriormente, se llamó “proceso de militarización” (Calveiro, 2004; Pozzi, 2004). Atendiendo a los sentidos desplegados en los mismos podremos ver que aquel proceso, como afirma Carnovale (2011), más que una anomalía en el devenir político de la organización, formaba parte de la propia lógica político-discursiva del PRT-ERP desde sus comienzos. Dadas estas condiciones, la organización, difícilmente, podía hacer otra cosa que seguir combatiendo.

4.1. La “tregua”

En el texto “Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir. Respuesta al Presidente Cámpora”, publicado el 13 de abril de 1973, se manifiesta, a nivel de la destinación, aquellas marchas y contra marchas que observamos en la postura política del PRT-ERP en torno al proceso electoral. Si bien, por momentos, Héctor Cámpora asume la figura discursiva de “paradestinatario”, y, por tanto, de posible aliado, por otros, podemos ver cómo se le destinan amenazas y advertencias, propias del “contradestinatario”.

En un comienzo del texto, el gobierno de Héctor Cámpora aparece como “tercero discursivo”:

El gobierno que el Dr. Cámpora presidirá representa la voluntad popular. Respetuosos de esa voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras éste no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias. Pero no dirigirá sus ataques contra las instituciones gubernamentales ni contra ningún miembro del gobierno del Presidente Cámpora (en De Santis, 2006: 109).

Si bien el locutor afirma “que la organización no atacará al nuevo gobierno” porque respeta la voluntad popular que lo eligió, lanza, inmediatamente, una advertencia: “mientras no ataque al pueblo y a la guerrilla”. Como es propio del discurso político, el tercero discursivo, destinatario indirecto de este tipo de discurso, es objeto muchas veces de advertencias. Veamos qué sucede cuando el tercero discursivo se transforma en segundo en el mismo discurso:

Ud., Presidente Cámpora, pide a la guerrilla una tregua. (...) Ud., Presidente Cámpora, habla en su discurso del 8 del corriente de "unidad nacional". Entre otros conceptos habla de constituir entre "pueblo y FF.AA. Una unidad indestructible ante cualquier asechanza". Hablar de unidad nacional entre el ejército opresor y los oprimidos, entre los empresarios explotadores y los obreros y empleados explotados, entre los oligarcas dueños de campos y hacienda y los peones desposeídos, es como encerrar en una misma pieza al lobo y las ovejas recomendándoles a ambos mantener buena conducta.

Si Ud. Presidente Cámpora quiere verdaderamente la liberación debería sumarse valientemente a la lucha popular: en el terreno militar armar el brazo del pueblo, favorecer el desarrollo del ejército popular revolucionario que está naciendo a partir de la

guerrilla y alejarse de los López Aufranc, los Carcagno y Cía., que lo están rodeando para utilizarlo contra el pueblo; en el terreno sindical debe enfrentar a los burócratas traidores que tiene a su lado y favorecer decididamente el desarrollo de la nueva dirección sindical clasista y combativa que surgió en estos años de heroica lucha antipatronal y antidictatorial, enfrentada a la burocracia cegetista; en el terreno económico realizar la reforma agraria, expropiar a la oligarquía terrateniente y poner las estancias en manos del Estado y de los trabajadores agrarios; expropiar para el Estado toda gran industria, tanto la de capital norteamericano como europeo y también el gran capital argentino, colocando las empresas bajo administración obrero-estatal, estatizar todos los bancos de capital privado, tanto los de capital imperialista como de la gran burguesía argentina (en De Santis, 2006:111).

Como vimos en los otros apartados del capítulo, el tiempo de los “paradestinatarios” es el futuro. Si acata los mandatos prescriptos por el locutor, puede convertirse en “prodestinatario”, de lo contrario es un enemigo más. Esto se manifiesta lingüísticamente en la alternancia entre la segunda y la tercera persona para dirigirse al gobierno electo, y también en el uso del conector adversativo “pero”. Seguido a los distintos “deber hacer” prescriptos, aparece este conector que niega la posibilidad que aquella conversión realmente ocurra:

Pero este programa está muy lejos de las intenciones y posibilidades de vuestro gobierno. Tanto por quienes lo integran, como por el programa y los métodos, vuestro gobierno no podrá dar ningún paso efectivo hacia la liberación nacional y social de nuestra Patria y de nuestro Pueblo (en De Santis, 2006:111).

De esta contra argumentación se desprende la siguiente advertencia:

Por lo ante dicho, el ERP hace un llamado al Presidente Cámpora, a los miembros del nuevo gobierno y a la clase obrera y el pueblo en general a no dar tregua al enemigo. Todo aquel que manifestándose parte del campo popular intente detener o desviar la lucha obrera y popular en sus distintas manifestaciones armadas y no armadas con el pretexto de la tregua y otras argumentaciones, debe ser considerado un agente del enemigo, traidor a la lucha popular, negociador de la sangre derramada.

¡Ninguna tregua al ejército opresor!

¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!

¡Libertad inmediata a los combatientes de la Libertad!

¡Fuera la legislación represiva y total libertad a la expresión y organización del pueblo!

¡Por la unidad de las organizaciones armadas!

¡A vencer o morir por la Argentina! (en De Santis, 2006: 112-113).

Héctor Cámpora, como dijimos, está más cerca de ser un “contradestinatario” –junto al ejército y las empresas “explotadoras”- que un aliado. Al fin de cuentas, todo aquel que no haga lo que el locutor determina que hay que hacer es un “enemigo”, un “traidor”, y esta amenaza no sólo compete al Presidente electo, sino que se extiende a la “clase obrera” y al “pueblo en general”. Las organizaciones armadas peronistas –aunque no se les hable a ellas en forma directa y explícita en ninguna parte del texto- es otro actor interpelado –y amenazado- en esta última parte. Si éstas, que otorgaron apoyo explícito a la fórmula electoral del FREJULI, dan la tregua solicitada por el nuevo gobierno, podemos inferir que la unidad de las organizaciones armadas -una de las últimas consignas lanzadas- podría finalizar. La lógica amigo-enemigo impregna al propio campo popular. Como vimos antes, es una lógica que no sólo atraviesa el lazo con los otros, externos a la organización, sino que también atraviesa la propia subjetividad militante. De ahí la necesidad del férreo y vigilado cumplimiento de la moral revolucionaria.

4.2. Fin de la “tregua”: *a la violencia reaccionaria, la violencia revolucionaria*

Tras la renuncia forzada del gobierno del FREJULI el 13 de julio de 1973, Juan Domingo Perón –acompañado en la fórmula por su esposa Isabel Martínez de Perón- se presenta nuevamente a elecciones tras dieciocho años de proscripción y es elegido, en forma aplastante, con más del 60% de los votos. La fórmula Perón-Perón asume el gobierno el 23 de septiembre de 1973.

El texto que presentamos ahora, “A la violencia reaccionaria, la violencia revolucionaria. Represalia por el asesinato de nuestros compañeros” fue publicado, durante el último mandato del General Perón, el 7 de enero de 1974. Así comienza:

El 25 de Mayo, nuestra organización respondió al presidente Cámpora que aceptaría la voluntad popular expresada en las urnas, y que por lo tanto no íbamos a atacar a las fuerzas policiales que dependían del gobierno, mientras éstas no atacaran al pueblo ni a la guerrilla (en De Santis, 2000: 130).

En el anterior texto, como vimos, la tregua se reducía a las fuerzas policiales -pues pertenecen al gobierno-, no así con el resto de los sectores de poder (empresariales y FFAA). En este texto se le da fin a la misma:

... el Ejército Revolucionario del Pueblo advierte a la policía y a la totalidad de las fuerzas represivas, que no está dispuesto a permitir que se siga persiguiendo, atacando asesinando impunemente a nuestro pueblo y a su vanguardia armada; que responderemos a estos ataques con todo el peso de nuestra violencia revolucionaria, y que no dejaremos ningún crimen de los explotadores y sus personeros sin vengar (en De Santis, 2000: 131).

La violencia revolucionaria, así presentada, está atravesada por la lógica de la venganza. Como vimos en el artículo trabajado en el apartado anterior, sólo se dejarán las armas en tanto y en cuanto el enemigo también las deje. De esta manera, la lucha armada, más que una táctica política ofensiva, aparece representada como respuesta (necesaria) a la violencia ejercida por el otro. Este argumento que construye como legítima y necesaria la “violencia de los de abajo” por la violencia ejercida por los “de arriba” despolitiza y desagencializa a los actores históricos que decidieron tomar las armas como también a la táctica misma ya que es mera respuesta a un estímulo externo⁷⁰.

4.3. Derrotas que no son tales: Monte Chingolo

Otra de las coyunturas escogidas es la de una de las derrotas más importantes de la organización: el ataque truncado al arsenal de Monte chingolo producido el 23 de diciembre de 1975⁷¹. Para ello analizamos el boletín interno N° 98 “Sobre el arsenal” publicado a cuatro días de los terribles sucesos.

En el mismo, primero se relatan las características que hacían apetecibles al objetivo para ser elegido: aislado geográficamente, baja cantidad de personal en el horario a atacar, y

⁷⁰ Este argumento será recurrentemente utilizado también en las representaciones de los setenta post dictadura militar. Así lo veremos en los análisis de los documentales *Cazadores de Utopías* (p. 245) y *Errepé* (p. 272).

⁷¹ Como saldo lamentable de este enfrentamiento, murieron en combate 53 militantes del ERP y 4 continúan desaparecidos. Por otra parte, fueron muertos 7 miembros de las fuerzas armadas, 8 de la policía federal y 9 de la provincia de Buenos Aires. Entre la población civil, el ejército y las fuerzas de seguridad asesinaron, aproximadamente, unas cuarenta personas. Para más información acerca del intento de copamiento ver el libro de Gustavo Plis- Sterenberg: *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina* (2006).

sobre todo, gran cantidad de armamentos para tomar. Luego se detiene en los “errores” cometidos para poder explicar el trágico desenlace. El primero es “la violación del principio de secreto”, principio nodal en una organización clandestina y revolucionaria como lo era el PRT-ERP. El segundo, llevar a cabo la acción a pesar de sospechar que las fuerzas represivas sabían de la misma.

El relato se encuentra atravesado por diferentes acciones. Nos detendremos en las adjetivadas como “heroicas”. Una de ellas es, por ejemplo, no brindar ninguna información al enemigo: “Tanto él como su compañero José Oscar Pinto, el Sargento ‘Gabriel’, se comportaron heroicamente ya que no brindaron ninguna información al enemigo” (De Santis, 2000a: 502). Siguiendo el espíritu de “Moral y proletarización” (1972) y el modelo de militante que se construye allí, otra acción heroica que se destaca en el texto –sino es “La” acción heroica- es seguir pese a todo, nunca abandonar, que contradice lo afirmado al comienzo del texto:

A las 19:45 horas, al llegar nuestros compañeros al cuartel, apenas iniciado el ataque se encontró fuerte resistencia proveniente fundamentalmente de ametralladoras pesadas, que castigaron duramente a nuestro grupo de ataque. Pese a ello, los compañeros -demostrando un heroísmo sin par- siguieron adelante y desalojaron al enemigo de la Guardia Central y de una de las Compañías; pero la intervención inmediata de refuerzos existentes dentro del cuartel, de helicópteros y aviones, y de más refuerzos que, según se supo posteriormente, estaban emboscados en la zona, imposibilitó el copamiento del resto del cuartel (en De Santis, 2000: 502).

Es por ello que, desde esta visión de las cosas, una acción revolucionaria nunca puede ser del todo fallida. Si en un primer momento, como vimos, el ataque al arsenal es (des) calificado como error -al haber encarado la acción a sabiendas que ya estaban alertadas las fuerzas represivas de la misma-, más adelante se le da a este signo un valor positivo.

En cuanto a si fue correcto haber encarado (es decir votado su preparación) esta acción, el BP⁷² considera que sí, que expresa un enfoque ambicioso, audaz y determinado del accionar revolucionario que es patrimonio de nuestro Partido, y un factor característico y esencial en toda fuerza verdaderamente revolucionaria. Todos los procesos revolucionarios conocidos han atravesado este tipo de dificultades, y la persistencia, la voluntad de hierro para enfrentarlas y superarlas, ha sido elemento característico de las corrientes revolucionarias triunfantes. Como dice Mao, "Errar, persistir y volver a errar, volver a persistir hasta la victoria", es el sino de toda revolución (en De Santis, 2000: 503).

⁷² Buro Político.

En esta visión de la revolución como proceso inexorable, todo el camino recorrido está teleológicamente justificado y legitimado. Es por ello que los errores no son algo negativo *per se*. Hasta las derrotas son pasos necesarios para la gran victoria final. La cita de autoridad de Mao Tse Dong es realizada, precisamente, para legitimar este argumento que hace del error una virtud de la revolución. Por esta razón, el “balance objetivo” de Monte Chingolo no puede ser otro que positivo. En tal caso, si hubo una derrota, fue en el “terreno militar”, no así en el político ni en lo referente a la moral revolucionaria de sus combatientes:

Con estos elementos podemos arribar a un balance objetivo de las acciones del día 23 y señalar:

- Que políticamente fueron una nueva y más relevante demostración nacional e internacional que nuestro pueblo se arma y combate valerosamente por su liberación nacional y social.
- Que el ERP se extiende nacionalmente y aumenta rápidamente sus posibilidades operativas.
- Que los combatientes del ERP son un elevado ejemplo de heroísmo y determinación revolucionaria.
- Que en el terreno militar fue una sensible derrota... (en De Santis, 2000: 504).

Si el problema fue sólo militar, la solución también lo es. Hará falta mayor entrenamiento, disciplina e inteligencia, pero el camino político escogido es *siempre* el correcto.

4.4. Antes y después del golpe

A casi un mes del golpe cívico-militar de 1976, el 25 de febrero de aquel año, *El Combatiente* publica una editorial firmada por Juan Manuel Carrizo que se titula “La aventura golpista frente al desarrollo de la guerra revolucionaria”. Aquí, como vemos, la “aventura golpista” aparece como respuesta a la violencia organizada de los de “abajo”. Si el artículo que analizamos antes se titulaba “frente a la violencia reaccionaria, la violencia revolucionaria”, ahora la iniciativa política (y militar) no corresponde a las fuerzas represivas sino a las revolucionarias. Desde esta perspectiva, la acumulación de fuerzas hace vacilar la ejecución del golpe:

... los problemas que enfrentan previo a la ejecución del golpe, aumentan día a día. Una economía sin timón, desenfrenado aumento del costo de la vida, complicada lucha interna de la camarilla del gobierno que le obstaculiza los pasos que quieren dar, resistencia sostenida y creciente de las masas, multiplicación de los conflictos, paros y desarrollo de las fuerzas guerrilleras, con una nueva unidad rural. Esto hace crecer la acumulación y preparación de las fuerzas del pueblo frente a la futura Dictadura Militar, y hace también vacilar a los mandos reaccionarios para ejecutar el golpe.

Estos hechos ocurrieron en la última semana, y les avisa a los militares asesinos del horizonte que tienen por delante. Los mismos hechos multiplicados configuran el desarrollo de la guerra revolucionaria, que ellos con el golpe precipitarán y acelerarán hacia una guerra civil revolucionaria generalizada de todo el pueblo contra sus asesinos y explotadores.

¿Cómo se dará esto?

En la permanente acumulación de fuerzas, la movilización de masas desembocará en nuevos Cordobazos, Rosariazos, etc. a lo largo y ancho del país, de un nivel superior por la experiencia adquirida por el pueblo argentino, acicateado también por el descarado castigo a que es sometido (asesinatos, secuestros, torturas) por los oficiales asesinos de las FF.AA. contrarrevolucionarias; las unidades guerrilleras también se multiplicarán, paso a paso, con las posibilidades que da la experiencia de la lucha armada urbana y rural, que se solidifica y desarrolla en la Argentina... (en De Santis, 2000: 537-538).

En esta revolución que se presenta como destino inexorable, el desarrollo de las fuerzas revolucionarias tiene un camino evolutivo y lineal a la victoria final. Por este motivo, el golpe de Estado no sólo no va a poder parar este círculo virtuoso revolucionario sino que lo acelerará. De allí se infiere que la valoración del signo “golpe” no sea tan negativo como parece superficialmente. Gracias a éste, el antagonismo entre “el pueblo” y “sus asesinos y explotadores” queda al descubierto. La batalla final está más cerca.

Tanto es así que, desde esta perspectiva, los ataques lanzados a la guerrilla (como el “Operativo Independencia” en Tucumán), no sólo no lograron aniquilarla sino que fueron un estímulo para su desarrollo. Como analizamos también en el texto sobre el ataque a Monte Chingolo, las derrotas no son tales. Todas las decisiones tomadas por el Partido -único intérprete legítimo y veraz de los intereses históricos del proletariado y del pueblo- son pasos necesarios para el único final posible, el de la victoria revolucionaria. Y para que este camino sea exitoso, como vimos en los otros textos analizados en el capítulo, la moral revolucionaria de los militantes es un factor esencial y excluyente:

Hace un año se lanzó el operativo “Independencia” en Tucumán; en los discursos de sus generales (Anaya, N. Laplane) decían que era para aniquilar a la guerrilla rural. Hoy se enfrentan a una nueva unidad de Monte. Lejos de estar aniquiladas, las fuerzas

guerrilleras han dado un paso en su desarrollo. Es el fruto del heroico sacrificio y de la indomable combatividad del pueblo argentino. Y es una prueba del negro horizonte que espera a los asesinos del pueblo y los luminosos amaneceres que esperan también al pueblo argentino, en su marcha firme hacia la libertad, la independencia y el socialismo (en De Santis, 2000: 539).

Este desarrollo es fruto del “heroico sacrificio y la indomable combatividad del pueblo argentino”. Es por ello que no hay posibilidad de derrota ni fracaso. El intento golpista de las fuerzas armadas está condenado de antemano por el (supuesto) devenir histórico. Desde esta perspectiva, ¿cómo detener lo que después se llamo “militarización” si todo era leído como avance en el camino revolucionario? Plantear la intensificación del accionar armado para detener el golpe y derrotar a las fuerzas contrarrevolucionarias no es, por tanto, un error sino consustancial a la visión de la historia y la revolución que hegemonizaba los discursos y prácticas de la organización. En palabras del locutor, “es el victorioso camino que debemos transitar, hasta lograr la libertad, la democracia y el socialismo” (De Santis, 2000a: 540).

Como podemos ver, el signo “democracia”, a diferencia de lo que ocurría en otros textos analizados, es aquí valorado en forma positiva. Pero esta “democracia” no es la democracia burguesa, liberal, como la del gobierno que será derrocado por los militares. Es una democracia que mantiene una relación necesaria y subordinada a otro signo, *El signo*: “socialismo”; el que le otorga un sentido sustancialmente diferente que el de ser mera “falsa electoral”. En el discurso del PRT-ERP, “socialismo” está unido, necesariamente, a “sangre y sacrificio” (y no a democracia burguesa), lo que también permite comprender por qué el gobierno constitucional de Isabel Martínez de Perón no fue defendido ante el inminente golpe de Estado.

4.5. ¡Argentinos, a las armas!

Una vez consumado el golpe de Estado, no es de extrañar que se apele al mismo argumento “militarizante”. Una semana después de iniciada la última dictadura cívico-militar, *El combatiente* publica el llamado a combate del PRT-ERP “Argentinos: ¡A las armas!” firmado por su líder, Mario Roberto Santucho. En base a los mismos argumentos desplegados en el anterior texto, se decreta el fracaso del golpe:

En la noche del 23 al 24 de marzo las Fuerzas Armadas contrarrevolucionarias derribaron al gobierno peronista para instaurar otra Dictadura Militar. El paso dado por los militares es como sabemos una irracional aventura condenada de antemano al fracaso (...) La Dictadura Militar fracasará completamente desde el comienzo en sus objetivos de aniquilar las fuerzas revolucionarias y estabilizar el capitalismo. Por el contrario, las fuerzas revolucionarias crecerán más que nunca y la economía seguirá en permanente crisis y desequilibrio (en De Santis, 2000: 542).

El triunfo revolucionario, en base a esta concepción escatológica de la historia, es presentado como un hecho ya consumado. Sin embargo, esto no hace menos necesarios el heroísmo y sacrificio del pueblo y de los militantes revolucionarios. Ambos son construidos como condiciones necesarias para que aquel hecho inexorable ocurra, tal y como sucedía en “Moral y proletarización”. Así presentada, la revolución es una necesidad histórica pero, sobre todo, un acto de la *voluntad*:

El fracaso final del peronismo y el golpe militar reaccionario, imponen al pueblo argentino la histórica responsabilidad de rebelarse masivamente, tomar en sus manos los destinos de la patria, afrontar con heroísmo los sacrificios necesarios y librar con nuestra poderosa clase obrera como columna vertebral, la victoriosa guerra revolucionaria de nuestra Segunda y definitiva Independencia. Es una tarea grandiosa que nos honrará y purificará, que despertará y activará las mejores virtudes, que hará surgir de nuestro pueblo miles y miles de héroes. ¡El espíritu del Che, del Negrito Fernández, de los heroicos compañeros que cayeron en la lucha se multiplicará por miles en las filas populares! Respondiendo con honor y vigor al desafío de la hora, uniéndonos y organizándonos para la resistencia y la victoria conquistaremos para nuestros hijos el nuevo mundo socialista de felicidad colectiva (en De Santis, 2000: 543).

Heroísmo y disciplina partidaria son el nombre del futuro. Sin ellos no podrá afrontarse con éxito el desafío de la hora. Como también vimos en el texto recientemente mencionado, la moral revolucionaria, sinónimo de moral combatiente, es un factor esencial, excluyente, para la victoria revolucionaria:

Estrechamente unidos en torno al Comité Central, siguiendo el elevado y poderoso ejemplo de nuestros héroes y mártires, los militantes del PRT cumpliremos cabalmente y con honor nuestras misiones revolucionarias (en De Santis, 2000: 547).

Si nos remontamos al comienzo del texto, desde su título: “Argentinos: ¡A las armas!, el locutor convocaba a un destinatario más amplio para emprender el camino armado: los “argentinos”. Sin embargo, al finalizar el texto, habla exclusivamente a nosotros “militantes del PRT”. Desde esta perspectiva, éstos, a fin de cuentas, son los únicos sujetos revolucionarios pues pertenecen al Partido (el único revolucionario) y acatan sus órdenes. Esto también explica por qué la interpelación a los “argentinos” no podía más que fallar. Los “paradestinatarios”, convocados desde el título del artículo a tomar las armas, sólo serán aliados o “prodestinatarios” en tanto y en cuanto sigan los mandatos revolucionarios del Partido. Por otra parte, la organización es colocada por fuera de los “argentinos”, como si no pertenecieran también sus militantes a este colectivo. ¿Por qué, entonces, aquellos deberían sentirse interpelados por este llamado? ¿Desde qué lugar es legítimo este pedido/mandato?

Esto quedará definitiva y trágicamente demostrado cuando los “argentinos” hagan carne esta no inclusión en un nosotros compartido. No sólo no tomarán las armas, sino que acompañarán pasivamente la necesidad de otro golpe de Estado ante la “violencia subversiva y apátrida” y el “vacío de poder” del gobierno de Isabel Martínez de Perón.

5. Recapitulación

En el capítulo, analizamos el discurso del PRT-ERP como producción propia, con sus características específicas, pero también como *interpretación, reconocimiento*⁷³ de aquellos otros discursos, pertenecientes a lo que llamamos *memorias del sacrificio revolucionario*. Las posiciones enunciativas que lo constituyen, las creencias y lugares comunes que lo atraviesan; en fin, las formas que asume ese “hombre nuevo” en la materialidad textual tiene muchas similitudes con lo analizado en *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*. Como demostramos, los distintos documentos están impregnados de las subjetividades convocadas desde aquellos otros discursos, anteriores, que contribuyeron a la conformación de la identidad revolucionaria.

Una cuestión interesante que pudimos observar es la posición de verdad que ocupa el PRT como locutor, lo que permite explicar las sucesivas rupturas al interior de la organización. Esta posición de verdad, aparte del conocido porte cientificista, tiene un fuerte componente moralista, lo que dificulta aún más la posibilidad de discutir y argumentar en su

⁷³ Ver definición de Verón y Sigal (2003), descripta en apartado “El pasado reciente y la “Nueva izquierda” en la bibliografía contemporánea”, p. 40.

contra. Tal como vimos en *Así se templó en acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, en el discurso del PRT el “otro” enemigo es un “pequeño-burgués”, un “traidor”, un “cobarde” y, por lo tanto, la respuesta no puede ser otra que la eliminación lisa y llana. Cualquier intento de dialogo puede ser peligroso. *En esta relación de polémica y antagonismo con los otros construye su propia identidad. En este sentido, podemos hacer un paralelo con los discursos analizados en el primer capítulo. En un caso como en otro, la identidad del enunciador se construye como contraposición de otra, su enemiga.*

El topoi *a más legalidad, menos socialismo; a más sangre y sacrificio, más socialismo*, no es privativo del discurso perretista, constituye la trama profunda del discurso hegemónico de la izquierda setentista argentina y, también, latinoamericana⁷⁴, independientemente de la táctica política escogida –lucha armada, legal, insurreccional, etc. Como también vimos en *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, el componente sacrificial se mantiene invariable: *sin sacrificio es imposible realizar la revolución.*

Otro topoi que reproduce las creencias y lugares comunes constitutivos de la formación ideológica de izquierda del momento, es la desvalorización de los intelectuales, lo que hemos llamado, tomando a Gilman (2003), *anti-intelectualismo*. En el documento “El único camino...” pudimos ver cómo se produce la descalificación del “morenismo” a partir de su carácter de “intelectual” y “teórico”, lo que condensamos en el siguiente topoi: *a mayor sectarismo intelectual, menos vanguardia obrera y estudiantil.*

Estas creencias no son exclusivas de los sesenta y setenta. A partir del análisis realizado en el primer capítulo pudimos ver que la valorización negativa de los intelectuales y la igualación semántica de los calificativos “pequeño burgués”, “intelectual” y “comodón”, forma parte del discurso de izquierda. No es casual, entonces, que para referirse a la fracción en conflicto con la dirección partidaria se lo haga a partir de denominaciones como “carácter antiproletario, pequeño burgués”. Presentado de esta forma, este otro con el que se polemiza no es un compañero con el cual se tienen diferencias, es el *enemigo*.

En “Moral y proletarización”, la construcción del “hombre nuevo” es presentada como condición necesaria para lograr la victoria revolucionaria. La moral revolucionaria queda construida discursivamente como elemento central de la organización política. Como también vimos en los textos de Ostrovski y Fúciik, para poder producir una verdadera transformación

⁷⁴ Ver introducción a la época de la revolución, p. 55.

social se presenta como paso ineludible cambiar, ser *otro*: "... desintegrar nuestra personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios revolucionarios" (Ortolani, 2004-2005:95). Es por esto que el adversario no es sólo externo, también aparece como una amenaza latente al interior de la organización. De ahí la necesidad de precisar algunas cuestiones, especialmente en lo que toca a la estrategia política y a la moral militante. Desde el discurso del PRT, sólo por medio de la proletarización podrá lograrse tal cambio. Quien no se corresponda con ese modelo de militante ideal, nunca dejara de ser lo que, desde este discurso, siempre fue: un pequeño burgués y, por lo tanto, un enemigo.

Esta centralidad otorgada a la moral no es privativa del PRT-ERP, también se desprende de la lectura de *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*. Si en el texto de Ostrovski, cada uno de los infractores será debidamente penado por el Partido y por Korchaguin -su más fiel representante y censor-, en el texto de Fúčík, las figuras del héroe y del traidor serán las estructurantes del relato. En ambos discursos, para poder triunfar en esta revolución entendida como guerra, era necesario entregarse en todo momento al Partido, nunca traicionar, ser en todo momento un hombre íntegro; en fin, en términos de Fúčík, un hombre, sin más. Este régimen de sumo control sobre los cuerpos y los comportamientos, instaura un orden al interior de la organización donde la vigilancia sobre sí y sobre los otros ocupa un lugar central y definitivo. De ahí que no alcance con la proletarización. La "vigilancia" sobre sí y sobre los otros es fundamental para el desarrollo exitoso del proceso revolucionario.

En el mismo sentido que en *Así se templó el acero*, en "Moral y proletarización" la única forma posible de amor socialista es la pareja monogámica y heterosexual, en clara polémica con la "revolución sexual" de los sesenta. Desde esta perspectiva, este tipo de comportamiento "libertino" es propio de la moral burguesa e individualista que se quiere destruir. "El único camino hasta el poder obrero y el socialismo", por tanto, no sólo es la lucha armada, sino también su contraparte necesaria, la proletarización y la puesta en práctica, en forma cotidiana, de esta "nueva" moral.

En los últimos textos analizados –todos ellos agrupados bajo la pregunta "¿por qué el PRT-ERP no dejó de combatir?"- pudimos observar la visión de la historia detentada por la organización; una historia *lineal, evolutiva, inexorable*, cuyo desenlace ineludible era la revolución socialista. Esta visión de la historia, del PRT-ERP y, como vimos en el otro

capítulo, de la tradición revolucionaria en general, formó parte constitutiva de los discursos y prácticas políticas perretistas hasta el golpe de Estado de 1976 y su desarticulación como organización política en 1977. Por ello el “golpe”, más que freno para la revolución (como en definitiva, trágicamente lo fue), aparecía en estos discursos como su acelerador, al posibilitar la batalla final entre las fuerzas liberadoras y sus enemigas. Desde esta perspectiva, como vimos, no hay derrota, no hay sangre derramada en vano pues todo –hasta lo más triste, angustiante- es interpretado como un avance en el camino a la victoria revolucionaria. Como en Hegel⁷⁵, todo lo ocurrido es un paso más, un paso necesario en el despliegue del espíritu, en este caso, del *espíritu revolucionario*.

⁷⁵ *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1974).

CAPÍTULO III: Revoluciones ficcionadas. Respuestas literarias frente al “clima de época”. Las apuestas político-literarias de Julio Cortazar y Francisco Urondo en *Libro de Manuel* (1973) y *Los pasos previos* (1973).

En este capítulo analizamos cómo un mismo momento histórico –la época que llamamos *de la revolución*- posibilita la construcción de otros tipos de discursos en torno a la misma problemática: la revolución.

Los textos que ahora abordamos son novelas escritas por dos reconocidos escritores argentinos de ese entonces como Julio Cortázar y Francisco “Paco” Urondo. Tanto el análisis de *Libro de Manuel* (1973) como de *Los pasos previos* (1973), nos permitió observar que en un mismo período histórico, otros discursos, otras representaciones de la revolución eran posibles como así también la reiteración de ciertos lugares comunes constitutivos del discurso dominante del momento. Tomamos ambos textos no por su valor literario sino como *discursos, expresiones creativas del uso del lenguaje dentro de un horizonte social definido, de las voces presentes dentro de una sociedad particular* (Voloshinov, 2009).

Si bien ambos autores forman parte de lo que podemos definir como intelectuales de la izquierda latinoamericana de los años sesenta y setenta, hay grandes diferencias en cuanto a la forma en que cada uno participó de este proceso. A diferencia de Francisco Urondo, que vivía y militaba en una organización revolucionaria de nuestro país como FAR⁷⁶ - Montoneros, Julio Cortázar hacía varias décadas que vivía en Europa y, por tanto, la cultura y sociedad que lo rodeaba no era precisamente la misma en la que vivían los militantes de las organizaciones de izquierda de nuestro país, aunque por ello no dejaba de mantener un fuerte lazo cultural y afectivo con la sociedad argentina. Leyendo sus cuentos y novelas – escritas de modo ostensible en el dialecto español de la Argentina - podemos ver como lo permean nuestras palabras, nuestras “frases hechas”, nuestras costumbres, en fin, nuestras formas –variadas, heterogéneas y muchas veces opuestas- de ver el mundo y la vida. Este escritor, si bien manifestó en continuas oportunidades su compromiso con el devenir del socialismo, se mantuvo al margen de cualquier estructura partidaria.

⁷⁶ Fuerzas Armadas Revolucionarias.

En distintas conferencias y entrevistas, el autor había hecho explícita su postura política acerca del socialismo, la revolución cubana y el hombre nuevo. Sin embargo, recién en el año 1966 va a permitir el ingreso de la política, en forma más explícita, en la construcción textual de su mundo de fantasía. Hasta ese momento, su literatura, si bien proponía con su escritura subversiva y desafiante de todo lo estatuido una nueva visión de la vida, la realidad y el arte, no se había referido en forma directa a estas cuestiones. Como declaró en una serie de entrevistas, la revolución cubana y su visita a la isla en 1961 provocaron un fuerte cimbronazo en su obra y su postura política (Prego y Cortázar, 1985). A partir de esa experiencia, los temas con implicaciones políticas o ideológicas comenzaron a formar parte de manera más explícita de su literatura. “Reunión”, cuento que integra *Todos los fuegos, el fuego*, publicado por primera vez en 1966, marca esa entrada de la política a la literatura de Cortázar (Prego y Cortázar, 1985).

Este compromiso asumido por el autor no significa subsumir lo artístico a lo político. Así lo explica en una entrevista realizada en 1985:

Entonces, en muy poco tiempo (...) se produce la aparición de lo que actualmente se llama el compromiso. Es decir, que yo empiezo a darme cuenta, a descubrir un territorio que hasta entonces apenas había entrevisto. Lo cual no quiere decir que yo vaya a ser un escritor de obediencia, un escritor que se limita únicamente a defender su causa y a atacar a la contraria, sino que voy a seguir viviendo en plena libertad, en mi terreno fantástico, en mi terreno lúdico (Prego y Cortázar, 1985).

Esta será la apuesta de la novela que analizaremos a continuación. Como dice en el prólogo, su escritura formó parte de una experimentación, de tratar de equilibrar lo político y lo estético, para que ningún fin (el estético o el político) desplace al otro. *Libro de Manuel* trata de romper con esta solución dicotómica planteando una tercera posibilidad que permita fusionar ambos fines.

A diferencia del derrotero cortaziano, Urondo se asume desde muy temprano como un escritor-militante. En un primer momento, participa políticamente en la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente), confiando en la posibilidad de cambios progresivos, dentro del sistema, hasta que en consonancia con el clima de la *época de la revolución*, asume la lucha armada y se incorpora a las FAR y Montoneros. La lucha armada aparece para nuestro autor – como para toda una generación- como el único medio efectivo para poder cambiar el estado

de cosas existente. Desde el interdiscurso de la época, como hemos visto en el capítulo anterior dedicado al análisis del discurso perretista, *la revolución es construida como el único camino para producir un verdadero cambio social* (Gilman, 2003).

Para poder comprender mejor lo que significaba adoptar este punto de vista, pertenecer al colectivo de identificación “intelectual revolucionario” (Gilman, 2003), -impensable para el PRT (todo intelectual era, a fin de cuentas, un “pequeño burgués”)-, veamos la caracterización que hace Rodolfo Walsh –otro escritor-militante, otro “intelectual revolucionario”- de Francisco “Paco” Urondo:

... tu obra literaria, tan inseparable de tu vida, nos va a ayudar a resolver esa pregunta tan trillada sobre lo que puede hacer un intelectual revolucionario. Puede hablar con su pueblo y de su pueblo poniendo en diálogo lo mejor de su inteligencia y de su arte; puede narrar sus luchas, cantar sus penas, predecir sus victorias. Ya es suficiente, ya eso justifica. Pero vos nos enseñaste que no le está prohibido dar un paso más, convertirse él mismo en un hombre del pueblo, compartir su destino, compartir el arma de la crítica con la crítica de las armas. Gracias por esa lección (Rodolfo Walsh citado en Redondo, 2005: 9).

Desde esta perspectiva constitutiva del discurso revolucionario de los años setenta, ser un “intelectual revolucionario” implica dar “este paso más” que es, ni más ni menos, “compartir el arma de la crítica con la crítica de las armas”. A diferencia de la postura de Cortázar, ser un intelectual revolucionario también supone (o no prohíbe, como dice el enunciador, matizando lo afirmado) combinar ambas críticas en la militancia partidaria. Sin embargo, para Nilda Redondo (2005), a pesar de asumir este mandato de “intelectual militante”, el autor continúa concibiendo a la poesía y la literatura como prefiguradoras de realidad. Si bien en los setenta Urondo optó por la combinación guevarismo-peronismo-lucha armada nunca dejó de ser poeta por ello. La novela *Los pasos previos* presenta, precisamente, este debate de fines de los sesenta respecto de la función de los intelectuales en el seno de la revolución. Se alternan tanto las posiciones sartreanas del compromiso genérico y sin involucramiento en organizaciones partidarias, como las que requieren del intelectual combatiente y encuadrado.

A pesar de estas diferencias, tanto *Libro de Manuel* como *Los Pasos previos* unen, discursivamente, el juego, el ocio, el placer, la alegría y el amor en la construcción de ese “hombre nuevo” que tanto preocupa a nuestros militantes revolucionarios. A diferencia de la

concepción militante ascética, dominante en la *época de la revolución*, los “hombres nuevos” literarios proponen otra forma de pensar y hacer política, contrapuesta en muchos aspectos al discurso revolucionario. Si en la introducción al capítulo anterior afirmamos que los militantes se constituían discursivamente como enunciadores poseedores de certezas y de allí prescribían acciones, en los textos que ahora presentamos, los personajes/militantes también son actores pero que se permiten dudar de algunas cuestiones que en los otros textos aparecían como mandatos “proletarios” y, por tanto, revolucionarios.

1. Ficción y realidad

La novela *Libro de Manuel* fue publicada en 1973, años convulsionados en el mundo y en nuestro país. Numerosos movimientos políticos y sociales veían como posibilidad cercana la instauración del socialismo en nuestras tierras. Como dijimos en un comienzo, este libro fue una forma de intervenir en el devenir de este proceso revolucionario. Por un lado, revolucionando las formas estéticas y narrativas, lo que era ya especialidad de su autor, pero también profundizando, a partir de los debates desarrollados en la novela, la reflexión de aquello que estaba sucediendo en el mundo y, particularmente, en nuestro continente. Teniendo en cuenta este contexto político y social, *Libro de Manuel* suscitó grandes expectativas. Como dijimos, la figura de Cortázar se había politizado fuertemente a raíz de su adhesión a la Revolución cubana y su rotunda condena a las dictaduras latinoamericanas (Logie, 2004).

El eje central del libro es la tensión entre lo “viejo” y lo “nuevo”. La ubicación geográfica de sus personajes –la mayoría de ellos son intelectuales revolucionarios latinoamericanos exiliados en París- funciona como metáfora del gran debate que se pone en escena en la novela. La novedad política ya no provenía del “viejo” mundo. En ese momento histórico, las esperanzas estaban depositadas en América Latina, metáfora y realidad del mundo por venir. Estos personajes –como el propio autor- mantienen desde París un contacto constante con el mundo latinoamericano, militando a favor de la causa revolucionaria y la liberación de los presos políticos de nuestro continente, asediado por distintas dictaduras militares. El avance en la construcción de la novela es simultáneo al avance de los personajes en el tiempo y el espacio para lograr su objetivo: “la gran joda”, el secuestro de un diplomático, “Vip”, para pedir a cambio de su rescate la libertad de los presos políticos latinoamericanos (Ibaceta Perez, 1997).

Uno de los aspectos que analizaremos son los distintos lugares de enunciación que se ponen en juego en el texto. Si por un lado tenemos la novela, por el otro tenemos el prólogo, también escrito por el autor. Desde otro lugar de enunciación, el autor reflexiona sobre el proceso de producción textual, mezclando y diluyendo los límites entre realidad y fantasía. Así podemos verlo en el siguiente fragmento:

Por razones obvias habré sido el primero en descubrir que este libro no solamente no parece lo que quiere sino que con frecuencia parece lo que no quiere, y así los propugnadores de la realidad en la literatura lo van a encontrar más bien fantástico mientras que los encaramados en la literatura de ficción deplorarán su deliberado contubernio con la historia de nuestros días. No cabe duda de que las cosas que pasan aquí no pueden pasar de manera tan inverosímil, a la vez que los puros elementos de la imaginación se ven derogados por frecuentes remisiones a lo cotidiano y concreto. Personalmente no lamento esta heterogeneidad que por suerte ha dejado de parecerme tal después de un largo proceso de convergencia (Cortázar, 2004: 8).

Aquí el narrador pone en escena distintos enunciadores con los cuales polemiza: uno más ligado al anti-intelectualismo, adepto a un formato más relacionado con el realismo socialista, y los “encaramados en la literatura de ficción” que gustan de lo contrario. A diferencia de estas dos formas de ver las cosas, el enunciador no sólo se diferencia de ambas posturas sino que se identifica con una que pretende superarlas. Por medio de variadas negaciones metalingüísticas (García Negroni, 1998b), el autor-enunciador destruye estas supuestas divergencias irreconciliables, al construir una nueva concepción de lo real, ya no desligado de lo fantástico; donde el deseo y lo lúdico juega un lugar fundamental. Como veremos más adelante, Cortázar une arte y política mediante su concepto de lo lúdico. La novela que presentamos pone en juego esa convergencia proponiendo un tipo de literatura que es política sin dejar de lado la apuesta artística y estética. *Libro de Manuel* fue su “ametralladora”, una tentativa para desestructurar aquellos procesos revolucionarios que se venían desarrollando y, a su vez, para denunciar la represión ejercida cada vez con mayor virulencia por las dictaduras del continente (Prego y Cortázar, 1985).

Otra estrategia narrativa que permite borrar los límites entre lo ficticio y lo real es la incorporación de recortes de prensa al entramado novelístico al mismo tiempo que se produce la noticia en el proceso de escritura. Resultado de ello es una estructura de collage, polifónica, a múltiples voces y estilos (Ibaceta Perez, 1997). Para Blanco (1996), estos recortes tienen como función servir de puente al concepto de realidad; proporcionar ritmo a la

narración, haciendo avanzar el conocimiento de los personajes; mezclar lo trascendente, lo banal y divertido en el mismo texto. Su tema central es la política latinoamericana y la tortura; secundarios: la falta de libertad, el abuso de autoridad, lo trágico, lo cómico, produciendo, de esta forma, un equilibrio frente a las injusticias consignadas, e incorporando, además, la superficialidad de la propaganda comercial (Ibaceta Perez, 1997).

Páginas para el libro de Manuel: gracias a sus amistades, entre conmovidas y cachadoras, Susana va consiguiendo recortes que pega pedagógicamente, es decir alternando lo útil y lo agradable, de manera que cuando llegue el día Manuel lea el álbum con el mismo interés con que Patricio y ella leían en su tiempo *El tesoro de la juventud* o el *Billiken*, pasando de la lección al juego sin demasiado traumatismo, aparte de que vaya a saber cuál es la lección y cuál es el juego y como será el mundo de Manuel y qué carajo, dice Patricio, hacés bien, vieja, vos pegoteale nuestro propio presente y también otras cosas, así tendrá para elegir, sabrá lo que fueron nuestras catacumbas y a lo mejor el pibe alcanza a comerse estas uvas tan verdes que miramos desde tan abajo (Cortázar, 2004: 298).

Es interesante ver los topoi argumentales (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a) que aparecen en este párrafo. Por un lado, con respecto al concepto de lo “pedagógico”. En contraposición a los lugares comunes constitutivos de los textos analizados en los capítulos anteriores, la posición enunciativa ocupada por el narrador y su forma de vincularse con los otros no es desde un lugar de verdad y superioridad moral. Contrario al discurso dominante, que construye a lo pedagógico como lo “deglutido” por un enunciador omnisciente para que otro, siempre entendido de modo pasivo, aprenda la verdad transmitida por él, en esta cláusula, lo pedagógico está relacionado a lo útil, agradable y a la elección activa del sujeto de aprendizaje. De ahí el hecho de pegar cosas tan diversas y, a primera vista, sin ningún tipo de conexión en *Libro de Manuel*. Si bien los conflictos políticos y la represión de los regímenes militares ocupan un lugar central en la selección, también forman parte de ésta propagandas, notas de color que habilitan esta posibilidad para que *Manuel*, el día de mañana, pueda *elegir* y dar su propia interpretación a aquellos recortes desconexos y heterogéneos. Otra vez, la cuestión de lo lúdico como central para pensar en ese hombre nuevo que una y otra vez problematiza Cortázar a través de los diferentes diálogos y monólogos de los personajes.

Como veíamos recién, la incorporación de estos recortes cumple un propósito informativo–educativo para que podamos elegir, construyendo, de esta forma, un lector activo

y presentando al proceso de formación y lectura como algo divertido, donde el humor, la política y lo absurdo forman una unidad heterogénea. Allí reside uno de los componentes políticos de la novela.

... el que te dije alcanzó a hacer un hueco para leer por su cuenta las conclusiones del informe, la simple frase final que hubiera sido necesario repetir noche y día por todas las ondas, en todas las imprentas, desde todas las plumas (aunque ya no se usaran, maldito idioma de recidivas puras)

LA OPINIÓN PÚBLICA DE LOS PAÍSES CIVILIZADOS TIENE HOY UNA AUTENTICA POSIBILIDAD DE HACER CESAR, POR MEDIO DE DENUNCIAS REITERADAS Y PRECISAS, LAS PRÁCTICAS INHUMANAS DE QUE SON OBJETO TANTOS HOMBRES Y MUJERES EN BRASIL (Cortázar, 2004: 275).

Esta es la tarea llevada a cabo por Andrés cuando retoma lo que dejó trunco el que te dije -los papelititos que le permitirían contar la historia de la Joda, esa historia fragmentaria, divertida y trágica, tal como los recortes que forman parte de la novela- y del mismo Cortázar, pues como dijimos en variadas oportunidades, el fin de esta novela era revolucionar las formas lingüísticas y estéticas (fines propios de la literatura) pero también proponer un debate, detener “las prácticas inhumanas de que son objetos tantos hombres y mujeres” denunciándolas explícitamente a través de los múltiples recortes incorporados en la novela.

Los pasos previos también refleja las distintas perspectivas existentes (y en disputa) en torno a la forma de llevar adelante la lucha revolucionaria en el continente (Redondo, 2005). Como en *Libro de Manuel*, el aspecto dialógico y polifónico forma parte central del entramado discursivo. Esta referencia a esas voces en disputa será realizada, no sólo por medio de citas, discursos indirectos e indirectos libres -recursos narrativos de los que dispone el narrador para poder plasmar estos distintos puntos de vista- sino que también, en consonancia con *Libro de Manuel*, se intercalan con el texto “ficcional”, fragmentos de textos y documentos “reales” de Barraza, Walsh y Ongaro (Redondo, 2005). En este sentido, nos interesa resaltar el paralelismo entre ambas obras en lo que respecta a la puesta en cuestión de los supuestos límites entre realidad y ficción. Ambas novelas, a través de estos discursos referidos, intentan recrear el murmullo de voces de la sociedad y romper, de esta forma, con la dicotomía periodismo-literatura y documento político-novela (Redondo, 2005). Sin embargo, a pesar de esta coincidencia, lo “real” y lo “ficcional” no se relacionan de la misma

forma en ambos textos. Tanto los géneros discursivos de los textos referidos como la forma de relacionarse con los mismos es sustancialmente diferente en ambas novelas, lo que provoca dos tipos de relato y mensajes distintos en cada caso.

Como estuvimos viendo, mientras en *Libro de Manuel* lo “real” se manifiesta en forma heterogénea y disímil a través de la cita de recortes de diarios “serios” –noticias políticas, de represión, etc.- como de publicidades y notas de color, en *Los pasos previos*, esta realidad se construye intercalando documentos con clara postura política-ideológica. Urondo, al escoger textos pertenecientes a un tipo de género discursivo –el discurso público-político (Raiter, 1999a)- y enunciadores con determinada visión de las cosas –todos ellos pertenecen a lo que se conoce como “peronismo revolucionario”- construye una visión de la realidad más homogénea, donde lo lúdico, aunque lo retome en otras cuestiones como lo erótico, queda mucho más relegado.

Cada capítulo de *Los pasos previos* comienza con la reproducción de un documento, lo que ya marca, en cierta medida, la interpretación de cada uno de ellos, cerrando sentido. El primero, titulado *Sólo el pueblo salvará al pueblo*, es de Raimundo Ongaro y trata sobre la connivencia entre las cúpulas sindicales, los monopolios y la dictadura de Onganía. El locutor construye como consecuencia necesaria de este proceso “la liquidación de las conquistas laborales” y el congelamiento de salarios y convenios (Urondo, 1999:63). El capítulo tercero comienza con un texto que pertenece a la serie de ocho notas del periodista Pedro Leopoldo Barraza, aparecida la primera de ellas en la revista *18 de Marzo* y las restantes en la revista *Compañero* en el año 1963, bajo los títulos: ‘39’ días de terror’, ‘S.O.S. a Vandor’, ‘Buscado: Alberto Rearte’ y ‘Reconocen a los criminales’ (Urondo, 1999:124). Este discurso referido relata la historia de Felipe Vallese, dirigente gremial secuestrado en su hogar el 29 de agosto de 1962 y desaparecido desde ese entonces. El locutor escoge determinados hechos de su niñez y juventud para construir un relato causal que da sentido a su militancia y sacrificio, a su entrega a la causa revolucionaria hasta las últimas consecuencias. Todo parece explicar, necesariamente, estas “condiciones naturales de un auténtico jefe”. Veamos el siguiente fragmento:

Antes de la siniestra noche del 29 de agosto de 1962, Felipe Vallese era un joven y destacado dirigente gremial de la fábrica TEA, conductor de la juventud (...) era también -¿por qué no decirlo?- un auténtico muchacho de la barriada de Caballito (...) Por sus reacciones como purrete, por sus rebeldías juveniles, por su liderazgo nato y

espontáneamente cedido en los juegos y en los deportes primero, en la barra después; por su relevancia en todos los terrenos en que actuaba, sus vecinos, sus amigos pueden decir ahora, sin temor a caer en formales homenajes circunstanciales, que Felipe llevaba intrínsecamente las condiciones naturales de un auténtico jefe (Urondo, 1999:107).

Siguiendo lo analizado en *Reportaje al pie del patíbulo*, el relato de esta experiencia no sólo tiene pretensiones periodísticas de relatar lo acontecido, sino también es un llamado a la acción y emulación. En contraposición a la novela de Cortázar y en consonancia con las características propias del discurso político, el texto de Urondo tiene un fuerte componente persuasivo y prescriptivo. La historia de Felipe Vallese es presentada de tal forma que puede ser la de cualquiera, la de todos:

Esta es la historia de FELIPE VALLESE. Pero puede ser la de cualquiera, la de cada uno de los dirigentes de los cuadros sindicales medios, puede ser la historia de todos y en cualquier momento... Es la historia del asco... la historia de la nausea..., la historia de un sistema que agoniza pero que sigue haciendo daño (Urondo, 1999:109).

Si bien es una historia singular, “la historia de FELIPE VALLESE”, mediante este “pero” se construye un discurso que se contrapone a aquel encadenamiento argumentativo. Desde esta perspectiva, es la historia de Vallese y, a la vez, es la historia de todos los que luchan contra ese “sistema que agoniza”. De ahí también la fuerza prescriptiva. La forma cómo es relatada esta historia -y la de sus familiares y vecinos que fueron secuestrados junto a él-, resaltando, continuamente, su entrega y sacrificio hasta el final, su silencio frente a la tortura, reproduce los topoi que formaban parte de los textos de Ostrovski y Fúcik. De esta forma, tal como sucede con las historias de Korchaguin y Fúcik, estos relatos heroicos quedan contruidos como ejemplos prescriptivos para todos los que quieran seguir este camino, el camino de la revolución. Así podemos verlo en este enunciado que relata la tortura a Mercedes, una de sus vecinas secuestradas:

Como lo que le están haciendo no da resultado, aumentaron las torturas. Entonces le pasan dos picanas. Mercedes soporta todo en silencio; nadie más que ella sabe cuán pesado fue soportar esa cruz, pero sabía también que el silencio es el mejor antídoto contra esos anormales.

-Son duros ustedes... mueren por la causa, no hablan... (Urondo, 1999:122).

Como el mandato que se desprende de los textos analizados en los anteriores capítulos, el militante ideal construido en este texto también es duro “como el acero”. Aunque sufra el peor de los martirios, la peor de las cruces, aunque implique su propia muerte, este héroe nunca habla, nunca traiciona. La incorporación en la novela de una parte de una entrevista que Walsh le realizó al dirigente de la CGT de Los Argentinos, Raimundo Ongaro, refuerza este sentido. Reproduciendo los lugares comunes constitutivos de la memoria discursiva de la izquierda revolucionaria, el sacrificio individual queda construido como necesario para la victoria colectiva. Es por ello que, desde el discurso revolucionario – peronista o marxista- la muerte no puede ser más que una sola cosa: vida.

La liberación es una semilla de larga gestación en los siglos. Pero sus plantas, que ya comienzan a crecer, durarán muchos, muchos más centenios que los que tardaron para vencer las malezas.

-Por eso hay quienes estando muertos resplandecen en vida (Urondo, 1999:334-335).

Este cruce entre “lo real” y “lo ficcional” también podemos verlo en la problematización de la forma que deberá asumir la lucha revolucionaria en este contexto histórico. Desde la perspectiva desplegada en la novela en su conjunto, y en los documentos incorporados, la violencia “de las mayorías populares” es construida como algo necesario, inevitable. Si bien se debaten distintas perspectivas, esta es la que termina predominando. Veamos el siguiente fragmento:

... la única manera de transformar todo el armazón en el cual estamos sometidos, es utilizar todas las formas de lucha, sin que ninguna sea mejor ni peor; todas son buenas, cuando son eficaces; (...) Además no hay que engañarse, hace mucho que sufrimos la violencia en forma sistemática. Los pueblos no son mansos ni pacíficos, aunque hoy no dispongan de los mismos medios contundentes que usan las minorías, pero tarde o temprano, la ira y la indignación popular, contenidas obligadamente de una u otra forma, van a estallar. De manera que el problema de la violencia o no violencia no es un problema filosófico, sino la respuesta angustiada que hoy tienen las mayorías populares (Urondo, 1999:327).

Si bien el enunciador construye como necesarias e igualmente efectivas todas las formas de lucha, dentro de las mismas, la “violencia” sale particularmente favorecida. En este

ejercicio de “historización superrápida”⁷⁷ (Žižek, 2003), en contra de su pretensión de historizarla, la violencia es construida como una respuesta mecánica de las masas populares ante tal escenario (por ello tarde o temprano “van a estallar”), y no como una elección de las mismas, provocando de esta forma su naturalización como táctica política (aunque sea contextualizada). Frente a la violencia “que sufrimos en forma sistemática” se contraponen “la respuesta angustiada que hoy tienen las mayorías populares”.

Tal como sucede con el documento del PRT que analizamos en el capítulo anterior, la lucha armada es construida como la “más auténtica forma de lucha revolucionaria” disponible en esos momentos. El texto insta a la conformación de este tipo de organizaciones políticas en nuestro país, pues el sindicalismo, por sí solo, no podrá lograr la victoria: “... Las formas superiores de organización revolucionaria nunca pasaron por el sindicato y en estos momentos la más auténtica de las formas de lucha revolucionaria no se está cumpliendo en ningún lugar de nuestro país, es decir, la existencia del brazo armado” (Urondo, 1999:327).

Sin embargo, a pesar de prescribir como superior una forma de lucha, y de legitimar un tipo de militante revolucionario, “el hacedor”, el enunciador también afirma que es una época de búsqueda:

Tenemos que tener claro, compañero, que la nuestra es una época de hacedores, sin despreciar a los teóricos. Es también una época de búsqueda. La revolución hay que buscarla y hacerla. En esa tarea estamos nosotros, llamando barrio por barrio, pueblo por pueblo, ciudad por ciudad, junto a la juventud, los sindicatos, los estudiantes, los hombres de pensamiento, los artistas, los intelectuales, preparando las condiciones para que surja entonces la forma argentina de hacer la revolución. Hay que superar para ello las parcialidades y los sectarismos, buscar el encuentro de todos en la lucha (Urondo, 1999:327-328).

⁷⁷ Tanto la visión de la ideología como “falsa conciencia” como la de la “falsa eternización” que soluciona el problema historizando todo - Žižek la llamará “historización superrápida”- no toman en cuenta el resto de lo Real que resiste a la simbolización. Toda operación ideológica es un intento imposible de dar respuesta a ese núcleo traumático real. La crítica de la ideología por lo tanto debe basarse en mostrar la contingencia radical de lo que aparece como necesario, contingencia radical de la nominación que se sostiene en la brecha irreductible entre lo real y su intento de simbolización. Por lo tanto la crítica debe tener un doble movimiento: no sólo debe criticar la pretensión de universalidad de la particularidad sino también pensar eso como algo transhistórico.

Al ser una época de búsqueda, los intelectuales y teóricos también tienen un lugar en este proceso, a diferencia del discurso anti-intelectualista del PRT-ERP. De ahí la gran variedad de sujetos interpelados en la última parte del párrafo citado. Deben involucrarse en el camino revolucionario tanto los hombres del hacer como los del pensar, todos unidos por una misma búsqueda: la forma más eficaz para hacer la revolución. (pero se sigue contraponiendo hacer y pensar)

2. Pequeños-burgueses, intelectuales y revolucionarios

En este apartado vamos a analizar las representaciones que ambos textos construyen sobre la relación entre los intelectuales y la revolución. En el caso de *Libro de Manuel*, nos enfocamos en los personajes con una posición más ligada a la idea de compromiso sartreano⁷⁸, idea que los llevará a involucrarse en la “Joda” europea de una forma supuestamente “neutral” o relacionada con otras cuestiones como recuperar un amor perdido. En los discursos de estos personajes se condensan una serie de discusiones y debates en torno de los procesos revolucionarios y su devenir. En estas reflexiones se pondrán sobre la mesa los debates y cuestionamientos de la época en torno de la revolución, los intelectuales, el arte y la política.

En el prólogo al *Libro de Manuel*, Cortázar deja expresado el paralelismo entre uno de estos personajes y sus propios conflictos respecto de estos temas. A diferencia de la historia de Ostrovski/Korchaguin, este relato no se encuentra atravesado por certezas, está plagado de confusiones y tormentos:

...si durante años he escrito textos vinculados con problemas latinoamericanos, a la vez que novelas y relatos en que esos problemas estaban ausentes o sólo asomaban tangencialmente, hoy y aquí las aguas se han juntado, pero su conciliación no ha tenido nada de fácil, como acaso lo muestre el confuso y atormentado itinerario de algún personaje. Ese hombre sueña algo que yo soñé tal cual en los días en que empezaba a

⁷⁸ Sartre legitimó teóricamente el papel transformador del escritor-intelectual. Así podemos verlo en el siguiente fragmento: “El escritor comprometido sabe que la palabra es acción; sabe que revelar es cambiar y que no es posible revelar sin proponerse el cambio”. Jean-Paul Sartre, ‘¿Qué es escribir?’ (1990:57)”. Esta creencia, hegemónica en los sesenta, será descalificada en los setenta por el anti-intelectualismo, dominante en el discurso de la militancia revolucionaria (Gilman, 2003).

escribir y, como tantas veces en mi incomprensible oficio de escritor, sólo mucho después me di cuenta de que el sueño era también parte del libro y que contenía la clave de esa convergencia de actividades hasta entonces disímiles (Cortázar, 2004:8-9).

Aquí se pone en juego aquella convergencia de la que hablábamos al principio. *Libro de Manuel* condensa aquello que en un momento se le presentaba al propio autor como cuestiones separadas. De allí el paralelismo que realiza el locutor entre su historia y la de uno de éstos personajes. Al final de la novela, ya realizada la “gran Joda” y con las consecuencias de la derrota a cuestas, la decisión de Andrés de ordenar los papелitos heredados de “el que te dije” a modo de homenaje a su amigo, también mantiene un paralelismo entre *Libro de Manuel* novela, y libro de Manuel de tapas azules; entre autor Cortázar y autor Andrés:

...Parecería que estamos perdiendo el tiempo con tanto papелito, pero algo me dice que hay que guardárselos a Manuel. Vos te mufás viéndome hacer algo que te duele por omisión, porque no seguiste la cosa de cerca y conste que no te culpo porque estoy en el mismo caso o poco menos, y después porque tenés la jodida sensación de que algo real y vivido se te deshace entre los dedos como un buñuelo apolillado. Yo también y sin embargo voy a terminar con esto aunque más no sea para ir a buscarla a Susana y darle lo que falta para el álbum (...) Tomá, por ejemplo, mirá lo que guardaba el que te dije en un bolsillo del saco, total no tenemos ningún informe que dejarle a Manuel sobre Roland, digamos, o sobre Gómez. Al fin y al cabo ni se acordará de ellos cuando crezca, y en cambio hay todo esto que viene a ser lo mismo de otra manera y es esto lo que tenemos que poner en el libro de Manuel (Cortázar, 2004: 414-415).

Las once páginas siguientes son ocupadas por un documento, el registro completo de una conferencia de derechos humanos con testimonios de presos políticos donde se denuncian casos de tortura. Como hemos visto en *Reportaje al pie del patíbulo*, y como lo haremos en *Los pasos previos*, la necesidad de dar testimonio es construida como deber del intelectual comprometido. Sólo así será posible que los “manueles” del mundo puedan conocer lo sucedido. En fin, que la historia pueda construirse sobre nuevas bases, “esperando tal vez que esa información fragmentaria iluminara algún día la cocina interna de la Joda” (Cortázar, 2004: 11).

Ahora nos adentraremos en las diferentes discusiones y reflexiones que atormentan a estos personajes a lo largo de la novela. La palabra “puente” es una de las metáforas más utilizada para representar este paso y convergencia entre la innovación artística y la del compromiso político; entre el hombre viejo que no termina de morir y el hombre nuevo que

no termina de nacer. La música es una de las disciplinas artísticas elegidas para representar este conflicto:

... todo pasaje donde predomina el piano como un reconocimiento que concentra la atención, me despierta más agudamente a algo que todavía sigue atado a mi por ese instrumento que hace de puente entre pasado y futuro. Confrontación nada amable del hombre viejo con el hombre nuevo: música, literatura, política, cosmovisión que las engloba. (...) una nueva manera de ser que busca abarcarlo todo, la cosecha del azúcar en Cuba, el amor de los cuerpos, la pintura y la familia y la descolonización y la vestimenta (Cortázar, 2004: 28-29).

Aquí vemos desplegarse esa concepción de la revolución y el hombre nuevo que rompe las fronteras entre lo que se suponía eran compartimentos diferentes: la música, la literatura, la política. La revolución que se pone en juego en este fragmento supone una “nueva manera de ser” que rompe todas las fronteras, que no se reduce a la toma del poder - aunque también la supone, de ahí la referencia a “la cosecha de azúcar en Cuba”-, en fin, “que busca abarcarlo todo”. A partir de allí se desencadena una discusión acerca del papel del intelectual y del artista en este proceso. El personaje se pregunta en varias oportunidades si su papel es tender un puente, asumir el compromiso político en su práctica artística; si aquel compromiso significa la construcción de ese puente o puede asumirse sólo desde la libre creación. El dilema se debate entonces entre tender el “puente” o no hacerlo, lo que supone también una estimación distinta de ese otro que tendrá que “cruzarlo”, para continuar con la metáfora:

Una de las soluciones: poner un piano en ese puente, y entonces habrá cruce. La otra: tender de todas maneras el puente y dejarlo ahí; de esa niña que mama en brazos de su madre echará a andar algún día una mujer que cruzará sola el puente, llevando a lo mejor en brazos a una niña que mama de su pecho. Y ya no hará falta un piano, lo mismo habrá puente, habrá gente cruzándolo. Pero andá a decirle eso a tanto satisfecho ingeniero de puentes y caminos y planes quinquenales (Cortázar, 2004: 30).

En la última parte del texto, cambiando la orientación argumentativa a través del conector “pero” (Ducrot, 1988; García Negroni, 1998a), el personaje pone en cuestión una de las representaciones más comunes del discurso revolucionario de ese momento: la vanguardia (o los “satisfechos ingenieros de puentes y caminos y planes quinquenales” como son

llamados en el texto) debe tender ese puente con la masa para poder realizar la revolución, de ahí que el resto de las esferas de la vida deban subsumirse a este deber fundamental y fundacional para construir este orden nuevo. Sin tender “puentes” y “poner un piano” en el camino, la revolución, el “cruce”, no será posible. Ese otro, esa masa necesaria para realizar aquella nueva sociedad no podrá “comprender” cuál es su misión histórica. Sin embargo, a pesar de poner en cuestión este estado de cosas, el personaje termina descalificando su propio enunciado al identificarse con el enunciador con el que esta polemizando.

Esta polémica atraviesa los diferentes diálogos y monólogos del personaje, que se debate entre la construcción de “puentes” y la libertad del artista para la creación. En el siguiente fragmento podemos ver cómo se pone en juego esta tensión entre lo viejo y lo nuevo en el campo de la música y de la escritura:

Hombre nuevo, sí: qué lejos estás, Karlheinz Stockhausen, modernísimo músico metiendo un piano nostálgico en plena irrisación electrónica; no es un reproche, te lo digo desde mí mismo, desde el sillón de un compañero de ruta. También vos tenés el problema del puente, tenés que encontrar la manera de decir inteligiblemente, cuando quizás tu técnica y tu más instalada realidad te están reclamando la quema del piano y su reemplazo por algún otro filtro electrónico (...). ¿Cómo tender el puente, y en qué medida va a servir de algo tenderlo? La praxis intelectual (sic) de los socialismos estancados exige puente total: yo escribo y el lector lee, es decir que se da por supuesto que yo escribo y tiendo el puente a un nivel legible. ¿Y si no soy legible, viejo, si no hay lector y ergo no hay puente? (Cortázar, 2004: 29-30).

Karlheinz Stockhausen es un “compañero de ruta” pues, como él, también tiene el problema del puente, de decir inteligiblemente. Este drama, este dilema con tintes trágicos, shakesperianos, es el mismo que alguna vez vivió el mismo Cortázar. ¿La revolución debe suponer necesariamente esta instancia pedagógica? ¿Se pueden fusionar ambas exigencias, tender el puente y la libertad e innovación en el terreno artístico? Este y otros interrogantes formarán parte de sus diálogos. A partir de los mismos provoca una desestructuración de los supuestos que naturalizan esta “exigencia” de los “socialismos estancados”, exigencia materializada en las producciones textuales que analizamos en el primer capítulo. Si en *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, la “construcción de puentes” entre enunciador y destinatario, entre el escritor y sus lectores, era fundamento y fin de la propia escritura literaria, *Libro de Manuel* pone en duda esta necesidad, aunque no se la niega por completo.

El texto de Cortázar, más que construir nuevas certezas, o destruir certezas anteriores, es una puesta en escena de dudas, instando al pensamiento y reflexión. El tema central es cómo producir ese hombre nuevo, como enterrar lo viejo y putrefacto que nos constituye: “El problema es que a lo mejor, y estoy pensando en mí, cuando yo elijo lo que creo una conducta liberatoria, un agrandamiento de mi circunstancia, a lo mejor estoy obedeciendo a pulsiones, a coacciones, a tabúes o a prejuicios que emanan del lado que quiero abandonar” (Cortázar, 2004: 190-191). Por medio de una modalización, pone en escena esta duda que lo mortifica, el no saber hasta qué punto él mismo es víctima de esto viejo que se presenta, muchas veces, con rostros nuevos: “Me pregunto si las cosas que quisiera cambiar en mí no las estoy queriendo cambiar sin que en el fondo cambie gran cosa, si cuando creo elegir algo nuevo mi elección no está regida secretamente por todo lo que quisiera dejar atrás” (Cortázar, 2004: 192-193).

La entrada a la “Joda” de este personaje está plagada de estas dudas. Su conflicto amoroso con Ludmilla y el deseo de recuperarla son elementos cruciales – aunque no únicos, también esta su propio sueño: Fritz Lang- para terminar de definir su participación en aquello que tantas veces criticó y, hasta, ridiculizó a lo largo del texto.

... y no es solamente por vos, polaquita, hay Fritz Lang y el pequeñoburgués con su calambre en el estómago, hay el que se ríe de la contestación en los cines y los cafés, de los fósforos quemados, y de golpe todo es Ludmilla y mucho más, como si la mancha negra, te das cuenta, solamente que jamás habrá nada que me arranque a esto que soy, al que escucha *free jazz* y va a acostarse con Francine en cumplimiento de ceremonias que no aprueban los jóvenes maoístas... (Cortázar, 2004: 392).

Para Andrés, entonces, participar en la “Joda” no significa amoldarse y dejarse atrapar por aquella moralidad revolucionaria tantas veces analizada a lo largo de nuestro trabajo. Sin embargo, al llamarse a sí mismo “pequeñoburgués”, reproduce ese sistema de clasificación, y, por tanto, su visión del mundo (Hodge y Kress, 1993).

Esta entrada también es representada a través de la metáfora del “puente”, un “viaje iniciático” al sacrificio. Andrés era plenamente consciente del final trágico de esta aventura, de este “sueño diurno que va a acabar a plomo limpio”:

... esto tiene algo de viaje iniciático, no te queda más remedio que optar, Sigfrido, en vos está el camino de la vida o la muerte, Ludmilla o el dragón y todo para qué, decime

un poco, aunque sí, todo para Ludlud y también para Marcos aunque me duela de la cintura para abajo, todo para ese loco y esa loca perdidos en un sueño que reíte de Fritz Lang, un sueño diurno que va a acabar a plomo limpio... (Cortázar, 2004: 394).

De esta forma, la “Joda” queda presentada como un destino fatídico, tanto para el que la busca, la desea, como para el “pequeñoburgués” que se resiste a la misma:

... habrá Joda con las consecuencias previsibles pero no la felicidad de Heredia y de Ludmilla y de Monique, los que van hasta el fin mirando adelante, los hijos del Che como dijo no sé quién, habrá mierda o ramos de flores pero no felicidad para el pequeñoburgués que no quiere, que no quiere renunciar a lo que van a barrer los Mao y los Gómez (Cortázar, 2004: 395).

Ese es el sentido trágico de la “Joda”, que sucederá de todas formas. Como analizamos en los discursos del PRT-ERP y en las novelas de Ostrovski y Fúcik, es un hecho *inexorable*, y en ese camino *barrerá con los sujetos que se supone son su fundamento, su razón para realizarla*. El sacrificio, y no la felicidad, es el concepto que más la representa. Sin embargo, como veremos, no es sólo eso.

Para “el que te dije”, a pesar de los sacrificios, de las críticas y dudas que genera este proceso, vale la pena intentarlo. En esta búsqueda, la escritura ocupa un lugar fundamental: “...a mi no me importa la escritura salvo como espejo de otra cosa, de un plano desde el cual la verdadera revolución sería factible” (Cortázar, 2004: 265). Los fines supuestamente distintos y contradictorios del compromiso político y la innovación estética atormentan a este personaje y lo motivan a intentar converger ambas prácticas.

... quisiera ser cualquier otra cosa, cobrador de impuestos o ferretero, les tengo una envidia bárbara a los novelistas puros o a los teóricos marxistas o a los poetas de escogido temario, (...) me siento tan pampeano, tan peludamente criollo con mi mate a las cuatro y mi literatura llena de palabrotas y de parejas encamadas entre paréntesis, siempre por encima o por debajo de la asunción final de otra visión del hombre, sin contar lo que ya dije antes, el miedo a estar equivocado, a que en realidad puede ser que la revolución se haga sin esa idea que yo tengo del hombre (...) andá a saber lo que le pasaba por la cabeza a Marx cuando escribía, es una cuestión de responsabilidad y la comprendo, el juego es grande y yo creo que vale la pena, total ganar o perder no tiene importancia en sí, la historia es una increíble cantidad de manotazos por todos lados, algunos agarran la manija y otros se quedan con los dedos en el aire, pero cuando sumas el todo por ahí te da la revolución francesa o el Moncada (Cortázar, 2004: 263-264).

Su literatura, “llena de palabrotas y de parejas encamadas”, intenta contribuir a la construcción de ese hombre nuevo, aunque sin embargo, deja siempre planteada la duda. Quizás su visión del hombre este equivocada. La modalidad dubitativa permea la enunciación. Sin embargo, a pesar de todos estos rodeos, vale la pena jugársela, intentar esa convergencia; jugar el juego y arriesgar. La historia es eso, azar, juego. La literatura es una de las tantas formas de jugarlo. A diferencia del anti-intelectualismo imperante en ese momento -según el cual la práctica militante debía dirigir la práctica literaria⁷⁹- para estos personajes, la literatura es su ametralladora. Esto es lo que buscarán producir con la escritura de la “breve pero tumultuosa historia de la Joda”.

A diferencia de lo analizado recién, en *Los pasos previos* termina primando la consigna setentista que prescribe el paso “del arma de la crítica a la crítica de las armas”. Continuamente, a lo largo del relato –como también observamos en los fragmentos de de Walsh y Ongaro que forman parte del texto-, se pone en cuestión la legitimidad de la actividad intelectual con distintos calificativos o acciones que la ridiculizan o descalifican en contraposición a la valorización de los “hacedores”, los militantes revolucionarios. Tal como vimos en los textos analizados en los capítulos anteriores, en *Los pasos previos*, ser “intelectual” -representado en forma irónica con el calificativo “iluminado”- es asociado discursivamente, en forma reiterada, a lo “frágil”, a lo “blando”, en contraposición a la dureza militante: “Con respeto, cuidadoso de su fragilidad de iluminado, Mateo tocó levemente el brazo de Marcos; pero Marcos, desdeñando todo apremio, señalándose el pecho lentamente, dijo: ‘De aquí, de esta porquería asustada, va a salir algún día el Hombre Nuevo’” (Urondo, 1999:14). Este “Hombre Nuevo” -contrario a la “fragilidad de iluminado”- no será una “porquería asustada” (aunque de ella surgirá, algún día). En este caso, por tanto, la dureza del “Hombre Nuevo” no se contrapone, completamente, a la debilidad sino que la tiene como origen, de ahí que sea posible esta transformación, ese ser *otro ideal*. Desde esta perspectiva, propia de la época, la revolución sólo será posible cuando esta transformación subjetiva sea

⁷⁹ Así lo decretaba Varela en el prólogo al libro de Fúciik. Para este autor, su sacrificio es ejemplo tanto para las jóvenes generaciones combatientes como para los intelectuales que quieran cumplir su rol en forma revolucionaria. Desde este punto de vista, propia del anti-intelectualismo, para hacer la revolución hay que empuñar las armas, no alcanza con escribir comprometidamente.

efectiva. Ninguna “porquería asustada” podrá tomar en forma violenta –como vimos, la “única” táctica para lograrlo- el poder del Estado.

Como *Libro de Manuel, Los pasos previos* también está atravesada por la tensión entre lo “viejo” y lo “nuevo”. En el siguiente fragmento, por ejemplo, se pone en cuestión la supuesta frialdad y equilibrio de la vieja intelectualidad de izquierda:

Al poco tiempo se encontró con El Monje, en el subterráneo que venía de Chacarita. El hombre no lo vio hasta que levantó la vista del libro; recién allí se dio cuenta de que Mateo estaba sentado delante suyo. ‘¿Cómo le va, Aguirre?’, le dijo con esa cordialidad fría que suelen tener los intelectuales de la vieja izquierda; ese equilibrio helado y monacal (Urondo, 1999:23).

Pareciera que los nuevos tiempos reclaman al intelectual que se precie de ser revolucionario menos equilibrio y más apasionamiento. Nuevamente se reitera la dicotomía (aunque de otra forma) entre “hacer” vs. “pensar”. Desde este punto de vista, la celeridad de los tiempos históricos demandan un tipo de militante que no se detenga un minuto a pensar sino que obedezca y se deje interpelar por el mandato partidario/revolucionario. La temporalidad vertiginosa de la revolución no puede exigir otro comportamiento de sus combatientes.

Mientras que en Urondo el diálogo, la puesta en escena de los distintos puntos de vista se realiza con el fin de persuadir sobre la validez de una postura, Cortázar, como estuvimos viendo, no reduce la multiplicidad de puntos de vista a uno solo, sino que más bien las pone en escena para pensar, razonar. En Cortázar, por tanto, el enunciador no tiene la verdad, es por ello que no tiene un lector, sino varios, y también por eso que duda sobre la necesidad de los “puentes”. Sigamos viendo como continua desplegándose esta discusión en otras partes del texto de Urondo:

-¿Te acordás cuando Simón estuvo con el Che?

Gaspar no tenía noticias de que lo hubiera conocido. Sin embargo habían estado conversando un rato largo. El Che lo escuchó atentamente y Simón siguió explicando que él escribía para favorecer, en la modesta medida de sus posibilidades, el proceso revolucionario. Cuando terminó, el Che le admitió que él también antes pensaba igual que Simón; que desarrollando una medicina social en todos los planos, favorecería el proceso. Que sólo bastaba hacer las cosas de la manera mejor posible. Pero esto era

parcialmente cierto, porque luego se fue dando cuenta que, de la única manera en que se podía realmente aportar al proceso revolucionario, era haciendo la revolución (Urondo, 1999: 140).

Frente a la concepción de intelectual comprometido que hegemonizaba en los sesenta (Gilman, 2003), y de la que Cortázar se hace eco, la concepción que termina primando en este enunciado –y, como veremos más adelante, en *Los pasos previos* - es la del intelectual revolucionario que deja todo para tomar las armas y así poder hacer la revolución. No es menor que sea el Che, ícono revolucionario de ese entonces (y también de nuestros días) el enunciador del discurso referido que argumenta a favor de esa tesis. Desde una posición de enunciación de izquierda, rebatir textualmente dicho argumento es mucho más dificultoso que si fuera otro el responsable de aquellos dichos. El “único camino” para ser un intelectual comprometido con los distintos procesos revolucionarios en ciernes es *hacer la revolución, lo que equivale a tomar las armas*. El “declaracionismo” –en este texto, sinónimo de “intelectual comprometido” pero no “revolucionario”- es sucesivamente condenado aunque también aparezcan otras voces que se contraponen a esa visión de las cosas. Por ejemplo, en el siguiente diálogo, en plena discusión sobre la línea política de los intelectuales que participaban del Congreso de La Habana, vemos cómo se manifiestan estas distintas posiciones:

-¿La línea de los intelectuales latinoamericanos, cuál será?

-No hay una línea; hay dos. Una, encuadrarlos dentro de la lucha revolucionaria.

(...)

-¿Cuál es la otra línea?

-Declaracionista. Manifestarse revolucionarios, pero defender ideas como libertad de expresión, el sagrado derecho de la negatividad. El deber de la crítica.

-No simplifiques.

-Dejame de joder, todos esos tipos parecen intelectuales europeos que ven el peligro del estalinismo por todos lados (Urondo, 1999: 146-147).

Si bien, en el diálogo, el narrador deja entrever otra posición que niega aquella línea argumentativa, termina primando la visión –propia del anti-intelectualismo predominante en

ese entonces- que descalifica la posición del intelectual comprometido pero no encuadrado ni política ni militarmente en ninguna organización. Para reforzar esta descalificación son comparados con “los intelectuales europeos que ven el peligro del estalinismo por todos lados”, que, desde el discurso de la época, es un calificativo sumamente peyorativo, deslegitimador.

Sin embargo, este punto de vista que valoriza la labor intelectual no se la descalifica del todo, siempre vuelve a aparecer. Así podemos verlo en el siguiente relato de Hadad:

Hadad comenzó a contar historias de su país (...) La última vez que había estado dio una charla y, al terminar, un muchachito le impugnó que viviera en París: ‘Y yo le dije, usted a mí lo único que me puede exigir como escritor es que escriba bien; como hombre podrá exigirme otras cosas, pero vamos a ver lo que hace usted en ese sentido, por más que viva en Quito, aunque no salga nunca de su país’ (Urondo, 1999:244).

Tal como relata el mismo Cortázar en “Viaje alrededor de una mesa” (Cortázar, 1970), la labor del escritor es valorizada en tanto tal, sin importar la postura política-ideológica del autor, que correspondería a su labor de hombre y no de escritor. Esta posición se contrapone fuertemente a la que hegemonizaba en la militancia setentista. Ya no estaríamos hablando de una negación polémica sino metalingüística (García Negroni, 1998b). El enunciador descalifica el fundamento anti-intelectualista, dejándolo sin efecto, sin sentido.

Como dirá uno de los personajes encuadrado en la lucha revolucionaria a uno (des)calificado como “intelectual”, lo importante es ser “un hombre de acción” en contraposición a lo que parece ser, desde el texto, una acción propia de los intelectuales: hablar mucho y hacer poco: “-Es que nosotros somos hombres de acción, Gaspar, de pocas palabras” (Urondo, 1999:180). El colectivo de identificación, ese “nosotros” del cual Gaspar, el “intelectual”, es excluido, es construido como un sujeto que hace, que no habla ni mucho menos escribe ni lee: “Viven a través de las cosas leídas, escritas. Ustedes no son hombres de acción” (Urondo, 1999:181). Para ser verdaderos revolucionarios hay que ser otros, ser obreros, ser “ellos”, tercero discursivo que hace su aparición en escena en este diálogo entre “intelectuales” y “revolucionarios”: “-Me permito recordarte que quienes van a hacer la revolución son ellos, por más buena letra que nosotros hagamos. (...) Estamos en vías de caer en algo así como el puritanismo, si no me equivoco” (Urondo, 1999:181).

Sin embargo, frente a esta postura aparece otra que la contrapone. Las “taras” ya no serían sólo de clase, sino más bien de época, negando, aunque sea en parte, el paradigma determinista que reduce todo a un origen de clase: “-(...) ¿no has pensado que nuestros límites, además de las taras de origen, de clases, son taras generales de una época, marcadas por la clase dominante si querés, pero taras de las que no se escapan los obreros, por ejemplo?” (Urondo, 1999:182). El narrador, mediante esta argumentación, permite poner en cuestión la supuesta escisión y diferencia entre ellos “clase obrera” y nosotros “intelectuales”/“revolucionarios”. Frente a esta perspectiva, el personaje identificado con la postura anti-intelectualista, presenta su acción –la de los “intelectuales”- como un juego, en contraposición a la cosa bien seria (pues es de vida o muerte) que representa la “Revolución” para los obreros: “-Para un obrero la Revolución es una cosa de vida o muerte. En cambio ustedes están jugando” (Urondo, 1999:182). Si bien, como en los documentos del PRT, el narrador plantea la necesidad de convertirse en ese otro ideal para poder hacer la revolución, al final del diálogo terminan primando ambas posturas, sin anularse una a la otra:

-Los gérmenes del estalinismo surgen donde uno menos se lo espera.

-Lo que dice Manolo no tiene nada que ver con estalinismo, Gaspar.

-¿Y con el puritanismo?

-Puede ser. Hay momentos en que el puritanismo es necesario.

-Pienso que no. Que nunca es necesario.

-Además, el planteo de Manuel no era puritano. Hablaba de la posibilidad de cambio de la gente, en este caso nosotros. Y tiene razón: yo no sé si nosotros hacemos todo lo necesario para ser otros. Manuel tiene razón.

-Sí, pero yo también (Urondo, 1999:180-182).

Al final de la novela, la labor del intelectual es otra vez valorada en forma positiva. Frente al contexto de derrota y represión, Simón, uno de los intelectuales de la historia que no se involucra en forma directa en la lucha armada, decide exiliarse, en contra del mandato que estuvimos analizando a lo largo de la tesis –el que prescribía la entrega hasta la muerte misma-. Veamos como argumenta esta decisión y qué reacciones desencadena.

Simón siempre habló de compromiso y mal de los escritores que no vivían en su país. (...) que dijeran de él lo que quisieran. ¿Por qué se iba?, ‘porque nos van a matar a todos’.

Sabía que no se puede detener la historia y que nosotros estamos de su lado, pero a veces tocándola, viéndola de cerca, la historia, o al menos ‘ese pedacito que podemos ver de la historia, parece una cosa de locos, un imposible’, ¿te das cuenta?

Sí, se daba cuenta; también se daba cuenta de que todos ellos se habían acostumbrado a verla de lejos, a ser espectadores, y ahora: ‘Decime una cosa, Simón: ¿a vos te gusta la gente?’ No, así como estaban, no. A él le pasaba lo mismo; a Mateo también. A Marcos, seguramente, quién sabe, al mismo Che: ‘sin embargo se arriesgaron por esa gente, por esos hombres insatisfactorios; murieron por ellos’.

Y él no era muy distinto a esos ‘prototipos’; proto-hombres, Simón tampoco, por eso ‘no me aguanto’ (Urondo, 1999:376-377).

Como podemos ver en la última parte, esos intelectuales no eran “Hombres”, no eran como el Che, como todos aquellos que murieron y entregaron su vida por “esa gente insatisfactoria”. Es por ello que se exilia, porque no es ese hombre nuevo que requiere la revolución para poder triunfar: “la nueva época que acaba de empezar, necesitará de guerreros profesionales” (Urondo, 1999:377), no de escritores, de pensadores. Sin embargo, no por ello son menos necesarios. El deber del intelectual, de ese intelectual comprometido que no es un “guerrero profesional”, en esta nueva etapa, es contar, testimoniar.

-No tengo la menor idea de lo que voy a hacer.

-Contá: hacé lo que hacían Marcos y Juan, lo que hacen Lucas y Mateo: contá.

-¿Qué querés que cuente?

-Lo que pasa, lo que te pasa. Por qué te has ido de tu país, eso vas a saber hacerlo, y será necesario (Urondo, 1999:378).

Desatada la represión, el deber del intelectual revolucionario también es dar testimonio. Es lo que hace Urondo en la *Patria Fusilada* (Redondo, 2005).

3. La moral de los revolucionarios: familia, pareja y amor

En este apartado analizamos las múltiples visiones y perspectivas acerca de la familia, el amor y la sexualidad. No es casual que este tema tome tal centralidad en las novelas y textos analizados. Como vimos en “Moral y proletarización”, este tópico era central para las propuestas revolucionarias del momento; es más, uno de los fines primordiales del texto del PRT era legislar sobre el tema, moldear un tipo de comportamiento que se corresponda al ideal de militante construido. En este sentido, la apuesta perretista no dejaba de reproducir el discurso dominante sobre el tema. En correspondencia con este clima de época, y en abierta polémica con estos supuestos, Cortázar también los incluye como tema de debate revolucionario. Así lo explica en una entrevista que le realizó la revista Crisis en el año 1973, recién publicada la novela:

El libro de Manuel no es solamente un brulote -para usar la palabra en el sentido exclusivamente político- sino que tiene otros elementos que, en mi opinión, son también trabajos revolucionarios. El contenido erótico del libro, por ejemplo, me parece importante. Si es desmesurado, deliberadamente desmesurado, es porque yo sigo creyendo que la revolución no solo se hace desde afuera para adentro, sino también desde adentro para afuera. Y estamos demasiado envueltos en tabúes, en prejuicios, en machismo y discriminaciones de todo orden (...)Yo creo que la revolución es una cosa muy seria, pero que el humor, el erotismo, el juego y tantos otros valores humanos, son constantes a las que no podemos renunciar en ningún trabajo revolucionario (Cortázar, 1973).

Comienza con una negación polémica (García Negroni, 1998b) pues discute con un discurso otro, un segundo enunciador al que niega pero sin contradecir los términos mismos del habla efectiva a la cual se opone -como sí hace la negación metalingüística-. En este caso, “El libro de Manuel no es solamente un brulote -para usar la palabra en el sentido exclusivamente político- sino que tiene otros elementos que, en mi opinión, son también trabajos revolucionarios”, está negando la afirmación que subyace (El *Libro de Manuel* es un brulote) pero no anula los presupuestos del positivo y subyacente. El “sino que... también” estaría más bien dando cuenta de una estrategia concesiva. Es por ello que puede leerse de esta forma: además de ser un “brulote”, el Libro de Manuel tiene otros elementos revolucionarios, como por ejemplo, el tópico que trataremos en este apartado. En la cláusula “Yo creo que la revolución es una cosa muy seria, *pero* que el humor, el erotismo, el juego y

tantos otros valores humanos, son constantes a las que no podemos renunciar en ningún trabajo revolucionario”, el “pero”, conector que marca, tal como la negación, la polifonía constitutiva del lenguaje, estaría indicando un cambio en la argumentación. Que la revolución sea seria no significa que vaya en contra de aquellos otros valores.

Aquí se está poniendo en discusión un determinado concepto de revolución -hegemónico en la historia de la izquierda-, el que escinde lo lúdico, la alegría y el placer del *deber revolucionario*. La revolución de Cortázar y del *Libro de Manuel* hace de la liberación, en el profundo sentido del término, una moral a seguir. En este sentido, su concepto de revolución se estaría ligando más con el mayo francés y las reformulaciones surgidas al calor de este proceso que a la formación ideológica-discursiva setentista argentina. En contraposición a este discurso que equiparaba *revolución, sacrificio y represión del deseo*, el “pero” de Cortázar polemiza con él, uniéndolo discursivamente *revolución, juego y deseo*. A diferencia de la revolución perretista, el concepto de revolución que pone en juego Cortázar no se limita a la toma del poder, es también adueñarse del cuerpo; que la transformación sea producto del deseo y no algo impuesto.

Comencemos por el análisis del discurso de la novela. En esta parte del capítulo utilizaremos tanto el análisis argumentativo como la metodología propuesta por la lingüística crítica para ver cómo son representados los distintos participantes y procesos en el texto. Por ejemplo, en el siguiente fragmento, los pronombres posesivos utilizados para hablar de Manuel, hijo de Susana y Patricio, ambos militantes de la célula guerrillera parisina, dan cuenta de ciertas representaciones y lugares comunes que constituyen la visión de ambos personajes acerca de la paternidad y el lugar de la mujer en el cuidado de los hijos y las tareas del hogar.

-¿Otra traducción? ¿No oís que Manuel se ha despertado y reclama mis atenciones higiénicas? (...).

-De acuerdo, ocupate de tu hijo; lo que tiene ese niño es hambre, vieja, tráelo para acá y de paso la botella de grapa que sienta el mate (Cortázar, 2004: 23).

Es Susana la que primero se hace cargo del pedido de Manuel, son “sus” atenciones higiénicas. Por otra parte, Patricio lo refuerza con el pronombre posesivo “tu” y el modo imperativo: “ocupate de tu hijo”, que le permite deslindarse de esa y otras tareas demandadas

por el lactante y el hogar. Este uso del imperativo como modalizador se reitera en varias oportunidades, como por ejemplo: “traelo para acá y de paso la botella de grapa”. Pero también podemos ver, en este otro fragmento, la resistencia de Susana a esta situación: “Tu hijo –agregó Susana, sacándole la lengua-, lo dice como si aquella noche hubiera estado en el cine y no en la cama” (Cortázar, subrayado por el autor, 2004: 49).

A lo largo de la novela, los personajes femeninos son vinculados sucesivamente a la realización de tareas domésticas y al cuidado de Manuel. En el siguiente segmento, mientras los personajes varones se ocupan de las tareas políticas, preparando los pasos previos a la “Joda”, Susana y Ludmilla, están “...ocupadas en la más seria tarea de hacer dormir a Manuel...” (Cortázar, 2004: 85). Si bien en los planes originarios las mujeres no estaban incluidas en el secuestro del Vip, tuvo que reconsiderarse dicha posición por varias cuestiones. Primero por el lío que armarían “las locas”: “...yo voy con vos, Marcos/Está bien, no te lo puedo prohibir porque las otras locas revistarán como un solo hombre, si las conoceré” (Cortázar, 2004: 334). La respuesta de Ludmilla continúa reproduciendo los papeles socialmente establecidos. La única utilidad de las “ménades” será hacer aquellas tareas hogareñas que los varones no realizarán: “Les haremos la comida y cuidaremos de la higiene y las buenas costumbres” (Cortázar, 2004: 334). De ahí que su inclusión en los asuntos comunes va a sostenerse en la reproducción del papel de género socialmente establecido, no en su inclusión como iguales. Mediante el recurso de la ironía, el locutor pone en escena el punto de vista machista, también vigente en los discursos de los revolucionarios: “...en la Joda no había discriminación, por qué las ménades no iban a estar ahí preparando los sándwiches” (Cortázar, 2004: 335) o como dirán Roland y Patricio, “era el momento de que las ménades se mandaran un refrigerio especial con doble porción de salame o jamón en los sándwiches...” (Cortázar, 2004: 388).

En este otro fragmento, y en discurso indirecto libre, Patricio “pone orden en las filas”, produciéndose la aparición de los participantes “hembras” y “machos”:

... tenía que venir Patricio para poner orden en las filas, que carajo es este gineceo separatista y discriminatorio, los hombres reclaman hembras (...) Vengan, negras, ahí hay una de hongos emponzoñados que me empieza a venir el repeluzno que le dicen, Andrés está triste o dormido, a ver si nos ceban un matecito antes que haya que pegarles un chirlo en las nalgas.

-Es realmente un macho –le dijo Ludmilla a Susana (Cortázar, 2004: 86).

En “los hombres reclaman hembras”, en primer lugar, las “hembras” son ubicadas en un lugar de pasividad, pues son sólo objeto de reclamo. Por otra parte, al utilizar “hembra” en lugar de “mujer” (categoría que correspondería en un nivel de simetría a la de hombre) se refuerza aquella relación asimétrica. Sin embargo, en la respuesta de Susana, “es realmente un macho” se estaría respondiendo bajo los mismos criterios de Patricio: si Susana es hembra, Patricio es macho, no hombre. Esta actitud claramente sexista de Patricio se manifiesta también en cierta homofobia, como por ejemplo, “No me gusta manejar con la luz prendida, che, va a parecer un casamiento de maricones” (Cortázar, 2004: 173). Su forma de dirigirse a Susana está hegemonizada por los actos de habla de orden y amenazas. De todas formas, la actitud de Susana nunca es del todo pasiva. Frente al mandato de Patricio, Susana responde, en este caso, con un insulto: “...Traducí sin comentarios, carajo, mandó Patricio./ Putaka parioka, dijo Susana que dominaba el volapuk junto con otras cinco lenguas...” (Cortázar, 2004: 272). Sin embargo, esta respuesta se ubicaría en lo que llamamos negación polémica pues niega el discurso del otro pero sólo dentro de sus parámetros, produciendo así su legitimación.

Otra operación narrativa utilizada para representar la relación asimétrica entre los sexos, es la ubicación del personaje femenino en el acto sexual como paciente: “... Ludmilla había cerrado los ojos y dejaba que las manos de Andrés la acariciaran lentamente, dibujándola en la oscuridad, en algún momento Andrés encendería devuelta el velador, nunca habían hecho el amor a oscuras” (Cortázar, 2004: 102). Como podemos ver, al lado de esta operación que pasiviza a Ludmilla, hay un “nosotros” -más bien, un “ellos” desde el punto de vista del narrador- que transforma a ambos en sujetos de la acción.

En un diálogo entre Marcos y Andrés sobre el tema del entusiasmo y las relaciones de pareja, aparecen varias cuestiones. En primer lugar, cuando Marcos se refiere a sus anteriores parejas, las llama “pobrecitas” porque no podían entusiasmarse como él pretendía que lo hicieran: “...cuando algo no les gusta o todo va mal en la política o en la cocina, entonces son capaces de unas broncas, unas indignaciones...” (Cortázar, 2004: 130). Si bien la política es reconocida como un medio de acción también femenino, aparece claramente la cocina como otro ámbito propicio. Como dirá el mismo personaje más adelante, Ludmilla tiene “todo el derecho de cabrearse a fondo puesto que antes se subió por las paredes y fue feliz porque vos la llevabas a comer papas fritas y a vagar por las calles” (Cortázar, 2004:131). Otra vez la pasivización, la asimetría: Ludmilla (paciente) era llevada por Andrés (que tiene reservado el lugar de agente, incluso en la cama). En este diálogo se produce una

reflexión muy interesante acerca de la pareja. Para Andrés, la pareja es igual a rutina, el entusiasmo se relaciona con lo fluido, con lo que no dura:

...Quizá las aventuras más irregulares, los interregnos del amor, los grandes aletazos a lo Nadja o lo Aurelia, pueden dar ese reino milenario que vos pretendés. Lo otro es dos piezas baño y cocina, lo que llaman la vida, lo que dura; alguna mujer me lo ha dicho y tenía razón, vaya si tenía. En fin, si Ludmilla y yo hemos vivido como vivimos era probablemente porque no iba a durar, y entonces uno se permite el entusiasmo para seguir con tu vocabulario tan selecto (Cortázar, 2004:132).

A lo largo de la novela se reiteran las discusiones y reflexiones acerca de la pareja, el amor libre, en fin, todos los temas relacionados con lo erótico, con la ruptura de tabúes, temas que, como estuvimos viendo al comienzo, ocupan un lugar central en la discusión acerca de la revolución y el hombre nuevo para el autor, aunque obviados o deslegitimados por el discurso revolucionario del momento. Uno de los personajes más conflictuados con respecto a esta discusión es Andrés, protagonista de un triángulo amoroso con Ludmilla y Francine. Para el personaje en cuestión, esta noción de la pareja y el amor es irrenunciable, y no es suplantable ni mucho menos, por lo que el resto de los personajes, sumidos en el trajín político, suponen como primordial: la “Joda”. En contra del concepto, muchas veces mojigato y conservador, de la pareja y el amor de la militancia setentista argentina, Andrés sostiene su amor libre - expresamente condenado por el PRT- y sus gustos musicales “pequeñoburgueses”: “... jamás habrá nada que me arranque a esto que soy, al que escucha free jazz y va a acostarse con Francine en cumplimiento de ceremonias que no aprueban los jóvenes maoístas” (Cortázar, 2004: 392).

En este personaje se condensan distintos conflictos que superan el orden de lo sexual para trasladarse a lo político, lo artístico, el tema de la libertad en un sentido más bien amplio. Si desde el punto de vista de “Moral y proletarización”, preocuparse por otra cosa que no sea el Partido y la Revolución era calificado como una actitud pequeño burguesa, postulándose la proletarización de sus militantes como la mejor de las soluciones para paliar tal desviación, en *Libro de Manuel* se pone un juego un tipo de argumentación que insta a la liberación en todas las esferas; a cumplir con estas “ceremonias” que no aprueban los “jóvenes maoístas” –como tampoco aprobarían los jóvenes perretistas-.

En tanto Ludmilla, novia de Andrés -presentada en muchas ocasiones como “víctima” de su “amor libre”, pues ella no acordaba ni lo practicaba aunque lo aceptara- comienza una relación con el jefe de la célula parisina, Marcos, conjugándose en este acto lo amoroso con lo político, prevaleciendo en ella la primer parte de esta dupla. En pleno secuestro del Vip, se produce el siguiente diálogo:

... ahora entiendo por qué estas aquí, dijo Susana que en realidad lo había entendido desde el vamos, vos sos de las que se juegan por su hombre llegado el caso, ah piba.

-Yo quiero estar donde él esté, y además hoy es día de descanso en el trabajo (Cortázar, 2004:341).

Sin embargo no es casual lo que aparece en la última parte. Si bien Ludmilla está ahí, en plena “Joda”, por Marcos, además “es día de descanso en el trabajo”. Este “además” indica que estar ahí por él es condición necesaria pero no suficiente, de lo contrario, no tendría demasiado sentido aclarar que era un día no laborable. En fin, quizás, no tenía nada mejor qué hacer.

Esta relación entre la política y el amor está emparentado con lo trabajado en el capítulo anterior. Las divisiones burguesas comienzan a esfumarse. Ahora, el “pobrecito” es Andrés, se invierte la relación asimétrica. Ahora, el vértice del triángulo es Ludmilla:

...te en lata de té, Joda en moldes de lógica aristotélica, cada cosa en su lugar, como Andrés que estaría durmiendo con Francine o escuchando discos con el casco estereofónico que había comprado para las noches de insomnio. Pobrecito, pensó vagamente Ludmilla, de golpe Andrés se distanciaba, se empobrecía, no era parte del viernes por la noche, ni se había trompeado en la rue de Savoie (Cortázar, 2004: 224).

Para que el cambio sea un cambio verdadero hay que romper estas supuestas divisiones, la cuestión es revolucionar todo, el lenguaje, las formas, no basta con “bajarles la cresta a los Vip”. Acá vemos como se despliega un concepto de revolución más amplio, aún en boca de Marcos:

... eso del sexo y del acto de amor me hacés el favor de dejarlo para el té con las monjitas/¿Te parece una cuestión tan importante?/Sí, porque ese tipo de vocabulario nos ata al Vip (...) también hay hormigas en el idioma, polaquita, no basta con bajarles la cresta a los Vip si vamos a seguir prisioneros del sistema, por ahí en novelas uruguayas, peruanas o bonaerenses muy revolucionarias de tema para afuera leés por ejemplo que una muchacha tenía una vulva velluda, como si esa palabra pudiera pronunciarse o hasta pensarse sin aceptar al mismo tiempo al sistema por el lado de adentro (Cortázar, 2004: 318-320).

Amor y política se funden. La lógica binaria amigo-enemigo atraviesa todos los aspectos de la vida cotidiana:

... ahora él está de un lado y yo del otro. Parece broma pero estuvimos hablando de eso toda la tarde, quiero decir de separaciones, de distancias. Y ahora me toca a mí hacerme a un lado.

-Lástima –repetió Marcos-. Pero algo sé de eso yo también, mi mujer es secretaria de un ministro en Buenos Aires (Cortázar, 2004: 202-203).

El amor es objeto de transformación, forma parte de la revolución. Se plantea la necesidad de transformarlo todo, de re-comenzar: “Todo hay que volver a intentarlo, polaquita –dijo Marcos-, el amor no tiene por qué ser una excepción, la gente cree que no hay nada nuevo bajo el neón” (Cortázar, 2004: 293). No es menor que sea Marcos quien plantee estos problemas, pues a diferencia de Andrés o del que te dije -quienes plantean continuamente diferentes cuestionamientos al concepto de revolución hegemónico en ese momento pero sin involucrarse directamente en estos procesos- este personaje es el jefe de la célula revolucionaria que protagoniza la novela. El amor y la revolución están sujetos a la invención. El y ella son objeto de transformación:

...yo no lo veré por desgracia pero mientras pueda inventaré por mi cuenta, te inventaré, polaquita, y querré que vos me inventes a cada momento porque si algo me gusta en vos además de esta barriguita húmeda es que siempre estás trepada en algún árbol, y que te apasionan más los barriletes que el clave bien templado (Cortázar, 2004: 293-294).

En este fragmento llama también la atención cómo naturaliza y da por sentado que no va a ver el resultado de todo ese proceso, dando a entender que muy probablemente muera como consecuencia de participar en el mismo, pero contrario a lo que indicaría el no poder ver ese cambio, el “pero” indica que así y todo lo intentará, seguirá inventando, inventándose e inventándola. Se construye así una representación de la militancia y del militante que postula el sacrificio como premisa, a pesar de saber cuál será muy probablemente el final. Si bien este fragmento reproduce la noción sacrificial de la militancia, tantas veces analizadas en la tesis, este sacrificio no significa dejar de apasionarse, de desear (barriletes, el amor, la revolución). Esta fusión entre pasión y política le da otra coloración al amor:

Perdida en el placer que también otros habían sabido darle, Ludmilla sintió que no era lo mismo, que todo cambiaba ahora y que todo era igual al fin y al cabo, su sexo, la boca de Marcos, sus caderas, las manos de Marcos, por dentro se alzaba lo otro, lo que él había querido decirle, (...) alguna vez la Joda podía tener todos esos nombres, todas esas estrellas (Cortázar, 2004: 293-297).

Vemos como este concepto de la “Joda” trasciende al Víp, al secuestro, a la simple (pero no tanto) toma del poder.

Andrés, la anterior pareja de Ludmilla, quien como vimos, mantenía un triángulo amoroso con Francine, al enterarse de esta relación con Marcos no soporta no ser el “vértice” de este nuevo triángulo y decide participar en la “Joda” para poder recuperarla y, a su vez, evitar que ella también formase parte de lo que él ya sabía que iba a tener un fin trágico. Aquí vemos también como se entremezclan ambas esferas. En este caso, como en el anterior, también prevalece lo amoroso sobre lo estrictamente político. Sin embargo, no se reduce sólo a eso. En el transcurrir de la novela, como veremos en el apartado siguiente, Andrés es protagonista de varios diálogos y reflexiones sobre el tema de la revolución, poniendo en escena las innumerables dudas y cuestionamientos a estos procesos y su devenir. Es por ello que no podríamos afirmar en forma rotunda que su entrada a la “Joda” sólo se deba a que quiere recuperar a su pareja, pero sí que este hecho termina de contrapesar la balanza. Mientras iba en camino a la casa donde tenían secuestrado al funcionario, Andrés se pregunta sobre los verdaderos motivos de su entrada a lo que tantas veces criticó y ridiculizó.

... al fin y al cabo el rabinito tenía tanta razón, solamente Ludmilla en esa náusea de Verrieres, esa necesidad de llegar, de verla, de estar ahí, la Joda, sí, claro que también la Joda porque también Fritz Lang, injusto decirme que solamente Ludmilla y sin embargo, claro, tan claro a esa hora oyendo discurrir al rabinito, cuánta razón tenías, Francine, qué distinto un triángulo de otro para usar la vieja expresión, adónde había ido a parar mi fácil barata machita argentinísima del triángulo conmigo en un vértice y ellas dos cerrando la figura, ahora que Ludmilla y Marcos, el futuro dibujando el triángulo donde dos hombres y una mujer, la hipótesis tantas veces aceptada teóricamente y ahora, ahora. Ahora, Ludlud, ahora (Cortázar, 2004: 378).

Ese “sin embargo” marca que a pesar de todo “solamente Ludmilla”. Su “amor libre” se ligaba, más bien, a “su” amor libre, no al del resto. Ahora él también se encuentra en aquellas contradicciones tantas veces indilgadas a la “mersa de la Joda”.

Los pasos previos, en sintonía con *Libro de Manuel*, presenta una concepción más libre de la pareja, no ligada a lo instituido por la izquierda tradicional y la sociedad del momento. También hay una problematización del rol que se le atribuye a la mujer en el amor, poniendo en cuestión el puritanismo que forma parte de ese concepto de moral revolucionaria tantas veces analizado a lo largo de nuestro trabajo. Esta perspectiva coloca a Urondo polemizando con los que plantean al ascetismo como uno de los pilares para la construcción del hombre nuevo, como es el caso del PRT y de los otros textos analizados en el primer capítulo. La desacralización de la familia, la opción por el amor libre y la valorización del deseo y el placer son elementos dinamizadores del proceso revolucionario que se está gestando, no una manifestación “pequeño-burguesa”. En *Los pasos previos*, el placer compartido por hombres y mujeres es el que moviliza también a la revolución.

Como decíamos recién, a lo largo de la novela se ponen en cuestión, en reiteradas oportunidades, distintos lugares comunes constitutivos de esta moral revolucionaria. En lo que respecta a la relación entre hombres y mujeres, el narrador ironiza acerca de esta asimetría entre géneros y el puritanismo que la sustenta. En el siguiente fragmento, podemos ver cómo los compañeros se dirigen a las camaradas mujeres y la reacción de ellas frente a esta situación:

Ganarles a ellos no era simplemente derrotar una lista adversaria, sino ‘romperle el culo a El Partido’, como dijo ilustrativamente Marcos, sin advertir que había damas, es decir, compañeras, por los alrededores. Sin embargo ninguna se ofendió por estas alusiones y, es más, justamente una de ellas subrayó: ‘era hora’; y santas pascuas (Urondo, 1999:20).

En contraposición al topoi que prescribe la prohibición de decir “malas palabras” o, lo que es peor aún, palabras “obscenas” frente a las “damas” (porque ellas, desde esta concepción, no lo hacen, no sería muy femenino de su parte, como no es de caballero hacerlo frente a ellas), la utilización del conector “sin embargo” desmonta la consecuencia (negativa) de llevar a cabo esa acción. No sólo que las involucradas no se ofenden sino que manifiestan que ya era hora que aquello pasara. Los nuevos tiempos exigían un cambio en la relación y un cambio también en el lenguaje.

Tal como sucede en distintos momentos de *Libro de Manuel*, en *Los pasos previos* también se representa en forma irónica la vinculación naturalizada del género femenino a las tareas domésticas. A diferencia del otro texto, en el de Urondo, esta naturalización aparece cuando el narrador se detiene en la historia de un dirigente de la vieja guardia sindical, no de un militante revolucionario:

Su mujer ya se había levantado y el nene había empezado a llorar como hacía todas las mañanas; ‘empezó el plan de lucha’, dijo en voz baja, sonriendo con un poco de amargura, mientras se sentaba pacientemente en el inodoro a esperar que se organizara la casa (Urondo, 1999:98-99).

Como podemos ver, si nos dejamos llevar por este enunciado, pareciera que la casa se organiza sola. Su mujer, sujeto de esa acción, siquiera aparece como agente de la misma. El enunciador sólo “espera”, no se construye como participante de la tarea doméstica. En otro enunciado pronunciado por el mismo personaje se refuerza este sentido: “‘Calentá el café que ya salgo’” (Urondo, 1999:101); por medio del acto de habla de orden, interpela a ese sujeto-objeto encargado de llevarla adelante.

Como decíamos antes, otro tópico debatido en los distintos diálogos es el de la pareja y el amor. Desde las distintas perspectivas que se ponen en escena, el amor no es algo accesorio al proceso revolucionario en ciernes sino todo lo contrario. Como en *Libro de Manuel*, esta discusión se encuentra en el centro del debate de la misma revolución. En polémica con las creencias propias de la militancia setentista, -que, como vimos en el capítulo anterior, suscribían a la pareja monogámica y heterosexual-, y en consonancia con el texto de Cortázar, el tipo de pareja que termina primando en este relato no es la duradera, la de los “afectos estables”- lo que es representado mediante el término peyorativo

“pragmatismo”- sino el enamoramiento, fluido y cambiante que es presentado como “más completo”, más verdadero.

... hay algo que existe; si querés, una forma precaria de amor, pero existe: es una realidad.

-Es lo que vengo diciendo desde el principio, Mateo. Pero si el amor es nada más que eso, yo propongo que se lo tome como lo que es, no como lo que tendría que ser. Y si lo admitimos, habrá que empezar a llamar las cosas por su nombre; a esa larva de amor, enamoramiento, si quiere Gaspar. Y al otro, al duradero, al de los afectos estables y sin sobresaltos, pragmatismo.

(...).

-¿Y por qué vos preferís el enamoramiento al pragmatismo?

-Porque me hace sentir el gusto de lo que debe ser el amor; es como la naturaleza, el instinto de algo más completo (Urondo, 1999:179).

En el mismo sentido que el observado en el prólogo al texto de Fúcik, el amor, este “idilio renovado a la sombra de la muerte” (Varela, 1965:9), y por ello, lejos de los “afectos estables y sin sobresaltos”, es el que termina primando. En contraposición al llamado “puritanismo socialista”-representado, en esta tesis, en los puntos de vista construidos en los textos de Ostrovski y del PRT- la moral revolucionaria que se construye en el texto de Urondo no presenta al amor, a las relaciones de pareja, como mero sinónimo de “casamiento” –como si parece hacerlo el sentido común socialista-:

Durante el viaje siguieron los papelones, porque disimulaban mal y se quedaban mirándose a los ojos, o Isolda lo besaba sin advertir que estaban con otras personas. La cosa fue tomando paulatino estado público, sin escandalizar a nadie. Sin embargo Isolda sostenía divertida que ‘nos van a casar’, burlándose un poco del puritanismo socialista (Urondo, 1999:200-201).

Desde ese discurso, con el que polemiza, mirarse a los ojos o besarse frente a otros, que “tome estado público”, es un “papelón”. Como vimos en la novela soviética y en el documento del PRT, “Moral y proletarización”, el amor es cosa seria, es para toda la vida. Desde esa visión de las cosas, el “coqueteo”, la práctica sexual amarital, son descalificadas y condenadas; son otras formas de reproducir la moral burguesa e individualista que se quiere

destruir. De ahí la reacción de Sara frente a la posibilidad de un *menage a trois*: “Sara advierte que está rodeada de hombres; los hombres la flaquean y justamente a ella le viene a pasar, ella que siempre ha sido tan esquemáticamente, como una monja saludable que arregla las camas, que maneja el arado y cubre de rocío los aires de La Huerta de Nuestro Señor” (Urondo, 1999:295). Como podemos ver, el personaje femenino aparece como objeto y no como sujeto de la acción: ellos son los que “la flaquean”. La vivencia erótica es algo que “le pasa”, no algo buscado o deseado. Ella, como una “monja” o como una buena socialista, parece, en un primer momento, no disfrutar de esa situación. Sin embargo, al otro día, pasado ya el fogoso encuentro de cuerpos, se siente, extrañamente, alegre, liberada. El sentimiento de culpa que la atormentaba desapareció sin más: “... no sintió ninguna culpa; ni siquiera se vio en ridículo. ‘Que lindo’, dijo en voz alta, y salió” (Urondo, 1999:297-299).

A pesar de esta valorización positiva de “lo erótico” como elemento dinamizador del proceso revolucionario, para los distintos personajes de la novela volcados a la lucha revolucionaria, estos no eran tiempos propicios para el amor. Las energías debían ser volcadas hacia otros fines, “otros fervores”. A diferencia de *Libro de Manuel*, la unión entre amor y revolución queda suspendida:

En los próximos días se verían con Víctor. También en los próximos días Lucas viajaba a Bolivia. Miró las cenizas del sobre, miró a Albertina: estaba cansada. El tiempo del amor, o de los enamoramientos, había pasado. Otro fervor más seco volaba por el aire, dispersándose; el humo que cubre el cielo. Fue hasta el teléfono y habló con Sara (Urondo, 1999:319).

La revolución exige también este tipo de sacrificios, discutidos pero, en última instancia, como vimos, legitimados como tales a lo largo de la novela. Así podemos verlo en el siguiente fragmento de una carta que uno de los personajes deja a su amada antes de involucrarse, o mejor, de entregarse a la lucha revolucionaria:

‘Querida Isolda. Cuando leas estas líneas, seguramente ya no estaré vivo. A todos nos toca morir, pero una cosa es morir porque sí, y otra elegir la vida con todos sus riesgos; la vida y no la sobrevida. Una muerte decente, en suma, digna de mí, de un hombre.

Comprenderás ahora por qué nunca te pedí que vinieras conmigo. Por qué no sugerí quedarme con vos, para construir juntos una vida a lo mejor hermosa, pero deficiente:

porque la vida que yo tengo no me pertenece, se la debo a muchos. Y la conciencia de esa vida es producto de sacrificios y martirios que no quiero traicionar... (Urondo, 1999:241).

La muerte aparece como destino fatídico e inexorable. Sin embargo, no así su forma. Desde la perspectiva de este personaje –que es la misma que vimos tanto en los textos de Ostrovski y Fúcik, como del PRT- la única muerte “decente”, digna de un “hombre” es la que se produce como consecuencia de esta entrega a un objetivo superior, la revolución. Quedarse con Isolda, “construir juntos una vida a lo mejor hermosa” es igualado a “traicionar”, a defecionar, pues la vida, como veíamos antes, no es una pertenencia individual sino colectiva; es más bien una deuda a esos “sacrificios y martirios” por ello su entrega es presentada como algo casi indiscutible, necesario desde el punto de vista de esta moral setentista que también construye el texto en cuestión. Si bien en un momento este mismo personaje reconoce que “... los actos de amor nunca son más o menos importantes, aunque sean distintos, aunque parezcan diversos y con diferentes rangos” (Urondo, 1999:243), el acto de amor más grande termina siendo esta muerte “digna de un hombre”, del hombre nuevo, para poder construir la revolución, ese reino de amor “*así en la tierra, como en el cielo*”. Cortázar, sin embargo, no está seguro de ello, así queda reflejado en la novela.

4. Los “hombres nuevos” literarios: arte, política y juego

En este apartado trabajamos sobre los conceptos de revolución que construyen ambos textos y su vinculación con la literatura y el arte a partir de lo lúdico. En contraposición al “texto revolucionario” y a la idea de la revolución que se vincula con el mismo, la apuesta político-estética cortaziana rompe con esta subordinación del arte respecto a la política. Es más, para este autor, política y arte formarían parte de una misma subversión –aunque con sus especificidades-: la subversión de “lo lúdico” contra lo dado e instituido. Dentro de su obra, el *Libro de Manuel* ocupa un lugar fundamental en esta apuesta. Como dirá en el prólogo,

...más que nunca creo que la lucha en pro del socialismo latinoamericano debe enfrentar el horror cotidiano con la única actitud que un día le dará la victoria: cuidando preciosamente, celosamente, la capacidad de vivir tal como la queremos para ese futuro, con todo lo que supone de amor de juego y de alegría. (...) Lo que cuenta, lo que yo he tratado de contar, es el signo afirmativo frente a la escalada de desprecio y

del espanto, y esa afirmación tiene que ser lo más solar, lo más vital del hombre: su sed erótica y lúdica, su liberación de los tabúes, su reclamo de una dignidad compartida en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares (Cortázar, 2004:8-9).

En el prólogo, que como dijimos anteriormente se despliega otro dispositivo de enunciación -es otro el género, son otros los enunciadores y también los destinatarios- sí hay una toma de posición más marcada, cosa que lo diferencia del desarrollo de la novela. Si en la misma habíamos dicho que no hay un enunciador que se coloque por sobre el resto -la posición enunciativa de “verdad” y el “primus inter pares” del PRT y de las otras novelas socialistas- aquí da su punto de vista, dejando a un lado las confusiones y dudas que se despliegan en la novela. En esta propuesta, la sed lúdica, la alegría y el juego cobran un lugar central. Desde este punto de vista, sólo así será posible vivir “en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares”. A diferencia de los discursos analizados en los otros capítulos, para el Cortázar del prólogo, la “única actitud que le dará la victoria” es liberarse de los tabúes, es decir, haciendo casi todo lo contrario de lo prescripto en “Moral y proletarización” y demás topoi históricos retomados por los setentistas.

Desde esta perspectiva, no es casual que la metáfora utilizada para representar el concepto de revolución en *Libro de Manuel* sea “Joda”, reforzando así su relación con el juego, “un juego que a lo mejor puede servir para algo, nunca se sabe”, como dirá Ludmilla (Cortázar, 2004: 182). A diferencia de la concepción instrumental de la política que predominaba en los setenta -cuyas raíces, como vimos en el primer capítulo, se remonta mucho más lejos, es propio del discurso dominante de izquierda- la idea de revolución que se despliega en el texto, al vincularla con lo lúdico, hace mayor hincapié en el disfrute que puede provocar el proceso, en sí mismo, más que en el resultado. Por ejemplo, Marcos y Oscar, a diferencia de los otros “orientados resueltamente hacia la Joda”, en el medio de tanta seriedad, de tanta “Joda” seria, hacen la visita al hongo de Lonstein, dando cuenta que también estas superfluidades, estas hermosuras banales, forman parte del sueño revolucionario.

... cuando el que te dije me contó la visita al hongo yo estuve de acuerdo con él y pensé que Marcos sabía hacer las cosas desde más de un lado, que no era el caso de los otros orientados resueltamente hacia la Joda. En esa comedia idiota había acaso como una esperanza de Marcos, la de no caer en la especialización total, conservar un poco de

juego, un poco de Manuel en la conducta. Vaya a saber, che. Capaz que tipos como Marcos y Oscar (del que fui sabiendo cosas por el que te dije) estaban en la Joda por Manuel, quiero decir que lo hacían por él, por tanto Manuel en tanto rincón del mundo, queriendo ayudarlo a que algún día entrara en un ciclo diferente y a la vez, salvándole algunos restos del naufragio total, el juego que impacientaba a Gómez, la superfluidad de ciertas hermosuras, de ciertos hongos en la noche, de lo que podía dar todo su sentido a cualquier proyecto de futuro (Cortázar, 2004: 207).

Es interesante contrapesar esta postura de Andrés, que valora lo sucedido, con la de Lonstein, dueño del hongo, muy ofendido porque en lugar de quedar embelesados con su belleza, no dejan de hablar de la “Joda”:

Pero vos mirame éstos, dice Lonstein lúgubre, uno los invita para algo importante y de lo único que se les ocurre hablar es de la Joda, hace una hora y media que están discupishando sobre el kidnapín del Vip. ¿Pero vos no estabas enterado?, se asombra el que te dije. Ma sí, che, pero que ese asunto lo solventen en horas de oficina (Cortázar, 2004: 198).

Lo importante aquí no es la “Joda”, el secuestro del Vip. Se produce un cambio en el orden de valores. Lo que para el resto es superficial, como mirar el hongo, para este personaje es lo realmente importante, la “Joda” no es más que un trabajo, una obligación, un deber. Este personaje también contribuye a crear otro concepto de la historia, de la revolución, diferente y contrapuesto al de los “tecnócratas”: “... son tecnócratas de la revolución y creen que la alegría, los hongos y mi portera no entran en la dialéctica de la Historia” (Cortázar, 2004: 165). Desde el punto de vista de este personaje, la “joda” de estos “tecnócratas de la revolución” es “trabajo”, “pragmatismo”, en ella no hay alegría ni belleza.

Ludmilla también hace hincapié en el componente alegre, lúdico de la “Joda”: “... me dejo llevar por el instante y la alegría, sobre todo por la alegría porque la Joda es alegre y absurda y no entiendo nada y por eso mismo quiero estar...” (Cortázar, 2004: 224). La “Joda” no se estaría relacionando sólo con lo racional, con una decisión basada en un análisis “científico” de la realidad -como lo es para el PRT y el discurso dominante de la izquierda en general- sino también con las ganas de jugar, con la diversión que supone participar en este proceso. En la “Joda” hay “comunidad y alegría y despatarro universal” (Cortázar, 2004: 112). Contra el pensamiento hegemónico que concibe a la revolución, al arte, como algo muy serio, se contrapone este pensamiento que lo relaciona con la alegría, la diversión y la pasión. En

este diálogo entre Gómez –ubicado del lado de los “tecnócratas”- y “el que te dije” termina de plasmarse esta oposición de visiones,

Es completamente idiota, dice Gómez. Será idiota, dice el que te dije, pero desde tu punto de vista revolucionario es una música que se acerca más que ninguna otra al pueblo puesto que él puede interpretarla, hay comunión y alegría y despatarro universal, se acabó lo de la orquesta y el público, ahora es una misma cosa y parece que en los conciertos de Riley la muchachada se divierte como loca. Pero eso no es arte, dice Gómez. No sé, consciente el que te dije, pero en todo caso es pueblo, y como muy bien dice Mao, en fin, vos verás (Cortázar, 2004: 112).

En una de sus últimas páginas termina de construirse este sentido trágico y sacrificial de la “Joda”. En un diálogo posterior a su debacle, Gómez y Heredia plantean que así y todo había valido la pena puesto que “... fue la gran Joda, viejo, y es lo que cuenta, lo único que cuenta hasta la próxima. Seguro, dijo Heredia, Marcos hubiera pensado lo mismo, no te parece.” (Cortázar, 2004: 410). Acá se cristaliza una de las representaciones sociales de la militancia setentista más importante: la del *sacrificio revolucionario*. A pesar de las muertes, a pesar del descalabro, a pesar de la derrota, valió la pena. Su acción fue un granito de arena al gran desierto de la “Joda”. Contrario a la conclusión que podemos sacar del argumento de Gómez, para “el que te dije” -como para muchos de los otros personajes que militan en la Joda- el arte, la revolución, no se contraponen a la alegría, al “despatarro universal”, a lo popular sino que lo suponen. Como decíamos antes, el concepto de revolución que se pone en juego está ligado al goce, a la liberación en sí y no tanto al resultado. En fin, es un concepto de revolución que se contrapone a la racionalidad instrumental, hegemónica en la política setentista, propia del discurso de la modernidad⁸⁰.

Por último, nos ocupamos de la representación del “después”. ¿Cómo será la sociedad de “la Gran Joda Definitiva”? Esta reflexión es central en el entramado narrativo de la novela de Cortázar pues la representación de ese después definirá, retardará, problematizará la participación en el proceso de algunos de sus personajes. Particularmente, en los casos de Andrés, Lonstein y “el que te dije”, la experiencia de la URSS y de los socialismos realmente existentes sirve para desacreditar esa posible sociedad futura o, por lo menos, poner en cuestión su capacidad liberadora. Al problematizar la cuestión de lo nuevo y lo viejo,

⁸⁰ Para un desarrollo mayor de la relación entre modernidad y razón instrumental ver Adorno y Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, Editorial Nacional Madrid, Madrid, 2002.

proponen una mirada acerca de los procesos políticos y sociales que complejiza su transformación. Por ejemplo, en el siguiente fragmento podemos ver cómo se homologan el tipo de relaciones sociales de los órdenes revolucionarios con los burgueses:

Cuando ves cómo una revolución no tarda de poner en marcha una máquina de represiones psicológicas o eróticas que coincide casi simétricamente con la máquina supuestamente destruida en el plano político y práctico, te quedas pensando si no habrá que mirar más de cerca la mayoría de nuestras elecciones (Cortázar, 2004: 190-191).

Como la revolución no es sólo la socialización de los medios de producción y la toma del poder estatal, sino la liberación en su sentido amplio, el hecho de tomar el poder no garantiza la transformación. La “máquina de represiones psicológicas o eróticas” puede formar parte tanto del lazo social burgués como socialista. La revolución no es sólo una cuestión de contenidos. La forma binaria de hacer política forma parte del juego dominante, muy a su pesar, lo reproduce: “... las revoluciones binarias (...) se condenan antes de triunfar porque aceptan la ley de juego, creyendo quebrarlo todo se deforman que te la voglio dire” (Cortázar, 2004: 227).

En estos diálogos se va construyendo una idea un tanto negativa del “después”. En la estructura narrativa toman presencia los conectores “pero”, “sin embargo”, que justamente permiten unir enunciados contradictorios, negando la orientación argumentativa de uno de ellos. Veamos qué es lo que pasa y como representa esta sociedad futura una de las tantas reflexiones que Andrés nos brindará en la novela.

... ya hay países donde están en el después, donde llegan a la Luna y a Martes y a Venus *of all places*, trabajaron como locos para hacer y consolidar la revolución y están en el después, llevan cincuenta años de después y sin embargo (...)

FIN DEL PROCESO DE BUKOVSKY SIETE AÑOS DE PRISIÓN POR DIFUNDIR INFORMACIONES DESFAVORABLES AL RÉGIMEN SOVIÉTICO (Cortázar, 2004: 392).

A través de este “sin embargo” se construyen como contradictorios “estar en el después” y “siete años de prisión por difundir informaciones desfavorables al régimen soviético”. Para el personaje en cuestión, un proceso revolucionario no puede implicar negar

esa libertad radical tantas veces defendida a lo largo del texto. La revolución, estar en el “después”, es representado como algo peligroso, como un deseo pero a la vez como un temor:

...negarán la libertad más profunda, esa que yo llamo burguesamente individual y mea culpa, claro, pero en el fondo es lo mismo, el derecho de escuchar free jazz si me da la gana y no hago mal a nadie, la libertad de acostarme con Francine por análogas razones, y tengo miedo, me dan miedo los Gómez y los Lucien Verneuil que son las hormiguitas del buen lado... (Cortázar, 2004: 394).

Sus compañeros y amigos, miembros de la “Joda” parisina, están condenados, de alguna forma, a repetir la historia. Los representa con la misma metáfora que a los represores, “las hormigas”. Aunque aclare que son del “buen lado” no anula la fuerte carga que implica llamarlos de la misma forma que a los enemigos. ¿De qué vale, entonces, tanto sacrificio, jugar la piel por la revolución?

...Gómez y Roland y Lucien Verneuil son de esos que repetirán la historia, te los ves venir de lejos, se jugarán la piel por la revolución, lo darán todo pero cuando llegue el después repetirán las mismas definiciones que acaban en los siete años de cárcel de Bukovsky... (Cortázar, 2004: 394).

Si jugarse por la revolución no supone construir una sociedad más justa sino más bien repetir los errores ya cometidos, para qué tanto sacrificio, para qué involucrarse. Esta y otras reflexiones similares son los que retardan o imposibilitan una participación más comprometida del personaje en cuestión. Pensando en cambiar el mundo, no se hace más que reproducir aquello que se quiere abandonar. Aunque se intente volver a empezar, hacer algo diferente a lo ya realizado, el funcionamiento de los procesos revolucionarios es representado de una forma tan mecánica y estructural que dificulta una real transformación. Si la gran “Joda” se realiza, el Gómez de hoy será el Robespierre de mañana: “... pobre Gómez tan bueno pero que será el Gómez Robespierre de mañana si la Joda se sale con la suya por todo lo ancho, si hacen su revolución necesaria e impostergable” (Cortázar, 2004:392-395). Así también lo expresa “el que te dije” en un diálogo con Lonstein.

Ahí los tenés a los muchachos, los estás viendo jugarse, y entonces qué; si llegan a salirse con la suya, y aquí vuelvo a extrapolar y me imagino la Grandísima Joda Definitiva, entonces pasará una vez más lo de siempre, endurecimiento ideológico, rigor mortis de la vida cotidiana, mojigatería, no diga malas palabras compañero, burocracia del sexo y sexualidad a la hora de la burocracia, todo tan sabido, viejo, todo tan inevitable aunque Marcos y Roland y Susana, aunque esa gente formidable que se ama y se desnuda y pelea parejito, perdoná que no complete la frase porque justamente ahí salta lo incompleto, el Marcos futuro no será el de hoy y por qué, viejo, por qué. ¿Por qué?, preguntó Lonstein. Porque tampoco ahora está equipado para las secuelas de la Joda, él y tantos más quieren una revolución para alcanzar algo que después no serán capaces de consolidar, ni siquiera de definir. En la ideología, todo perfecto, claro, la teoría y la praxis a punto, habrá Joda cueste lo que cueste porque esta humanidad ha dicho basta y ha echado a andar, esta clamado y escrito y vivido con sangre; lo malo es que mientras estemos andando llevaremos el muerto a cuestras, viejo, el viejísimo muerto putrefacto de tiempo y tabúes y autodefiniciones incompletas (Cortázar, 2004:262-265).

Aunque aquí no se esté poniendo en duda lo “formidable” de esta gente, el futuro los volverá viejos otra vez. La “Joda”, tal y como está, tiene una lógica propia que no puede desmontarse sólo con buena voluntad, lleva “el muerto a cuestras”, “el viejísimo muerto putrefacto de tiempo y tabúes y autodefiniciones incompletas”. El proceso, hacer la revolución, es representado como necesario, impostergable y, a su vez, temible. La revolución, en lugar de profundizar la liberación en todas las esferas de la vida, no hace más que negarla.

Sin embargo, el mensaje de la novela es crítico pero no pesimista. Para torcer este destino fatídico, las próximas revoluciones “tendrán que optar por otra definición del hombre” (Cortázar, 2004: 96-97). La construcción de este hombre nuevo, de una nueva subjetividad, es, por lo tanto, fundamental para que una verdadera revolución sea posible. Pero este hombre nuevo cortaziano tiene varias diferencias con el que hegemonizaba la militancia de izquierda de los setenta. Como estuvimos viendo a lo largo del capítulo, para Cortázar, existe una relación intensa entre el deseo y la posibilidad de la revolución; el juego, el ocio, el placer, la alegría y el amor tienen un lugar fundamental en la construcción de esa nueva subjetividad. Esta perspectiva coloca al autor polemizando con los supuestos ideológicos-discursivos constitutivos del discurso del PRT, el cual plantea –como la mayor parte de la izquierda argentina de ese momento- al ascetismo como uno de los pilares para la construcción del hombre nuevo. Para Cortázar, por el contrario, la desacralización de la familia, la opción por el amor libre y la valorización del deseo y el placer son elementos

dinamizadores del proceso revolucionario que se está gestando, no un freno “pequeñoburgués”.

En el caso de Urondo, si bien era un militante revolucionario de las FAR-Montoneros y su discurso, por tanto, estaba también atravesado por el interdiscurso setentista como el del PRT, en contraposición a éste, va a coincidir con Cortázar en relacionar intensamente el deseo y la posibilidad de la revolución; en valorar el juego, el ocio, el placer, la alegría y el amor en la construcción del hombre nuevo. La misma revolución es representada, en varias oportunidades, con diferentes metáforas que hacen referencia a este componente lúdico. En el siguiente enunciado, por ejemplo, su triunfo es comparado con (otro) juego: el fútbol.

Era lindo ir al fútbol y ver los papelitos que tiran las hinchadas cuando sale su equipo; y los gritos. Era como el apocalipsis, o mejor, como si hubiera triunfado la revolución. (...) Al lado de El Ruso había un tipo que se abría la camisa y gritaba señalándose el pecho: ‘tiren, tiren, hijos de mil putas’; parecía la revolución. Así debería ser la polenta que se necesitaba para tomar el poder (...) El futbol siempre era lindo por eso, porque no hay tanta discusión, se juega o no se juega (Urondo, 1999:31).

Como podemos ver, al igual que notábamos en *Libro de Manuel*, la revolución, como el “fútbol”, tiene un componente lúdico fundamental. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en el texto de Cortázar, en *Los pasos previos* pareciera que el valor del juego se mide en términos instrumentales, en tanto contribuya a esa “polenta”, característica militante construida como necesaria para “tomar el poder”, para que triunfe la “revolución”. Desde esta visión de las cosas, como vimos antes, fuertemente influenciada por el anti-intelectualismo, la discusión atenta contra el juego, contra la revolución; se contraponen. Por otro lado, el juego elegido para representar la revolución, el fútbol, no es cualquier juego, es uno que simula una batalla, un enfrentamiento entre dos equipos, como dos ejércitos que se contraponen, que se niegan mutuamente. Es un juego, por tanto, que hace las veces de metáfora de guerra. Los jugadores, como los militantes, sólo pueden ser guerreros. De ahí que la famosa consigna perretista “A vencer o morir” pueda usarse tanto para un juego –el de la revolución– como para el otro, pues ambos son de suma cero. En la guerra revolucionaria –como en un campeonato de fútbol– sólo puede haber un ganador. De ahí que el concepto de juego (como de revolución) que predomina en el texto de Urondo es un concepto ligado a un paradigma instrumentalista. Como dice uno de los personajes, “un revolucionario pelea para ganar o morir y cualquiera puede ser muerto en cualquier momento” (Urondo, 1999:160).

Este vínculo entre juego, deseo y revolución es reforzado en distintas partes. Como en *Libro de Manuel*, muchas veces está asociado a la alegría, en este caso en particular, a la “alegría de pelear”: “Mateo estaba contento, tenía ganas de gambetear un poco a la policía, como cuando era estudiante secundario: los caballos, las municiones, las rodadas, la alegría de pelear” (Urondo, 1999:374). En este otro diálogo aparece nuevamente este paralelismo que construye el enunciador entre juego, revolución y guerra:

... en esta ciudad, todo el mundo le agarró el gustito. (...) Se pasan el día jugando y le agarraron el gustito.

-¿Y cuál es el asunto? ¿A qué juegan?

-Al Vigilante y al Ladrón. A la Guerra. ¿Sabe lo que pasa?

-No.

-La gente ve mucha película (Urondo, 1999:391).

Si la revolución es guerra, entonces, sus militantes son guerreros: “... reuniones interminables, discusiones bizantinas. Inoperancia, parálisis. Y esa era la política que él sabía hacer; ahora se necesitaban guerreros, samuráis, y él ya no estaba en edad...” (Urondo, 1999:368). Frente a aquella vieja forma de hacer política, aquí asociada a discusiones “interminables” que no llegan a ningún lado, la política nueva es presentada como una política de la acción directa, de enfrentamiento abierto y sin titubeos, de “guerreros” y “samuráis”, lo que, desde este discurso, es asociado a la juventud –idea que habitualmente representa a la militancia setentista-.

Sin embargo, la revolución no sólo aparece asociada a este paradigma guerrero. Como veremos en el siguiente fragmento, también se hace lugar a un concepto de revolución ligado a la poesía, al deseo, aunque no en el momento de desarrollar la lucha sino en su esplendor, ya realizada ésta, en el mentado *después* de Cortázar. Así presentada, la revolución es ocio creativo, la posibilidad de dar rienda suelta al deseo (Redondo, 2005). La revolución, por tanto, también es liberación –y no sólo en lo que respecta a las relaciones de producción-:

-¿Y vos sos el que querés hacer la revolución?

-Me gustaría.

-¿Y para qué?

-Para escribir; para escribir poemas.

-Y por el hombre y la injusticia, ¿no?

-Sí, por supuesto. Pero también para escribir poemas.

-No sabía que escribías poemas.

-No escribo, voy a escribir, cuando se haga la revolución (Urondo, 1999:37).

Por último, analizamos los debates acerca de la forma de encarar este juego, el juego de la revolución. Como dice Redondo (2005), a lo largo del relato se ponen en escena los debates de la época que se dan en Argentina y Latinoamérica sobre las formas de llevar adelante la revolución: si por la lucha sindical sectorial; si en la acción espontánea de las masas; o constituyendo grupos de combatientes que apuesten a convertirse en vanguardia a través de la organización del ejército del pueblo. Sin embargo, a pesar de poner en escena estas distintas posiciones, a lo largo de los diálogos que se suceden o los discursos documentales, se construye, progresivamente, como ineludible la toma de las armas. En este sentido, la lucha armada aparece no sólo como la mejor forma de jugarla, sino más bien como eso, un juego cuyo jugador debe estar dispuesto a perder su propia vida para conseguir la victoria, la liberación.

Desde uno de los personajes que polemiza con esta forma de lucha, la armada, se refuerza este sentido que la asocia a lo lúdico –pero visto de un modo despectivo-. Para este personaje, la revolución es algo serio, no un juego:

El desarrollo de la lucha se da a pesar de los foquistas. Con el foquismo vino a imperar el reino de las improvisaciones, como si no fuera bastante con lo que teníamos: éramos muchos y parió la abuela. Se ha llenado de tipos que lo único que saben hacer es jugar a la revolución y terminar en cana o muertos, con la convicción de que son mártires o semidioses. Eso trajo (Urondo, 1999:352).

Sin embargo, este no es el sentido que prevalece en el relato. Como vimos en variadas oportunidades, entregar la vida por la revolución es construido como un valor a emular. Sin esta entrega es imposible lograr la liberación⁸¹.

Como vimos a lo largo de nuestro trabajo, ese sujeto encargado de hacer la revolución, para poder hacerla debe haber un cambio subjetivo, debe transformarse en otro. En este caso, el enunciador construye una escisión entre “ellos” oprimidos y “nosotros” dirigentes, instando a la unidad. Se reitera aquí la idea de la proletarización analizada en el anterior capítulo: “... nosotros somos representantes de trabajadores, de oprimidos, de explotados, de desposeídos de todos los derechos. (...) ¡Con ellos tenemos que ir hacia la unidad! ¡Tenemos que desvestirnos, ir a llorar con ellos, a pelear con ellos!” (Ongaro en Urondo, 1999: 225).

Por medio del conector “pero” (García Negroni, 1998a), el narrador polemiza con el lugar común que vanagloriaba, a priori, a los pueblos, a las “masas”: “Los pueblos son maravillosos, los pueblos pelean, los pueblos han hecho sus guerras de independencia y de liberación. Pero con dirigentes dignos a su cabeza” (Ongaro en Urondo, 1999: 224-225). Por tanto, por más maravillosas que sean estas masas, sin una “dirigencia digna a su cabeza”, será imposible, desde este punto de vista, triunfar en esta guerra. De esta forma, podemos ver cómo el enunciador construye un topoi que fundamenta –al presentarla como necesaria- la existencia de una vanguardia que guíe este proceso. Al igual que en el documento del PRT, el enunciador se coloca por encima de los sucesos relatados, desde un lugar de verdad que debe ser transmitida a sus interlocutores. El elemento persuasivo domina la forma de relacionarse con el otro.

Si la lucha armada es construida discursivamente como el “único camino al socialismo” (como se titula el documento que analizamos en el anterior capítulo), el “hombre” digno de este proceso, el que puede ser “vanguardia”, es el que es capaz de entregarse a pesar de los riesgos, de morir por la causa. Tanto es así que el centro positivo de las reflexiones y debates de *Los pasos previos* corresponde a los personajes que han optado por la vida clandestina y la lucha armada; los que soportan la persecución, la tortura, los únicos que tienen la chance de forjar otra vida y otra manera de vivir (Redondo, 2005). Sin este “hombre nuevo” guerrero no puede haber revolución. Así podemos verlo en el siguiente fragmento de

⁸¹ El mismo Urondo hará carne ese mandato muriendo en combate en plena dictadura militar.

una entrevista a Ongaro citada en la novela. Ante la pregunta de Walsh sobre el “hombre nuevo”, el dirigente sindical responde lo siguiente:

-No puede haber nada que merezca el nombre de revolución que no empiece por cambiar al hombre, que ha sido educado por formas de apropiación de sus semejantes, para formas de egoísmo exclusivista, y ha sido injertado en una sociedad donde el mercado, la concentración, la acumulación de bienes, el negocio de los mismos, en todos los niveles, incluso continentales, ha sido el objetivo fundamental. Por eso pensamos que debemos cambiar al hombre, los bienes deben ser comunes, sobre todo los de producción social; los hombres debemos ser administradores de los mismos, no propietarios, salvo de aquellos bienes de uso personal y familiar. La creación de nuevas estructuras permitirá ir creando nuevas y más auténticas formas de relación, para que los hombres vivamos como hermanos (Ongaro en Urondo, 1999:328).

Como vimos en el documento del PRT, aquí también el “hombre nuevo” es el que no es individualista, el que no traiciona. Sin embargo, a diferencia de “Moral y proletarización” no parece ser condición necesaria para la toma del poder, más bien, en este discurso, parece derivar de “la creación de nuevas estructuras”, lo que permite pensar que es un proceso posterior a la toma del mismo.

De todas formas, el discurso desplegado en la novela nos permite pensar que si bien reproduce en su gran parte varios de los lugares comunes constitutivos del discurso dominante de la militancia revolucionaria setentista, hay todavía un resto que no seríamos justos si olvidáramos resaltar. Esta subjetividad interpelada también es una subjetividad contradictoria, fragmentada, que insta a una liberación más amplia que la estrictamente vinculada a una cuestión económica o política. Como decía uno de sus personajes ni bien comienza la novela, “...en la ambigüedad, en la escisión, en la diversidad, en la esquizofrenia, podía estar la clave” (Urondo, 1999:15). En este sentido, concordamos con Nilda Redondo (2005) cuando afirma que a pesar de estar atrapado en la lógica de su organización, el Urondo de *Los pasos previos* pone en escena otros elementos, censurados por el discurso setentista, como el deseo, el juego y la alegría, centrales para su concepto de revolución. Si bien eligieron distintos caminos—como distintos finales— tanto Urondo como Cortázar coinciden en este concepto de revolución —y de hombre, pues ambos se corresponden— que insta a una liberación que va mucho más allá de la toma del aparato estatal y de la socialización de los medios de producción.

5. Recapitulación

En contraposición a los lugares comunes constitutivos de los textos analizados en los capítulos anteriores, en *Libro de Manuel*, la posición enunciativa ocupada por el narrador y su forma de vincularse con los otros no es desde un lugar de verdad y superioridad moral, como sí ocurría en aquellos otros casos. Contrario a la enunciación propia del discurso dominante de izquierda, que presupone un destinatario pasivo, cuya función se limitaría a aprender la verdad transmitida por aquel narrador omnisciente, en el texto de Cortázar, el destinatario, el lector, es activo, construye también sentido junto al enunciador. De ahí la forma fragmentaria y no lineal en que está escrita la novela⁸².

Este aspecto, como vimos, diferencia a ambos textos. Mientras que *Libro de Manuel* no reduce la multiplicidad de puntos de vista a uno solo, sino que los pone en escena para pensar, razonar, en el texto de Urondo, el diálogo, la puesta en escena de los distintos puntos de vista, se despliega de un modo platónico-dialéctico, con el fin de persuadir sobre la validez de una postura. Los textos funcionan como legitimadores de determinadas posiciones y fundamentos que se desarrollan en las escenas ficticias construidas por el enunciador. Tal como sucede en las historias de Korchaguin y Fúcik, estos relatos quedan contruidos como *ejemplos prescriptivos para todos los que quieran seguir este camino, el camino de la revolución*. Reproduciendo los lugares comunes constitutivos de la memoria discursiva de la izquierda revolucionaria, el sacrificio individual queda construido como necesario para la victoria colectiva. Es por ello que la muerte no puede ser más que una sola cosa: vida.

A diferencia de los otros discursos analizados, el texto de Cortázar construye un concepto de hombre nuevo y de revolución que no se limita a la toma del poder. Es por ello que el intelectual revolucionario, para ser tal no está obligado (como sí en los otros textos) a tomar las armas. En sintonía con el discurso que circulaba en los sesenta, la revolución

⁸² Sin embargo, como estuvimos viendo, en el prólogo, Cortázar despliega otro dispositivo de enunciación -es otro el género, son otros los enunciativos y también los destinatarios- donde sí hay una toma de posición, cosa que lo diferencia del desarrollo de la novela. Si en ella no hay un enunciativo que se coloque por sobre el resto - el "primus inter pares" del PRT y de las otras novelas socialistas- aquí da su punto de vista, dejando a un lado las confusiones y dudas que se despliegan en la novela. A diferencia de los discursos analizados en los otros capítulos, para el Cortázar del prólogo, la "única actitud que le dará la victoria" es liberarse de los tabúes, es decir, haciendo casi todo lo contrario de lo prescriptivo en "Moral y proletarización" y demás topoi setentistas. No obstante, si estos discursos se diferencian en los contenidos y los lugares comunes constitutivos, no sucede lo mismo con los lugares enunciativos. Tal como sucede en el discurso del PRT, en el prólogo de Cortázar también hay un "único camino...", aunque no así en la novela.

cortaziana implica una “nueva manera de ser” que rompe todas las fronteras, “que busca abarcarlo todo”. Aparecen múltiples voces, alternativas y sentimientos. A diferencia del anti-intelectualismo imperante en ese momento -según el cual la práctica militante debía dirigir la práctica literaria- desde el texto de Cortázar, la literatura es una ametralladora más, tan válida como otras, para la construcción de esa sociedad nueva. Esto es lo que intentarán producir los personajes de la novela con la escritura de la “breve pero tumultuosa historia de la Joda”. Tal como hizo Cortázar con *Libro de Manuel*, estos personajes, a través de la “historia de la Joda”, intentarán intervenir en el devenir del mismo.

En el caso de *Los pasos previos*, si bien se ponen en juego distintas visiones y argumentaciones respecto a esta problemática, termina primando en el relato la consigna setentista que prescribe el paso “del arma de la crítica a la crítica de las armas”. Como estuvimos viendo, continuamente, a lo largo del relato se pone en cuestión la legitimidad de la actividad intelectual con distintos calificativos o acciones que lo ridiculizan o descalifican como actor político. En este sentido, teniendo en cuenta que el concepto de revolución que hegemoniza el relato es una revolución armada, guerrillera, el “Hombre Nuevo” de Urondo, encargado de llevar adelante este proceso, también debe ser duro como el acero. Desde esta perspectiva, la revolución sólo será posible cuando esta transformación subjetiva sea efectiva. Ninguna “porquería asustada” podrá tomar el poder del Estado. El “hombre nuevo” de Urondo -como el del PRT, Ostrovski y Fúcik- es el que entrega su vida a la lucha revolucionaria. Por tanto, el intelectual revolucionario debe hacer carne ese mandato para poder serlo. No alcanza con el “declaracionismo”, tantas veces bastardeado a lo largo de la novela.

Como vimos al analizar el documento “Moral y proletarización”, las discusiones acerca de la familia, el amor y la sexualidad eran centrales para las propuestas revolucionarias del momento. En correspondencia con este clima de época, y en abierta polémica con los supuestos ascéticos que dominaban el discurso de izquierda setentista, Cortázar también los incluye como tema de debate revolucionario. En contraposición al discurso que equiparaba revolución, sacrificio y represión del deseo, Cortázar polemiza con él uniéndolos. En este sentido, si desde el punto de vista de “Moral y proletarización”, preocuparse por otra cosa que no fuera el Partido y la Revolución era calificado como una actitud pequeñoburguesa, en el *Libro de Manuel*, se pone un juego un tipo de argumentación que insta a la liberación en todas las esferas. Desde este discurso, el amor es objeto de transformación, forma parte de la revolución. Se plantea la necesidad de transformarlo todo, de re-comenzar.

Los pasos previos, en sintonía con *Libro de Manuel*, presenta una concepción más libre de la pareja, no ligada a lo instituido por la izquierda tradicional y la sociedad del momento. Sin embargo, a pesar de esta valorización positiva de “lo erótico” como elemento dinamizador del proceso revolucionario, como vimos, para los distintos personajes de la novela volcados a la lucha revolucionaria, estos no eran tiempos propicios para el amor. Las energías debían ser volcadas hacia otros fines, “otros fervores”. A diferencia de *Libro de Manuel*, la unión entre amor y revolución queda suspendida. El acto de amor más grande termina siendo esa muerte “digna de un hombre”, del hombre nuevo.

Como sucede en *Libro de Manuel*, en *Los pasos previos* también la revolución tiene un componente lúdico fundamental. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en el texto de Cortázar, en *Los pasos previos* el valor del juego se mide en términos instrumentales, en tanto contribuya a esa “polenta”, característica militante construida como necesaria para “tomar el poder”, para que triunfe la “revolución”. El juego elegido para representar la revolución, el fútbol, no es cualquier juego, es uno que simula una batalla. Es un juego, por tanto, que hace las veces de metáfora de guerra. Los jugadores, como los militantes, sólo pueden ser guerreros. Si la lucha armada es construida discursivamente como el “único camino al socialismo” (como se titula el documento que analizamos en el anterior capítulo), el “hombre” digno de este proceso, el que puede ser “vanguardia”, es el que es capaz de entregarse a pesar de los riesgos, de morir por la causa. Tanto es así que el centro positivo de las reflexiones y debates de *Los pasos previos* corresponde a los personajes que han optado por la vida clandestina y la lucha armada; los que han soportan la persecución, la tortura, los únicos que tienen la chance de forjar otra vida y otra manera de vivir (Redondo, 2005).

Como vimos en los distintos capítulos pertenecientes a la primera parte de la tesis, el lugar común aglutinante y que da sentido a los distintos discursos pertenecientes a la *época de la revolución* es “a más sangre y sacrificio, más revolución”. Este “gran lugar común” que borra las diferencias y construye estos signos como íntima y necesariamente concatenados, forma parte del interdiscurso y, por lo tanto, podemos analizarlo como una manifestación más de la memoria retórico-argumental (Vitale, 2007) de la tradición revolucionaria. Teniendo en cuenta los distintos textos analizados, si bien en algunos momentos se pone en cuestión dicho topoi argumental –como en el caso de Cortázar-, no es un cuestionamiento que ponga en riesgo las referencias sociosemióticas dominantes, sino que se opone dentro de esa misma red. Lo que Alejandro Raiter (2003) llama *discurso opositor*. Desde el discurso de *Libro de Manuel*, la revolución, -tal y como se conocía hasta ese entonces, no como debería ser para el

autor, mucho mas amplia y liberadora-, implica, necesariamente, sangre y sacrificio, es por ello que mucho de los personajes no se deciden, sino a último momento o nunca, a participar de la misma. En el caso de Urondo, aunque su concepto de revolución también contemple elementos censurados desde el punto de vista dominante en la izquierda revolucionaria del momento, como lo lúdico y el erotismo, esta unión discursiva entre sacrificio y revolución es rectificadora.

Sin este “*hombre nuevo*” *guerrero, proletario, disciplinado, moralizado y encuadrado políticamente* no puede haber revolución. Si bien el discurso de la *época de la revolución* está atravesado por una visión escatológica, teleológica de la historia, este mismo discurso también plantea que, para que la fatalidad histórica ocurra (una contradicción en términos), es necesario un *sujeto (individual) militante ideal* (el obrero con moral revolucionaria), obediente y respetuoso de los mandatos del sujeto político colectivo (también ideal), representante de sus intereses históricos: el *Partido*. Esta es la subjetividad propia de la época que, con sus vaivenes, cambios y actualizaciones, la define y diferencia de la otra época por venir.

Excursus

Como tristemente sabemos, la historia no es sólo voluntad, heroísmo. Como decía Marx en El 18 brumario de Luis Bonaparte (1999), los hombres hacen la historia pero en condiciones que no elijen y que también los (sobre) determina. En contra de todos los pronósticos de la época, la revolución no fue un hecho inexorable. Tampoco el fracaso temprano de la dictadura militar.

Los militantes revolucionarios del PRT-ERP quedaron presos de su propia estrategia discursiva, y decidieron el “repliegue” en 1977, cuando era demasiado tarde. Mario Roberto Santucho y gran parte de la militancia de esta organización como de las otras organizaciones políticas y gremiales del momento, ya habían sido asesinados o se encontraban secuestrados en distintos campos de concentración.

La dictadura cívico-militar no solo aniquiló físicamente a la guerrilla sino que provocó un cismo cuyos efectos seguimos padeciendo. A partir de la reconfiguración discursiva y política producto del terror, se puso fin a la *época de la revolución* y comenzará otra nueva, especialmente, luego de la guerra de Malvinas, derrota que marcó el fin de la dictadura y el comienzo de la apertura electoral. Esta nueva época, que llamamos *época de la utopía democrática*, tendrá un nuevo eje: la democracia burguesa antes despreciada, desapareciendo así, junto a los cuerpos militantes, los sueños y deseos de una generación.

SEGUNDA PARTE: LA UTOPIA DEMOCRÁTICA

La época de la utopía democrática

Como vimos en los capítulos de la primera parte de la tesis, en los años previos a la última dictadura cívico-militar -cuando la revolución certera y cercana era el eje en torno del cual giraban los discursos militantes-, el discurso político de izquierda estaba conformado por signos y metáforas pertenecientes al discurso de la guerra y del combate. Para referirse a la estrategia política escogida, el PRT-ERP usaba el signo “guerra revolucionaria”. El “hombre nuevo” era el sujeto revolucionario y el otro, un enemigo a ser eliminado llamado de diferentes formas: “pequeñoburgués”, “traidor”, etc.

Estos discursos caracterizaron una época, la *época de la revolución*. En ellos, como vimos, los militantes revolucionarios asumían diferentes posiciones. Algunas veces, como en *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, asumían una *posición pasiva*, expectante. El buen militante para ser tal debía copiar estos moldes que la tradición revolucionaria había construido como correctos. En otros momentos, como en los documentos del PRT-ERP, asumían un *rol activo*: proponían, armaban estrategias, *pero siempre teniendo esos modelos militantes como base*. También vimos sus *dudas*. El género discursivo que mejor las representó fue la literatura. Las novelas *Libro de Manuel* y *Los pasos previos*, si bien estaban atravesadas por la creencia en la revolución y en la necesidad del “Hombre Nuevo” para llevarla a cabo con éxito, también se permitían dudar acerca de la novedad de esta práctica política y la necesidad de pensar una revolución que fuera más allá de la toma del aparato estatal y la socialización de los medios de producción. Aún con estas diferencias, todos estos textos tenían un aspecto en común: *la centralidad, actualidad y necesidad de la “Revolución” y del “Sujeto” para llevarla adelante, el otro ideal proletario y con moral revolucionaria*.

La *época de la utopía democrática* comienza a fines de la última dictadura cívico-militar, cuando el proyecto transformador de la “Nueva Izquierda” había sido derrotado, especialmente, a partir la apertura democrática de 1983. Esta nueva época construye otra lectura acerca de ese pasado –un pasado de violencia “demoníaca” o de “utopías”, no de “revoluciones”- así como otros proyectos políticos, también “utópicos”. Los sujetos construidos también son distintos. Si los discursos analizados en la primera parte de la tesis hablaban de “hombre nuevo”, “clase obrera”, en las nuevas condiciones de producción discursivas son usados con mayor recurrencia el signo “ser humano”, abstracto y

despolitizado, y “generación” para referirse al sujeto revolucionario de este pasado ya finalizado.

En esta nueva situación de enunciación, los antiguos militantes, sobrevivientes de una tragedia histórica sin precedentes en nuestro país, asumen diferentes posiciones acerca de su pasado. Algunas veces, reiterando el discurso humanitario de la nueva democracia, se ubican a sí mismos como pacientes de acciones de otros, los militares. Otras, vuelven a posicionarse como actores de un pasado acabado (rechazado). En otras oportunidades, se ubican en una posición de enunciación distanciada, expectante, propia del experto que investiga *críticamente* su objeto. En todas ellas, el pasado, *los sesenta y setenta*, dejan de formar parte del presente de la enunciación y se transforman en objeto discurso del conocimiento histórico. El discurso político que reivindica los sueños pasados -ahora “utópicos” y no “revolucionarios”- da nuevamente vida al pretérito, ubicándolo en el presente –y futuro- de la enunciación. Estos sueños, sin embargo, son los de la nueva época. El pasado vive en él pero transformado.

CAPÍTULO IV: Los comienzos de otra época.

La *época de la revolución* llegó a su fin cuando ese futuro posible, el de la “revolución”, comenzó a ser llamado “utopía”; cuando las organizaciones revolucionarias de los años sesenta y setenta, pertenecientes a la “Nueva Izquierda”, fueron derrotadas política y militarmente.

A partir del exterminio de militantes revolucionarios, gremialistas y simpatizantes, realizado por la última dictadura cívico militar y de la transición democrática llevada adelante por el gobierno de Raúl Alfonsín, pasan a dominar otras representaciones del pasado que ya no tienen en su centro el conflicto, la guerra (revolucionaria o antisubversiva) y la necesidad de un sujeto para llevarla adelante, combatiente y sacrificado a un bien supremo (la “Revolución”, la “Patria”). La democracia aparece como único régimen político y social posible y desde aquí se lee (y critica) el presente y el pasado. Estas representaciones forman parte de una nueva época, la *época de la utopía democrática*, atravesada por otro sujeto, un sujeto de derecho respetuoso de las instituciones democráticas y sus procedimientos.

Los anteriores sujetos militantes son *terroristas* al mismo nivel que los militares golpistas -como planteaba el discurso castrense y continúa haciéndolo la “teoría de los dos demonios”- o, en sintonía con el nuevo discurso democrático, *víctimas inocentes* cuyos derechos humanos fueron agraviados. Los enfrentamientos del pasado se transforman así en crímenes con víctimas y victimarios.

Esta desaparición del relato sobre un tiempo revolucionario permitió legitimar el repudio al terrorismo de Estado y la reivindicación de la “democracia” como régimen político (Casullo, 2006). Los delitos perpetrados por el Estado son presentados como crímenes contra la humanidad y no contra una parte de ella: la que quería transformar la sociedad. La caída del muro de Berlín y la crisis del ideario marxista no hicieron más que profundizar la crisis de legitimidad de los discursos emancipatorios. El primer prólogo del libro *Nunca más* y el discurso acerca del pasado reciente por él plasmado manifiesta y retroalimenta estos profundos cambios. Sólo así es pensable y posible que los “héroes” (o “delincuentes subversivos”) del pasado sean “víctimas” despolitizadas de la democracia recientemente recuperada.

A fines de los años ochenta y principios de los noventa, comenzaron a circular testimonios y textos que se refieren a aquella militancia, antes criminalizada⁸³. Aunque, muchas veces, los deseos y búsquedas de aquellos años son representados mediante el signo “utopía”, estos relatos producen un cambio respecto al discurso de la transición democrática, ya que no están marcados sólo por la denuncia de la represión, sino también, -y primordialmente-, por la rememoración de las experiencias militantes, poniendo, de esta forma, en cuestión el “nada hicieron” del *Nunca más*.

En este capítulo, analizamos el discurso oficial sobre el pasado reciente argentino producido en la transición democrática y los discursos militantes que comienzan a rememorar aquellas experiencias en los ochenta y noventa. Para ello escogimos como corpus de análisis el primer discurso de apertura a sesiones ordinarias como Presidente de la Nación de Raúl Ricardo Alfonsín (1984), el primer prólogo al *Nunca Más* (1984), el testimonio militante de Luis Mattini en *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada* (1988), y el film documental *Cazadores de utopías*, dirigido por David Blaustein (1996).

Gracias a este análisis observamos las diferentes formas que asumieron las representaciones de aquellos años, la aparición de nuevos signos ideológicos como “utopía”, y la valorización positiva de otros anteriormente desvalorizados por los discursos políticos de izquierda como, por ejemplo, el signo “democracia”.

En el discurso de la postdictadura reciente, se refuerza el valor negativo de la “violencia” frente a la valorización positiva de lo “democrático”. De ahí la condena a la militancia armada y su igualación, muchas veces, a las fuerzas armadas, como explicita la “teoría de los dos demonios” plasmada en lo que llamamos discursos oficiales de la reciente democracia, o la valorización positiva del signo “utopía”, como ocurre en el texto de Luis Mattini Mattini y, más aún, en la película de David Blaustein, desde su título en adelante. Estos cambios discursivos, como dijimos, no son cambios dentro de una misma red discursiva sino que forman parte de nuevas condiciones de producción discursivas, las de la *época de la utopía democrática*.

⁸³ Uno de los libros que más repercusiones tuvo es *La Voluntad* de Eduardo Anguita y Martín Caparrós (1998).

1. De militantes a “víctimas”. Representaciones de los setenta en el discurso oficial de la transición democrática

En este apartado, analizamos las representaciones del pasado inmediatamente reciente en el discurso oficial de la nueva democracia; las causas del terrorismo de Estado y los actores que intervinieron en este proceso como las acciones que éstos llevaron adelante. También observamos los valores del signo ideológico “democracia” y los (nuevos) sujetos interpelados.

Para ello trabajamos el discurso inaugural a sesiones ordinarias del ex Presidente Raúl Alfonsín⁸⁴ y el prólogo de 1984 al informe de la CONADEP, recogido en el libro *Nunca más*, escrito por Ernesto Sábato, titular de la Comisión (aunque no aparezca su firma en las publicaciones existentes de EUDEBA). En ambos textos, los “guerrilleros” son representados como culpables al mismo nivel que el Estado terrorista. El signo “desaparecidos”, sin embargo, tiene distintas valoraciones. Si bien está vinculado con los signos “víctimas” y “seres humanos”, la relación con “terrorismo subversivo” varía. En el discurso de Alfonsín, estos signos aparecen relacionados, no se oponen, pero en el primer prólogo al *Nunca Más* son diferenciados. En este último, los “desaparecidos” son “víctimas” que, al igual que la sociedad civil, nada tenían que ver con la violencia adjudicada a uno y otro “bando”.

Ambos textos coinciden, entonces, tanto en la “teoría de los dos demonios”, como en representar a la “democracia” como único régimen político capaz de hacer justicia a ese pasado y de poner “punto final” a los antiguos enfrentamientos. Los discursos de la guerra revolucionaria (y también de la contra-revolucionaria) habrían así finalizado.

1.1 El discurso de Alfonsín: pasado, presente y futuro de un país

El discurso que analizamos fue pronunciado el diez de abril de 1984 en la apertura a sesiones ordinarias del Congreso de la Nación. Este discurso se produjo después de cuatro meses de haber asumido su cargo, tras siete años de dictadura cívico-militar. Allí, el entonces Presidente expuso frente al auditorio las bases ideológicas y políticas que sustentaban su plan

⁸⁴ Disponible en el sitio web del Banco Central de la República Argentina http://www.bcra.gov.ar/pdfs/historiacirculares/Circular2375/discurso_asuncion.pdf

de gobierno y, a fin de cuentas, la “democracia” como régimen político. De ahí el interés que tiene para nosotros analizar este documento. A partir del mismo pudimos observar que, tanto la visión del pasado reciente del gobierno radical como su visión a futuro, están atravesadas por el signo ideológico que marca esta nueva etapa: “democracia”.

El discurso se estructura en una introducción, cuyo destinatario directo es el “honorable Congreso de la Nación”, y en 6 apartados temáticos donde se describen las tareas que el nuevo gobierno llevará a cabo. Estos son: *Planificación democrática y administración pública; Educación; Trabajo y acción social; La política económica; Política exterior;* y, por último, *Defensa*.

Los fragmentos trabajados pertenecen a la introducción. Allí se realiza una lectura retrospectiva del pasado inmediato. En función de la misma, el locutor legitima su plan de gobierno pero también la necesidad de sostener, hasta las últimas consecuencias, el orden democrático recientemente recuperado.

El clivaje narrativo que estructura el relato en su totalidad es el que diferencia en forma tajante y antagónica, un régimen del otro: *Democracia vs. Dictadura* (de derecha y de izquierda). Como afirma el locutor en este fragmento, “El país atraviesa un momento crucial de su historia nacional: la línea divisoria que separa una etapa de decadencia y disgregación de un porvenir de progreso y bienestar en el marco de la democracia”. Esta diferencia entre ambos regímenes se manifiesta, a su vez, en nuevas oposiciones, algunas de ellas explicitadas, otras supuestas. Ahora presentaremos cada una de ellas y su correspondiente análisis.

1.1.1 Rectitud de los procedimientos (democracia) vs. Inmoralidad pública (dictadura)

El locutor, expresado en un nosotros exclusivo “gobierno democrático”, ni bien comienza su alocución, implica, mediante el conector adversativo “pero”, la diferencia fundamental entre democracia y dictadura, entre presente y pasado: lo que él llama “la rectitud de los procedimientos”.

Venimos a exponer a vuestra honorabilidad cuáles son los principales objetivos del gobierno en los diversos terrenos en que debe actuar: la política nacional e

internacional, la defensa, la economía, las relaciones laborales, la educación, la salud pública, la justicia, las obras de infraestructura, los servicios públicos y todas las otras cuestiones que reclaman la atención del pueblo, de los gobernantes y de los legisladores.

Pero queremos decir, también, que entre todas las áreas habrá un enlace profundo y fundamental: que una sabia común alimentará la vida de cada uno de los actos del gobierno democrático que hoy se inicia: la rectitud de los procedimientos.

Así presentado, el gobierno que inicia no es uno más en una línea de continuidad con los que lo antecedieron. Es un *gobierno recto, honesto, decente*, implicando, por tanto, que los otros –los procedimientos de la dictadura pero de los otros gobiernos elegidos por el pueblo, también-, no lo eran tanto. La ruptura entre el presente/futuro (recto) y pasado (inmoral), es presentada como tajante: “Hay muchos problemas que no podrán solucionarse de inmediato, pero hoy ha terminado la inmoralidad pública. Vamos a hacer un gobierno decente”.

Este pasado no sólo es indecente, inmoral, también aparece como demente, irracional. Una de las formas que adoptó esta demencia (pasada) es la justificación de los medios por los fines, lo que es igualado a abandonar la ética política: “La justificación de los medios por el fin constituye la apuesta demencial de muchos déspotas e implica el abandono de la ética política”. Estas creencias y lugares comunes, como veremos más adelante, también serán utilizadas para criticar el accionar de las organizaciones armadas⁸⁵. De hecho, las críticas realizadas por Alfonsín no sólo corresponden al pasado reciente dictatorial, también toca a las organizaciones “subversivas” y sus medios “violentos”.

1.1.2 Estado independiente (democracia) vs. Estado apropiado o propietario (dictadura)

Otra oposición que atraviesa el discurso del ex Presidente es la que diferencia entre Estado independiente, neutral (que corresponde al liberal-democrático) y el Estado no-independiente, no- neutral (de derecha pero de izquierda también). De esta forma, se construye al Estado democrático como un Estado que no forma parte de las clases sociales ni de las controversias de su tiempo, y por eso mismo puede arbitrarlas.

⁸⁵ Así lo hace, por ejemplo, Oscar del Barco en su carta (ver capítulo V, sección 2.2, p. 285). Ésta, como el discurso de Alfonsín y del primer prólogo al *Nunca Más*, iguala a militares y militantes de las organizaciones armadas en tanto ambos utilizan medios violentos en su accionar político.

Las oligarquías tienden siempre a pensar que los dueños de las empresas o del dinero tienen que ser los dueños del Estado. Ya vimos eso una vez más en los últimos años. Otros, a su vez, piensan que el Estado debe ser el dueño de todas las empresas. Nosotros creemos que el Estado debe ser independiente: ni propiedad de los ricos, ni propietario único de los mecanismos de producción.

Si bien el locutor, para hablar de aquellos que creen que el Estado es de los dueños de las empresas, usa el término “oligarquía” - preconstruido que forma parte del discurso de nuestra historia social y política, en la tradición nacional y popular, siempre contrapuesto a “pueblo”-, para hablar de aquellos que creen que el Estado debe ser dueño de todas las empresas –como planteaba el PRT-ERP y la izquierda, por ejemplo- usa el término “otros”. Esta diferente forma de representar a unos y a otros –el primero, explicitado; el segundo, dado por supuesto- da cuenta de hasta qué punto estaba naturalizada la demonización de estos últimos. Tanto era así que ni hizo falta darles un nombre preciso. Son eso, precisamente, los otros o, mejor dicho, el “Otro” desde cuya exclusión se conformó el colectivo “Argentina” en el discurso de la dictadura militar, representación aún vigente en la joven democracia.

Más adelante, sin embargo, el locutor le da un nombre a ese otro, desambiguando definitivamente -si es que hacía falta- su sentido:

El voto es la vía elegida en contra de la posesión monopólica del Estado y del país por parte de los poderes económicos o financieros y también en contra de la posesión monopólica del Estado y del país por un grupo armado, cualquiera sea la excusa con que se apodere de los resortes básicos de una comunidad.

Estos “otros” -ahora identificados como “grupos armados”- y los “poderes económicos y financieros”, son construidos discursivamente como actores simétricos. Tal como plantea la teoría de los dos demonios –aunque agregando a los poderes económicos civiles a la dupla militares/subversivos-, a ambos actores los iguala el querer adueñarse del Estado de una forma violenta, autoritaria, en contraposición a la sociedad civil argentina que sólo miraba desde fuera un conflicto que no la involucraba. Desde esta perspectiva, el voto democrático es

la única vía que permite y garantiza la independencia del Estado frente a las facciones. La democracia se presenta, tal como la sociedad civil, contrapuesta a la oscuridad pasada.

1.1.3 Elecciones libres (democracia) vs. Violencia (dictadura)

Lo anterior da lugar a una nueva antinomia, una que contrapone “elecciones libres” con “violencia”. Si, como vimos, en el discurso del PRT-ERP la “libertad” y la “democracia” estaban asociadas a “socialismo”, y éste, a su vez, a “sangre y sacrificio”, en el discurso de la transición democrática, como era de prever, las elecciones son libres y la democracia es real porque no intervienen los métodos violentos de uno y otro extremo ideológico. La democracia liberal, burguesa, en vez de “farsa electoral” -como lo era para el PRT-ERP pero también para amplios sectores de la sociedad, por ejemplo, el peronismo, proscripto por casi dieciocho años-, en estas nuevas condiciones de producción discursivas, es la única forma de democracia posible. En sintonía con lo que después se conocerá como “el fin de las ideologías” del neoliberalismo, triunfante en los años noventa, el Estado democrático no tiene ideología ni color político, es “independiente”.

La democracia -y el sufragio, que es la que la posibilita- se contrapone a la violencia, siempre negativa desde este discurso. Es por ello que no hay causas que legitimen su uso, por más noble que éstas sean:

Venimos de un movimiento que no luchó en 1890 para ser gobierno, porque eso hubiera implicado establecer el principio de que el poder, como decían los guerrilleros de hace diez o doce años, estaba en la boca de los fusiles. Al gobierno no se lo podía elegir a través de un levantamiento, por popular que fuese. Se luchó para que hubiese elecciones libres.

La creencia en los métodos violentos para tomar el poder y ejercerlo implica que son razonables los puntos de vista de quienes manejan mejor las armas, o de quienes están más armados. Ese concepto fue objetado ya desde 1890, y fue objetado en medio de una revolución. La violencia era el régimen, y esa violencia del régimen no debía ser reemplazada por otra de distinto signo, sino por el sufragio.

Históricamente nos opusimos a que una pequeña minoría de la población considerada a sí misma como población combatiente, eligiera al gobierno en reemplazo del pueblo. Por eso luchamos para defender el derecho a elegir el gobierno, pero sólo para defender el derecho del pueblo a elegirlo. Esa distinción rechaza desde siempre a la filosofía de la subversión. Pero debe tenerse en cuenta que la Constitución y las leyes son subvertidas, también, por minorías armadas, que reemplazan la ley por las balas, tanto a través del guerrillerismo, como a través del golpismo. Por eso, señalamos

categoricamente que combatimos el método violento de las élites, derechistas o izquierdistas.

Desde un nosotros exclusivo no explicitado “Unión Cívica Radical”, el locutor fundamenta su objeción a los métodos violentos de la “subversión”, así sea el más despótico de los regímenes políticos. Como dijimos, *nada, desde este discurso, legitima el uso de la fuerza*. Todo cambio debe realizarse desde las elecciones libres que el sufragio posibilita. Ahora, ¿qué hacer cuando ese voto es imposible por tratarse de una dictadura? Desde este discurso, el uso de la violencia y la sublevación están categoricamente rechazados.

El voto, como dijimos, es lo único que garantiza, desde esta perspectiva, la democracia y la representación del pueblo en sus gobernantes. Todo método que no se corresponda con la libre elección, es desde ya violento y autoritario. Y esto no solo atañe a lo que desde el discurso oficial de la dictadura cívico militar se llamó “subversión”. El conector “pero” da cuenta de este cambio discursivo y argumental que manifiesta el discurso de Alfonsín y el de la democracia recientemente recuperada. A través de su uso, el colectivo “subversión” no sólo refiere al ya demonizado “guerrillerismo”, sino que se le suma otro actor, quién otrora se asumía como representante de la Patria y sus intereses (trans) históricos: los militares golpistas. Como dicta la teoría de los dos demonios, a ambos bandos los iguala la violencia y su carácter de élite o facción. La democracia así construida ocupa el lugar de universal (frente a las partes enfrentadas), y por ello es independiente. Esta universalidad es otorgada, como decía Alfonsín al comienzo de su discurso, por la rectitud de los procedimientos.

1.1.4 Coexistencia de diversas clases y actores sociales/Pluralidad (democracia) vs. Triunfo absoluto de una clase sobre la otra (dictadura)

Otra estrategia discursiva utilizada por Alfonsín es igualar a ambos actores mediante el término “élite”. Desde esta perspectiva, la lógica amigo-enemigo forma parte de ambas ideologías políticas por igual. Contrario a la diversidad y pluralidad propias de la democracia, las prácticas autoritarias de este tipo de organizaciones sólo buscan suprimir a lo que se presenta como distinto: “El método violento de las élites de derecha o de izquierda se justifica a sí mismo con el triunfo definitivo y final, absoluto, de una ideología sobre otra y de una

clase sobre otra”. Como vimos al comienzo, la lógica (irracional) del despotismo es justificar los medios por los fines. Para el discurso democrático, *nada* justifica el accionar armado y violento que, por contraposición, no es un procedimiento recto.

En la nueva época democrática, este tipo de métodos para acceder al poder quedan definitivamente deslegitimados. Desde este discurso, sólo queda presentarse a elecciones y transformar “progresivamente” la sociedad. No más revolución, no más cambios bruscos, “violentos”. Todos éstos deben darse dentro de la lógica del sistema democrático y por medio de los partidos políticos.

La democracia aspira a la coexistencia de las diversas clases y actores sociales, de las diversas ideologías y de diferentes concepciones de la vida. Es pluralista, lo que presupone la aceptación de un sistema que deja cierto espacio a cada uno de los factores y hace posible así la renovación de los partidos y la transformación progresiva de la sociedad.

1.1.5 Votar, comer, educar (democracia) vs. No votar, no comer, no educar (dictadura)

Los signos “libertad” y “democracia”, si bien, en un principio, parecen estar vinculados sólo a una cuestión procedimental, más adelante, aparecen otros sentidos que van más allá de los derechos políticos y otros formalismos.

Vamos a vivir en libertad. De eso, no quepa duda. Como tampoco debe haber duda de que esa libertad va a servir para construir, para crear, para producir, para trabajar, para reclamar justicia - toda la justicia, la de las leyes comunes y la de las leyes sociales -, para sostener ideas, para organizarse en defensa de los intereses y los derechos legítimos del pueblo todo y de cada sector en particular. En suma, para vivir mejor; porque, como dijimos muchas veces desde la tribuna política, los argentinos hemos aprendido, a la luz de las trágicas experiencias de los años recientes, que la democracia es un valor aún más alto que el de una mera forma de legitimidad del poder, porque con la democracia no sólo se vota, sino que también se come, se educa y se cura.

El locutor argumenta en contra del lugar común liberal que diferencia el signo “libertad” de las siguientes acciones: “reclamar justicia, leyes sociales”, “organizarse en

defensa de los intereses y los derechos legítimos del pueblo todo y de cada sector en particular”. Como dijimos antes, el sentido de democracia y de libertad construidos no se reduce al sufragio -aunque a veces parece que así fuera-, sino que con la democracia también “se come, se educa y se cura”, signo ideológico que caracteriza al alfonsinismo desde la campaña electoral, que quedará en la historia política de la Argentina contemporánea como una trágica ironía frente a tanta exclusión social “democrática” desde el 83’ en adelante.

1.1.6 Libertades públicas/ Seguridad/Derechos humanos (democracia) vs. Irracionalidad/ Inseguridad/ Violación de Derechos Humanos (dictadura)

Es frecuente en el texto la representación del pasado dictatorial como algo oscuro, irracional, diferente del presente de la recuperación democrática pero también del pasado anterior a la última dictadura militar. De esta forma, la toma violenta del poder por la junta militar de 1976 queda representada como una bisagra, un antes y un después, lo que dificulta rastrear las causas de este hecho. Así presentado parece, como dijera Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, “un rayo que cayese de un cielo sereno” (Marx, 1999:2)⁸⁶.

En este relato, a contramano de los discursos militantes que presentaremos más adelante, no entran ni los anteriores golpes de Estado, ni la proscripción del peronismo por casi veinte años. Antes hubo “libertades públicas”; durante los últimos años, “arbitrariedad e irracionalidad”: “En la Argentina existió una larga tradición de libertades públicas, oscurecida durante los últimos años por la arbitrariedad y la irracionalidad”. No se sabe con seguridad ni cuántos son estos “últimos años”, ni quiénes son los que oscurecieron aquella larga trayectoria. Los actores inanimados “arbitrariedad” e “irracionalidad” no permiten dar cuenta de los verdaderos actores que llevaron adelante la acción (pasivizada) de “oscurecer”.

Frente a tanta irracionalidad pasada, las instituciones modernas son construidas como las encargadas de dar nuevamente luz y verdadera seguridad a los ciudadanos mediante la plena vigencia de los derechos humanos:

⁸⁶ Esta es la cita completa: “Víctor Hugo se limita a una amarga e ingeniosa invectiva contra el editor responsable del golpe de Estado. En cuanto al acontecimiento mismo, parece, en su obra, un rayo que cayese de un cielo sereno. No ve en él más que un acto de fuerza de un solo individuo. No advierte que lo que hace es engrandecer a este individuo en vez de empequeñecerlo, al atribuirle un poder personal de iniciativa que no tenía paralelo en la historia universal” (Marx, “Prólogo del autor a la segunda edición” en *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, 1999:2).

Nuestra filosofía se basa en ideas distintas: la seguridad del Estado no puede sostenerse sobre la inseguridad de la comunidad nacional. Nosotros privilegiaremos, por lo tanto, la plena vigencia de los derechos humanos y la necesidad de dismantelar el aparato represivo para que solamente las instituciones naturales, modernas y eficientes de la justicia y de los organismos que deben servirla en el marco de la legitimidad se hagan cargo de los complejos problemas de la sociedad moderna, problemas cuya gravedad no se nos escapa.

El pasaje a la libertad requiere una creciente comprensión de los ciudadanos sobre la importancia de cada uno de los actos que influyen sobre el conjunto social. Las libertades concretas implican libertades sociales, acceso a la educación, posibilidad de justicia igualitaria, derecho a la salud, resguardo de su intimidad y también, por supuesto, derecho al orden que el gobierno democrático garantizará con los medios que las leyes ponen en sus manos.

En contra de lo que planteaba el discurso autoritario de la última dictadura cívico-militar, desde la perspectiva de la nueva democracia, “libertad” y “orden” van de la mano. La utilización del conector aditivo “también”, supone que la unidad de estos dos signos no se encuentra naturalizada en el discurso dominante de ese momento sino que eran contrarios. En polémica con las creencias y discursos que legitimaban el golpe de Estado autoritario por la necesidad de poner “orden” ante el “caos” del gobierno de Isabel Martínez y de la “subversión”, el “orden”, desde el discurso de la nueva época, sólo puede lograrse en un gobierno democrático, mediante el imperio de la Ley.

1.1.7 Justicia (democracia) vs. Venganza (dictadura)

Tal como veremos cuando presentemos el análisis del primer prólogo al *Nunca Más*, el “terrorismo subversivo” es el que inicia la violencia en el país. El otro “demonio” ni siquiera es identificado. En el siguiente enunciado, al menos, sólo aparece representado por la nominalización “represión indiscriminada”, preconstruido que nos conecta con el participante “fuerzas armadas” o “terrorismo de Estado” pero al no estar explicitado, debemos hacer un esfuerzo cognitivo mayor para reponerlo:

El país ha vivido frecuentemente en tensiones que finalmente derivaron en la violencia espasmódica del terrorismo subversivo y una represión indiscriminada con su secuencia de muertos y desaparecidos.

Producto del proceso nominalizado “reprimir”, cuyo agente se encuentra ausente (aunque desde el discurso dominante del momento puede ser repuesto) y los pacientes indirectamente representados en el signo ideológico “terrorismo subversivo”, nos encontramos con la secuencia de “muertos y desaparecidos”. A diferencia de lo que ocurre en el *Nunca Más*, en el discurso de Alfonsín, las “víctimas” tienen una relación sintáctica y semántica –aunque indirecta, mitigada- con el “terrorismo subversivo”. Si bien, al principio del discurso, el locutor habla de las víctimas como “seres humanos” en abstracto⁸⁷, aquí podemos ver que éstas, para ser tales, debían portar determinadas características, como por ejemplo, ser militantes de la (mal) llamada “subversión”.

El Estado democrático -como vimos, independiente, universal-, es el encargado de mediar entre las partes y dar castigo a los culpables: los dos demonios debidamente identificados.

La lucha entre sectores extremistas, así como el terrorismo de Estado, han dejado profundas heridas en la sociedad argentina. La manera de restañar esas heridas no puede girar en torno a venganzas o resentimientos que serían innobles en sí mismos, cuando no inmorales en muchos casos, en cuanto pudieran comprometer al destino del país en estériles fijaciones sobre el pasado. Pero la democracia tampoco podría edificarse sobre la claudicación, actuando como si aquí no hubiera ocurrido nada.

El locutor polemiza con aquellas otras voces que piden una democracia construida sobre el olvido y el perdón. Si bien también son descalificados las venganzas y resentimientos, mediante el conector “pero” se niega la posibilidad de que la democracia

⁸⁷ Por ejemplo, en el siguiente fragmento: “Quienes piensan que el fin justifica los medios suponen que un futuro maravilloso borraré las culpas provenientes de las claudicaciones éticas y de los crímenes. La justificación de los medios en función de los fines implica admitir la propia corrupción, pero, sobre todo, implica admitir que se puede dañar a otros seres humanos, que se puede someter al hambre a otros seres humanos, que se puede exterminar a otros seres humanos, con la ilusión de que ese precio terrible permitirá algún día vivir mejor a otras generaciones”.

pueda construirse sobre la claudicación⁸⁸. La “justicia”, propia de un orden democrático -y no la “venganza”, propia de uno autoritario-, es la única que podrá impedir esa “estéril fijación en el pasado”, darle un *cierre*: “Se propiciará la anulación de la ley de amnistía dictada por el gobierno militar y se pondrá en manos de la justicia la importante tarea de evitar la impunidad de los culpables”.

1.1.8 Medios civilizados para combatir terrorismo (democracia) vs. Medios terroristas para combatir terrorismo (dictadura)

Como veíamos antes, el colectivo “desaparecidos”, en el discurso de Alfonsín, aparece vinculado a “terrorismo subversivo”:

Más allá de las sanciones que pudiera determinar la justicia, el gobierno democrático se empeñará en esclarecer la situación de las personas desaparecidas.

Esto no exime de tremendas responsabilidades al terrorismo subversivo, que debió haber sido combatido con los medios que la civilización actual pone en manos del Estado y no a través del empleo de medios similares a los condenados por el conjunto de la comunidad nacional.

Si “esclarecer la situación de las personas desaparecidas” no “exime de tremendas responsabilidades al terrorismo subversivo” es porque los “desaparecidos” se vinculaban, de alguna forma, con estas organizaciones. Como dicta el título de este subapartado, tanto el régimen dictatorial de 1976 como la reciente democracia tienen un enemigo en común: el “terrorismo”. Ambos órdenes se constituyen mediante su exclusión. La diferencia radica en que el orden democrático incluye también en esta categoría a los propios golpistas.

⁸⁸ Otra triste ironía del gobierno alfonsinista será la “claudicación” de la joven democracia al sancionar las *Leyes de obediencia debida* (1987) y *Punto final* (1986). Éstas frenaron los juicios a militares represores por haber actuado “cumpliendo órdenes de superiores”.

1.2 La historia reciente y el *Nunca Más*

En este apartado, analizamos la forma en que el prólogo de 1984 al *Nunca más* representa la historia reciente argentina, los participantes involucrados y las acciones adjudicadas a los mismos. Gracias a este análisis pudimos ver que, a diferencia del discurso político de la izquierda de los años sesenta y setenta, donde había sujetos militantes que realizaban acciones –como por ejemplo, hacer propaganda armada desafiando la represión, secuestrar algún empresario o tomar un destacamento militar-, el discurso del primer prólogo, propio de la *época de la utopía democrática* a la que pertenece, construye a estos participantes, los “desaparecidos”, en tanto víctimas despolitizadas que sufren acciones de otros, desapareciendo de esta forma también su condición de actores históricos. Esta lectura de los hechos corresponde, como pudimos observar en el anterior apartado, a los signos y argumentos que la nueva época otorga.

1.2.1 Los “desaparecidos” antes y después del *Nunca más*

El lazo entre los signos “víctima- desaparecido” y “ser humano” despolitizado comenzó en los últimos años de la dictadura militar, en las denuncias realizadas por los propios familiares de detenidos-desaparecidos⁸⁹. Frente a la demonización de la guerrilla y la legitimidad que gozaba la restauración del orden y la “lucha antisubversiva” de los militares, los familiares de desaparecidos y sobrevivientes omiten en sus denuncias cualquier mención a la militancia política. En este tipo de denuncias, la estrategia argumentativa escogida reproducía los fundamentos del discurso de la dictadura. Al “algo habrán hecho” que justificaba las desapariciones se respondía silenciando la militancia política de los desaparecidos. Esto podemos comprenderlo si tenemos en cuenta las condiciones de producción discursivas constitutivas de estos relatos:

En un escenario signado por el terror, enarbolar la condición de ‘víctimas inocentes’ de los desaparecidos procuraba tanto dotar de legitimidad su reclamo ante las autoridades y las organizaciones humanitarias receptoras de las denuncias como evitar el aislamiento respecto del propio círculo de parientes y allegados (Crenzel, 2010: 70).

⁸⁹ Ver el libro de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, *Las manos de las madres* (2011).

El informe *Nunca Más*, publicado en el año 1984, profundiza esta representación del pasado reciente. Elaborado por la CONADEP⁹⁰ -Comisión integrada por diversas personalidades de la cultura y de la Cámara de Diputados de la Nación- rápidamente se transformó en un éxito editorial, traducido y publicado en diferentes idiomas. El libro sirvió de fuente para la acusación de la fiscalía en el juicio a las Juntas Militares, hecho que le otorgó legitimidad en tanto relato verdadero y privilegiado de este pasado. De esta forma, el discurso del *Nunca Más* popularizó la lectura humanitaria de las desapariciones y estableció la responsabilidad de las Fuerzas Armadas del plan sistemático de exterminio. Su perspectiva articuló las premisas del orden democrático restaurado en 1983, los postulados generales del gobierno de Alfonsín para juzgar la violencia política y el discurso humanitario forjado durante la dictadura para denunciar estos crímenes (Crenzel, 2008:105).

En el primer prólogo de *Nunca Más*, texto que trabajamos en este apartado, se evoca un tiempo primero amenazado por dos terrorismos: uno de derecha y otro de izquierda, lo que se conoce como “teoría de los dos demonios”. De este modo, se reduce la conflictividad de la sociedad argentina de ese entonces al enfrentamiento armado entre las organizaciones guerrilleras y las fuerzas armadas.

La causa del origen de la violencia política en Argentina es ubicada en la influencia del marxismo-leninismo, construido discursivamente como elemento extraño al todo social argentino. Las Fuerzas Armadas intervienen para restablecer el orden amenazado por el “terrorismo de extrema izquierda” –hecho legítimo para este discurso- pero, para hacerlo, eligen una forma esencialmente peor a la combatida: el terrorismo de Estado. Por lo tanto, si bien el informe condena con más énfasis la violencia del Estado terrorista, en el mismo sentido que observamos en el discurso de Alfonsín, legitima la necesidad de restablecer el orden violentado por la guerrilla (aunque no para hacerlo de cualquier manera, sino de una forma “legal”, con procedimientos e instituciones republicanas).

A diferencia del discurso del ex Presidente que relacionaba “terrorismo subversivo” con “desaparecidos”, el prólogo establece una marcada diferencia entre víctimas (desaparecidos/sociedad) y dos demonios (terroristas de derecha e izquierda). El texto establece la demonización de ambos actores, unos por propiciar un terrorismo anti-patria, otros por responder a esto de una forma aún más violenta y demencial, mientras la sociedad y

⁹⁰ Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas

los “desaparecidos”, sus víctimas, quedan fuera de todo este conflicto, lo que lo diferencia del discurso castrense que unía “desaparecidos” con “guerrilleros” para justificar lo sucedido. Sin embargo, no es una negación que niegue los términos de la red discursiva sino que es una oposición dentro del discurso dominante (Raiter, 2003). Desde el discurso del prólogo, los “guerrilleros” son culpables al ubicar su accionar en los orígenes de la violencia política en la Argentina. En cambio, los “desaparecidos”, son víctimas pues nada tenían que ver con la guerrilla y la violencia.

Si el discurso de Alfonsín no despolitizaba las desapariciones pues relacionaba, indirectamente, a éstas con la militancia guerrillera, en el discurso del primer prólogo, pese a la amplitud semántica del término “desaparecidos”, un atributo restrictivo los amalgama: la militancia política, en especial, la armada.

1.2.2 Teoría de los dos demonios

Cuando Alfonsín asume la presidencia el 10 de diciembre de 1983, deroga la ley de autoamnistía que el gobierno de la dictadura cívico-militar se otorgó a sí mismo, a todos los militares y a los involucrados en la “lucha antisubversiva” y firma los decretos 157 y 158, que ordenan enjuiciar a siete jefes guerrilleros y a las tres primeras Juntas Militares de la dictadura. Estos decretos proponían una lectura política del pasado reciente argentino. El primer decreto, propuso la indagación de las acciones armadas guerrilleras desde 1973 hasta 1983, representadas como externas a los intereses del país; el segundo, acusó a las Juntas de haber concebido e instrumentado un plan de operaciones contra la actividad subversiva basado en métodos ilegales. Esta representación del pasado reciente justificaba la necesidad del “plan de operaciones contra la actividad subversiva” -iniciadora apátrida de la violencia política- no así la “ilegalidad” de los procedimientos del Estado terrorista (Crenzel, 2008).

Veamos cómo se relaciona el primer prólogo con estas figuras discursivas. Así comienza el texto:

Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda, fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países. Así aconteció en Italia, que durante largos años debió sufrir la despiadada acción de las formaciones fascistas, de las Brigadas Rojas y de grupos similares. Pero esa nación no abandonó en ningún momento los principios del

derecho para combatirlo, y lo hizo con absoluta eficacia, mediante los tribunales ordinarios, ofreciendo a los acusados todas las garantías de la defensa en juicio... (CONADEP, 1984:3).

Por una parte, podemos ver cómo el signo “Argentina” adquiere, por lo menos, dos valores. El primero como víctima paciente de acciones ajenas (“la Argentina fue convulsionada por un terror...”), y el segundo, mediante inferencia, como sujeto en tanto Estado Nación Argentino que “abandonó los principios del derecho”. En ningún caso es incluido en ese colectivo el “terrorismo de extrema izquierda”. El texto lo construye como actor extranjero de su propia Patria, reproduciendo de esta forma el discurso castrense que lo representaba como amenaza externa al todo armónico de la sociedad argentina. Por otra parte, la utilización del signo ideológico “terror” para hablar tanto de la “extrema derecha” como de la “extrema izquierda”, reproduce la “teoría de los dos demonios” al igualar el Estado terrorista y desaparecedor con las organizaciones revolucionarias que optaron por la lucha armada como táctica política. Lo que condena el locutor, como también hace Alfonsín en el anterior texto, no es la acción de combatir el “terrorismo” sino hacerlo de forma “ilegal”. Mediante el conector “pero” se niegan las consecuencias argumentales de la anterior clausula. Contrario al lugar común con el que discute, “sufrir el terrorismo” no debe por qué implicar “abandonar los principios del derecho”.

Este cambio discursivo es el que habilita la condena al terrorismo ejercido por el aparato estatal:

... a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado absoluto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos (CONADEP, 1984: 3).

Por lo tanto, si bien el locutor acuerda con el topoi (Ducrot, 1988) que establece la necesidad de responder y frenar a la violencia de “extrema izquierda”, no así con la necesidad de hacerlo de cualquier forma. *Este discurso produce un cambio discursivo, al defender el estado de derecho y la legalidad, pero comparte un conjunto de creencias con aquel orden*

repressivo del que dice diferenciarse. El problema con la dictadura militar es, entonces, haber combatido al terrorismo de una forma ilegal. No se discute en ningún momento la necesidad de combatirlo ni de llamarlo “terrorismo”, signo utilizado también por los dictadores para nombrar a los militantes políticos.

Las víctimas de este terrorismo de Estado no son “terroristas” sino “seres humanos”, tan inocentes y ajenos a la violencia de uno y otro extremo ideológico, al igual que la sociedad civil. De ahí se infiere que la violencia ejercida por el Estado terrorista sea representada como infernal, irracional, pues sus víctimas son “inocentes de terrorismo”. La respuesta al topoi “si se los llevaron, por algo será” es “si se los llevaron, por delirio semántico será”:

En el delirio semántico, encabezado por calificaciones como ‘marxismo-leninismo’, ‘apátridas’, ‘materialistas’ y ‘ateos’, ‘enemigos de los valores occidentales y cristianos’, todo era posible: desde gente que propiciaba una revolución social hasta adolescentes sensibles que iban a villas-miseria para ayudar a sus moradores. (...) Todos, en su mayoría inocentes de terrorismo o siquiera de pertenecer a los cuadros combatientes de la guerrilla, porque éstos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores (prólogo, 1984:4).

Si los causantes de la represión desatada e “infernal” son los “terroristas de extrema izquierda”, las víctimas de este terrorismo de Estado son “gente que propiciaba una revolución social”, “adolescentes sensibles”, argumentos y signos que construyen una imagen de inocencia en las víctimas contrapuesta a la culpabilidad terrorista. Quedan, de esta forma, escindidos y contrapuestos “culpables” (terroristas de ambas ideologías) y “víctimas” (desaparecidos y sociedad civil). *Este discurso reproduce los fundamentos del discurso dominante pues para condenar los crímenes de la dictadura militar se excluye a la guerrilla del universo de las víctimas. No se deslegitima, por tanto, el asesinato o muerte de guerrilleros, sino la de la “gente” y “adolescentes”.* Los signos utilizados para representar a unos y otros dan cuenta de lo que son (y no son) unos y otros: los guerrilleros no son ni “gente” ni “adolescentes sensibles”, reforzando la otredad de los mismos. En este sentido, si bien se producen discursivamente dos demonios, los guerrilleros son aún más “otros” que los

militares, pues éstos últimos no dejan de estar incluidos en la “Argentina” –aunque endemoniados y dementes-.

Contrario al imaginario guerrillero, conformado por el martirologio y el culto a sus muertos en tanto ejemplos a ser emulados para conseguir la tan deseada liberación, los “desaparecidos” no son héroes de la revolución sino víctimas del “delirio semántico” militar. La política, la revolución, el conflicto, también “desaparecen” del nuevo discurso democrático.

1.2.3 Víctimas pacientes

Distintos recursos argumentales y discursivos son utilizados para ir construyendo la despolitización de las desapariciones. Nos ocupamos, en primer lugar, de las distintas formas utilizadas para denominar a los mismos, si son pacientes o agentes de procesos causales, y en ese caso, de qué acciones lo son.

Como ya adelantamos al comienzo, si algo caracteriza a los “desaparecidos” es que son pacientes de acciones ajenas. De hecho, la misma forma de nombrarlos es una pasivización (Hodge y Kress, 1993), consecuencia de la acción de otros, los “desaparecedores”. En el caso que vamos a ver a continuación, los signos que aparecen para representar a los desaparecidos y otras víctimas son “víctima”, “padres y niños”, y padecen la acción de “ser buscados de noche en su propia casa”, “ser amordazados”, “ser obligados a presenciar”. Luego aparecen los “comandos armados” que realizan las siguientes acciones: “rodear”, “entrar por la fuerza”, “aterrorizar”, “apoderarse de la persona buscada”, “golpear brutalmente”, “encapuchar”, “arrastrar”, “destruir”, “robar”:

Cuando la víctima era buscada de noche en su propia casa, comandos armados rodeaban la manzanas y entraban por la fuerza, aterrorizaban a padres y niños, a menudo amordazándolos y obligándolos a presenciar los hechos, se apoderaban de la persona buscada, la golpeaban brutalmente, la encapuchaban y finalmente la arrastraban a los autos o camiones, mientras el resto de comando casi siempre destruía o robaba lo que era transportable. De ahí se partía hacia el antro en cuya puerta podía haber inscriptas las mismas palabras que Dante leyó en los portales del infierno: ‘Abandonad toda esperanza, los que entráis’ (CONADEP, 1984: 3-4).

Vemos así, por un lado, cómo se construye a los desaparecidos en tanto víctimas que otros torturan, desaparecen, pero que en ningún caso actúan, y por el otro, a los militares como “demonios”, únicos actores de esta tragedia pues los otros actores, los “guerrilleros”, ya estaban muertos: “éstos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores”. A diferencia de las “víctimas”, los “guerrilleros” realizaban acciones: “presentar batalla”, “enfrentarse”, “suicidarse”, “llegar”. Estos, por tanto, “algo hicieron” para morir, no son “víctimas”, son “culpables”. Este discurso, por tanto, no produce un nuevo discurso respecto al castrense, sino que niega algunas de sus conclusiones, aunque no sus premisas. El “algo habrán hecho” sigue actuando a pesar de condenar su uso pues los “desaparecidos” son “víctimas” en tanto nada hicieron para desaparecer –léase, no militaban en las filas de la revolución-.

Otra forma de denominar a las víctimas es mediante el sintagma “seres humanos”, signo ideológico que, como vimos, no formaba parte del discurso revolucionario sino del discurso humanitario que comenzó a circular durante la dictadura militar para denunciar sus crímenes: “De este modo, en nombre de la seguridad nacional, miles y miles de seres humanos, generalmente jóvenes y hasta adolescentes, pasaron a integrar una categoría tétrica y fantasmal: la de los Desaparecidos” (CONADEP, 1984: 4). A la vez que se apela a esta categoría abstracta para hablar de las víctimas del terrorismo de Estado, se los particulariza en los signos “jóvenes”, “adolescentes”. Los “desaparecidos”, por tanto, no son cualquier “ser humano”, son “jóvenes” y “adolescentes”, lo que profundiza la imagen de inocencia de los mismos y aleja, a su vez, de lo que los volvería culpables: la política.

La “sociedad” es construida en forma simétrica a los “desaparecidos”. Ambos son igual de inocentes y ajenos a los “dos demonios”:

En cuanto a la sociedad, iba arraigándose la idea de la desprotección, el oscuro temor de que cualquiera, por inocente que fuese, pudiese caer en aquella infinita caza de brujas, apoderándose de unos el miedo sobrecogedor y de otros una tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror: ‘Por algo será’, se murmuraba en voz baja, como queriendo así propiciar a los terribles e inescrutables dioses, mirando como apesados a los hijos o padres del desaparecido. Sentimientos sin embargo vacilantes, porque se sabía de tantos que habían sido tragados por aquel abismo sin fondo sin ser culpable de nada; porque la lucha contra los «subversivos», con la tendencia que tiene toda caza de brujas o de endemoniados, se había convertido en una represión demencialmente generalizada, porque el epíteto de subversivo tenía un alcance tan vasto como imprevisible (CONADEP, 1984: 4).

La polisemia “demencial” del signo “subversivo” provocó, entonces, que la sociedad entera fuera también víctima del terrorismo de Estado. De esta forma, se continúa deslindando la militancia política de la desaparición. Como vimos, los desaparecidos no son guerrilleros, son jóvenes idealistas que como mucho trabajaban en una villa o barrio humilde, o querían hacer una “revolución social” (no política). La imagen del desaparecido que se construye nada tiene que ver con los conflictos políticos y sociales de la Argentina de ese entonces. En realidad, para este discurso, cualquier persona podría haber sido víctima de la violencia “demencial”, “irracional”. Desde esta perspectiva, racional hubiese sido sólo reprimir a “guerrilleros”.

En ese punto, el texto construye un argumento que permite que todos se identifiquen con la (mala) suerte de los desaparecidos. Uno de los propósitos del texto y del discurso que comenzó a circular a partir de la recuperación democrática es precisamente “reconciliar” a los “argentinos” eliminando las antiguas diferencias al ubicar las causas de las mismas en dos actores externos a la sociedad: los guerrilleros y los militares golpistas dementes. De esta forma, los crímenes de la dictadura no son ya crímenes contra particulares –como lo eran los guerrilleros para este discurso- sino contra la sociedad argentina en su conjunto, o más aún, contra la humanidad:

Todos caían en la redada: dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios, muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil, periodistas que no eran adictos a la dictadura, psicólogos y sociólogos por pertenecer a profesiones sospechosas, jóvenes pacifistas, monjas y sacerdotes que habían llevado las enseñanzas de Cristo a barriadas miserables. Y amigos de cualquiera de ellos, y amigos de esos amigos, gente que había sido denunciada por venganza personal y por secuestrados bajo tortura (CONADEP, 1984: 4).

Los calificativos y acciones adjudicados portan una valoración ideológica que hace a la inocencia de los participantes. Algunos de ellos aparecen como actores (los dirigentes sindicales que luchaban; sacerdotes que llevaban enseñanzas de Cristo a barriadas miserables), otros como pacientes de acciones ajenas (gente denunciada), pero la mayoría de ellos están involucrados en cláusulas no accionales, relacionales (muchachos ser miembros de centro estudiantil, periodistas no ser adictos a la dictadura, psicólogos y sociólogos pertenecer carreras sospechosas, jóvenes pacifistas). Los desaparecidos en general no actuaban, y cuando lo hacían, no eran merecedores del castigo sufrido pues lo hacían de una forma “pacífica”.

La “víctima” es víctima porque también, más allá de su trágico destino, es construida discursivamente como tal. Mediante pasivizaciones o clausulas relacionales, el locutor oculta que al menos muchos de los desaparecidos eran actores históricos, no sólo pacientes o cosas a ser clasificadas. Desde este discurso, los “desaparecidos” son “privados de toda comunicación”, “sometidos”, “confinados”, “ignorantes” y “susceptibles”. Así y todo, como se ocupa de aclarar el locutor, no son “cosas” sino que “conservaban atributos de la criatura humana”, todas cualidades que hablan de su condición post secuestro y desaparición, y nunca de lo que ocurría antes de que el terrible hecho sucediera:

.. la sensibilidad para el tormento, la memoria de su madre o de su hijo o de su mujer, la infinita vergüenza por la violación en público; seres no sólo poseídos por esa infinita angustia y ese supremo pavor, sino, y quizás por eso mismo, guardando en algún rincón de su alma alguna descabellada esperanza (CONADEP, 1984: 4).

Lo que hacían antes de desaparecer queda mayormente desplazado por lo que *son*: “desaparecidos”, operación discursiva que esencializa y construye como definitiva una trágica contingencia.

1.2.4 Democracia

Finalmente, vamos a ocuparnos del signo con mayor carga ideológica de esta batalla discursiva: “democracia”. Siguiendo al sociólogo Emilio Crenzel (2008),

... la revisión de las prácticas insurgentes, el contacto con las ideas socialdemócratas y eurocomunistas distantes de ellas y con la cultura de los derechos humanos –de creciente peso en la arena internacional y en la cual encontraron eco sus denuncias- y el resguardo frente a las violencias padecidas fueron modelando la revalorización de la democracia política y los derechos individuales, valores, otrora, denostados por las formaciones revolucionarias (Crenzel, 2008: 50).

El prólogo de 1984, como el discurso de Alfonsín que analizamos, construye este signo en tanto solución definitiva a los delitos de lesa humanidad:

Las grandes calamidades son siempre aleccionadoras, y sin duda el más terrible drama que en toda su historia sufrió la Nación durante el periodo que duró la dictadura militar iniciada en marzo de 1976 servirá para hacernos comprender que únicamente la democracia es capaz de preservar a un pueblo de semejante horror, que sólo ella puede mantener y salvar los sagrados y esenciales derechos de la criatura humana. Únicamente así podremos estar seguros de que NUNCA MÁS en nuestra patria se repetirán hechos que nos han hecho trágicamente famosos en el mundo civilizado (CONADEP, 1984: 5).

Este “Nunca Más”, lectura del pasado y mandato hacia el futuro, remite a los crímenes de lesa humanidad provocados por el régimen militar de 1976. La “democracia”, ligada al signo “derechos de la criatura humana”, es la encargada que “Nunca Más” ocurran.

En el discurso de la *época de la revolución*, y en el del PRT-ERP en particular, no había “ser humano” o “criatura humana” en abstracto sino *hombre nuevo/proletario/militante del PRT-ERP* versus *pequeño-burgués/traidor/enemigo*. La democracia era verdadera sólo si estaba relacionada con el signo “socialismo”. En el prólogo del *Nunca más*, como discurso propio de la *época de la utopía democrática*, la única democracia posible, verdadera, es la democracia burguesa, antes denostada. Si en los años sesenta y setenta, la política era guerra y la democracia electoral, farsa, en la nueva situación de enunciación la única forma posible de hacer política y justicia es a través de esta última. *La democracia así construida confirma la derrota definitiva de los movimientos armados de la anterior época*.

2. Representaciones en *Hombres y mujeres del PRT-ERP* de Luis Mattini.

El autor del libro que presentamos a continuación es Luis Mattini, nombre de guerra de Arnold Kramer, antiguo dirigente del PRT-ERP, quien ocupara en 1977 el lugar dejado por Mario Roberto Santucho luego de su asesinato y desaparición. *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada* fue escrito durante los años 1983 y fines de 1987 en la ciudad de Estocolmo, Suecia. La primera edición y publicación en nuestro país se realizó en el año 1995.

En los siguientes subapartados presentaremos el análisis de los dos primeros prólogos escritos por el autor y de algunos fragmentos del texto. En ellos analizamos las

representaciones de esa militancia, los signos y argumentos utilizados y la relación de este discurso con el de la “teoría de los dos demonios”, como vimos, dominante en las representaciones del pasado reciente argentino de la reciente democracia.

El discurso de Luis Mattini niega metalingüísticamente las dos opciones disponibles a mediados de los años ochenta y mediados de los noventa sobre la militancia armada de aquellos tiempos. Como dice su autor, no es, ni relato épico-romántico, ni relato demonizador. El texto propone una crítica superadora de ambas opciones.

Veremos, entonces, en qué consiste esa “crítica”, qué se reivindica de esa práctica política y qué se coloca definitivamente en el pasado, como algo irrepetible. En ese sentido, podemos afirmar, que más allá de las intenciones del locutor, los recursos lingüísticos utilizados construyen a esta historia, la historia del PRT-ERP, como una historia pasada, perteneciente a otro tiempo, distinto y, por momentos, estéril. *La militancia de los años sesenta y setenta comienza a formar parte del pretérito en el discurso oficial de la reciente democracia, pero también en el de sus antiguos militantes.*

2.1 La historia del PRT-ERP. ¿Una historia presente, acabada o las dos?

En los prólogos –el primero, del año 1988 y el segundo, de 1995⁹¹–, el locutor representa su propio relato mediante el signo “historia”. Sin embargo, la valoración ideológica de ese signo irá variando. Si en el primer prólogo, es la historia de un pasado “no acabado aún” –y por ello, afirma, “no es en realidad una historia”–, en el otro, como veremos más adelante, se trata de un pasado que “ha quedado atrás”. Así lo expresa en el texto de 1988:

Voy a contar una historia. Una historia que debería contar en ‘pretérito perfecto’ porque es un pasado no acabado aún, o mejor dicho, un pasado vinculado al presente. Como tal no es en realidad una historia sino que intenta ser el análisis de un proceso, de un tortuoso proceso de maduración, de la incompleta, zigzagueante y finalmente frustrada maduración de una organización político-militar que intentó erigirse en la dirección de la potencialidad revolucionaria del pueblo argentino por medio de una conducta eminentemente práctica, interviniendo decididamente en la praxis social en momentos especialmente complejos de la lucha política argentina (Mattini, 2007:11).

⁹¹ Son tres los prólogos hasta la edición de 2007 (1988-1995-2003). Analizamos sólo los dos primeros por tratarse del período histórico que estamos analizando en este capítulo.

En este primer prólogo, por tanto, el libro es “historia” y “análisis de un proceso”. También es “testimonio analítico y autocrítico”. Como veremos mejor en el próximo capítulo, la “crítica” aparece como mandato para leer y comprender aquel pasado, transformado así en objeto del conocimiento histórico-científico:

... testimonio analítico y autocrítico (que) aspira ser una contribución a la memoria histórica y sobre todo a una elaboración colectiva que nos lleve a la recreación de nuestro pensamiento nacional. Mi esperanza es que este ensayo de descripción reflexiva y totalizadora de la no bien conocida experiencia del PRT-ERP en el período 1970-1977, incite a investigadores con formación académica a encarar una tarea desde una rigurosa metodología científica. (Mattini, 2007:11).

Si bien, en un primer momento, el locutor afirma que se trata de una historia no acabada, presente, al querer transformar los discursos políticos del pasado en objetos discursivos de la ciencia histórica, está, de alguna forma, enterrando aquel pasado. Más adelante, sin embargo, le devuelve la vida al politizarlo nuevamente, pero lo hace desde las nuevas coordenadas discursivas de la *época democrática*:

Por otra parte quisiera provocar la polémica, el sano debate de ideas, apoyado en la práctica social actual, entre todas las corrientes políticas verdaderamente interesadas en el proyecto de liberación nacional y social que contribuya a la realización de la ‘utopía’ por la que dejó la vida la mayor parte de una generación, en buena medida los protagonistas de esta historia” (Mattini, 2007:11)

Quedan atrás los signos “revolución”, “socialismo”, “lucha de clases”, “antagonismo”. En la nueva situación de enunciación, la de los nuevos tiempos democráticos, se enuncia para generar “polémica”, “sano debate de ideas”, aunque continúa vigente el sintagma “liberación nacional”, signo ideológico propio de aquellos “viejos tiempos”. Los proyectos políticos del pasado son ahora nombrados como “utopía”. La “generación”-y no el “proletariado”, o el “Partido”, representante de sus intereses históricos- aparece como sujeto político que dejó la vida por este proyecto utópico, negando, de esta forma, la representación de los hechos realizada por el *Nunca Más* y el discurso oficial de la reciente democracia que diferenciaba y contraponía militancia guerrillera con víctimas del terrorismo de Estado. La “teoría de los dos demonios” es negada pero no polémicamente -es decir, en sus propios términos-, sino

metalingüísticamente. Desde este nuevo punto de vista, *los militantes del pasado no son demonios ni víctimas, son parte de una generación que dejó la vida por la utopía*. Es por ello que también se diferencian de los discursos propios de la *época de la revolución*. La nueva “utopía”, la *utopía democrática*, tiñe la enunciación de este ex militante revolucionario.

El segundo prólogo, que data del año 1995, como dijimos antes, ubica de forma explícita y manifiesta los hechos objetos del relato en un pasado ya finalizado:

Este libro fue escrito hace casi una década y publicado cinco años después. Los hechos que trata ocurrieron hace apenas dos décadas, todavía no son historia, pero al mismo tiempo han quedado atrás. Empiezan a serlo (Mattini, 2007: 15).

La utilización del pretérito perfecto simple para representar el momento de producción del libro, como el de los mismos hechos, ubica a ambos en un pasado que el enunciador rechaza pues es un pasado acabado. No se identifica más con ellos, forman ambos parte de la historia. Así lo manifiesta, de forma explícita, en el siguiente fragmento:

... la desarticulación del sistema capitalista a nivel mundial, me han hecho reconsiderar conceptos y categorías que hube empleado en las reflexiones y análisis expuestos aquí.

Por las mismas razones, los objetivos y destinatarios del libro, si bien se mantienen en lo que se refiere a la necesidad de conservar la memoria histórica, se rectifican en cuanto a lo que eran sus propósitos más inmediatos. (...) ahora escribiría un libro distinto (Mattini, 2007: 15).

La caída del muro de Berlín, la crisis del “gran relato” marxista y el surgimiento de nuevos pequeños relatos, alejados de aquel paradigma, producen un cambio en la lectura de este pasado, ahora lejano. Como dirá más adelante, es otro el paradigma, y para el locutor, por tanto, otra debe ser la forma de subvertirlo, muy alejada de la practicada por la organización revolucionaria PRT-ERP en el pasado:

El párrafo inicial del capítulo primero refleja sintéticamente toda mi concepción sobre los procesos sociales y la historia en aquel momento. Una concepción con fuerte contenido *determinista de la historia*. Estaba todavía convencido que el mundo vivía la etapa del tránsito del capitalismo al socialismo. Y seguía sosteniendo la existencia de

un sujeto histórico 'sustancial', determinado por su papel en la producción material (Mattini, 2007: 15).

En contra de la concepción de la historia detentada por esta organización y por las otras organizaciones revolucionarias de aquel momento histórico -donde el triunfo de la revolución era un hecho indiscutible, inexorable-, *la revolución no está predeterminada a triunfar*. Tampoco la clase obrera a liderar este proceso de transformación. Luego de la caída del mayor exponente del socialismo real, hay, más bien, incertidumbre. Es por ello que deja de utilizar el modo perfectivo, lo que indica mayor lejanía con lo relatado.

Como dijimos, la historia del PRT-ERP, desde la perspectiva asumida por el locutor, es una historia que pertenece a un pasado acabado; una historia circunscripta a las características propias de la época, y por eso mismo, irreproducible. Con estas mismas palabras lo expresa el locutor:

En el desarrollo de la historia del PRT-ERP que se describe y analiza aquí, queda bastante claro que esta experiencia fue uno de los productos de las características que adquirió la lucha política en la Argentina de los sesenta-setenta. En tal sentido, como una experiencia solamente explicable bajo el paradigma anterior, *es ya irreproducible* (Mattini, 2007: 18).

El argumento que construye la experiencia del PRT-ERP y de toda una generación como irrepetible en las nuevas circunstancias, se reitera a lo largo del texto. Lo único que aparece como rescatable y vigente es la "actitud de protagonismo" o, como también veremos más adelante, cuando analicemos la película *Cazadores de utopías* de David Blaustein, la "voluntad de transformación":

... en este nuevo paradigma, en esta especie de nueva subjetividad, tanto las concepciones táctico-estratégicas, como las construcciones prácticas del PRT-ERP, ni las 'positivas' ni las 'negativas', nos sirven en general de enseñanza.

Pero, si el éxito mayor del Proceso y de los sistemas que le siguieron ha sido el debilitamiento en el campo popular de la esperanza de construir un mundo mejor, si una de las expresiones más nefastas de la derrota es la comprobación de que viejos luchadores y sectores populares empiezan a hablar el lenguaje del opresor, si los jóvenes que nos alzamos en los sesentas no éramos los sobrevivientes de una guerra o cataclismos económicos, sino los que tuvimos posiblemente la niñez más feliz de la

historia argentina, hay que indagar en el pasado *cuales fueron los resortes sensibles e intelectuales* que despertaron e hicieron posible en aquel momento la actitud de protagonistas y no de espectadores (Mattini, 2007: 20).

Si bien, el locutor, pone en escena en su enunciación el punto de vista que representa estas experiencias como irrepetibles, por medio del conector “pero”, contradice la conclusión que se desprende de lo anterior. Que la experiencia del PRT-ERP sea irrepetible, que no sirva de enseñanza para la práctica política en el nuevo contexto, no significa que no sea necesario examinarla pues “hay que indagar en el pasado cuales fueron los resortes sensibles e intelectuales que despertaron e hicieron posible en aquel momento la actitud de protagonistas y no de espectadores”. Lo que vale la pena reivindicar y repetir, entonces, no es ya la lucha armada, mucho menos las creencias pasadas –que la clase obrera es el sujeto histórico de la liberación, que el Partido es su fiel representante y veedor de la verdad histórica, entre otras- sino la voluntad para construir esa sociedad mejor que, a diferencia de la certidumbre pasada, es un proyecto sin garantías, incierto: “El presente es lucha y nuestro al mismo tiempo. El futuro es simplemente futuro. El futuro es un proyecto sin garantías que se lleva a cabo en el presente” (Mattini, 2007: 22). Ya no lo llama “socialismo”. De él solo puede decir eso, que es “mejor”, “distinto” de otro que es “peor”, “igual”: la democracia realmente existente.

Por lo tanto, aunque el locutor polemice con la visión (determinista) de la historia de la generación del pasado (acabado); aunque califique como “irrepetible” aquellas experiencias, continúa diferenciando en forma tajante el “proyecto emancipador” de los sesenta y setenta del proyecto pobretón no transformador que representaba, hasta ese entonces, la experiencia de la recuperación democrática, con sus ajustes, exclusiones y obediencias debidas.

La derrota fue política porque esencialmente destruyó el proyecto emancipador, el cual, más allá de Montoneros, PRT o grupo que fuere, interesó, entusiasmó y movilizó (a) millones de personas.

En tal sentido, la instauración de la democracia, sin perjuicio del partido que gobierne y de las obvias ventajas de este sistema institucional a las dictaduras, no tiene para el pueblo nada que ver con aquel sueño de una sociedad mejor sino con la resignación al mal menor (Mattini, 2007: 16).

Si bien construye ambos proyectos, el emancipador del pasado y el democrático del presente, como contrapuestos, utiliza los signos “utopía” y “sueño” para representar el

primero, reiterando así los discursos y valores de la nueva *época de la utopía democrática*. El futuro no es certeza, resultado de un riguroso conocimiento científico como lo era para el PRT-ERP, sino “sueño”. La “revolución”, el “socialismo” no son la respuesta a todos los males sino la menos certera y, hasta imposible, “utopía”.

2.2 La crítica

La historia que pretende contar el libro, no sólo es una historia pasada, ya acabada, sino que también (se pretende) *crítica*. Como dijimos en un comienzo del apartado, uno de los signos que aparece con mayor recurrencia para representar este pasado es el signo “crítica”. El mismo aparece, muchas veces, como mandato, como si no se pudiese hacer otra cosa con aquellas experiencias que criticarlas.

A diferencia del primer prólogo al *Nunca Más*, que demonizaba y colocaba como iguales a militantes guerrilleros (o “terroristas de extrema izquierda”) y militares represores, o los victimizaba despolitizándolos, el discurso de Luis Mattini los construye como actores históricos, cuyos actos deben ser *revisados, criticados, dejados atrás*:

¿Cómo historiar y analizar un proceso político cargado de comunión humana, determinación militante, generosidad y abnegación y sobre todo *justicia histórica*, sin que se transforme en un relato épico-romántico, fuera de contexto histórico, que aliente peligrosas aventuras? Y al mismo tiempo ¿cómo reflejar el aspecto crítico-autocrítico sin contribuir a la teoría ‘de los dos demonios’ y al sentido de derrota? (Mattini, 2007: 17).

Este sentido de crítica que propone otro eje de discusión, alejado de ambas opciones disponibles, convive y polemiza con los discursos románticos y demonizadores/renegadores, tanto en el discurso historiográfico como en el testimonial.

2.3 ¿Que se reivindica?

Si la crítica propuesta no es total, sino que reivindica algunos aspectos de la militancia pasada, es importante observar, entonces, cuáles son estos aspectos. Como vimos en el anterior fragmento, en principio, se reivindica “la comunión humana, determinación

militante, generosidad y abnegación y sobre todo *justicia histórica*”, en fin, lo que llamamos “voluntad de transformación” o, en palabras del propio locutor, la “actitud protagonista” de toda una generación.

En cuanto al caso particular del PRT-ERP, se destacan la coherencia entre “palabras y hechos” y la búsqueda del *poder total*, de la construcción hegemónica del poder:

¿Qué caracterizó al PRT-ERP actuando en aquella situación y que es lo que mantiene vigencia en la búsqueda del actual paradigma’?

Y la primera respuesta es, la congruencia entre práctica y teoría, entre palabras y hechos. En eso y hasta en su ‘exageración’ el PRT-ERP fue el más fiel discípulo del espíritu del Che Guevara.

Junto con esto la búsqueda de la hegemonía para la captura del *poder total*: Político, económico y militar.

En la Argentina de 1967, parte de América Latina, bajo una dictadura militar y con el movimiento mayoritario del país proscripto, ese espíritu no podía menos que expresarse en un fusil.

En lucha armada entre 1967 y 1973 estaba legitimizada por la situación y poseía un consenso generalizado en la población (Mattini, 2007: 19).

Estos últimos párrafos terminan de construir aquel pasado como algo acabado. En aquel contexto, y sólo en él, la única forma de ser coherente y de construir hegemonía –para el locutor, únicos valores vigentes, *repetibles*- era hacerlo por medio de la lucha armada. Podemos ver como se reitera en este enunciado aquel lugar común pasado que construía a esta táctica político-militar como único camino para llegar al socialismo. En las nuevas condiciones de producción discursivas, esta posibilidad no sólo que no es la única sino que *no lo es más*. Como vimos, es *irrepetible*. Desde la perspectiva con la que se identifica el locutor, es otro el tiempo histórico, otra época, otro el paradigma y, por tanto, otras son las formas de llevar a cabo el legado del Che que el PRT-ERP tomó como propio. Da así por terminada la época de la lucha armada pero parece enterrar también la posibilidad de represión; de este modo “democracia” se reafirma como el único signo valorado positivamente en el presente.

2.4 La distancia enunciativa con el pasado

El locutor construye la distancia enunciativa con este pasado empleando, por lo menos, dos recursos, uno discursivo y otro gráfico-modal: por medio de la utilización de la tercera persona (en lugar del yo autobiográfico) y por medio de las comillas.

2.4.1. Entre el relato de investigación y el testimonio

La utilización de la tercera persona para relatar lo acontecido le permite al locutor construir distancia respecto de estos hechos. La posición de enunciación asumida es más propia del experto que analiza una historia *ajena*, que de un antiguo protagonista de la misma. Esto lo logra, mediante el recurso señalado como también por medio de otros, por ejemplo, su no inclusión en el colectivo “militancia del PRT”:

Una de las características de la militancia del PRT era que, en las situaciones más difíciles, solemnes o de gran responsabilidad, se mantuviera el optimismo y el buen humor, donde la tragedia y la comedia se entremezclaban. Esto debía tener su origen en la enorme confianza que se poseía como grupo humano y sobre todo en la firmeza de los objetivos propuestos. De modo que a pesar del ‘molde’ de militante creado formalmente por la organización, cada persona mantenía más o menos oculto o más o menos abierto, su perfil propio, su personalidad real y ésta afloraba precisamente en las situaciones que caían fuera de control (Mattini, 2007: 54-55).

Los hechos son relatados como si se relataran así mismos, como si el locutor no hubiese formado parte los mismos (y no quisiese formar *más* parte de éstos). Es lo que Benveniste (1982) denomina *enunciación histórica*⁹². A lo largo del texto, el locutor refuerza la distancia con este pasado transformándolo precisamente en eso, en una *historia desubjetivada*. La utilización del se pasivo/ impersonal refuerza esta representación.

⁹² Para Benveniste, la *enunciación histórica es la que permite relatar los hechos pasados como si se relataran a sí mismos*. Para lograr dicho efecto, este tipo de relato excluye toda forma lingüística “autobiográfica”, esto es, no intervendrán en su composición ninguna pronombre personal (ni yo, ni tu), ni tampoco ningún deíctico. Sólo formarán parte del mismo, formas de tercera persona como ausencia de persona. *El discurso, en contraposición, es toda enunciación que implique un enunciador y un destinatario al cual influir*. La distinción entre ambos tipos de enunciación no coincide de ninguna manera con la que hacemos entre lengua escrita y hablada. En la práctica se pasa instantáneamente de un plano de la enunciación a otro. Cada vez que en medio de un relato histórico aparece un discurso, por ejemplo, cuando el historiador reproduce las palabras de uno de los protagonistas, o cuando interviene el mismo para juzgar los acontecimientos relatados, se pasa a otro sistema temporal, el del discurso. Para el autor, lo propio del lenguaje es permitir estas transferencias instantáneas.

Sin embargo, al final, en el “Epílogo”, vuelve a la estrategia discursiva de ambos prólogo, al “yo” que marca la presencia enunciativa del locutor:

En los veinte capítulos anteriores he expuesto y analizado el surgimiento, desarrollo y apogeo del PRT-ERP hasta la muerte de Mario Roberto Santucho la cual, a pesar suyo y nuestro, selló su fin. Lo he hecho en tercera persona con el objeto de poner la distancia del investigador para favorecer la objetividad. Sin embargo objetividad no es sinónimo de imparcialidad. No soy imparcial ni he tratado de parecerlo. Asimismo el uso de la tercera persona diluye mi participación explícita en todo el relato y por ese motivo es necesario dejar perfectamente claro que cada vez que se repite la expresión ‘Santucho y la dirección del PRT’ me incluye asumiendo la responsabilidad colectiva e individual hasta ese momento. Un balance de mis responsabilidades más concretas no cabe en este lugar.

Ahora bien, a partir de la muerte de Santucho, en que deviene su sucesor, pasé a tener la responsabilidad principal en los destinos del PRT-ERP por lo que me es muy difícil metodológicamente continuar en tercera persona (Mattini, 2007: 361).

Desde la nueva posición de enunciación asumida, el locutor relata en tanto *testigo*, actor involucrado en los hechos objeto de su discurso, la muerte de Santucho, la retirada y exilio de la nueva dirigencia en 1977, la ruptura en 1978 con el sector liderado por Gorriarán Merlo y el ataque a La Tablada el 23 de enero de 1989, protagonizado por esta fracción, ahora perteneciente al Movimiento Todos por la Patria (MTP). Nos vamos a detener en la representación de este hecho, el *último acto de la guerrilla setentista* como lo llama Claudia Hilb (2007) en su artículo de idéntico título⁹³.

Para Luis Mattini, dicho hecho se inscribe en la *lógica perretiana* pero solo en parte:

Es lógica del PRT en cuanto al empleo de la acción militar como condicionante político y en tal sentido –y solo en eso- se inscribe en el mismo cuadro de Monte Chingolo (Mattini, 2007: 376).

La faceta militarista que posibilitó La Tablada es la cuota de responsabilidad que tenemos los viejos PRT-ERP en esos trágicos sucesos y debemos asumirla así como los marxistas tenemos que asumir el stalinismo a pesar de que, en nuestro caso, hemos sido, no sólo sus duros críticos, sino también aspirada alternativa.

Pero La Tablada no fue posible sólo por el militarismo. El militarismo proveyó los recursos prácticos, la capacidad de acción. Pero más allá del aspecto militar, el hecho en toda su magnitud sólo puede explicarse por la existencia en Gorriarán, y no sólo en Gorriarán, *sino principalmente*, en buena parte de la ‘clase política’ de un sentido

⁹³ “La tablada: el último acto de la guerrilla setentista” en *Revista Lucha Armada en la Argentina*, N° 9, año 3, septiembre 2007.

conspirativo de la política, el culto al coraje y el doble discurso (Mattini, 2007: 376-377).

Nosotros también creemos que este hecho no se inscribe del todo en la lógica político-discursiva del PRT-ERP pero no por los motivos esgrimidos por el locutor sino porque está *inscripto en las coordenadas discursivas de la nueva época de la utopía democrática*. El ataque al Batallón de Monte Chingolo, como ya analizamos⁹⁴, era, para el discurso de la organización, un paso más en el desenvolvimiento de aquella revolución entendida como inexorable. Sin embargo, el asalto al cuartel militar de La Tablada fue realizado, como dijo su principal protagonista, “para frustrar un golpe de estado que el ejército estaba gestando” (Gorriarán Merlo, 1997)⁹⁵. Si en el discurso del PRT-ERP, el golpe de Estado aceleraba las contradicciones sociales y políticas y, por tanto, era un factor que terminaba favoreciendo el devenir de la revolución (de ahí que esta organización no defendiera con demasiado énfasis el gobierno de Isabel Martínez de Perón ante la inminencia de un nuevo golpe de Estado), en la nueva situación de enunciación, propia de la *época de la utopía democrática*, el propósito último de la acción militar es frustrar el intento golpista; a fin de cuentas, defender la democracia electoral, antes denostada. Por tanto, hasta el propio discurso que continúa reivindicando el accionar armado en la nueva época -desde el discurso de la nueva democracia, como vimos, ilegítimo por “violento” y “autoritario”-, está atravesado por el discurso democrático pues su fin no es la revolución sino defender el orden democrático de un posible golpe. Por este motivo provocó tanta confusión y rechazo popular esta acción⁹⁶. Sus fines pertenecían a la nueva época, pero sus medios recordaban a su antecesora, ya (pretendidamente) olvidada. La represión que el discurso de la *utopía democrática* operó sobre el discurso de la *época de la revolución* hace síntoma⁹⁷ en *La Tablada* y en la perplejidad que esta provocó.

⁹⁴ Ver Capítulo II, apartado 4.3. Derrotas que no son tales: Monte Chingolo, p. 144.

⁹⁵ Alegato de Enrique Gorriarán Merlo ante la cámara de San Martín disponible en www.elortiba.org/pdf/GMerlo.pdf

⁹⁶ Así lo manifiesta Claudia Hilb (2007) en el artículo señalado: “¿Qué explicación –se preguntaban, nos preguntábamos- podía encontrarse para ese asalto a un cuartel militar en pleno régimen alfonsinista, por parte de integrantes de una agrupación que sostenía, hasta donde era públicamente conocido, un discurso político amplio, democrático y aglutinador de las fuerzas progresistas del país? ¿Qué lógica, qué confusión o desvarío podían explicar ese hecho a primera vista inentendible, que evocaba inmediatamente reminiscencias del accionar guerrillero de la primera mitad de los '70?” (p. 4).

⁹⁷ Tomamos la definición de síntoma de Slavoj Žižek (2003): *la verdad reprimida hace síntoma, regresa como un espectro en el fetichismo de la mercancía*, en nuestro caso, el fetichismo de la utopía democrática.

2.4.2. Palabras mantenidas a distancia: el uso de comillas.

La lingüista Authier-Revuz, en su texto “Heterogeneidades enunciativas” (1978), diferencia entre la *heterogeneidad discursiva mostrada* y la *no mostrada*. Mientras la última da cuenta del carácter constitutivamente heterogéneo de todo discurso, siempre atravesado por lo ya dicho, por otras voces, la heterogeneidad mostrada es la que altera la unicidad aparente del hilo discursivo ya que inscriben la voz del otro en el texto.

Esta inscripción de otras voces puede estar marcada lingüísticamente, por ejemplo, mediante el uso de comillas en textos escritos. Las comillas permiten al locutor construir un borde que diferencia un interior, su propio discurso en el que se reconoce, de un exterior, el entrecomillado. Para esta autora, como vemos, las palabras entrecomilladas permiten al locutor mantener distancia con ellas.

Hay, por lo menos, dos tipos de uso de este recurso lingüístico. Están, por un lado, las *comillas de condescendencia*: son comillas que señalan que una palabra es apropiada para el destinatario pero no para el locutor o también lo inverso, una palabra que es apropiada para el locutor, pero no para el destinatario. Por otro lado, están las *comillas de protección*, utilizadas por el locutor cuando no se considera su depositario legítimo, ya sea por estar cargadas de un saber o de una situación social de la cual no se siente parte o porque pone en cuestión su carácter apropiado.

Este recurso discursivo es utilizado a lo largo y a lo ancho de *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, precisamente, para diferenciar los signos del pasado, de los utilizados (y legitimados) por el locutor. Las comillas son de protección pues se las utiliza en signos, conceptos, creencias del pasado, ahora *inapropiados*, *irrepetibles* de otra forma que no sea por medio de palabras entrecomilladas. Este recurso refuerza aún más la representación de este pasado como algo acabado, diferente al presente de la enunciación y a lo que el locutor ahora piensa, desea y a lo que desea que los otros -sus destinatarios-, piensen, deseen.

Para lograr este efecto utiliza comillas y, también, itálicas. La redundancia en el uso de recursos lingüísticos y tipográficos para representar estos signos profundiza, aún más, su representación como *otro* en el hilo discursivo. Este es el caso, por ejemplo, de “guerra revolucionaria”, “proletarización” y “revolución ideológica”, signos analizados en la primera parte de la tesis, cuando todavía no expresaban una voz ajena sino que formaban parte estructural del discurso de los revolucionarios:

El conjunto del Partido (...) se preparaba para la '*guerra revolucionaria*'. Esta preparación no era sólo en estudios de la ciencia militar; acumulación de pertrechos, propaganda en el pueblo, etc.; sino muy especialmente en la preparación '*ideológica*' interna. Es en ese camino que se da la '*revolución ideológica en el PRT*' la cual, a juicio de Santucho, no fue más que '*los aspectos ideológicos de la proletarización partidaria*' (Mattini, 2007: 44).

En este fragmento hay una utilización no irónica de las comillas. Como vimos, son utilizadas para depositar estas palabras en un lugar distinto y contrapuesto al de la situación de enunciación que comparten enunciador y destinatarios, deslegitimando así el uso de dichos signos al representarlos como *anacrónicos*.

Por el contrario, el siguiente enunciado, mediante la ironía, reproduce la vigencia de los signos y creencias pasados. Las comillas, por tanto, no sólo permiten representar algunos signos como irrepetibles en la nueva situación de enunciación. En este caso, las comillas – reforzadas por el modificador en posición antepuesta al núcleo en los tres casos- son utilizadas para representar el uso de estos signos en el pasado como algo *inapropiado*:

... la moral, una supuesta '*moral proletaria*', se confundía con la ideología. Era la reacción contra el intelectualismo inoperante y charlatán de la escuela morenista que se llevó a cabo con conceptos casuísticos y lo que es peor aún, por supuestos teóricos de un '*materialismo dialéctico*' teñido de positivismo, a lo que se sumaba el reciente descubrimiento del maoísmo que había '*simplificado*' tanto la dialéctica hasta quitarle el contenido (Mattini, 2007: 44).

“Moral proletaria” y “materialismo dialéctico” son, de esta forma, signos que no fueron realmente realizados en el pasado, y mantienen, por tanto, un vínculo hasta de deuda con el presente. Como vimos, si bien el segundo prólogo hablaba de una historia acabada, en el momento en que fue realizado el texto al que pertenecen estas palabras, el locutor todavía creía que esa historia estaba vinculada con el presente de la enunciación. Allí residía, como lo manifiesta el mismo autor, la motivación principal de su escritura.

Recapitulando, hay, entonces, en el desarrollo del texto, por lo menos, dos usos de las comillas. Uno, para depositar determinados signos en un pasado finalizado; otro, para ironizar acerca de su verdadera existencia en aquellos tiempos, reproduciendo así la vigencia de estos signos en el presente de la enunciación. En las condiciones de producción discursivas en las

que fue producido el texto, el materialismo, el socialismo, eran todavía una posibilidad legítima –el texto, de hecho, fue escrito antes de la caída del Muro de Berlín-, aunque, como vimos, atravesado ya por los signos y argumentos propios de la nueva *época de la utopía democrática*.

2.5 La lucha armada y la “engañifa” electoral

El cambio de una época a otra se manifiesta en la representación de este pasado como un pasado violento, no democrático y, por tanto, negativo. Luego de la derrota política y militar de las organizaciones revolucionarias de los años sesenta y setenta, del golpe cívico-militar de 1976 y de la recuperación democrática de 1983, comienzan a aparecer otros signos y argumentos para representar la experiencia política pasada. Desde las nuevas condiciones de producción discursivas, los signos que dominaban anteriormente los discursos revolucionarios aparecen muchas veces, como ya vimos, entrecomillados o también negados. Por ejemplo, para hablar de las acciones armadas de una organización guerrillera como lo era el PRT-ERP, un ex dirigente de la organización como lo era Luis Mattini, necesita decir que las acciones de propaganda armada eran “limpias, sin sangre y sin violencia”.

Hay que tener en cuenta que la abrumadora mayoría de las operaciones de propaganda armada del ERP durante toda una primera época, fueron acciones *limpias, sin sangre y en la mayoría de los casos casi sin violencias*. Esto se correspondía a la línea trazada, pero también a una etapa determinada, *caracterizada por la sorpresa de las fuerzas represivas*; su falta de preparación efectiva para enfrentar este tipo de lucha (Mattini, 2007: 70).

Si en la *época de la revolución*, sangre, sacrificio, lucha armada eran condiciones sine qua non para la victoria revolucionaria, en la *época de la utopía democrática* es algo negativo que es necesario desmentir, rechazar. Por este motivo, “limpio, sin sangre y sin violencia”, - que implica una negación de “sucio, con sangre y con violencia”-, es algo positivo, digno de ser incorporado al relato de la práctica revolucionaria pasada. El locutor, por tanto, polemiza con los discursos demonizadores de esta práctica política pero desde los signos y valores de la *época de la utopía democrática*.

Uno de los términos mayormente utilizados para interpretar (y criticar) la táctica político-militar llevada adelante en el contexto de las elecciones electores de 1973 es “militarización”, contrapuesta a la ahora legítima y valorable “lucha democrática”. Luego de citar un documento de la organización producido en aquel contexto, el locutor afirma lo siguiente:

(...) la estrategia de *‘guerra revolucionaria’* se iba a llevar a cabo sea cual fuere el gobierno de turno. Por otro lado insistía en calificar como vanguardia al proletariado azucarero de Tucumán llamando al proletariado industrial su *‘aliado’* junto a los campesinos pobres del norte. (...) Como no podía ser de otra manera, no hay nada en el capítulo que se refiera a la lucha democrática (Mattini, 2007: 47).

Esta valorización positiva de la “lucha democrática” por sobre la “guerra revolucionaria”, se realiza, en este caso, mediante la utilización de comillas. Mientras “guerra revolucionaria”, entrecomillado, es un signo *otro*, propio del pasado –y ahí debe quedar-, “lucha democrática”, sin comillas, es representado como un signo vigente y deseable. El locutor argumenta a favor de este último y desde allí hace su crítica al pasado.

En los discursos del PRT-ERP, el proceso electoral abierto durante la presidencia del General Lanusse como salida de la dictadura gobernante era mera “farsa electoral”. Como vimos en los documentos analizados en la primera parte de la tesis, “socialismo” estaba vinculado, necesariamente, a “sangre y sacrificio”, en contraposición a la “farsa electoral” que representaba la democracia electoral burguesa. En las nuevas condiciones de producción discursivas, esta apertura electoral –y las elecciones en sí- dejan de ser “engañifa” para ser “una posibilidad real de democratización del país”, desaprovechada por la organización. Allí se detiene, por tanto, el foco de la tan nombrada “crítica”.

En el discurso de Luis Mattini, signado por las modificaciones operadas en la *época de la utopía democrática*, “socialismo” y “democracia” (electoral) dejan de ser términos opuestos.

... la esencia del problema en 1972 era el error de unificar como una unidad indisoluble, *guerra con socialismo y política con democracia*, separando ambos conceptos. (...) la vía hacia el socialismo –que era el objetivo y *‘real solución a los problemas del pueblo’*- estaba girando, de la lucha armada hacia la democratización por

canales más o menos tradicionales, es decir el sistema electoral. Esto quiere decir que la lucha armada debía *'abandonar'* por el momento los objetivos socialistas, para apuntar los fusiles a consolidar la lucha democrática y una vez lograda esa democratización, suspender la actividad guerrillera o bien mantenerla como *'custodia'* de la conquista lograda y de las verdaderas instituciones que representaban esa conquista. (...) El PRT tenía, entonces, una política ambigua, dual una parte del Partido luchaba en los comités de base con la táctica de participación y otra parte, de hecho, combatí con la línea de boicot. Pero para ambas partes, la democratización no aparecía como una posible vía al socialismo, (es decir que aún el largo camino de la *'guerra prolongada'* puede incluir una etapa de lucha política legal democrática y no guerrillera) sino como un simple instrumento utilitario, para *'oxigenarse'* de la lucha clandestina (Mattini, 2007: 110).

En contra de los lugares comunes constitutivos de los discursos revolucionarios de los años sesenta y setenta, desde este discurso, la “guerra prolongada” no debe por qué excluir a la “lucha política legal democrática” como uno de los momentos del largo camino al socialismo. Desde el nuevo discurso que la *época democrática* instaura, no sólo no hay un “único camino para el poder obrero y el socialismo”, sino que dentro de esos muchos caminos, se encuentra la “democracia”, antes despreciada. Es por ello que “lucha armada” se presenta, muchas veces, como error, incomprensión, militarización.

2.6 Las víctimas

Si bien no es tópico central del texto –éste es, como hemos dicho, la revisión histórica y crítica de la organización PRT-ERP-, no podemos dejar de analizar la representación que se construye en el mismo de las víctimas del terrorismo de Estado.

En el apartado donde analizamos el primer prólogo al *Nunca Más*, pudimos ver cómo los signos “víctima” y “desaparecidos” se construían como algo distinto a “guerrilleros” o “terrorismo de extrema izquierda”. Desde el discurso dominante del momento en el que fue producido el prólogo, estaban, por un lado, los demonios “violentos” y, por el otro, la sociedad civil y los desaparecidos, víctimas de la violencia ejercida por ambos bandos ideológicos.

El discurso de Luis Mattini recupera la condición militante de las “víctimas” pero continúa construyendo dicho colectivo como distinto a “guerrilleros”. En el siguiente enunciado, por ejemplo, aparecen dos tipos de participantes distintos para hablar de las víctimas del terrorismo de Estado o, como irónicamente llama el locutor, “guerra sucia”:

Trelew fue el inicio de la verdadera *'guerra sucia'*, una guerra que comenzó por el asesinato de 16 combatientes confesos de guerrilleros y culminó con el secuestro, desaparición y posible asesinato de 30.000 personas en su mayoría trabajadores, asalariados y estudiantes (Mattini, 2007: 128).

Para hablar de las víctimas-pacientes de la masacre de Trelew, el locutor construye el participante "16 combatientes guerrilleros", pero para hablar de las víctimas de la dictadura cívico-militar de 1976, se refiere a "30.000 personas en su mayoría trabajadores, asalariados y estudiantes", víctimas-pacientes de los procesos nominalizados "secuestrar", "desaparecer" y "asesinar". Si bien, como vimos en los prólogos de *Hombres y mujeres...*, el autor polemiza con la teoría de los dos demonios, en la representación que realiza de las víctimas del terrorismo de Estado están presentes algunas representaciones del primer prólogo. Los "desaparecidos", como en el texto del *Nunca Más*, son representados por su ocupación y llamados "personas", a diferencia de los "combatientes guerrilleros" de la masacre de Trelew. Sin embargo, en contraposición a lo que plantea la teoría de los dos demonios, ambos, "guerrilleros" y "personas", independientemente de los medios (armados) utilizados, son contruidos como víctimas de la "guerra sucia" militar. Siguen siendo pacientes de acciones ajenas.

3. "Esa violencia en manos de los pueblos no es violencia, es justicia". Signos y argumentos en *Cazadores de utopías* (1996).

En polémica con el discurso de la *época de la utopía democrática* que deslegitima cualquier uso de la violencia política, el documental que presentamos a continuación, reitera las representaciones propias del discurso político de la izquierda de los sesenta y setenta que instituían a la violencia popular como necesaria, justa y, al igual que en el discurso del PRT-ERP, como único camino para superar el orden (injusto) de cosas. Sin embargo, en concordancia con las nuevas coordenadas discursivas, ese pasado es un pasado de "utopías". Lo que antes era una posibilidad certera y cercana: la "revolución", ahora se lo representa mediante un signo que da cuenta más bien de su imposibilidad.

Cazadores de utopías es un documental de David Blaustein, con guión de Ernesto Jauretche y testimonios de numerosos ex militantes (con exclusión de sus antiguos dirigentes).

Se estrenó en el año 1996. En el contexto político, social y discursivo en el que fue producido –donde los ecos de la “teoría de los dos demonios” no dejaban de sonar-, era más fácil hablar desde el lugar de víctimas de la represión que reconocerse militantes de aquellos años convulsionados.

Durante la transición democrática y en el transcurso de la década del noventa, continuaron hegemonizando las figuras discursivas del primer prólogo al *Nunca Más*, tanto las que igualaban militares golpistas con militantes guerrilleros, como las que victimizaban y despolitizaban a los detenidos-desaparecidos de la última dictadura militar (en el discurso de las organizaciones de Derechos Humanos, no así en el del entonces Presidente). El hecho de haber participado en alguna organización armada los hacía culpables y, por lo tanto, merecedores del castigo sufrido. Por este motivo, las “víctimas” fueron construidas como algo distinto a militantes de las organizaciones armadas de izquierda.

En esta situación de enunciación, hacer una película como *Cazadores de utopías*, donde los testigos hablan en tanto víctimas de la represión *pero también* como ex militantes, no era algo menor. Era una forma -aunque titubeante, melancólica, y con la derrota a cuestas- de empezar hablar de ese pasado desde un lugar diferente al otorgado por el relato democrático; lugar que los ubicaba, una y otra vez, como criminales guerrilleros o como objetos de la represión, no como sujetos que realizaban acciones políticas en el pasado. Sin embargo, como veremos, esta reivindicación de la militancia pasada se produce, muchas veces, de una forma que termina reiterando el discurso victimizante de la transición democrática, pues se siguen representando a sí mismos, en reiteradas oportunidades, como pacientes de acciones realizadas por otros (ya sean éstos los otros “enemigos” o la misma Historia). El mismo título del film, *Cazadores de utopías*, da cuenta de un proceso, oculto en una clausula relacional, cuyo actor, podemos inferir, son las fuerzas represivas, y los pacientes, el participante inanimado “utopías”, reiterando así la victimización que señalamos.

3.1 La “violencia” como único camino.

Desde el principio, el documental da cuenta desde dónde construye esta historia. Aparece en la primera toma, cual graffiti, la siguiente inscripción sobre un fondo que simula ser una pared de ladrillos con la sigla PV (Perón Vuelve):

La recuperación de nuestra memoria no podría ser desapasionada ni imparcial. A los 30000 desaparecidos y a los que todavía creen que se puede vivir la historia con un poco más de dignidad.

Podemos ver como este preámbulo dialoga con las representaciones del pasado reciente de la época. Frente a la supuesta “objetividad” de la historia oficial que criminaliza y posiciona como iguales a militantes populares respecto a las Fuerzas Armadas, el film da cuenta de su parcialidad sin rodeos desde una primera persona colectiva, un nosotros que pervive más allá de la derrota y la desaparición.

Desde el comienzo del film -con los discursos de Evita y Perón⁹⁸, las imágenes del bombardeo a la Plaza de Mayo y de la represión policial y/o militar en los sucesivos golpes militares- el sentido que se construye es el de la *inevitabilidad de la violencia* como forma de acción política. A la *criminalización del accionar guerrillero* se responde con la *naturalización de la lucha armada*. Los hechos que, en los distintos testimonios, se enumeran⁹⁹ para argumentar a favor del camino (armado) adoptado, funcionan discursivamente como preconstruidos que naturalizan -construyendo como evidente, justa y necesaria- la militancia armada pasada y la búsqueda de la revolución. En palabras de un ex militante, “la única forma que había de traerlo de vuelta a Perón era haciendo la revolución”:

En el 55 se produce un acto de salvajismo, digamos, como pocas veces se había visto en la historia reciente de nuestro pueblo. El bombardeo a la plaza de mayo, no? Cuando un grupo de militares sublevados, para acabar con Perón, bombardean una plaza abierta. Entonces yo nací un poco en ese calor, no? En el calor de esa injusticia, de esa bajeza que consistía en ametrallar, en fusilar. Al año siguiente, en el 56, cuando el General Valle se subleva y cuando un grupo de compañeros, entre los que se encontraba Julio Troxler, son llevados a un basural en León Suarez y son fusilados así nomás, sin juicio previo... (Imágenes de fusilamiento).

Fronzizi cuando llega al gobierno por el voto de los peronistas digamos, en lugar de sancionar a los responsables del golpe de Estado, los premia, le da la categoría de Teniente General, no? Entonces, cómo, uno que se levantó contra la constitución, que

⁹⁸ Se muestra un discurso de Perón en el exilio que es ilustrativo en este sentido: “La juventud debe saber y la juventud debe empeñarse en realizar por las buenas si es posible y si no por las maleas. La violencia es un asunto muy discutido en nuestros días pero en mi sentir los únicos que tienen derecho a ejercer la violencia en el mayor grado son los únicos pueblos, los que quieren liberarse. Esa violencia en manos de los pueblos no es violencia, es justicia”.

⁹⁹ Entre éstos se encuentran, como más frecuentes, el bombardeo de plaza de mayo, el golpe de Estado del ‘55, los fusilamientos de José León Suarez, la proscripción del peronismo, el golpe de Onganía y el cordobazo, entre otros.

bombardeó la plaza es un héroe, entonces nosotros, qué somos, viste? No puede ser eso... había un sentimiento de rebeldía ante esa injusticia.

Perón anuncia en el año 64 su intención de volver al país por métodos pacíficos para unir a todos los argentinos... Entonces nosotros lanzamos un plan de lucha junto con la CGT y todo eso para popularizar esa idea del retorno de Perón. Para hacértela corta, bueno, Perón no vino, el 2 de diciembre lo pararon los milicos en el Galeao, en Rio de Janeiro, acá el comando que había acá fue un desastre, no había nadie.

Vos recordarás que a Illia lo sacaron de la casa de gobierno con la guardia de infantería, ya ni siquiera era necesario, digamos, la violencia, el fusilamiento, era violencia también, por supuesto... pero yo creo que ante esa forma de actuar nosotros ahí ya llegábamos a esa conclusión de que la única forma que había de traerlo de vuelta a Perón era haciendo la revolución, es decir, enfrentando a este gobierno militar que prometía, además, estar por veinte años en el gobierno, que disolvió todos los partidos políticos, intervino la universidad, los sindicatos, hizo todo lo que....

(...)

Nosotros caemos en setiembre del 68 en Taco Ralo, Tucumán, ya habíamos decidido lanzar un destacamento rural y un destacamento urbano. Y entonces tuvimos muchas críticas también, mucha gente que dijo y... las condiciones no estaban dadas, se apresuraron, por qué, y muy poco tiempo después, fijate que yo te estoy hablando de octubre mas o menos que nos habrán traído a Buenos Aires, y en mayo del año siguiente explota todo el país con esa formidable rebeldía, rebelión popular que fue el Cordobazo (Envar El Kadri Peronismo de Base - Fuerzas Armadas Peronistas).

En los distintos relatos de ex militantes mostrados en la película, se reitera aquella representación que hace de la “violencia” el único camino posible. Si bien aparecen voces críticas respecto del inicio de la lucha militar, termina prevaleciendo, en el mismo testimonio, su legitimación:

Yo personalmente y muchos compañeros teníamos un conflicto con la cuestión ésta de la lucha armada. No estábamos preparados realmente para afrontar una lucha militar, ¿no?

Hay que recordar que en nuestra constitución misma hay un párrafo que dice que nos ordena a armarnos en defensa de la Patria y de esta Constitución, dice... nosotros entendíamos que nos estábamos armando en defensa de la Constitución (Gerardo Bavio, ex intendente de la ciudad de Salta por el FREJULI).

Esta legitimación, no reside, como en otros testimonios, en la necesidad de la revolución, sino en la *defensa de la Constitución*. La representación de la antigua militancia parte de los valores (democráticos) de la nueva época. Desde estas nuevas condiciones de producción discursivas, los militantes no se armaban para hacer la “Revolución”, construir la

“Patria Socialista”, etc, sino para defender la Constitución, algo positivamente valorado en los nuevos tiempos aunque *no* hacerlo en forma armada.

El testimonio que veremos a continuación, al igual que el anterior, se distancia de la “lucha armada”. No es casual que fuera producido por otro *outsider* del peronismo armado. Si el anterior testimonio fue pronunciado por un ex intendente del FREJULI, éste fue pronunciado por Andrés Framini, dirigente textil y secretario general de la CGT Auténtica de 1955. En un primer momento, rechaza el “crimen político”, pero en seguida lo legitima al diferenciarlo de “crimen justo”:

Yo soy enemigo del crimen político, no obstante, muchos de mis amigos han sido criminalmente muertos (...) el de Aramburu (...) yo lo llamaría un crimen justo porque los antecedentes de Aramburu como fusilador eran bien reconocidos por el país.

Vemos cómo, nuevamente, se reitera el argumento que justifica la “violencia de los de abajo” por la “violencia de los de arriba”. Si bien el locutor se declara enemigo de lo que llama “crimen político”, el adverbio “no obstante” permite cambiar la orientación argumentativa del enunciado y legitimar la acción pasada. En el mismo sentido que en los discursos del PRT-ERP analizados, responder al crimen del enemigo con otro crimen no es violencia, crimen político, es *justicia*.

Tanto sea para “defender la constitución”, “hacer justicia” o la “revolución”, los discursos de los diferentes testimonios construyen una representación de este pasado donde la única posibilidad de llevar a cabo aquella tarea era de una forma armada. Sin embargo, como vimos, estos discursos, por más que reiteran argumentos y creencias propios de la *época de la revolución*, están atravesados por las nuevas condiciones de producción discursivas de la *época democrática*. Es por ello que, por ejemplo, se usa recurrentemente el signo “violencia” para hablar de la forma de lucha pasada, diferente de “política”. Si el primero, desde el discurso dominante de la democracia recientemente recuperada, tiene una valoración negativa, el signo “política” ligado a “acciones pacíficas” es el “único camino” de los nuevos tiempos:

... no había otra alternativa, es decir, la violencia era diaria y no podíamos estar ajenos a eso. En qué medida a un poder que la herramienta fundamental es la violencia se le puede contraponer solamente con acciones pacíficas como podía ser la acción gremial, pensando en ese momento no había ninguna posibilidad de hacer política. Estaba totalmente proscripto el movimiento peronista y todo tipo de política. (Francisco Biecho - JP Tucumán).

Como las “acciones pacíficas” son, desde esta nueva situación de enunciación, los únicos medios legítimos para hacer política, la elección de la lucha armada es representada como algo dado, mecánico, impuesto por los otros o por la historia, no como una elección.

El tema de la definición por la lucha armada viene despacito, como un grado de asunción de violencia que casi yo te diría que casi no me doy cuenta cuando dejo de ser un partícipe de un movimiento político de base, etc., y pasamos a ser el comando.

Lo hicimos [la lucha armada] porque estábamos cansados de poner la otra mejilla, no lo hicimos porque nos gustaba, a nosotros nos impusieron el lugar de la batalla, nosotros no lo elegimos, no elegimos pelear de esa manera. La oligarquía nos puso en ese lugar y nosotros veníamos perseguidos, fusilados, encarcelados, muertos, no queríamos ser más la víctima, estábamos podridos de poner la otra mejilla.

Los sujetos militantes del pasado se transforman en pacientes de acciones realizadas por otros: “perseguidos”, “fusilados”, “encarcelados”, “muertos”. Si bien, en este caso, el locutor afirma “no queríamos ser más la víctima”, la representación discursiva de lo realizado precisamente, los coloca nuevamente en ese lugar pues “no elegimos”, los otros, la “oligarquía” lo hizo por ellos.

En consonancia con los discursos trabajados en la primera parte de la tesis, pertenecientes a la *época de la revolución*, los militantes de los testimonios tampoco podían hacer otra cosa. Como dictaba el momento histórico, debían tomar las armas, entregarse por completo a la lucha armada. Sin embargo, a diferencia de los discursos del PRT-ERP, ésta era una resistencia de vieja data. Desde el 1955, año en que Juan Domingo Perón es destituido por la fuerza de su cargo de Presidente de la Nación, los sectores peronistas se encontraban resistiendo la persecución, la proscripción y en ese contexto actuaban. Los militantes del PRT-ERP, en cambio, estaban en otra posición pues no los movía, en principio, la defensa, la resistencia, sino la búsqueda del socialismo.

El “repudio a la dictadura militar de Onganía” aparece, nuevamente, como argumento preconstruido que legitima definitivamente el camino emprendido:

Al calor de ese sentimiento de repudio a la dictadura militar, muchos jóvenes y no jóvenes, mucha gente del pueblo, muchos compañeros, querían incorporarse, no? A la guerrilla... era como, como te diría, el escalón más alto, como decía el che, el escalón más alto era ser revolucionario, participar en la lucha armada. A un poeta, a un pintor lo único que se le pedía era que dejara los pinceles para otro día y empuñara un arma (Envar El Kadri – Peronismo de Base – Fuerzas Armadas Peronistas).

La diferencia entre los discursos militantes de la *época de la revolución* y los que se producen luego de la transición democrática -como sucede en el libro de Mattini y en el film que estamos analizando-, es que, en estos últimos, la necesidad de empuñar un arma, de hacer la revolución, pertenece al pasado, mientras que en los discursos de aquellos tiempos era un deber ineludible del momento histórico en que éstos se estaban produciendo.

3.2 ¿Qué se critica? “Política” vs. “Fierros”

Gran parte de los testimonios que se muestran en el documental están atravesados por la relación dicotómica entre dos signos: “política” y “violencia”. En base a esta distinción se realiza la crítica a lo realizado por la organización Montoneros. Desde esta perspectiva, el problema comienza cuando la política es desplazada por lo militar, o como dice uno de los testimonios, por los “fierros”:

Recuerdo para mí y para algunos compañeros conocidos que siempre apostamos a la política... no creo que toda la organización haya apostado a la política. Hay una parte de la organización que apostaba a la política y una parte de la organización que apostaba a los fierros. Esto... nunca hubo un lugar donde discutirlo, esto es así. Creo que ganaron los fierros.

Este desplazamiento de lo político por lo militar -comúnmente denominado en los testimonios y en la literatura sobre el tema “militarización”- no sucede en cualquier momento. Si la táctica armada aparece legitimada cuando era utilizada como “repudio a la dictadura militar de Onganía”, no así la llevada adelante en un gobierno constitucional como el de Isabel

Martínez de Perón. Desde los signos y valores de la nueva *época de la utopía democrática*, el “proceso creciente de militarización” desarrollado en aquel contexto no puede ser otra cosa que algo negativo, y, también, causa de la posterior derrota.

A partir de ahí (por el Rodrigazo¹⁰⁰) se da un proceso creciente de militarización de la agrupación y de progresivo abandono de su función político gremial en la escuela. Digamos, la UES como todas las agrupaciones ligadas a Montoneros fue integrando estructuras de milicianos, estructuras de militantes que... pasaban a participar de operativos políticos militares regionales o nacionales.

La valoración negativa de “militarización” se produce, en este caso, por la utilización de la nominalización “abandono”, proceso a cargo del participante “agrupación”. Este abandono de las funciones políticas por las militares se profundiza hasta llegar a su punto más alto: el golpe cívico-militar de 1976.

... en ese documento ya se notaba una concepción podríamos decirle triunfalista, lineal. El hecho de que los militares, las fuerzas armadas hayan tomado el poder y hayan derribado a un gobierno que se consideraba en gran medida fracasado, hacía que, como si se hubiera destruido la contradicción existente en la sociedad argentina y hubiera quedado una sola contradicción. Por un lado, los militares, por otro lado los sectores populares hegemonizados por la organización montonera. La realidad no es así...

Desde las nuevas condiciones de producción discursivas, la revolución como hecho inexorable -como vimos, lugar común constitutivo del discurso revolucionario de los años setenta- es calificada “triunfalista, lineal”. Luego de una derrota tan grande, las creencias pasadas se presentan como absurdas, sin sentido. La utilización del tiempo presente para negar aquella visión pasada da cuenta de esta diferencia epocal. Como vimos a lo largo de la tesis, la negación polémica es polifónica, niega otro punto de vista, otra voz, en este caso, una voz perteneciente a otro tiempo. Desde la nueva *época de la utopía democrática* la realidad no es

¹⁰⁰ El 4 de junio de 1975, el entonces Ministro de Economía Celestino Rodrigo, dispuso un brutal ajuste que duplicó los precios y provocó una crisis terminal en el gobierno de Isabel Perón. Rodrigo quería eliminar la distorsión de los precios relativos con una fuerte devaluación de 160% para el cambio comercial y 100% para el cambio financiero. La tasa de inflación llegó hasta tres dígitos anuales y los precios nominales subieron en 183% al finalizar 1975. Se produjo desabastecimiento de gran cantidad de productos de necesidad primaria (alimentos), combustibles y otros insumos para transportes. Este hecho se conocerá, de ahí en más como “Rodrigazo”.

así, pero antes, como vimos, sí lo era. En la *época de la revolución*, lo que se entendía como “realidad” estaba atravesado por aquello que, desde esta nueva situación de enunciación, se adjetiva (y descalifica) como “triumfalista”.

El argumento que representa la derrota como producto del aislamiento del aparato militar respecto de la “realidad de masas” se reitera en los distintos testimonios que el documental muestra. En sintonía con la representación del pasado reciente que observamos en el primer prólogo del *Nunca Más*, gracias a este aislamiento provocado por la “conducción”, se produjo una confrontación “de aparato a aparato” como “querían los militares”:

... generarás esos resultados en función de que lograrás apartar al aparato militar montonero de esta realidad de masas que también, como producto del terror, un poco se desmoviliza al no tener referente claro, la conducción... deja aislado a ese aparato militar, llevándolo al terreno que querían los militares. Una confrontación de aparato a aparato.

El saldo de este “enfrentamiento entre aparatos”, de esta época atravesada por el deseo de una revolución próxima y certera, aparece como muy costoso. La derrota política de estas organizaciones, la gran cantidad de desaparecidos y la hegemonía neoliberal en Argentina y en el resto del mundo dificultan mirar ese pasado con otros ojos. Si bien los testimonios resaltan, en su gran mayoría, la felicidad de aquella época de búsqueda revolucionaria, la tragedia que ésta trajo aparejada y la derrota de los objetivos políticos propuestos pesa mucho más. Así sucede, por ejemplo, en el siguiente fragmento: “Sin duda cambiaría aquellas épocas, aquellos momentos tan felices por tener en vida a tantos chicos y chicas que conocía que murieron, este... que los mataron, no murieron”.

A diferencia de los discursos revolucionarios analizados en la primera parte de la tesis, en el anterior enunciado, los militantes no entregaron su vida a la causa, a la Revolución sino que “los mataron”. Vemos cómo, nuevamente, y con la mejor de las intenciones, se objetualiza y construye como pacientes a los antiguos actores históricos. Estos “chicos y chicas”, signos que reproducen aquella imagen inocente que también veíamos en el prólogo del *Nunca Más*, no son el “hombre nuevo” entregado al Partido y la revolución, sino víctimas que, por el capricho de unos pocos que decidieron por ellos: “la conducción”, perdieron la vida.

Esta representación de los hechos forma parte de las nuevas condiciones de producción discursivas que la *época de la utopía democrática* posibilita. De ahí que se valore lo “poco” conseguido en la democracia (de hecho, no era poco, era *muy* poco, no olvidemos que es un film realizado en pleno menemismo) y que la revolución sea llamada “utopía”.

Fue una época muy rápida, muy vertiginosa, muy violenta, pero con muchas ganas de vivir y de transformar del mundo y de ser solidarios con el que estaba al lado, eh.... El saldo es que costó demasiado y de ahí es que uno valora lo pobre que hemos podido construir hasta aquí de situación democrática. Creo que las grandes utopías lo que no tuvieron en cuenta en aquel momento fueron los costos porque detrás de un objetivo tan importante los costos parecían menores, pero cuando ese objetivo no se logró y uno empieza a escribir la derrota...

En este contexto discursivo, “época muy rápida, muy vertiginosa, muy violenta” tiene una valoración negativa, a diferencia de la valoración positiva que tenían dichos signos en la época donde la revolución era un hecho inexorable. La utilización del conector “pero” permite al locutor cambiar la orientación argumentativa del enunciado. Si lo anterior era negativo, “tener muchas ganas de vivir, de transformar el mundo” y “de ser solidarios con el que estaba al lado”, aspectos que también caracterizan aquella época vertiginosa, son valorados en forma positiva. Sin embargo, esto último queda en un segundo plano. Como afirma el locutor, “costó demasiado”, y si costó demasiado, será mejor ni intentarlo en una nueva oportunidad, por más aspectos positivos que haya tenido esa época. Mejor conformarse con lo “poco” conseguido.

Como no podía ser de otra forma, la derrota y los discursos de la nueva época permean la lectura del pasado reciente. De esta forma, el pasado aparece como moraleja de lo que *no* hay que hacer: buscar grandes “utopías”. Mejor quedémonos con las pequeñas, lentas, progresivas y pacíficas: las utopías de la *época democrática*.

3.3 ¿Que se rescata?

No todo tiempo pasado fue peor. Hay aspectos de esta práctica política que son reivindicados en los distintos testimonios. Uno de ellos –el más recurrente– es la voluntad de transformación:

Muchas cosas las podría hacer de otra manera, si pudiese poner el *rewind* de todo esto, pero hay algo que no cambiaría que es la voluntad de transformación que tuvimos, esa la tuvimos todos... había mejores tipos, mejores tipas, más amigos, menos amigos, pero que hubo una gran vocación por transformar este país... tal vez equivocadamente, tal vez nos equivocamos del país que teníamos pero la vocación que tuvimos en esa época creo que queda ahí para la historia...

Por medio del conector “pero” el locutor cambia la orientación argumentativa de lo afirmado. Si bien, como vimos en el anterior apartado, “muchas cosas” se podrían haber hecho de otra manera, la voluntad de transformación no entra en este catálogo. Es, precisamente, el aspecto elegido para caracterizar la *época de la revolución*. De ahí el título del libro que marcó estos relatos sobre la militancia de los años sesenta y setenta, publicado posteriormente: *La Voluntad* (Anguita y Caparrós, 1998).

Esta voluntad de transformación, como en el discurso de Luis Mattini, pertenecía a una “generación”: la “generación del setenta”. En polémica con aquellos discursos que sólo hablan de la violencia de su militancia, el siguiente enunciado da cuenta de los distintos campos involucrados en esta transformación – “intelectual, científico, artísticos, sindicales, políticos, de luchas y de la creación de un lenguaje nuevo”-, que exceden, ampliamente, la forma armada de llevarla a cabo:

Creo que la experiencia de la generación del setenta es una de las experiencias más valiosas de la lucha de nuestro pueblo, y no está referida solamente a la violencia porque cuando se habla de la generación del setenta se la vincula a la violencia. La experiencia de la generación del setenta fue una experiencia fundamentalmente generacional con grandes aportes en el campo intelectual, científico, artística, sindical, político, de luchas y de la creación de un lenguaje nuevo, un lenguaje donde las cosas volvían a tener nombre y apellido. Y creo que esta política deliberada de ocultar y tergiversar nuestra historia se realiza para que nosotros no podamos tener futuro porque no hay ninguna posibilidad de crecer hacia adelante si no tenemos raíces hacia abajo y hacia atrás.

Parece ser que sin esta reivindicación es imposible pensar en un nuevo proyecto de transformación. Pese a la hegemonía neoliberal, a la colonización y adormecimiento de los nuevos lenguajes pasados, en este testimonio y en otros también, aparece la posibilidad de cambio. Esta posibilidad, como vimos, no significa reiterar los sueños del pasado. En los distintos testimonios se presenta como deseable recomponer en el presente el espacio de sueño,

de utopía pasado, que en las nuevas condiciones de producción discursivas constitutivas de estos discursos está asociado a recuperar aquella voluntad de transformación, a creer que un cambio (que *no* es el de los setenta), es posible.

Yo quisiera poder reconstruir en este presente, en las condiciones de este presente, con las características que tiene nuestra realidad de hoy. Recomponer, si se quiere, no un proyecto, ni siquiera digo un proyecto, recomponer aquel espacio de sueño, aquel espacio de utopía. Serán otras utopías a lo mejor, no? No digo que sean las mismas nuestras utopías de hoy de las de ayer pero si quisiera que pudiéramos entre todos recuperar esa dimensión de utopía, esa dimensión de cambio, esa dimensión de felicidad del hombre con las características que tiene este presente, no? Este... yo creo que si algo nos queda de esa experiencia fue una experiencia de poder, pero no de poder como dominación. La que nosotros ejercimos no fue una experiencia como poder de dominación, fue una experiencia de poder como creación, como imaginación, como acción, es decir, como producción de historia, de cultura, de vida, eso es lo que quisiera recuperar para el presente.

La utilización por parte del locutor del pretérito imperfecto en su modo subjuntivo representa este futuro como algo incierto. A diferencia de los documentos que analizamos en la primera parte de la tesis, pertenecientes a *la época de la revolución*, los cuales representaban a este futuro como un hecho (y no como un mero deseo), en la nueva *época democrática*, el cambio aparece representado como una posibilidad más bien remota.

La diferente forma de representar el presente de la enunciación y el pasado -el primero, de hegemonía neoliberal, de derrota; el segundo, con errores pero también con esa voluntad de transformación heroica, necesaria para un nuevo cambio- va construyendo una imagen más bien idílica de la vieja época, y por ello, irreplicable. Como dice uno de los ex militantes, una época “maravillosa”: “Estoy absolutamente convencido que la época que nos tocó vivir fue maravillosa, eh, no sé si repetible pero parece ser bastante difícil lograr ese nivel de consenso colectivo en torno a una causa común”.

La época de los sesenta y setenta así representada, es una utopía, un lugar maravilloso e imposible. Por ello, aparece como algo acabado, pasado. Si antes decíamos que “no todo tiempo pasado fue peor”, ahora estamos en condiciones de afirmar más bien lo contrario, “todo tiempo pasado fue mejor”: “Y si fue una época de mi vida que viví con intensidad.... Donde todavía podíamos orgullosamente decir que teníamos una ética, una moral, un sentido de la

lealtad y de la amistad y de la justicia que nos llevaba a... a buscar ese mundo mejor que pretendíamos”.

4. Recapitulación

Como vimos al comienzo del capítulo, tanto el discurso inaugural a sesiones ordinarias del entonces Presidente de la Nación argentina, Raúl Ricardo Alfonsín, como el primer prólogo al *Nunca más*, construyen a los “guerrilleros” como culpables al mismo nivel que el Estado terrorista. Esto es lo que, comúnmente, se denomina “teoría de los dos demonios”. Ambos textos también coinciden en construir a la “democracia” como único régimen político capaz de hacer justicia a ese pasado y de finalizar con los antiguos enfrentamientos.

Sin embargo, el signo “desaparecidos” tiene distintas valoraciones. Si bien en ambos discursos está vinculado a los signos “víctimas” y “seres humanos”, la relación con “terrorismo subversivo” varía. En el discurso de Alfonsín, los signos “desaparecidos” y “terrorismo” aparecen relacionados –de forma indirecta implica que las víctimas formaban parte de sus filas-, pero en el primer prólogo al *Nunca Más* son diferenciados. En este último, los “desaparecidos” son “víctimas” que, al igual que la sociedad civil, nada tenían que ver con la violencia adjudicada a uno y otro bando. Los discursos de la guerra revolucionaria (y también de la contra-revolucionaria) habrían así finalizado.

La militancia de los años sesenta y setenta comienza a formar parte del pretérito en el discurso oficial de la reciente democracia, pero también en el de sus antiguos militantes. El discurso de Luis Mattini en *Hombres y mujeres del PRT-ERP* construye a esta historia como una historia pasada, perteneciente a otro tiempo, distinto y finalizado. Los signos “revolución”, “socialismo”, “lucha de clases”, entre otros propios de aquel momento histórico, no aparecen de otra forma que no sea entrecomillados. Los proyectos políticos del pasado son llamados “utopía”. La “generación”-y no el “proletariado” o el “Partido”, representante de sus intereses históricos- aparece como sujeto político que dejó la vida por este proyecto utópico, negando, de esta forma, la representación de los hechos realizada por el *Nunca Más* y el discurso oficial de la reciente democracia pero también los discursos de la *época de la revolución*. Desde las nuevas condiciones de producción discursivas, no sólo no hay un “único camino para el poder obrero y el socialismo”, sino que dentro de esos muchos caminos, se encuentra la “democracia”, antes despreciada. Es por ello que “lucha armada”

aparece, muchas veces, como *error, incomprensión, militarización*. Para el locutor, lo único rescatable y vigente en las nuevas circunstancias es “la actitud protagonista” o la “voluntad de transformación”, como es denominada en *Cazadores de utopías*.

En polémica con el discurso de la *época de la utopía democrática*, que deslegitima cualquier uso de la violencia política, este documental reitera las representaciones propias del discurso político de la izquierda de los sesenta y setenta que instituían a la violencia popular como necesaria, justa y, al igual que en el discurso del PRT-ERP, como único camino para superar el orden (injusto) de cosas. Sin embargo, en concordancia con las nuevas coordenadas discursivas, ese pasado, al igual que en el texto de Mattini, es un pasado de “utopías”. Lo que antes era una posibilidad certera y cercana: la “revolución”, ahora se lo representa mediante un signo que da cuenta más bien de su imposibilidad. Las dimensiones que cobró la derrota, la “crisis del sujeto” y el “fin de las ideologías” –pos caída del Muro de Berlín- se manifiestan en esta imposibilidad de dar cuenta en qué consiste el “cambio” y quien sería el encargado de llevarlo a cabo. Desde estas nuevas condiciones de producción discursivas, aquel pasado se presenta de una forma mítica, como el paraíso perdido, lo que hace aún más difícil pensar políticamente el pasado pero también el presente de la enunciación.

Así y todo, tanto *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, como *Cazadores de utopías*, al posibilitar que los militantes recuperen su voz y que, de esta forma, puedan intervenir en la disputa de representaciones sobre el pasado reciente, abren y enriquecen el debate sobre aquella militancia, repolitizando en este acto, el accionar de las “víctimas” despolitizadas por el *Nunca Más*. De esta forma, el proyecto político “setentista” es rescatado del olvido y la desaparición pero transformado ya en otra cosa, pues es leído, criticado y reivindicado desde los signos, valores y argumentos de la *nueva época de la utopía democrática*. Ese pasado deja de ser un pasado de revoluciones para ser un pasado de utopías así como el futuro, un futuro incierto, de cambios progresivos y pacíficos, que habilita la democracia.

CAPÍTULO V: La “vuelta” de los setenta y su crítica. El discurso de Néstor Kirchner y sus ecos. Relectura y redefinición de los procesos del setenta

En este capítulo, relevamos los signos y analizamos los argumentos que comenzaron a circular a partir de 2003 respecto de los “derechos humanos” y la militancia armada de los años sesenta y setenta.

Como vimos en el capítulo anterior, el primer prólogo al *Nunca Más* igualaba a militantes de las organizaciones político-militares de izquierda y militares en tanto “terroristas”, y construía a los desaparecidos como “víctimas-no militantes”. A diferencia de este discurso, el de Néstor Kirchner, por ejemplo, los incluye en un nosotros “generación soñadora”, “militante”, y recupera para los desaparecidos su condición de sujetos políticos, de héroes –aunque manteniendo ausente el aspecto “armado”. Es una especie de *entrecruzamiento epocal*. Es decir, si bien el discurso de Néstor Kirchner es un discurso propio de la *época de la utopía democrática*, creyente de la democracia y crítico de cualquier forma de “violencia política”, es el primero, desde la recuperación democrática, que se construye evocando aquellas convicciones pasadas “por un país diferente” de la generación (diezmada) de los setenta. *La práctica política pasada deja de formar parte del pasado y se convierte en su discurso en objeto discursivo de la política presente*. De ahí el boom testimonial y crítico que se produjo sobre la militancia de los sesenta y setenta a partir de su gobierno.

Elegimos comenzar nuestro análisis por el discurso del nuevo oficialismo acerca de la historia reciente. Para ello escogimos algunos discursos pronunciados por el ex Presidente de la Nación Néstor Kirchner en su primer año de gobierno (2003-2004) y el nuevo prólogo al *Nunca más* realizado por la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación a propósito del 30º aniversario del último golpe de Estado (2006).

Continuando con el sentido de “memoria” que se encuentra presente en el primer discurso del ex Presidente, una memoria que recupera los sueños de una generación, pero que también propone criticar las acciones pasadas¹⁰¹, a partir de 2003 comienzan a circular, en una

¹⁰¹ En su primer discurso como Presidente define el signo “memoria”, eje discursivo y político de su gobierno: “Llegamos sin rencores, pero con memoria. Memoria no sólo de los errores y horrores del otro, sino también es memoria sobre nuestras propias equivocaciones. Memoria sin rencor que es aprendizaje político, balance histórico y desafío actual de gestión” (Kirchner, 25-05-2003 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 28). Por medio de los conectores argumentales “pero” y “sino también” discute y reformula dos topoi ideológicamente distintos. El primero, propio de los sectores conservadores y golpistas, que representa a la memoria, verdad y justicia – reclamo histórico de los organismos de derechos humanos- como revanchismo rencoroso. El segundo, propio de

mayor proporción, discursos críticos (y autocríticos) acerca de la lucha armada y la militancia de los años setenta. Esto no significa que antes no existieran críticas respecto de estas experiencias. Como vimos en el capítulo anterior, en las décadas del ochenta y noventa comenzaron a aparecer diversas versiones críticas, como por ejemplo, el libro de Luis Mattini *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. También existían puntos de vista adversos a la lucha armada en las propias organizaciones guerrilleras, tanto antes de tomar las armas –conflicto que en el PRT-ERP derivó en la ruptura con el “morenismo”–, como luego de decidido ese gran paso –el *Documento verde* de Montoneros¹⁰² y, en el PRT-ERP, la ruptura y surgimiento de PRT Fracción Roja y del ERP 22 de agosto¹⁰³–. La diferencia de estos discursos con los producidos a partir de 2003 no sólo se relaciona con la cantidad y repercusión de los mismos, sino principalmente, porque son producidos en *otras condiciones de producción: una que ya no tiene a la posibilidad de la revolución como centro referencial*.

Para buscar las representaciones de la militancia de los sesenta y setenta, del PRT-ERP y los distintos enunciadores que hablan de esta historia, analizamos discursos de antiguos protagonistas –como los testimonios que se expresan en el documental *Errepé* (2004) y la carta de Oscar del Barco (2004)–, y la revista trimestral *Lucha armada en la Argentina* (2004–2011). En todos estos discursos observamos las posiciones de enunciación asumidas, los tópicos, signos y argumentos utilizados en las distintas representaciones de las experiencias armadas; cómo se vinculan con el discurso dominante del período histórico en el que se producen y con los argumentos y creencias propios de los setenta. Pudimos así observar que se reiteran varios de los signos ideológicos trabajados en el anterior capítulo como “violencia política”, “lucha armada”, “militarización” y “crítica”. Éste último signo aparece, sin embargo, con mayor énfasis. Si los tres primeros son utilizados para caracterizar la época, el último funciona más bien como mandato: solo se puede hablar de la anterior época de una forma “crítica”.

Los discursos de antiguos militantes y otros intelectuales críticos que participaron de la publicación *Lucha Armada en la Argentina* y del debate Del Barco parte de los nuevos ejes discursivos que plantea la *época de la utopía democrática*, ejes que unen, por ejemplo,

los sectores de izquierda y también de los organismos de derechos humanos, que liga a la memoria sólo con los horrores y errores de los militares. El sentido de “memoria” que construye el enunciador, por tanto, es una *memoria autocrítica*, no rencorosa; una memoria ligada a un presente, el presente de la “gestión”.

¹⁰² El “documento verde” de Montoneros fue publicado como suplemento especial por la revista *Lucha Armada en la Argentina* N° 6 (2006): “Crítica a Montoneros desde Montoneros. El ‘documento verde’ de Julio de 1972”.

¹⁰³ Este conflicto lo trabajamos en el capítulo II, p. 112.

“democracia” con “diálogo” en contraposición a “violencia” ligada a “autoritarismo” y, por lo tanto, negativa. No tienen como objetivo buscar la mejor forma (o “la” forma) de hacer la “revolución”, -como sí sucedía en los discursos que analizamos en los primeros capítulos, pertenecientes a la *época de la revolución*-, sino hablar sobre ella, estudiarla y, sobre todo, criticarla. Crítica que tiene como fin conocer la verdad acerca de ese pasado. Los antiguos protagonistas asumen, muchas veces, una posición de enunciación más ligada a la distancia del experto que a la primera persona del testimonio. El pasado se transforma así en objeto discursivo del conocimiento histórico.

1. La (nueva) historia oficial

Como dijimos al comienzo del capítulo, si hay un discurso de los trabajadores que plantea ese pasado como parte de los conflictos políticos y sociales del presente de la enunciación, no es tanto el de los militantes de ese entonces, ni mucho menos, el de los expertos que lo estudian. En un sentido similar a lo afirmado por uno de los ex militantes entrevistados en *Cazadores de utopías*, -el que presentaba como deseable recomponer en el presente el espacio de sueño, de utopía pasado, creer en la posibilidad de un cambio-, el ex Presidente Néstor Kirchner, se construye a sí mismo como sobreviviente y representante de la “generación” en el gobierno, el que va a cumplir sus sueños truncados. De esta forma, el pasado deja de ser algo acabado, perteneciente a *otro* tiempo y vuelve a tener vínculos con el presente y el futuro. Esto es posible porque el locutor en cuestión no entiende ese pasado como algo literal, *paraíso perdido*, *mito irreproducible*, sino que lo metaforiza haciéndolo presente en la nueva situación de enunciación.

1.1 La “generación” del Presidente. De “víctimas inocentes” a “militantes por un país mejor”.

El discurso de Néstor Kirchner provoca un cambio respecto a los discursos oficiales que circulaban con anterioridad. A diferencia del período posdictatorial inmediato de los años ochenta y del discurso neoliberal dominante en los noventa, los discursos que comenzaron a circular a partir de la presidencia de Néstor Kirchner en 2003 se caracterizan por la valorización positiva de ciertos signos desplazados o desvalorizados en el periodo anterior. Por ejemplo, los signos “política” y “militancia”, vinculados a “terrorismo”, más tarde a

“corrupción” o desplazados por otros signos como “gestión”, vuelven a tener una valoración positiva y transformadora de la realidad.

Estas transformaciones, como dijimos, provocaron cambios en las lecturas acerca de nuestro pasado que se materializaron en distintas medidas políticas, como por ejemplo, la anulación de las leyes de obediencia debida y punto final, la declaración de la inconstitucionalidad de los indultos¹⁰⁴ y la creación del Museo de la Memoria en la ex ESMA, entre otras. La vuelta de los juicios y la condena de numerosos militares¹⁰⁵ por delitos de “lesa humanidad” profundizan la crisis de la teoría de los dos demonios pues ambos actores son, de esta forma, diferenciados.

En los discursos seleccionados (2003-2004), el locutor manifiesta su pertenencia a un colectivo de identificación desde el cual construye su identidad como sujeto político e interpela a sus destinatarios (directos e indirectos): la pertenencia a “nuestra generación”. Ahora bien, ¿qué significa desde este discurso esta generación? ¿Qué calificaciones y acciones le son atribuidas?

1.1.1 La “generación” *militante pero no guerrillera*

Como vimos en *Hombres y mujeres del PRT-ERP* y en distintos testimonios de *Cazadores de utopías*, la “generación” en el discurso de Néstor Kirchner también es la generación de jóvenes de los setenta, pertenecientes a diferentes organizaciones y colectivos, todos aunados en un fin común: hacer un país “distinto”. Se omite así sus diferentes concepciones y apuestas políticas, muchas veces ligadas a otro proyecto de país que al cambio más bien conservador que supone aquel adjetivo:

¹⁰⁴Luego de la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida llevada adelante por el Congreso de la Nación en 2003, algunos jueces comenzaron a declarar inconstitucionales aquellos indultos referidos a crímenes de lesa humanidad y a reabrir los casos. El 15 de junio de 2006 la Cámara de Casación Penal, máximo tribunal penal de la Argentina, consideró que los indultos concedidos en delitos de lesa humanidad eran inconstitucionales. El 31 de agosto de 2010 la Corte Suprema de Justicia confirmó sentencias de tribunales inferiores, dictando que los indultos no fueron constitucionales y las condenas que anularon debían ser cumplidas.

¹⁰⁵ Hasta el 26 de octubre de 2011 – fecha en que fueron condenados Alfredo Astiz y otros 15 militares por la causa ESMA- fueron condenados en nuestro país, desde el retorno a la democracia, un total de 262 militares.

Yo quiero cerrar este 11 de marzo acordándome de los jóvenes radicales del '73, de los jóvenes de la Alianza, del doctor Allende del año '73, de los jóvenes de la democracia cristiana, de los jóvenes de los partidos de izquierda, de los jóvenes del Justicialismo que creían que se podía hacer un país distinto. Nosotros creemos y lo vamos a hacer, tomamos el desafío y el mandato de la historia. Contamos con todas nuestras fuerzas, con las fuerzas de los jóvenes independientes, de los profesionales, de los universitarios, de la gente de Argentina, de argentinos que creemos que la Justicia se puede construir (Kirchner, 11-03-2004 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 73).

El enunciador se construye como heredero y realizador del mandato “de la historia” – esta generación pertenece al pasado-, y convoca a otros actores para lograrlo. Estos no pertenecen a ningún colectivo político ni ideológico preciso. Son “jóvenes independientes”, “profesionales”, “universitarios”, “gente de la Argentina”, “argentinos que creen que la Justicia se puede construir”.

En su primer discurso como Presidente de la Nación habla de esta generación como “diezmada”, “castigada”, “con ausencias” (Kirchner, 2011: 28), sin especificar explícitamente a qué generación se refiere ni quién la diezmó, lo que manifiesta la condición de preconstruido de dichos signos. Como vemos, este participante, la “generación que puso todo”, si bien por momentos es construida como paciente de acciones (negativas) llevadas a cabo por otros, también aparece representada como sujeto histórico que realizaba acciones y sacrificios por sus sueños, por su Patria. En este sentido, *el discurso de Néstor Kirchner realiza un cambio significativo en el relato oficial de nuestro pasado reciente al representar a las víctimas despolitizadas del pasado como actores históricos y políticos.*

Este revisionismo histórico va más allá incluso del pasado reciente, incluye también nuestra historia fundacional y sus próceres. Sus sueños y los de aquella “generación que puso todo” conforman una línea de continuidad que es necesario recobrar: “Les vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales” (Kirchner, 25-05-2003 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 28). De esta forma, los “subversivos apátridas” del pasado se transforman en patriotas, en ejemplos heroicos a emular. Como vemos, las acciones de esta generación se encuentran en pasado simple, un pasado acabado

(García Negroni, 1988). Ahora sólo queda recordar sus sueños. Él, como su representante en el gobierno, es el encargado de hacerlo. Es su *metáfora*¹⁰⁶.

1.1.2 Los sueños del presente, ¿son los del pasado?

El discurso de Néstor Kirchner, si bien recupera la condición militante de los desaparecidos, no los vincula con las acciones de las organizaciones guerrilleras ni con nada que implique un cambio radical de sistema. Como también observamos en *Cazadores de utopías*, sólo “pensaban diferente”: “nuestros hermanos (...) arrancados de sus casas, de sus trabajos, de la calle, de su militancia, por el sólo hecho de pensar diferente de quienes gobernaban coyunturalmente” (Kirchner, 16-12-2003 en *Cuadernos de la militancia*, 2:55).

“Pensaron diferente”, “un proyecto diferente de Argentina”, son los argumentos utilizados con mayor recurrencia para expresar el proyecto político de esta generación. Los signos “socialismo”, “revolución”, -como vimos en la primera parte de la tesis, dominantes en los discursos del PRT y de las organizaciones de la “nueva izquierda”, que continúan apareciendo pero entrecomillados en el discurso de Mattini- no son utilizados para dar cuenta de estos sueños del pasado que se quieren recuperar, sino que aparecen otros como “más justo”, “igualdad”, “diferente” que implican y se diferencian de otro proyecto “menos justo”, “desigual” y “lo mismo”. El enunciador expresa este proyecto político en tanto sobreviviente de aquella generación. Así presentado, no es *su* proyecto –como en definitiva lo es- sino el proyecto de toda una generación y no de cualquiera: la *generación del setenta*.

Si aquellos que “militaron durante muchísimo tiempo” -ausentes hoy o, más bien, sólo presentes en quien se construye como su representante: el propio enunciador- fueron agentes del proceso “poner” (ideas, espíritu, corazón y vida) para un proyecto “diferente” de país (Kirchner, 16-12-2003 en *Cuadernos de la militancia*, 2:56), es válido que nos preguntemos entonces de qué se trata este proyecto. Para ello observamos los signos utilizados para dar cuenta de estos sueños y deseos de la generación de los setenta.

En el discurso a los 31 años de las elecciones a Cámpora-Solano Lima aparecen dos signos valorados positivamente, “democracia” y “Patria”: “... hace 31 años a esta hora una

¹⁰⁶ En la *Poética*, Aristóteles define la metáfora como “la trasposición de un nombre en una cosa distinta de la que tal nombre significa” (2002: 99-100). Lakoff y Johnson, desde la semántica cognitiva, definen a la metáfora como “entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra” (1980:41).

generación de argentinos, veíamos y sentíamos que la democracia volvía a la Patria” (Kirchner, 11/03/2004 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 65). Más adelante define de qué se trata la “Patria democrática”, “distinta”:

... nos tocó ver diezmada esa generación de argentinos que trabajaba por una Patria igualitaria, de inclusión, distinta, una Patria donde no sea un pecado pensar, una Patria con pluralidad y consenso como el que tenemos hoy aquí, que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara sino por el contrario, nos ayudara a construir una Argentina distinta. (Kirchner, 2011: 65).

Inclusión, consenso, pluralidad, sin enfrentamientos. A diferencia de la concepción política que acuñaba aquella generación, atravesada por el conflicto y el lazo amigo-enemigo -y en el caso del PRT-ERP en particular, por el desprecio y rechazo de la democracia electoral-, el discurso de Néstor Kirchner construye su proyecto político “patriótico” y “democrático” como negación de la confrontación. En fin, como *negación del pasado, del neoliberal pero de los setenta también*. El proyecto trunco de la generación soñadora es reivindicado a lo largo de los discursos, pero olvidando la matriz antagónica y violenta que lo atravesaba. Como dijimos, *no es el proyecto político de los setenta, sino su metáfora en las nuevas condiciones de producción discursivas*.

1.1.3 Un único demonio

Esta negación de la confrontación y de la violencia produce otro relato acerca de las causas del terrorismo de Estado. Si el primer prólogo del *Nunca Más* ubicaba el inicio de la violencia política en Argentina en el “terrorismo insurgente”, legitimando así la necesidad de represión (aunque debería haber sido “legal”), en los discursos de Néstor Kirchner no hay causa que justifique la violencia política ejercida por el Estado: “No hay nada por grave que sea que esté pasando en un determinado momento de la sociedad argentina o de cualquier sociedad, que habilite el terrorismo de Estado...” (Kirchner, 24-03-2004 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 74-75).

En polémica con la ya analizada teoría de los dos demonios, en el discurso del entonces Presidente de la Nación son definitivamente diferenciadas las víctimas, esta *generación vapuleada y soñadora*, de los *asesinos repudiados por el pueblo argentino* (Kirchner, 24-03-

2004 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 76-77). No hay lugar para la teoría de los dos demonios, sino para la de uno solo: los militares y civiles que llevaron adelante el terrorismo de Estado contra la sociedad argentina. La “guerrilla” no forma parte de este discurso. Sólo hay “militantes” o “generación”, sin aludir a los medios utilizados en su accionar político.

1.1.4 Los “compañeros” del Presidente.

En la conmemoración del 24 de marzo de 2004, primer aniversario del último golpe cívico militar con Néstor Kirchner como Presidente de la Nación, se produjeron hechos de significativa importancia que se convertirán en puntos de ineludible referencia de su presidencia: el retiro de cuadros de los militares golpistas del Colegio Militar de la Nación y la recuperación de la ESMA como espacio para la memoria. Si quedaban dudas respecto a la posición del reciente gobierno sobre el pasado dictatorial y la problemática de los derechos humanos, fueron develadas aquel día. No sólo por estas medidas políticas, de indudable sentido simbólico, sino también por las palabras que acompañaron y que dan sentido a esos hechos.

El discurso pronunciado en la ex ESMA merece ser analizado por varios motivos. En primer lugar, como ya señalamos, porque fue producido en el primer aniversario del último golpe de Estado durante su presidencia; en segundo, porque pone “punto final” a la teoría de los dos demonios. Por último, también - y esto es lo que lo hace particularmente interesante como discurso político- porque es producido desde una posición de enunciación novedosa respecto de discursos presidenciales anteriores sobre este tópico. El locutor, Presidente de la Nación, habla en calidad de Presidente-Compañero de las víctimas. Como vimos en los otros textos analizados, las víctimas anteriormente despolitizadas son, desde esta nueva perspectiva, militantes políticos que tenían un proyecto de transformación y que por ello fueron desaparecidos. El locutor, al asumirse parte de la misma generación que las víctimas, y al construir a sus familiares como continuidad de aquellos brazos compañeros, vuelve a colocar a la “generación” en el presente histórico: “Queridas Abuelas, Madres, Hijos: cuando recién veía las manos, cuando cantaban el himno veía brazos de mis compañeros, de la generación que creyó y que sigue creyendo en los que quedamos que este país puede cambiar” (Kirchner, 24-03-2004 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 76).

“Compañero” y “Presidente” dejan de ser, en estas nuevas condiciones de producción discursivas, posiciones necesariamente contradictorias. En consonancia con la crisis de

representación de los partidos políticos, dejan, también, de estar enlazados al otrora dominante “Partido”: “Yo no vengo en nombre de ningún partido, vengo como compañero y también como Presidente de la Nación Argentina y de todos los argentinos”. (Kirchner, 24-03-2004 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 77).

El “Presidente de la Nación”, así construido, es un Presidente que forma parte del colectivo “compañeros” y, también, de los “argentinos”. No representa intereses sectoriales (como supone la lógica partidaria). Se presenta a sí mismo como pura presencia del pueblo argentino (aunque como sabemos, nunca sucede de esta forma. Desde que existe el lenguaje, no hay presencia sino *representación*, siempre ideológica, sesgada).

Sin embargo, hay momentos donde diferencia una posición de enunciación de otra. Por ejemplo, para pedir perdón en nombre del Estado nacional por la impunidad de los gobiernos democráticos que lo antecedieron, el locutor abandona la posición de enunciación de “Presidente-Compañero” –un “Presidente-compañero” nunca podría haber hecho eso-, y pasa a ser, solamente, “Presidente de la Nación” que se hace cargo de aquellas (malas) decisiones pasadas:

Las cosas hay que llamarlas por su nombre y acá si ustedes me permiten, ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como Presidente de la Nación Argentina, vengo a pedir perdón de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia, por tantas atrocidades (Kirchner, 24-03-2004 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 76-77).

Desde este discurso hay, entonces, dos tipos de “Presidente”: el “Presidente-Compañero” que cumple sueños y promesas del pasado en el presente y “Presidente” a secas que cumple los mandatos institucionales que el régimen democrático insta a cumplir. En su figura cristalizan ambos: el sueño utópico y la institucionalidad democrática que lo contiene y condiciona.

Al finalizar el discurso, el locutor vuelve a dirigirse a su auditorio en tanto “compañero”. En consonancia con esta posición de enunciación, los “prodestinatarios” son los “compañeros”, presentes en las “Madres, Abuelas, chicos”:

... hermanas y hermanos presentes, compañeras y compañeros que están presentes por más que no estén aquí, Madres, Abuelas, chicos: gracias por el ejemplo de lucha. (...) Queremos que haya justicia, queremos que realmente haya una recuperación fortísima de la memoria y que en esta Argentina se vuelva a recordar, recuperar y tomar como

ejemplo a aquellos que son capaces de dar todo por los valores que tienen y una generación en la Argentina que fue capaz de hacer eso, que ha dejado un ejemplo, que ha dejado un sendero, su vida, sus madres, que ha dejado sus abuelas y que ha dejado sus hijos. Hoy están presentes en las manos de ustedes. Muchísimas gracias y abracémonos fuertemente por un país distinto (Kirchner, 24-03-2004 en *Cuadernos de la militancia*, 2: 78).

Como vimos en los discursos analizados de la *época de la revolución*, la entrega y sacrificio de los militantes caídos era un lugar común constitutivo de la subjetividad militante. Sólo así sería posible la victoria, entendida también como inexorable. En el discurso de Néstor Kirchner sigue actuando esta ética del sacrificio. A pesar del paso del tiempo, de la transformación de las condiciones de producción discursivas, hay representaciones y creencias pasadas que continúan vigentes pero *siempre* con sus transformaciones. El sacrificio de esta generación, es recordado, recuperado y tomado como ejemplo no ya para la búsqueda de la revolución –como lo era en el pasado-, sino para interpelar a los “compañeros ausentes-presentes” a construir este “país distinto” al que continuamente se refiere el locutor.

La generación, como vimos, se encuentra presente en sus familiares y en todos aquellos que continúan su legado. Vive porque se hace metáfora. El locutor se construye como su enunciador privilegiado, quién llevará adelante sus sueños truncados. Sin embargo, como vimos, estos sueños no pueden ser nunca los del pasado. *Son (siempre ya) los producidos en la nueva situación de enunciación, una que ya no tiene a la revolución como horizonte político transformador sino a los cambios que habilita la época democrática.*

1.2 El nuevo prólogo al *Nunca Más* (2006)

1.2.1 Las víctimas

En conmemoración del 30º aniversario del golpe cívico militar de 1976, la edición del *Nunca Más* de 2006 fue publicada con un nuevo prólogo, firmado esta vez por la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, en ese momento, a cargo de Eduardo Luis Duhalde.

Si el discurso de primer prólogo presentaba la posición política del gobierno de Alfonsín y su ministro del interior Antonio Tróccoli, este nuevo presenta la visión del pasado reciente que el gobierno de Néstor Kirchner desea transmitir. A diferencia del anterior, el nuevo prólogo polemiza con la “teoría de los dos demonios”. Así y todo, continúa representando a los “desaparecidos” como colectivo diferente de “guerrilla”:

Es preciso dejar claramente establecido -porque lo requiere la construcción del futuro sobre bases firmes- que es inaceptable pretender justificar el terrorismo de Estado como una suerte de juego de violencias contrapuestas, como si fuera posible buscar una simetría justificatoria en la acción de particulares frente al apartamiento de los fines propios de la Nación y del Estado que son irrenunciables.

Por otra parte, el terrorismo de Estado fue desencadenado de manera masiva y sistemática por la Junta Militar a partir del 24 de marzo de 1976, cuando no existían desafíos estratégicos de seguridad para el statu quo, porque la guerrilla ya había sido derrotada militarmente. La dictadura se propuso imponer un sistema económico de tipo neoliberal y arrasar con las conquistas sociales de muchas décadas, que la resistencia popular impedía fueran conculcadas. La pedagogía del terror convirtió a los militares golpistas en señores de la vida y la muerte de todos los habitantes del país. En la aplicación de estas políticas, con la finalidad de evitar el resurgimiento de los movimientos políticos y sociales, la dictadura hizo desaparecer a 30.000 personas, conforme a la doctrina de la seguridad nacional, al servicio del privilegio y de intereses extranacionales. Disciplinar a la sociedad ahogando en sangre toda disidencia o contestación fue su propósito manifiesto. Obreros, dirigentes de comisiones internas de fábricas, sindicalistas, periodistas, abogados, psicólogos, profesores universitarios, docentes, estudiantes, niños, jóvenes, hombres y mujeres de todas las edades y estamentos sociales fueron su blanco. Los testimonios y la documentación recogidos en el NUNCA MÁS son un testimonio hoy más vigente que nunca de esa tragedia (Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, 2006).

Las víctimas, al igual que el anterior prólogo, no formaban parte de la guerrilla pues “ya había sido derrotada militarmente” sino que son definidas como “todos los habitantes del país”, “30.000 personas”, “la sociedad”, “hombres y mujeres de todas las edades y estamentos sociales”. Esta vez no son los guerrilleros sino los militares los que actuaban “al servicio del privilegio y de intereses extranacionales”. De esta forma, como también vimos en los discursos de Néstor Kirchner, se pasa de la teoría de los dos demonios a la de un único demonio: los militares golpistas anti-argentina. Sin embargo, la teoría de los dos demonios no es puesta en cuestión en su totalidad sino negada polémicamente en sus propios términos pues los signos “víctima” y “guerrilla” continúan diferenciados.

1.2.2 El país “diferente”

Como vimos en el anterior capítulo, el primer prólogo construye un sentido de “democracia” ligado a los derechos políticos de la personas, a la “libre expresión”, pero nada se dice de otros derechos que también podrían formar parte de esta definición. Esta es precisamente la principal diferencia con el nuevo prólogo de 2006. Escrito en abierta

polémica con su antecesor, esta nueva presentación del *Nunca Más* amplía el alcance de los deberes democráticos del Estado para con sus ciudadanos.

Luego de las frustraciones provocadas por los distintos gobiernos democráticos, de la crisis del 2001¹⁰⁷, el nuevo *Nunca Más* no refiere sólo a los crímenes cometidos por la última dictadura militar, también están incluidas las injusticias sociales provocadas por las democracias que lo sucedieron:

El NUNCA MÁS del Estado y de la sociedad argentina debe dirigirse tanto a los crímenes del terrorismo de Estado -la desaparición forzada, la apropiación de niños, los asesinatos y la tortura- como a las injusticias sociales que son una afrenta a la dignidad humana (prólogo, 2006).

Sin embargo, ambos prólogos, con sus diferencias, coinciden en algo fundamental. Si bien construyen conceptos de democracia disímiles –uno más restringido a los derechos políticos y otro que amplía los derechos humanos a los derechos sociales y económicos de los ciudadanos- ambos textos sostienen la necesidad de la “democracia” y del “Estado de derecho”. La “democracia” –ampliada o restringida- es construida como la única salida posible para solucionar los conflictos sociales que dieron origen al “infierno” dictatorial. Como dicta el prólogo de 2006,

¹⁰⁷ Si algo caracterizó esta crisis y las movilizaciones callejeras que desembocaron en el 19 y 20 de diciembre de 2001 es el hartazgo de tantos años de desesperanzas, discursos únicos, desigualdad creciente y ajustes. En términos gramscianos (Gramsci, Antonio; *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, p. 46), fue una crisis del *bloque histórico*, esto es, crisis económica pero, sobre todo, crisis de legitimidad del propio sistema de dominación como tal. Podríamos también decir, crisis de un discurso: el *neoliberal*. Siguiendo a Juan Manuel Abal Medina, “La crisis argentina de fines de 2001 y principios de 2002 puede ser entendida como el desenlace de un largo proceso de descomposición (...). La autorreferencialidad de la política, las generalizadas sospechas de corrupción y la falta de decisión política para tomar medidas que contrarieran al aparentemente todopoderoso "mercado", generaron un clima de apatía o directa hostilidad hacia los principales partidos políticos, los cuales, con la excepción parcial del Justicialismo, fueron duramente castigados en los comicios de 2001” (Abal Medina, Juan Manuel; “Crisis y recomposición del Estado”, *Revista argentina de sociología*, v.4 n.7 Buenos Aires jul./dic. 2006). La consigna “que se vayan todos” fue la consigna que representó este heterogéneo y difuso movimiento de oposición a la “corporación política”. Con múltiples sentidos, aquella consigna logro reunir bajo un mismo seno diferentes ideologías, visiones del mundo y reclamos. Esta frase situaba en su nivel más bajo la legitimidad de la representación política y mostraba disminuida la convicción de la sociedad acerca de la necesidad de los partidos políticos (Gabriel Carrizo, “Reflexiones en torno al que se vayan todos. Los partidos políticos y su crisis de representación en la etapa contemporánea”, *Papeles de Nombre Falso* 2006-2007 / anuario | Política). Si bien el movimiento político y asambleario nacido a partir del 19 y 20 de diciembre de 2001 fue un factor de suma importancia para la puesta en crisis de los discursos y prácticas neoliberales vigentes hasta entonces, la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia el 25 de mayo de 2003 le dio iniciativa discursiva y unicidad a las demandas que manifestaban aquellos actores, muchas veces contradictorias entre sí. El “que se vayan todos” da paso a la creencia de que es necesario y posible transformar la realidad y que la política tiene un rol fundamental en ello.

La enseñanza de la historia no encuentra sustento en el odio o en la división en bandos enfrentados del pueblo argentino, sino que por el contrario busca unir a la sociedad tras las banderas de la justicia, la verdad y la memoria en defensa de los derechos humanos, la democracia y el orden republicano.

Aquí se manifiesta más que en ningún otro aspecto el cambio de época de los sesenta/setenta a la época que llamamos *de la utopía democrática*. Si en aquellos años la política estaba atravesada por la lógica de la guerra y del lazo amigo-enemigo, -un juego de suma cero difícilmente compatible con la lógica de la democracia electoral -, en la nueva situación de enunciación la única forma posible de hacer política y justicia es a través de esta última. El odio, la división son el pasado no deseado. La violencia política, tanto la ejercida por un “bando” como por el otro, es así deslegitimada. *Sólo es legítimo votar y soñar*.

2. Los militantes se critican a sí mismos: *Errepé* y la carta de Oscar del Barco

Como dijimos en un comienzo, a partir de 2003, comienzan a surgir y circular discursos (auto) críticos acerca de la lucha armada y la militancia de los años setenta. Algunos de los signos que conforman estas críticas son, como veremos en el análisis de *Errepé*, “violencia política”, “militarización”. Otros, como la carta de Oscar del Barco y la polémica que ésta desató, están centrados en “matar” o “no matar”. La mayoría de estas críticas se realizan a partir de la escisión entre “violencia” y “política”, y la valorización negativa de los métodos violentos por sobre los “democráticos”.

Si en la etapa de la transición democrática se hacía eje en la tortura y la denuncia de los delitos cometidos por el régimen dictatorial, a partir de 2003 hay un marco enunciativo que permite y alienta la mirada retrospectiva y, sobre todo, crítica de aquella militancia. Como si no se pudiese pensar/hacer otra cosa con ese pasado, éste se hace presente sólo como objeto de la crítica y del conocimiento histórico. Y cuando se lo reivindica, más que de los proyectos políticos se habla de la capacidad de sacrificio de sus militantes, como tristemente sabemos, muchos de ellos desaparecidos. La cuestión pasa por ver, entonces, qué miradas, signos y

argumentos utilizan los antiguos protagonistas para hablar sobre este tópico, cómo se lo nomina y qué atributos se le adjudican.

2.1 El documental *Errepé* de Gabriel Corvi y su crítica al PRT-ERP.

Este film documental de Gabriel Corvi y Gustavo de Jesús, estrenado en 2004, indaga en torno a la historia política del PRT-ERP por medio de testimonios de ex dirigentes, cuadros medios y militantes de base de diferentes regionales de la organización. A diferencia de *Cazadores de Utopías*, producida en otra situación de enunciación, cuando recién comenzaba el boom testimonial sobre los años setenta, *Errepé* se produce luego del estallido de 2001, en plena crisis del discurso neoliberal y la búsqueda de nuevos horizontes políticos y sociales. Como veíamos recién en los discursos de Néstor Kirchner, las historias sobre la militancia de los años setenta dejan de ser un discurso subterráneo, marginal. En estas condiciones de producción, los relatos acerca del pasado de los antiguos militantes, si bien continúan construyendo una representación un tanto mítica y melancólica de aquellos tiempos, también comienzan a hacerlo de una forma crítica. En torno a estos signos y argumentos gira también el documental que analizamos.

Ni bien comienza hace alusión a un momento mítico en el relato de la militancia de aquellos años: la liberación de los presos políticos realizada por el gobierno de Cámpora el 25 de mayo de 1973. Allí una voz (suponemos que la del Director) le pregunta a Pedro Cazes Camarero, militante del PRT Capital, Director de “Estrella Roja” y “El Combatiente”: “- Sentiste que ese día podía cambiar algo en serio acá?”. A lo que le responde:

Bueno, yo estaba convencido que se podía antes del Devotazo pero eso fue una materialización, una especie de epifanía como se suele decir. Una sensación de que todas tus esperanzas y todos tus esfuerzos, todo lo que se había sufrido tenía su compensación y gratificación, y que nos estábamos acercando y sigo pensando que hasta cierto punto era cierto, a un climax en la situación revolucionaria que se estaba viviendo.

Esta primer parte funciona como prólogo pues ni bien termina aparece una pantalla negra con la siguiente inscripción: “¿En nombre de qué presente tenemos el derecho de

criticar nuestro pasado?”, frase de Roland Barthes. Aquí se despliega una operación discursiva similar a la que vimos en *Cazadores de Utopías. Errepé*, al igual que aquel otro film analizado en el anterior capítulo, polemiza con ciertas representaciones de los sesenta y setenta. En este caso, con las que reniegan o demonizan la militancia armada (criticando todo), pero también con aquellas otras que construyen un relato monolítico, acrítico y homogéneo de esta historia.

2.1.1 Lucha armada

El eje central que atraviesa la construcción narrativa del documental es la opción de la organización por la lucha armada. El film, por medio de testimonios e imágenes de época de manifestaciones y sus correspondientes represiones, va construyendo un relato que hace inteligible, comprensible la opción política *pasada*, y de esta forma, la legitima. La “lucha armada” así presentada no aparece como un signo político del presente sino como uno del pasado. Los discursos utilizados para hablar sobre ella, tanto los testimonios de antiguos militantes como las imágenes de época, pertenecen al pretérito.

La posición de enunciación asumida para dar cuenta del surgimiento de esta forma de lucha es, muchas veces, una posición de enunciación teórica y distanciada. Parafraseando a Benveniste, es una *enunciación histórica*¹⁰⁸: los hechos pareciera que se relatan a sí mismos.

El PRT venía con un postulado teórico que era que la solución a los problemas de la Argentina era un proceso revolucionario de lucha armada, pero eso fue planteado en el '62. Se intentó concretar en el '65, pero que ese haya sido el planteo no quiere decir que todo el mundo ya estaba de acuerdo con que ya estaban las condiciones para la lucha armada” [Imágenes de Golpe de Estado de 1966. Voz en off de Mattini] “y lo que precipita o abre las condiciones es el golpe de Estado del '66, porque el golpe de Estado del '66 lo que viene es a confirmar la hipótesis del movimiento revolucionario que en la Argentina no había posibilidad de desarrollo pacífico, por la vía democrático-institucional”. (Luis Mattini- Ex Secretario Gral. PRT- Ex Comandante en Jefe ERP).

El conector “pero” introduce el conflicto interno, tópico recurrente en las representaciones sobre las experiencias armadas post 2003¹⁰⁹. La decisión de tomar las armas,

¹⁰⁸ Ver nota al pie N° 92, p. 237.

como también vimos en el capítulo dedicado al PRT-ERP, estuvo atravesada por discusiones y rupturas, que dieron origen, a su vez, a nuevas organizaciones¹¹⁰.

Sin embargo, a pesar de dar cuenta de estas diferentes posturas en torno a la necesidad o no de emprender el camino armado, “el golpe de estado de Onganía” aparece, al igual que *Cazadores de utopías*, como argumento preconstruido, causa cuasi evidente del inicio de la lucha armada. Este sentido es construido por distintos testimonios, como por ejemplo el siguiente:

Lo que precipita o lo que cambia las condiciones es el golpe de estado del 66, porque el golpe de Estado del 66 de alguna manera lo que viene a confirmar es las hipótesis del movimiento revolucionario de que en la Argentina no había posibilidades de desarrollo pacífico por las vías democrático-institucional.

Estas palabras, junto a las imágenes de represión, van construyendo un sentido: la “inevitabilidad” de la forma de lucha emprendida. Por eso son descalificados y desestimados todos aquellos planteos que no pusieran en el centro a la lucha armada. Eran, desde este punto de vista, inviables.

Si la dictadura de Onganía es el hecho que otorga legitimidad al inicio de la lucha armada en la Argentina, el “Cordobazo” es el que termina de definir su validez y necesidad. La vanguardia armada no podía nunca quedar detrás de las “masas” -siempre distintas a los “revolucionarios”-: “Fue como decir ‘se terminó la hora de hablar, ahora hay que hacer, las masas están adelantadas a los revolucionarios’”. La decisión de comenzar a “hacer” – y dejar de hablar, algo valorado negativamente desde el anti-intelectualismo dominante en aquellos años - tenía una sola forma de llevarse a cabo: la lucha armada. No había desde este discurso otra posibilidad, otro camino. Como ya vimos en los documentos del PRT, el único camino para el poder obrero y el socialismo era éste y sólo éste. Las “condiciones” ya estaban dadas.

La mención a la cantidad de asistentes al V Congreso, al “nosotros exclusivo”¹¹¹ *puñadito*, construye una representación de los hechos donde la decisión de comenzar con la

¹⁰⁹ Analizaremos el tópico “conflictos internos” en el apartado dedicado a la revista *Lucha Armada en la Argentina* p. 294.

¹¹⁰ En el capítulo II están trabajados los conflictos y las escisiones que éstos provocaron.

lucha armada y fundar el ERP –decisión que se toma en este congreso partidario- queda deslegitimada en su origen.

Finalmente el 5to. Congreso se hizo. Es interesante decir una cosa que yo sostengo y todos me... Cuando se hizo el 5 congreso participaron 30-40 compañeros ahí, no llegaban a 40 en todo caso. Se eligió el Comité Central, pero el conjunto de militancia que decidió ese congreso no eran más de 200-250 compañeros de todo el país porque se había roto el PRT en diversos grupos. Digo esto porque era interesante, éramos un puñado, éramos un puñadito. Pero hubo muy poca discusión en cuanto a la decisión de fundar el ERP, en todo caso si era EP, si era ERP, había varias propuestas y la bandera. Es decir, la mayor parte del congreso lo que quería era la sigla y la bandera para decirlo de alguna manera.

Si en aquel momento, el “huracán” de la historia representaba como necesaria y única aquella opción, en la situación de enunciación en la que se produce dicho testimonio aparece como algo caprichosamente elegido por unos pocos.

El signo “violencia” –propio de los nuevos tiempos y no de la época en que se produjeron los hechos- es recurrentemente utilizado para representar (negativamente) la táctica política escogida. En el siguiente enunciado podemos ver cómo, por medio de la *negación metalingüística*, se ponen en escena aquellos argumentos con los que discute el documental:

A nosotros no nos encantaba la violencia ni tenía ningún efecto catártico. En general, la mayor parte de nosotros éramos seres humanos normales a los que la violencia más bien le fastidiaba y hasta, te diría, que nos producía bastante temor (P. C. Camarero).

Frente a los discursos que construyen a los guerrilleros como superhombres (demonios o héroes), el locutor construye una imagen de los guerrilleros como “seres humanos normales” que no gustaban de ejercer la violencia sino todo lo contrario. La lucha armada, de esta forma, es violencia y medio para un fin que la ennoblece: la revolución. Así lo expresa la militante Susana Malacalza: “Había un convencimiento de que eso era justo, era correcto”. Antes “había” un convencimiento. Ahora ya no. Sin embargo, el pasado utilizado

¹¹¹ Forma de la primera persona del plural que excluye al destinatario directo del discurso (yo + ellos) (Benveniste, 1982).

da cuenta de una acción inacabada aún, o por lo menos, que la locutora no rechaza ni desea que otros rechacen.

Otro signo que aparece para hablar, o más bien, criticar el camino armado es “militarización”. Como dijimos antes, este signo ideológico será uno de los más frecuentemente utilizados para interpretar la militancia armada de los años sesenta y setenta. De esta forma, la crítica no recae sobre la lucha armada en sí (por eso no “reniegan”), sino sobre el lugar predominante que fue tomando lo militar por sobre las otras tareas políticas llevadas adelante por la organización.

Yo veía el tema de la lucha armada... creía más que nada el tema de la organización guerrillera, viste? O sea, un poco había leído de Mao Tse Dong, algo de Guevara, y me parecía que era una forma de hacer política por otros medios, digamos, y que eso implicaba un gran riesgo, no es cierto? O sea, un gran riesgo en el sentido mientras no se militarizara la cosa, digamos (Ángel Gutierrez, Santiago del Estero, Compañía Rosa Jimenez Tucumán).

La “militarización” así definida aparece como un riesgo siempre latente cuando se escoge el camino armado. La “guerrilla”, en consonancia con los argumentos que comenzaron a circular a partir de la recuperación democrática y del *Nunca Más*, se transforma de esta forma en “terrorismo”:

Una cosa es matar a un enemigo tuyo, otra cosa es a la familia. Ese es el riesgo que se corre por una mala... yo como te decía al principio yo la táctica de la guerrilla, yo la veía como una táctica de autodefensa y de propaganda política. Y otra cosa es el terrorismo, vos vas y metés el terror en la población, si se quiere. Y yo creo que hubo algo de eso, o sea, se cayó en un militarismo, en un terrorismo que desvirtuaba todo, viste, desvirtuaba todo porque no tenés autoridad, cómo lo justificás, no tiene justificación.

Como en *Cazadores de utopías*, la táctica armada aparece legitimada por haber surgido en una dictadura militar como la de Onganía, no así su continuidad en el último gobierno de Perón e Isabelita. Eso es “militarización” o, como vimos antes, liso y llano terrorismo. De esta forma lo expresan la mayoría de los testimonios, como por ejemplo, el siguiente: “... La lucha armada, mientras estuvo la dictadura militar, fue al menos justificada”

(Luis Mattini). Después vinieron la militarización y el aislamiento, producto de la “incomprensión”:

Y nosotros éramos una organización grande, poderosa en un tiempo muy breve. Habíamos adquirido una fuerza considerable, habíamos crecido vertiginosamente pero al mismo tiempo teníamos la debilidad de no comprender a fondo el fenómeno que estábamos asistiendo y por lo tanto la predisposición a aislarse fue grande (Pedro Cazes Camarero).

El “pero” viene a negar esta grandeza, esta fuerza. En realidad, más que grandes, eran débiles porque no comprendían. Ese es el motivo que permite explicar el trágico devenir.

El clivaje narrativo que produce la conversión de una “organización guerrillera legítima” a un “aparato militar sin control”, de “guerrilla” a “terrorismo” es, por tanto, la “no comprensión” de la apertura electoral de 1973. Ahora bien, ¿desde qué lugar, desde qué situación de enunciación aparece esta decisión como “no-comprensión”? Si nos remontamos a lo analizado en los primeros capítulos, el PRT-ERP era un partido socialista, revolucionario, no creía, por tanto, ni en la democracia electoral ni en el reformismo “burgués” del peronismo. ¿Por qué, entonces iba a apostar a este gobierno si el objetivo era construir *otra* sociedad? Como decía el prólogo del documental, ¿desde qué presente se critica a este pasado?

2.1.2 Vida privada vs. Vida partidaria

La lógica militar/militarista es como una mancha que se esparce por todos los ámbitos partidarios y personales. De esta forma, la “militarización” aparece como algo externo que irrumpe en la lógica partidaria y no como algo constitutivo de la propia lógica desde sus comienzos (Carnovale, 2011). La “restricción” de la “vida privada” por la militar-partidaria es otro de los aspectos destacados en las representaciones de la militancia en el PRT-ERP. Si en los discursos que analizamos en los primeros capítulos, lo privado no existía separado de lo público, eran lo mismo durante la lucha revolucionaria – como vimos, condición necesaria para el triunfo de la revolución-, en los testimonios presentados en el documental, ambos ámbitos son contrapuestos, en conflicto:

Los compañeros tenían esposa, hijas que generalmente eran militantes también. Iban al cine, hacían una cantidad de actividades, por supuesto, pero tenían que anteponerlo. Si había una reunión de célula un sábado que él pensaba que iba a pasar con la familia en un asadito, tenía que postergarlo y estaba... eso fue incrementándose de tal modo que algún momento prácticamente la vida privada quedaba muy restringida, pero también hay un acto de realización en eso. Era como una pasión. Era contradictorio en todo caso. (Luis Mattini).

Este “avasallamiento” de una esfera por sobre la otra es representado de una forma negativa, como “restricción”, pero también aparece como algo positivo, que “realiza”. Por medio del conector “pero”, a la valoración negativa de “vida privada muy restringida” se le contrapone la realización, la pasión. El uso del pasado imperfecto representa estos hechos como algo inacabado, como algo aún deseado y deseable:

Era un ambiente completamente diferente al que se vive ahora, era una cosa difícil de imaginar el nivel de movilización que había. Había millones de personas dispuestas a suspender, limitar o directamente abandonar sus actividades profesionales, su trabajo, incluso sus familias al llamado de organizaciones revolucionarias... (P. C. Camarero).

El uso metafórico de “millones”, así como del conector “incluso” con valor de reforzador de lo ya expuesto en el enunciado, dan cuenta de hasta qué punto se transformaron las cosas. Lo que antes era el devenir natural de la militancia, en el momento en que se produce el enunciado es algo excepcional, al borde de lo inverosímil. El final catastrófico, la derrota total no hacen más que deslegitimar las anteriores prácticas, hacerlas absurdas:

Claro, hubo un montón de cosas que me perdí como ser el período de la infancia de mis hijas mayores, me separé de mi esposa que tuvo que refugiarse en el extranjero, no? Y perdí para siempre un montón de magníficos amigos, la flor y nata de la juventud de nuestro país que se inmoló, digamos, detrás de la bandera revolucionaria.

A diferencia de estos discursos, para el PRT *todo debía subsumirse al deber revolucionario*. Como vimos, no había algo así como “lo privado” diferente y contrapuesto a “lo público”. Es muy ilustrativo en este sentido el testimonio de una militante cuando cuenta

que prácticamente ni se veían con su pareja -también militante del PRT-ERP- a causa de la militancia:

Era muy loco porque teníamos actividades totalmente distintas, él más que nada actividades clandestinas en el frente del ejército, y en el frente en ese momento de agitación y propaganda y yo en la parte más abierta, legal, entonces era muy complicado porque encima los dos trabajábamos, entonces no nos veíamos nunca. O sea, llegábamos a dejarnos papelitos, onda: ‘esta noche te invito a cenar en casa, podés estar a tal hora?’. Después encontrás un papelito, ‘no, lo lamento, te veo mañana en el desayuno’. Y así era. (Susana Gabanelli- PRT Mar del Plata).

Lo que antes era necesario, un deber revolucionario, ahora es “loco”, “romántico”.

Yo creo que tenía una visión muy romántica, pero no... mirá, me acuerdo más adelante, nosotros teníamos dos chicos, yo disputaba con mi compañero que me planteaba ciertos límites a la militancia que yo quería participar más, ¿no? Pero tenía dos enanos muy chiquitos. Y me acuerdo, y eso me quedó grabado, que él me dijo algo así: ‘mirá, lo que se avecina no es nada romántico, acá va a haber muchas muertes. Vamos a sufrir muchas penurias y los chicos tienen que quedar cuidados con alguien’. (Susana Malacalza)

Como vimos cuando analizamos “Moral y proletarización”¹¹², los hijos como miembros de la célula político-militar también estaban sujetos a la moral revolucionaria. Cuando morían, desaparecían o eran apresados los militantes que también eran padres, los hijos debían quedar a cargo de sus compañeros revolucionarios. La moral socialista del mañana debía ser creada en el aquí y ahora, en estas nuevas subjetividades, constituidas en la moral revolucionaria y en el “hombre nuevo”, su encarnación.

Nos fuimos haciendo cargo de hijos de otros compañeros por estar en la cárcel, por estar muerto o desaparecido o por motivos de militancia no podían estar con sus hijos, estábamos con los hijos de ellas. (Susana Gabanelli- PRT Mar del Plata).

¹¹² Capítulo II, p. 122.

Desde el discurso del PRT, la mujer militante tenía un rol fundamental, para no decir directamente *natural*, en este proceso. Si bien la concepción de familia que acuñaba el PRT-ERP¹¹³ era una forma de romper con la familia tradicional, al priorizar los *vínculos políticos* por sobre los *biológicos- naturales burgueses*, se siguen reproduciendo en esta concepción de la mujer y de la familia como “primer célula político-militar”, algunos signos y argumentos propios del discurso dominante sobre estas prácticas.

El documental y los testimonios en él expresados, reproducen estas representaciones. En primer lugar, se utilizan casi exclusivamente testimonios de ex militantes mujeres para hablar de estos temas ligados a lo familiar, recurso que reproduce esta relación naturalizada de la mujer con el ámbito privado y, en particular, con la crianza de los hijos. Las mujeres aparecen como las encargadas de estar a cargo de los hijos -de hecho, como dice en el fragmento citado arriba, los hijos son de “ellas”- y los “compañeros” son los que les hacen “recordar” esta situación cuando algunas de ellas plantea ir más allá, como por ejemplo, querer tomar mayores riesgos en la militancia armada. Como decía uno de los testimonios, parafraseando a su antigua pareja, “... acá va a haber muchas muertes. Vamos a sufrir muchas penurias y los chicos tienen que quedar cuidados con alguien”. Esta situación de subordinación asimétrica entre ambos miembros de la pareja se presenta de un modo evidente, naturalizado. Por otra parte, como también vimos en “Moral y Proletarización”, la pareja monogámica y heterosexual es la única forma amorosa de vincularse con el otro que aparece representada y, a fin de cuentas, legitimada (ni se habla de la homosexualidad o de otras variantes).

2.1.3 Sacrificios colectivos, culpas individuales

Como pudimos ver en la primera parte de la tesis, los militantes del PRT-ERP, se constituían en sujetos revolucionarios desde una interpelación ideológica que los constituía como sujetos entregados a un bien supremo, colectivo: la “Revolución”. De alguna manera, era necesario para el mismo proyecto político guerrillero la construcción de una moralidad lo suficientemente fuerte y sacrificada como para soportar o hacer “aceptable” una muerte que

¹¹³ No era privativa de esta organización, se extendía a la práctica política de las organizaciones revolucionarias armadas y no armadas.

se presentaba cada vez más como inminente¹¹⁴. Al fin y al cabo, tanto sufrimiento iba a ser recompensado en el sueño revolucionario hecho realidad. Su gritos de guerra “*A vencer o morir*”, o los de la izquierda peronista, “*Perón o muerte*” y “*Patria o muerte*” dan cuenta del lugar determinante que ocupaban el heroísmo y el sacrificio en la conformación de la subjetividad guerrillera. En este sentido, la moralidad revolucionaria terminaba haciendo las veces de trampa mortal: no permitía regresar tras los propios pasos ni resguardarse ni abandonar sin ser considerado un “traidor”, un “delator”, un “quebrado”, un “enemigo”. ¿Qué pasa, entonces, cuando el sueño revolucionario no compensa el sacrificio, cuando la pérdida es tan grande?

Los testimonios de los antiguos militantes están atravesados por estas figuras discursivas que hacen del sacrificio y entrega individual a una causa colectiva y magnánima –como lo es la abolición de la dominación del hombre por el hombre- los valores principales a destacar de sus antiguos compañeros, ausentes ya.

En general la sensación que uno tenía que cuando torturaban al compañero de al lado o lo mataban al compañero de al lado, siempre te quedabas con una palabra de aliento, era una cosa impresionante. Pero eso te puedo garantizar que las despedidas de compañeros que los mataron fueron despedidas de héroes pero de héroes serenos, de tipos que sabían que estaban haciendo eso por otros y que en todo caso uno tenía la sensación ‘bueno, el día que me lleven a mi que yo tenga la misma humanidad, la misma fuerza, el mismo sentimiento. (Eduardo Anguita- PRT-ERP Capital).

Sobre el saldo trágico de muerte, tortura y desaparición sigue pesando el ejemplo dejado, la entrega de estos militantes “por otros”.

La posición de enunciación asumida en estos testimonios alterna, muchas veces, entre la forma colectiva e individual. Si para hablar del pasado se utiliza el nosotros exclusivo “generación”, para hablar del presente de la enunciación se lo hace, mayormente, desde la primera persona del singular o desde el colectivo “sobrevivientes del PRT”.

¹¹⁴ “A partir de este momento la posibilidad de morir es un hecho terriblemente cercano y posible; es también un honor, el más alto al que se pueda aspirar: morir por la liberación de la Patria y del Pueblo. Muchos otros mejores que yo han muerto en esta guerra. Si me toca hacerlo, trataré de hacerlo con dignidad y decoro; acepto la muerte como un acto de servicio; no le doy la bienvenida pues amo la vida. [Mis hijos] no quedarán huérfanos pues viviré siempre en ellos y me tendrán en la revolución”. Párrafo del manuscrito inédito “En caso de muerte” de José Baxter (integrante de la dirección del ERP) del 30/05/70 citado en Ana Longoni, “La pasión según Eduardo Favario. La militancia revolucionaria como ética del sacrificio” en Revista *El Rodaballo* N 11/12, primavera/verano 2000 (subrayado de la autora), p, 58.

En el caso particular mío, yo no me arrepiento nada de lo que hice... todo lo que hice, lo hice a conciencia. El uso de la.. el abrazo de la lucha armada fue como consecuencia que nos cerraron todos los caminos. En el caso de mi generación, intentamos todas las vías, y se nos fueron cerrando, y bueno, no nos quedó otra que ejercer el soberano derecho del pueblo de tomar las armas contra la tiranía. Esa fue nuestra lucha. No luchamos contra un gobierno legal, constituido, luchamos contra una dictadura militar. Así nacimos a la lucha armada. Otra cosa fueron los errores que pudimos haber cometido después, esa es una historia sin saldar. En tanto y en cuanto, los sobrevivientes del PRT sean... podrán saldarla en tanto y en cuanto sean capaces con la máxima vergüenza revolucionaria plantarse ante la historia y decir ‘en esto sí erramos’.

“Generación”, como vimos en algunos pasajes del discurso de Néstor Kirchner, es un colectivo perteneciente al pasado. El presente (y también el futuro) es del individuo o de lo que queda de aquellos tiempos, “los sobrevivientes”, nombre que refuerza esta ligazón de la generación con el pasado, con lo sido. De hecho, cuando el locutor pone en escena el discurso referido (ficticio) de los sobrevivientes, estos asumen una acción pretérita como miembros pasados de aquella generación: “en esto sí erramos”. El locutor, como vemos, habla desde la primera persona del singular o desde la primera del plural como miembro pasado de la generación. No se incluye en ningún momento en el colectivo “sobrevivientes” y, por tanto, tampoco lo hace en la acción que les prescribe, el mea culpa y reconocimiento de los “errores” cometidos: ejercer la lucha armada durante un gobierno legal como lo era el peronista del ’73-’76.

Como veíamos antes, desde estos testimonios, producidos luego de casi cuarenta años de lo acontecido, la lucha armada sólo es legítima en tanto y en cuanto se la realice en un contexto dictatorial. Si en los años sesenta y setenta era legítima porque era un medio válido y probado para la toma del poder y la construcción del socialismo, en el momento en que se producen estos testimonios sólo fue legítima cuando no hubo otros medios disponibles. Detrás de estas lecturas se encuentra la valorización positiva de la “democracia electoral”, antes despreciada por el PRT¹¹⁵. Como vimos, esto se produce como consecuencia de la derrota, la represión política y cultural de la dictadura militar y la reconfiguración del discurso político que se produce en la reapertura democrática de 1983. La democracia y los derechos humanos pasan de ser signos “burgueses”, “reformistas” a ser signos desde los cuales se interpreta ese

¹¹⁵ Como vimos en el capítulo II, para la fracción que formó el ERP 22 de Agosto, la “democracia electoral” no necesariamente tenía una valoración negativa, de ahí su apoyo a la candidatura de Cámpora y la ruptura con el PRT. Ver apartado “El GAN y el PRT-ERP”, p. 123.

pasado revolucionario y se leen el presente y el futuro. El *deber ser* ya no es hacer la revolución, cueste lo que cueste, sino reconocer con vergüenza las culpas propias por haber optado por la lucha armada que, al igual que la generación que la llevó adelante, forma parte del pasado.

2.1.4 Lo mejor de aquellos años: el sacrificio

Sin embargo, no todo es crítica o arrepentimiento. Como vimos, hay testimonios que reivindican varios aspectos de esta militancia, todos vinculados a la capacidad de sacrificio de sus militantes por un bien supremo y colectivo, en este caso, la “gente”. Aunque se cuestione la táctica política escogida, los sentimientos, el sacrificio militante, son reivindicados:

todo lo que viví con el partido es todo ganancia, es todo ganancia porque hay gente que muere y que va por la vida sin objetivo y es una hoja mecida por el viento, pero nosotros, todo lo que hicimos, lo hicimos en función de la gente, de nosotros mismos, con el orgullo de estar permanentemente perteneciendo a un contingente de cambio que no era solamente de mi pueblo, de Córdoba sino que en esa época era mundial, nosotros queríamos esto, la globalización pero que hubiéramos resultado ganadores nosotros, un poco así.

Otro aspecto destacado es la vitalidad de aquella entrega:

Me gustó vivir esa vida, estoy contenta de haberla vivido a pesar de la muerte que la rodeó y todo eso, te digo, esa idea de vitalidad, de proyecto vital fue muy muy fuerte, no? Muy fuerte, entonces, yo no lo vivo como derrota, lo vivo como un momento de la historia pero no como derrota.

El sacrificio para vivir en una sociedad *mejor*:

Lamentablemente, la gran mayoría de los chicos con los que me tocó militar a mí no están, entonces, este, yo sigo pensando que lo que ellos hicieron, lo que hicimos juntos sigue teniendo valor, sigue teniendo vigencia y que bajo ningún punto de vista voy a decir que el sacrificio de ellos fue en vano porque para mí sigue latente la posibilidad, devuelta digo, de encontrar una sociedad mucho más justa, mejor que la que vivimos actualmente.

Como veíamos en los discursos de Néstor Kirchner, no se habla ni de “socialismo”, ni de “revolución”, sino de “país distinto”, mejor, más justo. La revolución deja de formar parte del lenguaje político de los ex militantes. Ahora sólo queda la “utopía”, estos relatos bañados por la derrota y la culpa de sobrevivir al exterminio.

Lo que siento es soledad, tristeza, no? Y también me siento muy orgulloso de ello. Creo que, yo me siento muy orgulloso de formar parte de una generación de la que formó parte esa gente porque cuando todavía no estaba nada claro, cuando todavía reinaba la oscuridad ellos fueron los que decidieron ir a tomar el cielo por asalto y me parece que eso es algo de lo cual uno debería sentirse orgulloso.

La ética del sacrificio, como vemos, sigue formando parte de estos relatos pero no ya como medio para la toma del poder sino para elaborar la pérdida, o mejor dicho, las pérdidas. La experiencia aparece positivamente valorada desde un lugar más bien melancólico, con la culpa a cuesta por los que ya no están. Acordamos con Vezzetti (2009) cuando afirma que

La representación social que instituye a los combatientes revolucionarios asesinados y/o desaparecidos como los mejores, puede partir de dos supuestos bien distintos: o bien, en el interior del mito revolucionario, expresa el culto a la heroicidad y el molde de los guerreros; o bien, en la recuperación social más amplia, nace de una culpa difusa en los sobrevivientes y en la sociedad que no fue capaz de proteger tantas vidas exterminadas en una masacre rutinaria (Vezzetti, 2009:141).

Es por eso que sólo se reivindica a los ausentes, a los que dieron todo, hasta su propia vida, por este “país distinto”. Los que quedan sólo deben criticar lo realizado, analizar el por qué de tanta tragedia.

Las víctimas son víctimas pero también militantes políticos y guerrilleros y es por eso que se diferencian tanto del discurso de las víctimas despolitizadas del *Nunca Más* como de la nueva “historia oficial” kirchnerista que habla de la generación militante pero no de la lucha armada que ésta llevaba adelante.

2.2 De “militantes por un mundo mejor” a “responsables de las muertes”. La carta de Oscar del Barco

En *Errepé*, como vimos, el signo que explica la derrota política es “militarización”. El problema, por tanto, fue la exacerbación de la lógica armada, su avasallamiento sobre las otras tareas del partido y la continuidad de la guerra contra un gobierno democrático como el de Perón-Perón, no la utilización de la violencia en sí como plantea el discurso democrático post dictadura militar. A diferencia del discurso de este film, que asume una posición crítica pero también reivindica como héroes sacrificados a los militantes (desaparecidos) de esos años, la carta de Oscar del Barco¹¹⁶ no sólo no reivindica nada de aquella militancia, sino que los ubica en un nuevo lugar. Desde su discurso, los militantes que llevaron adelante la lucha armada y que adoptaron la violencia como medio para conseguir sus fines (por más nobles que éstos sean) no son ni víctimas ni héroes, son asesinos y, por tanto, *responsables*.

2.2.1 “Ajusticiamiento” Vs. “Asesinato”

El texto realiza una crítica a la militancia armada a partir de algunos signos y argumentos propios del discurso de los derechos humanos –como representar a las víctimas mediante el signo “ser humano”- pero para darles una valoración distinta. Podemos decir que el discurso de Oscar del Barco produce una negación metalingüística respecto de los dos discursos vigentes acerca del pasado reciente al producir un cambio importante en la forma de nominar (y nominarse) a los militantes de aquellos años. Como dijimos antes, desde su perspectiva no son ni héroes ni víctimas inocentes, *son asesinos/responsables*.

¹¹⁶ La revista cordobesa de filosofía y ciencias sociales *La intemperie* publicó en octubre y noviembre de 2004 un reportaje a Héctor Jouvé, ex militante del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), organización armada liderada por Jorge Ricardo Masetti y respaldada por Ernesto “Che” Guevara. Esta organización se internó en 1963 en el monte salteño –intento prontamente desarticulado por las fuerzas represivas-. En aquel reportaje, Jouvé relató el fusilamiento de dos militantes del EGP realizado por sus propios compañeros al intentar aquellos, presuntamente, abandonar la guerrilla. A partir de este relato, se publica en la misma revista, en diciembre de 2004, la carta del filósofo Oscar del Barco –miembro de la legendaria revista *Pasado y Presente*¹¹⁶ que había apoyado entonces las acciones del EGP-. En este texto, del Barco realiza una profunda crítica tanto a los movimientos revolucionarios armados, como a los simpatizantes e implicados indirectamente en su accionar en tanto *responsables* de esas muertes. La publicación de esta carta provocó una larga serie de respuestas de ex militantes e intelectuales en distintas revistas y publicaciones del país, la mayoría de ellas recopiladas y publicadas en los dos volúmenes del libro *No matar. Sobre la responsabilidad* (Bélgazgui (comp), 2007; García (comp), 2010).

La carta fue producida a partir de la entrevista que la revista *La Intemperie* le realizó a Héctor Jouvé, ex militante del Ejército Guerrillero del Pueblo. El detonante es el relato que éste realiza del “juicio” y “fusilamiento” a “Pupi” y “Bernardo”, ambos militantes de la organización asesinados por sus compañeros. Allí afirma, aunque de un modo dubitativo: “yo creo que era un crimen, porque estaba destruido, era como un paciente psiquiátrico. Creo que de algún modo todos somos responsables, porque estábamos en eso, en hacer la revolución” (Testimonio de Héctor Jouvé en Bélzagui, 2007:17). Esta será la mecha que encenderá todo. Así lo expresa del Barco en el siguiente fragmento:

Al leer cómo Jouvé relata sucinta y claramente el asesinato de Adolfo Rotblat (al que llamaban Pupi) y de Bernardo Groswald, tuve la sensación de que habían matado a mi hijo y que quien lloraba preguntando por qué, cómo y dónde lo habían matado, era yo mismo. En ese momento me di cuenta clara de que yo, por haber apoyado las actividades de ese grupo, era tan responsable como los que lo habían asesinado. Pero no se trata sólo de asumirme como responsable en general sino de asumirme como responsable de un asesinato de dos seres humanos que tienen nombre y apellido: todo ese grupo y todos los que de alguna manera lo apoyamos, ya sea desde dentro o desde fuera, somos responsables del asesinato del Pupi y de Bernardo (Carta de Oscar del Barco en Bélzagui, 2007: 31).

Retomando las propias palabras de Jouvé, el locutor se declara “responsable” de los “asesinatos” realizados por la organización guerrillera. Ya en estas primeras líneas podemos observar las creencias y representaciones que forman parte de este discurso. Si desde el discurso de la izquierda armada de ese entonces, ese acto era calificado como un “ajusticiamiento” o, como mucho, una “ejecución”, absolutamente justificada y legitimada desde aquella visión de las cosas, desde este discurso queda omitida aquella situación de enunciación, perdiendo así el valor moral y político que tenía para ese entonces. De esta forma, las muertes no son ya históricamente necesarias para la supervivencia del grupo y, en última instancia, para la posibilidad de la revolución, sino más bien simples y llanos “asesinatos”. Si la “revolución” ya no es un hecho inexorable sino algo más bien algo dudoso o imposible, lo es también legitimar esas muertes, quedando así insoportablemente desnudas, absurdas e injustas. La única certeza de del Barco, en tal caso, es que no puede construirse una nueva sociedad sobre la base del crimen: “No sé si es posible construir una nueva sociedad, pero sé que no es posible construirla sobre el crimen y los campos de exterminio”

(Carta de Oscar del Barco en Bélzagui, 2007: 33). Son otros los signos y otro es también el discurso dominante en dónde éstos circulan y adquieren sentido (Raiter, 2003).

Siguiendo el modelo de análisis propuesto por la teoría de la argumentación en la lengua, uno de los modos elegidos para acercarnos a nuestro corpus fue analizar los conectores argumentales y los topoi extrínsecos que se manifiestan en los usos de los mismos. Volvamos por un momento al enunciado recientemente citado:

En ese momento me di cuenta clara de que yo, por haber apoyado las actividades de ese grupo, era tan responsable como los que lo habían asesinado. Pero no se trata sólo de asumirme como responsable en general sino de asumirme como responsable de un asesinato de dos seres humanos que tienen nombre y apellido... (Carta de Oscar del Barco en Bélzagui, 2007: 31).

A través de la utilización del conector “pero” se niegan las consecuencias de la clausula anterior. Contrario al topoi que forma parte del primer enunciado, la responsabilidad declarada no es una declaración de principios generales, abstractos, es la responsabilidad concreta por el “asesinato” de dos “seres humanos” con nombre y apellido llevado a cabo por sus propios compañeros. Acá vemos, otra vez, como mutan ciertos signos y sentidos del pasado. Como hemos podido ver en los otros capítulos, desde la ideología y discursos de la militancia revolucionaria de los años setenta, el uso del signo ideológico “ser humano”, estaba ausente. Para la izquierda armada argentina, o se era un “hombre nuevo”, un “revolucionario”, un “compañero”, o se era un “quebrado”, un “burgués”, un “enemigo”, un *otro radical*, no un *ser humano*, signo ideológico que no era empleado por la guerrilla ni por la izquierda de los años setenta. Por ejemplo, en el discurso de la organización político-militar PRT-ERP, el “pequeño-burgués”, el “traidor”, el “cobarde” es un otro-enemigo al que hay que aniquilar o apartar para que no destruya la organización y, en última instancia, la Revolución (como hizo el EGP con “Pupi” y “Bernardo”). En contraposición a esta imagen se construye el “otro ideal”: el “Hombre nuevo”, que no es un ser humano en abstracto sino uno que posee ciertos atributos como ser “proletario”, “sacrificado”, “disciplinado” y con “moralidad revolucionaria”. Quien no se corresponda con ese modelo de militante ideal, nunca dejara de ser un pequeño burgués, un enemigo. Como vemos, “*Ser humano*” en abstracto es un signo

que corresponde a otro discurso. Uno que no tenga como eje la lucha de clases ni la revolución socialista.

2.2.2 Los “responsables”

Otra cuestión que abordamos es el uso de los pronombres personales. Por medio de su análisis observamos las diferentes posiciones de enunciación asumidas por el locutor. Si bien del Barco comienza la carta utilizando la primera persona del singular, para hablar de la responsabilidad usa la variante colectiva.

En un comienzo la carta parece ser un mea culpa o un relato desde la propia individualidad:

... tuve la sensación de que habían matado a mi hijo y que quien lloraba preguntando por qué, cómo y dónde lo habían matado, era yo mismo. En ese momento me di cuenta clara de que yo, por haber apoyado las actividades de ese grupo, era tan responsable como los que lo habían asesinado.... (Carta de Oscar del Barco en Bélzagui, 2007: 31).

Sin embargo, a partir del tema de la responsabilidad, el locutor utiliza una persona colectiva, un “nosotros inclusivo” (Benveniste, 1982) pues incluye a enunciadore y enunciatarios: “todo ese grupo y todos los que de alguna manera lo apoyamos, ya sea desde dentro o desde fuera, somos responsables del asesinato del Pupi y de Bernardo” (Carta de Oscar del Barco en Bélzagui, 2007: 31). Por lo tanto, si este “yo”, sujeto individual, es víctima indirecta de esta dolorosa situación, cuando pasa a la primera persona del plural, el enunciadore se identifica con los victimarios, los “responsables”, colectivo de identificación construido por el enunciadore. En tanto “Pupi” y “Bernardo”, representan en el texto mucho más que su individualidad, los “responsables” también son mucho más que el “grupo” que perpetró directamente el hecho. Son todos lo que apoyaron a ese grupo, es más, todos los que apoyaron y llevaron adelante esta forma (violenta) de lucha¹¹⁷. Allí reside el efecto de interpelación en cadena que generó la carta del filósofo.

Otro modo de abordar la problemática enunciativa es a través del análisis de los tiempos verbales. En ese sentido, no nos parece menor que para hablar del presente más

¹¹⁷ Por ese motivo, más adelante, incluirá en esta categoría de *responsables/asesinos* a otras organizaciones armadas, posteriores al EGP: Montoneros, ERP, FAR.

cercano, -como el momento en que lee la entrevista y siente que “Pupi” y “Bernardo” son sus hijos- del Barco utilice el tiempo pasado pero no así para dar cuenta de esta responsabilidad tan aclamada a lo largo del texto. En lugar de decir *fui* o *fuimos* responsables –forma del pasado que produce un efecto de distanciamiento respecto de lo enunciado (García Negroni, 1999)- opta por *yo era* para la primera persona del singular– forma del pasado imperfecto más bien cercana y actual (Ibídem, 1999) que da cuenta de un proceso inacabado- y por el tiempo presente para la variante colectiva: nosotros *somos* responsables. Por los tiempos verbales usados, la responsabilidad no prescribe; el pasado es tan presente que amerita la escritura de la carta, el “acto de constricción” como el mismo llama.

A pesar de que el discurso comienza con una posición de enunciación que podemos llamar “paterna”, dolorido por estas muertes en particular, el principio al que recurre para condenar éstos “asesinatos” es universal. Desde una posición de enunciación propia de un “filósofo humanista”, el locutor afirma que ningún fin o idea puede justificar el asesinato de otro “ser humano”. La tesis que sustenta esta serie de afirmaciones reside en el principio *no matarás*, construido discursivamente como inmanente y necesario a la existencia de cualquier comunidad. *En sintonía con el discurso de la utopía democrática, no hay idea o razón que justifique su violación pues hacerlo significa una afrenta a la humanidad toda.*

Es por ello que afirma que

... todos los que de alguna manera simpatizamos o participamos, directa o indirectamente, en el movimiento Montoneros, en el ERP, en la FAR o en cualquier otra organización armada, somos responsables de sus acciones (Carta de Oscar del Barco en Bélzagui, 2007: 32).

Otra vez vemos cómo aparece el “nosotros inclusivo” y el tiempo presente, lo que hace que estos actos pasados no prescriban, que sus efectos continúen en el presente. Lejos de ser una reflexión que sólo insta a su subjetividad individual, interpela y convoca a esos otros a dejar de ser “héroes”, “soñadores” o “víctimas” (como veíamos en los textos del *Nunca Más* y en los discursos de Néstor Kirchner) para pasar a ser “responsables”. En abierta polémica con los discursos que recurren al clima de época para fundamentar y, en última instancia,

legitimar las decisiones políticas pasadas¹¹⁸, el discurso de del Barco pone en juego y desestabiliza los supuestos políticos e históricos que daban sentido a esa acción. Para éste, cualquiera que transgreda el principio “no matarás” -y por la causa que sea- no es más que una cosa: un “asesino”.

De ahí la “reconsideración” que realiza de la “teoría de los dos demonios”:

Si no existen "buenos" que sí pueden asesinar y "malos" que no pueden asesinar, ¿en qué se funda el presunto "derecho" a matar? ¿Qué diferencia hay entre Santucho, Firmenich, Quieto y Galimberti, por una parte, y Menéndez, Videla o Massera, por la otra? (Carta de Oscar del Barco en Bélzagui, 2007: 32).

Como también se desprende de la teoría de los dos demonios, desde el discurso de del Barco, ambos bandos parecieran ser igualmente homicidas, omitiendo, de esta forma el plan sistemático de exterminio de “Menéndez, Videla o Massera”. Esto es así porque desde esta visión de las cosas, como dijimos antes, no hay causas ni ideales que justifiquen ni legitimen el asesinato de ningún ser humano. Como en el discurso de Alfonsín y del primer prólogo al *Nunca Más*, todo aquel que se sirva de la violencia para cumplir sus objetivos no es más que *demonio*:

Los otros mataban, pero los "nuestros" también mataban. Hay que denunciar con todas nuestras fuerzas el terrorismo de Estado, pero sin callar nuestro propio terrorismo. Así de dolorosa es lo que Gelman llama la "verdad" y la "justicia". Pero la verdad y la justicia deben ser para todos (Carta de Oscar del Barco en Bélzagui, 2007: 34).

Si bien se sigue reproduciendo la escisión entre “los otros” y “nosotros”, propia del discurso amigo-enemigo dominante en los setenta, el uso de las comillas provoca un efecto de distanciamiento respecto de lo enunciado, lo que da pie a que nos preguntemos ¿quiénes son

¹¹⁸ La construcción de la “violencia de los de abajo” como respuesta automática y necesaria a la “violencia de los de arriba” es un argumento recurrente en discursos de la época, como de muchas representaciones del pasado reciente. Así ocurre, por ejemplo, en el documental *Cazadores de utopías*, analizado en el anterior capítulo como en *Errepé*.

ese “nosotros” con el cual no termina de identificarse el enunciador? Por otra parte, ¿es posible, desde esta visión de las cosas, un “nosotros” diferente y opuesto a un “ellos”? Pareciera que lo único que puede unir en la situación actual a enunciador y a sus antiguos compañeros es la denuncia pero de todos los terrorismo, de Estado y del “nuestro”. Mediante el conector “pero”, el enunciador construye una visión de “verdad” y “justicia” distinta a la de estos “otros” con los que discute y que, a su vez, desea convertir al “nosotros responsables”. Si para el discurso dominante del momento, la “verdad” y la “justicia” sólo atañe a los crímenes de lesa humanidad perpetrados por los responsables militares y civiles de la última dictadura militar, en el discurso de del Barco incumbe a “todos”, al terrorismo de Estado y al “propio” en el que el enunciador se incluye. Desde este punto de vista, “denunciar con todas nuestras fuerzas al terrorismo de Estado”, no debe implicar, como se desprendería del discurso humanitarista y reivindicatorio, “callar nuestro propio terrorismo”. Se pone en cuestión el supuesto silenciamiento para producir un nuevo mandato: el deber de la responsabilidad por los “crímenes” cometidos. *Como en la teoría de los dos demonios, los militantes son terroristas y, por tanto, culpables*. Aquí también, la política está ausente. *Desde las nuevas condiciones de producción discursivas democráticas, se cierra sentido sobre este pasado, ya acabado (y criminalizado)*.

3. La revista *Lucha Armada en la Argentina*: “Somos críticos pero no renegados”¹¹⁹.

La reivindicación de la “generación soñadora” de los años setenta realizada por el ex Presidente Néstor Kirchner, junto a la aparición de discursos críticos de aquellas experiencias por algunos de sus ex militantes -como ocurre en *Errepé* y la carta de Oscar del Barco- impulsaron la revisión historiográfica y política de aquellos años, a la par de los relatos testimoniales que venían publicándose con anterioridad.

La revista *Lucha Armada en la Argentina*¹²⁰ surge y dialoga con estos discursos. A lo largo de siete años -en los 11 números de publicación trimestral (2004-2008) y en los anuarios

¹¹⁹ Gabriel Rot citado en “Las cosas por su nombre”, *Radar Libros*, 22 de octubre 2006

¹²⁰ El primer número de la revista *Lucha Armada en la Argentina* fue publicado en diciembre 2004/ febrero 2005. En sus 11 presentaciones -la última es del año 2008- se publicaron artículos sobre diversas organizaciones, problemáticas y desde distintos modos de abordajes. Si en un principio se editaban 1000 ejemplares por número, al final se va a triplicar esa cantidad, no sólo de los últimos números de la revista sino también de las reimpressiones de todas las presentaciones ya agotadas (editorial, 2008). Los editores -Gabriel Rot y Sergio

de 2010 y 2011- interviene en este debate por medio de la publicación de distintos artículos, entrevistas y documentos históricos de las más diversas y variadas organizaciones armadas.

3.1 Circulación

Teniendo en cuenta que es una revista que contiene, en su gran mayoría, artículos de corte académico que tratan sobre un tópico restringido al interés de un público particular - como lo es la “lucha armada” y la historia de los años sesenta y setenta- aun con una tirada importante, la masividad no es lo que caracteriza a *Lucha armada en la Argentina*. En un primer momento, sólo la vendían determinados kioscos de revistas y librerías. Después, en consonancia con el crecimiento de la revista, comenzó a venderse en casi todas las librerías del país. En cuanto a la tirada, si en su formato trimestral (2004-2008), por la novedad y actualidad del debate, crecían los adeptos a la revista y las repercusiones de las polémicas que ella abría¹²¹, el formato anual (2010 – 2011) tiene una tirada menor¹²².

Bufano, ambos ex militantes que optaron, en esos años, por esta táctica política- llamarán al 11° número, “el número de la despedida” (editorial, 2008), dando a así comienzo a otro formato y periodicidad de la revista: de revista-periódica a revista-libro. El fin de la edición por número y el comienzo de los anuarios comenzó después de la separación de sus editores. Gabriel Rot, no formó más parte de la publicación de la revista ni de la editorial *Ejercitar la memoria*. Ocupa su lugar en el anuario 2010 Cacho Lotersztain, agregándose a la dupla con Bufano, Christian Kupchik en el anuario 2011.

En 2010 aparece el primer número anual que también cambia de título. Si antes era *Lucha Armada en la Argentina*, ahora es *Política y Violencia. Lucha Armada en la Argentina*. En este nuevo título se opera un cambio. El aditivo “Política y Violencia” infunde toda una interpretación a los hechos que son objeto de la publicación. En primer lugar, al ser dos signos distintos unidos mediante el conector “y”, se parte del supuesto que “política” y “violencia” son dos cosas separadas que, en este caso, la “lucha armada” unió. Por otro lado, es un título que impone una determinada interpretación de los hechos y un juicio de valor acerca de los mismos pues se está leyendo el fenómeno de la lucha armada bajo el signo “violencia”, signo claramente negativo en términos políticos, en especial, a partir del discurso democrático y de los derechos humanos que comenzó a hegemonizar la lectura del pasado desde los años ochenta en adelante. Los tópicos que atraviesan los distintos textos que conforman la revista también cambian. Si en la publicación trimestral abundaban artículos, entrevistas y documentos sobre las más diversas organizaciones político-militares –desde las más pequeñas hasta las más grandes y conocidas como PRT-ERP y Montoneros-, en los anuarios se les da espacio a artículos que responden a la problemática de los “derechos humanos” y la “memoria”, más allá del tópico central “lucha armada”. Los anuarios 2010 y 2011 no tienen documentos, a diferencia de la publicación por número que siempre contaba con fuentes de las distintas organizaciones.

¹²¹ Recordemos que si en los primeros números, la tirada era de 1000 ejemplares, luego se triplicó esta cantidad no sólo en los últimos números sino en la reedición de todos los anteriores.

¹²² Si cuando se publicaba por número eran 3000 ejemplares por cada uno, ahora, la tirada de los anuarios es de 1800.

3.2 La revista habla sobre sí misma.

El editorial del primer número presenta los objetivos de la publicación:

La experiencia de la lucha armada sigue esperando su reevaluación histórica desde una perspectiva crítica, en la que se aborde sin prejuicios la riqueza política de la misma. Se destaca, en cambio, una clara tendencia hacia la historia autolegitimante, encorsetada en moldes estereotipados, donde la riqueza política y cultural de la experiencia se ha visto reducida a la dimensión de ‘espíritu de época’, ‘juvelinismo’, episodios anecdóticos y relatos mitificantes, que terminan por sustituir la historia viva y real. La falta de una perspectiva crítica impuso una matriz en donde la justificación sustituyó el análisis de la circulación de ideas, desdibujó la vida interna de las organizaciones y los presupuestos teóricos, los conflictos y las tensiones surgidas en ellas. Y es sabido que sin interpelación crítica, sin plantear los contrastes entre lo dicho y lo hecho, la historia se convierte en un instrumento de legitimación para una memoria acrítica carente de reflexión.

Creemos que asumir los actos del pasado desde una conciencia crítica que rescate todo lo bueno y lo malo contribuirá a evitar la autocomplacencia o la denigración, la épica o la demonización. Los protagonistas de entonces no deben temer abrir los recuerdos y revisar las estrategias y los dichos del pasado. Recuperar lo recuperable y reconocer los errores. Estas páginas están abiertas precisamente para eso, para el debate, para la polémica que no teme disputas encendidas (Bufano y Rot, 2004/2005: 2).

Como vemos, se reitera la apelación al signo ideológico “crítica”. En el mismo sentido que se manifestaba en el documental *Errepé*, el tipo de crítica que se propone la revista es un tipo de crítica que debe recuperar lo “recuperable” y reconocer los “errores”. Vemos así como aparecen las marcas subjetivas del presente en esta lectura sobre el pasado. Si para el discurso de los setenta la revolución era un hecho inexorable y, por tanto, sólo había que agudizar las contradicciones para que este hecho tan ansiado ocurriese (la lucha armada era un medio para ese fin), ahora aparecen estas decisiones –con el trágico diario del lunes en la mano– representadas bajo el signo “error”.

La revista se construye a sí misma como espacio para que se produzca esta lectura crítica frente a los otros discursos vigentes y dominantes acerca del pasado reciente: el de la “épica” y el de la “demonización”. Tal como hemos analizado en la carta de Oscar del Barco, la revista *Lucha Armada en la Argentina* se propone, al menos intencionalmente, construir un discurso alternativo a ambas opciones disponibles en el discurso dominante (Raiter, 2003) sobre aquellos años. Para ello construye un dispositivo enunciativo que, desde un “nosotros

exclusivo” (Benveniste, 1982), se dirige indirectamente a los “protagonistas de ese entonces”, a los que prescribe dos mandatos: abrir los recuerdos y revisar el pasado (procesos en los cuales el enunciador no se incluye).

Esta escisión entre “nosotros –revista” y “ellos protagonistas” nos muestra, una vez más, la diferencia entre locutor empírico y enunciador que formula la teoría de la enunciación (Benveniste, 1982; Ducrot, 1986). Si los locutores empíricos –Gabriel Rot y Sergio Bufanovson efectivamente ex militantes de organizaciones político-militares, la posición de enunciación asumida no es la del protagonista, sino la del “crítico objetivo”. El editorial tiene por fin persuadir a estos “protagonistas” para que *dejen de temer* y, por fin, *revisen* su pasado; para que asuman de una vez la posición de enunciación legitimada por este discurso: la del “crítico”.

3.3 El PRT-ERP en la crítica del pasado: mejor que hablen los que saben...

Sobre un total de 120 artículos y entrevistas a ex militantes de organizaciones armadas, 13 de ellos están relacionados con la organización político-militar PRT-ERP, de los cuales 8 son artículos académicos y 5, entrevistas. Por otra parte, en 3 de sus 11 números, se publicaron documentos de la organización que estamos investigando. Los Anuarios 2010 y 2011 no cuentan con ningún artículo relacionado al PRT-ERP. Tampoco con documentos.

Dado el peso específico de esta organización por sobre las otras organizaciones armadas del momento, podemos comprender que 8 de las 13 publicaciones de la revista contenga alguna entrevista, artículo y/o documento del PRT-ERP¹²³. En términos relativos, un poco más del 10 % de los artículos y entrevistas trata sobre esta organización. El 90 % restante aborda otras organizaciones, la mayor parte de ellos concentrados en la otra organización importante del momento, Montoneros, y el resto en las más pequeñas y desconocidas –como Grupo Obrero Revolucionario, Fracción Roja, ERP 22 de Agosto, entre otras-. Esta visibilización de organizaciones anteriormente marginadas de los análisis

¹²³ “El concepto del enemigo en el PRT-ERP” de Vera Carnovale (2004/2005); “ERP- 22 de Agosto: fracción pro-Cámpora en el PRT-ERP” de Eduardo Weisz (2005); “El FATRAC, frente cultural del PRT/ERP” de Ana Longoni (2005); “Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP” de Vera Carnovale (2006); “En la mira perretista. Las ejecuciones del ‘largo brazo de la justicia popular’” de Vera Carnovale (2007); “‘El PRT también se forja en la cárcel’. Sentidos y práctica de la resistencia entre los militantes del PRT-ERP encarcelados durante la última dictadura”, de Santiago Garaño (2007) “Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP” de Vera Carnovale (2008); “A vencer o morir en Mar del Plata” de Juan Carra (2008).

históricos es otro de los objetivos que se propone la revista: dar cuenta de la mayor cantidad posible de experiencias, no agotando su diversidad a las ya conocidas y numerosas trabajadas Montoneros y PRT-ERP (Bufano y Rot, 2004/2005:1-2).

La mayor parte del espacio dedicado al estudio del PRT-ERP es ocupado por textos escritos por investigadores y no por los protagonistas directos, destinatario que la editorial analizada construía como sujeto que debía llevar adelante esta crítica. *La posición de enunciación dominante, por tanto, no es la del testigo sino la del analista distanciado de los hechos relatados*¹²⁴. Se destacan los conflictos internos, los aspectos “subjetivos”, identitarios y todo aquello marginado por los relatos oficiales “autolegitimantes”. Desde ese lugar legitiman su enunciación. Respondiendo al llamado de la revista, son “críticos”.

Nos vamos a detener en dos textos escritos por Vera Carnovale presentada como “historiadora UBA” y “becaria CONICET”. La escritura de ambos está atravesada por la carta de Oscar del Barco y la polémica que ésta generó. El signo “violencia” es el eje central.

El primero se titula “En la mira perretista. Las ejecuciones del ‘largo brazo de la justicia popular’”, y fue publicado en el número 8 en diciembre de 2007. En el título podemos ver el borramiento del carácter de agente del PRT-ERP. Esto se logra a partir de distintos procedimientos discursivos. En primer lugar, la metáfora “en la mira perretista” borra el paciente del proceso “ejecuciones”. Esta nominalización, al cosificar la acción de “ejecutar”, tampoco permite ver quiénes son los actores y pacientes de dicho proceso. Su relación con el participante inanimado “largo brazo de la justicia popular” mitiga también la vinculación del PRT-ERP con los hechos relatados.

En el cuerpo del texto, esta estrategia discursiva que borra o mitiga la responsabilidad del PRT en las ejecuciones perpetradas se profundiza. Por ejemplo, al comienzo del texto, la locutora afirma lo siguiente:

Los grupos armados locales surgidos a partir de la dictadura encabezada por el General Onganía, entre ellos el PRT-ERP, se nutrieron, en gran medida, de estos torrentes que invitaban a asistir con nuevas prácticas y sentidos a la partera de la historia. En su imaginario, en las connotaciones y sentidos más profundos de sus formulaciones político-ideológicas quedaron anudados con lazo indisoluble, violencia e historia,

¹²⁴ Por este motivo, los vínculos de los autores con las instituciones del saber son, en cada caso, debidamente señalados.

sacrificio y hombre nuevo, guerra y revolución. Y en ese lazo que fundía la sangre con el porvenir, morir y matar remitían al tiempo nuevo de la emancipación definitiva del hombre. Y en consecuencia, quienes se integraron a sus filas en prosecución de la consagración histórica, ofrendaron sus vidas y, también, mataron (Carnovale, 2007: 4).

El “espíritu de época”, argumento descalificado por los editores de la revista en la editorial de su primer número, es aquí un signo utilizado para dar sentido a estas “nuevas prácticas” que unían “con lazo indisoluble, violencia e historia, sacrificio y hombre nuevo, guerra y revolución”. Los actores, éstos que “se integraron a sus filas en prosecución de la consagración histórica”, son responsables de dos procesos: “ofrendar” sus vidas –proceso pseudo transactivo porque se ofrendan a si mismos- y “matar”. Ambos verbos están en pasado simple, para Benveniste (1982), pasado lejano, sin conexión con el presente. Mediante estos recursos discursivos – remitirse al “espíritu de época” y a la “consagración histórica”; colocar en primer lugar “ofrendar” en vez de “matar” y conjugar ambas acciones en pasado simple- la locutora mitiga y, en última instancia, legitima los hechos relatados. Como ella misma aclara,

El reciente debate originado a partir de la carta del filósofo Oscar del Barco publicada en la revista cordobesa *La Intemperie*, aborda, precisamente, el tema más silenciado en las memorias militantes: el de las muertes perpetradas voluntaria y selectivamente por las organizaciones armadas. En el amplio abanico de sus prácticas políticas y militares el PRT-ERP incluyó la ejecución selectiva de personas. Motivado por el debate mencionado, el presente trabajo intenta tan sólo echar algo de luz sobre las circunstancias, nociones y sentidos epocales que sustentaron las ejecuciones perretistas (Carnovale, 2007: 5).

En polémica con estos discursos que “olvidan” los sentidos pasados –como harían del Barco y todos los que concuerdan con él-, la autora se propone devolver los “sentidos epocales” que dan sustento a las ejecuciones. El acto de matar aparece en voz pasiva o en nominalizaciones. En ambos casos, la responsabilidad sintáctica-semántica del PRT-ERP es mitigada mediante la pasivización o la inclusión del participante en cuestión en cláusulas relacionales, no accionales. Sin embargo, este discurso responde al olvido “epocal” de Oscar del Barco, con otro olvido: el de la condición de actores históricos de los militantes revolucionarios. Como tales, toman decisiones, limitadas por la historia, pero decisiones al fin.

Esta misma autora vuelve en el número 11° de la revista al tópico de las armas, pero para trabajar sobre el supuesto proceso de militarización que habría afectado a la organización y que explicaría su derrota político-militar. El título del trabajo es “Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP” (2008). El PRT-ERP nuevamente aparece como locativo y no como agente. La “militarización”, nominalización que cosifica un proceso, el de “militarizar” y borra, de esta forma, el agente que realiza la acción, funciona como signo ideológico con valor de evidencia, ese “ya dicho” que regresa y con el cual la autora va a polemizar a lo largo del texto. Desde su punto de vista,

... es probable que la llamada *militarización* haya sido, en gran medida, no una ‘desviación’ ni una ‘insuficiencia’ (de comprensión de la política o del marxismo), sino más bien lo relativamente fiel de aquellos sentidos o, aún, del propio ideario revolucionario que los forjó (Carnovale, subrayado por la autora, 2008: 9).

Mediante bastardillas y comillas, pone en escena el discurso con el cual discute, diferenciándolo del punto de vista propio que sigue al conector “sino más bien”. A partir del uso de éste, la locutora se identifica con el punto de vista que conecta “militarización” con los sentidos propios de aquellos años, lo que llamó en el anterior artículo “sentidos epocales”. Al supuesto esencialismo de Oscar del Barco se responde historizando todo. Los actores históricos quedan en un segundo plano. El contexto es la variable que permite explicar, comprender y, en última instancia, legitimar las decisiones políticas pasadas.

3.4 ¿Y los “protagonistas”?

Si recordamos aquella primera editorial, la crítica que la revista instaba a producir tenía un sujeto: los “protagonistas de ese entonces”. Sin embargo, la mayor parte de los textos fueron producidos por investigadores sobre la temática y desde una posición de enunciación distanciada de la primera persona del testigo.

De las entrevistas publicadas -lugar de la revista reservado a este tipo de relatos-, tres fueron realizadas a ex militantes de la organización que protagonizaron intentos (fallidos) de “copamientos”, “la historia del PRT-ERP desde sus orígenes” y a un “disidente del PRT de Santucho”. Si bien la mayor parte de éstas fueron hechas a “protagonistas” de la historia del

PRT-ERP, la última de ellas, no. La entrevista a Che Pereyra, opositor a la línea Santuchista, es una forma más de continuar con el tópico de los conflictos internos, como ocurría en los otros artículos de la revista. Si bien ninguno de éstos había analizado la fracción “morenista” (la más marginada de las ya marginadas fracciones), todos problematizaron la supuesta homogeneidad ideológica de la organización, haciendo hincapié en los conflictos internos y en las nuevas organizaciones surgidas a partir de los mismos.

En la entrada a la entrevista se destacan la pertenencia al trotskismo, a la clase obrera y a la clase de los “combatientes”, su disidencia con el PRT de Santucho y que fue fundador de GOR –una de las pequeñas organizaciones que da a conocer la revista-. Si desde el discurso del PRT-ERP, Moreno y los “morenistas” eran construidos como el Otro “intelectual” y “pequeño-burgués”, contrapuesto a la identidad revolucionaria, proletaria y combatiente del PRT¹²⁵ y de su líder: Santucho, en esta entrevista no sólo se le da voz a ese “enemigo interno” en calidad de “obrero” y “combatiente” sino que se construye otra historia de la organización que nos ocupa. De esta forma, el PRT-ERP deja de ser PRT a secas para ser “PRT de Santucho” – dando a entender así que hay otros PRT, tan importantes como éste- y sobre todo, deja de ser tópico principal del relato.

El habla de los protagonistas no sólo se manifiesta en forma directa –como lo hace en las entrevistas-. En su mayor parte lo hace en los discursos referidos por los artículos. Como dice Mónica Zoppi-Fontana (1986), al realizar este proceso de descontextualización de su texto original y recontextualización en el nuevo discurso, el texto referido queda atado a la estrategia discursiva de su intérprete. La subjetividad que termina significando el hecho histórico, por tanto, no es la del protagonista sino la del enunciador “especialista”.

3.5 Documentos

De las once publicaciones de la revista, tres de ellas publicaron documentos referentes al PRT-ERP¹²⁶. Los primeros salieron en el segundo número de la revista, el que contaba con un artículo sobre el ERP- 22 de Agosto. Los documentos también van a ser de esta organización y serán publicados bajo el título “Crónicas y declaraciones del ERP- 22”. No

¹²⁵ Precisamente así se llamará el “PRT de Santucho” luego de estas rupturas: *PRT El Combatiente*

¹²⁶ Los anuarios no tienen documentos.

tiene texto introductorio, lo que supone que la contextualización de esta declaración se encuentra en el artículo de Eduardo Weisz publicado en el mismo número de la revista (2005).

En el número 7, la revista publicó una entrevista a Juan Cacho Ledesma, “protagonista” de la organización. En ese mismo número también se publican documentos del PRT-ERP. El título del compilado es “PRT Tendencias internas”. Como podemos ver, se reitera el tópico de las internas y conflictos. En la entrada a la presentación de los documentos, se relata, en tercera persona –otra vez, la voz del especialista- lo siguiente:

Entre el IV y el V Congreso del PRT la lucha interna del partido alcanzó sus mayores picos de expresión y tensión. Las mayores diferencias, reunidas alrededor de lo que el sector liderado por Mario Roberto Santucho denominó ‘espontaneísmo morenista’, encubría otras tantas que no tardarían en aflorar, siendo uno de las más importantes la cuestión militar (Nº 7, 2006: 104).

En un intento de contextualizar estos documentos, la voz del locutor/especialista expone de una forma pretendidamente “neutral” los acontecimientos históricos que atravesaron su producción, destacando la “cuestión militar” como tópico principal del conflicto. En esta operación discursiva subyace la ficción que a partir de esta contextualización se “devuelven” los sentidos del pasado. Pero, como ya vimos, toda referencia a un discurso otro pone a ese discurso en un nuevo discurso global que lo enmarca y da un nuevo sentido. En ese sentido, más que contextualizarlo, lo descontextualiza de su texto primero para volver a recontextualizarlo en un nuevo texto y en una nueva situación de enunciación (Zoppi-Fontana, 1986).

La última compilación de documentos también refiere a conflictos internos y fracciones poco conocidas, en este caso, la de “fracción roja”. Esta compilación fue publicada en la 9ª edición de la revista. La compilación de documentos se titula “Fracción Roja: la escisión del ERP”. Por medio de una cláusula relacional, el locutor define la especificidad de esta fracción: el de ser una escisión, o mejor, el de ser “la” escisión del ERP, dando así a entender que no hubo otras. En el título, al menos, no quedan claros los motivos del conflicto ni los participantes involucrados en el mismo. Estos tópicos van a tratarse, nuevamente, en el texto que hace las veces de introducción al compilado. Allí vuelve a hacerse hincapié en la poca difusión de este tipo de conflictos, y en la necesidad, por tanto, de reflejarlos a través de

documentos y artículos. Al fin y al cabo, ese era uno de los objetivos que se planteó la revista en un principio:

Tras el desarrollo del V Congreso partidario y la creación del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), conoció un proceso de fraccionamiento que derivó en la constitución de otras dos organizaciones que reclamaban como propia alguna de las siglas que distinguía a la organización de Santucho: el ERP 22 de Agosto y el PRT Fracción Roja. A pesar de la importancia que representa el origen de estas dos fracciones, y de la actividad política, militar y propagandística que desplegaron, poco se sabe de las mismas y de las posiciones que alentaron (Nº 9, 2007: 110).

Como vimos en los tópicos abordados en los artículos y entrevistas, tanto los textos introductorios como la elección de la organización o fracción a la que pertenecen los documentos publicados, discuten con las historias homogeneizantes y épicas de los setenta. Sin embargo, como también vimos, eso no los hace menos subjetivos que los otros relatos. Si algo caracteriza a los discursos y al lenguaje en sí –sean éstos documentos escritos, testimonios, artículos, etc.- es su opacidad constitutiva (Perez, Raiter, Zullo, 1999).

4. Recapitulación

Como pudimos ver, la gran parte de los textos que analizan la historia del PRT-ERP en la revista *Lucha Armada en la Argentina* lo hacen desde una posición de enunciación académica. Por lo tanto, la voz que hegemoniza el relato de esta historia no es tanto la de los “protagonistas” directos –como proponía y convocaba el editorial al primer número de la revista- sino la de sus estudiosos, que en muchos casos, mediante la utilización de discursos referidos, construyen su discurso como reflejo del discurso del otro, residiendo allí la legitimidad de su relato. Es decir, la voz del protagonista no aparece tanto en forma directa –la revista sólo publicaba una entrevista por número, a lo sumo dos-, sino a través de citas. De esta manera, sus recuerdos y críticas aparecen indirectamente –de la misma forma en que fueron interpelados para hacerla, en tanto tercero discursivo-, mediados por el discurso del otro, y no de cualquier otro: del “experto”. Pareciera ser que a la posición de enunciación del “protagonista” le falta algo para poder lograr esta crítica que la revista busca, por eso se necesita de la *expertise* y distancia de un enunciador otro que lo interprete. A diferencia del

anti-intelectualismo dominante en los años setenta -que descalificaba a los intelectuales y valoraba a los “hacedores” (Gilman, 2003)- en la época actual, los intelectuales aparecen como portavoces legítimos para contar la historia de la militancia y las revoluciones pasadas. La nueva valoración de estos signos ideológicos es una manifestación más del cambio de época operado.

La publicación de documentos es otra forma de hacer hablar a los protagonistas; un habla anclada en el pasado pero recontextualizada en las nuevas condiciones de producción discursivas y en un nuevo texto global, el de la revista. Los textos analizados basan su legitimidad en la supuesta relación mimética que mantienen con el pasado -que se manifiesta textualmente en los discursos referidos de testimonios o documentos- desconociendo así que la subjetividad del que habla está presente en todo texto, sea este “épico”, “demonizador” o “crítico”.

Esta subjetividad se manifiesta en ciertos tópicos, argumentos y procedimientos discursivos que se reiteran en los distintos textos. La mayoría de ellos apuntan a mitigar la condición de actor del PRT – ERP de ciertos procesos. Esto se logra mediante su inclusión en cláusulas relacionales, su aparición como locativo y no como participante en el rol de agente de procesos nominalizados, o mediante otros recursos que apuntan a legitimar ciertas decisiones tomadas por la organización –como por ejemplo, las ejecuciones “selectivas”- recurriendo al tópico del “clima de época”. Son recurrentes también los intentos de buscar nuevas aristas para explorar la historia de la organización, a partir de la historia de otras organizaciones más pequeñas o fracciones.

Estos cambios de focos y perspectivas los vinculamos a los cambios históricos, políticos y discursivos que atraviesan nuestra historia desde los años setenta en adelante. En los discursos analizados de la *época de la revolución*, la “lucha armada” era construida discursivamente como un medio necesario –el “único camino”, como se titula un documento del PRT (Santucho, Prada, Demetrio y Prieto, 1968)- para hacer realidad el “sueño eterno”, bien real y próximo, de la revolución. Después de la derrota política de estas organizaciones, las representaciones sobre los “hechos armados” que comenzaron a circular manifiestan el cambio de época señalado. Como vimos, en la democracia recientemente recuperada el foco estaba puesto en las violaciones a los derechos humanos y en los “desaparecidos”, que nada tenían que ver con el “delincuente subversivo”. La reivindicación de la “generación soñadora” llevada adelante por Néstor Kirchner, la revisión crítica que realizan el documental *Errepé*, la

carta de Oscar del Barco y la revista *Lucha Armada en la Argentina* son una muestra de los discursos que circulan en torno a la militancia armada de los sesenta y setenta en el nuevo milenio, atravesados por la necesidad de la “crítica” de esas experiencias, por el relato de los conflictos internos, y por los dilemas morales y políticos que dicha táctica política generan desde de las nuevas condiciones de producción discursivas¹²⁷.

Si bien los textos analizados producen y manifiestan cambios discursivos, proponiendo nuevos signos y tópicos de discusión, también reiteran aquellos discursos con los que polemizan, cayendo en contextualizaciones y relatos épicos de nuevo tipo, olvidando la subjetividad que los atraviesa en tanto piezas de lenguaje en uso. *Las víctimas del pasado vuelven a ser actores históricos que se sacrificaron y que tomaron decisiones que deben ser revisadas y criticadas pero desde los valores y signos de otra época, la de la utopía democrática*. El discurso de Néstor Kirchner, por ejemplo, se construye desde su pertenencia a la “generación”, reivindicando la voluntad de transformación, sus sueños, pero desde los nuevos lentes que la época otorga. En consonancia con el discurso democrático vigente, omite en esta reivindicación toda mención a la militancia armada y la búsqueda del socialismo que motivaba a gran parte de esa “generación”.

Sin embargo, la representación del pasado reciente construida por este último locutor, al rescatar, transformándolos, los sueños del pasado, hace que éste continúe teniendo lazos (políticos) con el presente. La insistencia en la *irrepetibilidad* de la *época de la revolución*, o la construcción de la misma como objeto discursivo del conocimiento histórico, como vimos, contribuyen a representarla como un pasado acabado, sin ninguna ligazón con el presente de la enunciación. A diferencia de estos discursos, los discursos de Néstor Kirchner traen la vieja época al presente enunciativo pero de la única manera que puede hacérselo: modificándola. Por ello, los héroes del pasado no son héroes de la “revolución”, de la “Patria socialista”,

¹²⁷ Como se titula un artículo periodístico anterior a estos discursos: “Utópicos pero no asesinos” (y hasta parece adelantarse a la acusación de Del Barco), los militantes de las organizaciones armadas de los sesenta y setenta aparecen representados, muchas veces, como *utópicos (pero no asesinos)*, reproduciendo así la vigencia de la ligazón entre los signos “utópicos” (en este artículo, sinónimo de “equivocados”, “alucinados”) y “asesinos”, aunque no en este *caso excepcional*. Así lo explica su autor, Roberto cosa: “Debo aclarar que, como la gran mayoría de los argentinos, pienso que el ataque al cuartel de La Tablada fue una locura. Nunca entenderé el motivo que impulsó a estas mujeres y a estos hombres a planificar un acto, no sólo injustificado, sino contrario a los intereses que decían defender. Porque el ataque al cuartel de La Tablada desacreditó la lucha de los sectores progresistas, empastó el difícil camino de juntar a la izquierda con el pueblo y le otorgó a la derecha una excusa inmejorable para fortalecer el sistema. Pero los presos de La Tablada no son asesinos. Podrán ser equivocados, alucinados, utópicos, pero nunca asesinos. No atacaron el cuartel para robar; no se jugaron la vida para obtener ventajas personales; no los impulsó un sentimiento de venganza. Creyeron que era una estrategia válida para fortalecer la democracia frente al avance carapintada” (Cossa, “Utópicos pero no asesinos”, Pagina 12, 01/10/00).

como lo eran antaño, sino héroes de un “país distinto”, el mismo que podemos tener hoy. *Los sueños del pasado son, en realidad, como no podía ser de otra forma, los del presente.*

CONCLUSIONES

Como dijimos al comienzo de la tesis, el objetivo principal de la investigación es actualizar críticamente la escritura de lo que se conoce como *pasado reciente*. A diferencia de la posición de enunciación histórica o historicista, que pretenden objetivar ese pasado, construirlo como algo acabado, nosotros concebimos ese pasado como algo vivo porque entendemos que no se puede hablar de él -mucho menos aún, no se pueden cumplir sus “sueños truncados”- de otra forma que transformándolo.

Como decían Oberti y Pittaluga (2006), “... quien recibe una herencia debe tener la posibilidad de recrear, de tomar algunas cosas y de dejar otras de lado. Así, el relato transmitido pierde especificidad al conectarse con nuevos contextos diferentes de aquellos” (Oberti y Pittaluga, 2006: 20). *Las memorias críticas son todas aquellas que intervienen en el presente poniendo en cuestión los lugares y roles sociales de los sujetos, sus identidades*. El objetivo de nuestra tesis es, precisamente, aportar a la construcción de este tipo de memoria, rescatar los deseos y sueños truncados que desestabilizan el presente de la enunciación.

Para llevar a cabo este objetivo, estudiamos los discursos del PRT-ERP, sus condiciones de producción discursivas en la literatura escrita y leída en ese momento, lo que llamamos *época de la revolución*, y las representaciones que desde la apertura democrática de 1983 en adelante se construyeron sobre esa época, lo que llamamos *época de la utopía democrática*.

A diferencia de la mayor parte de las investigaciones sobre el tema, que analizan corpus de similares géneros discursivos –documentos políticos de la época y testimonios de ex militantes- y hacen análisis de contenido de los mismos –lo que los lleva a hacer un uso *contrastivo* de lo que llaman fuentes-, nosotros hemos elegido como corpus diferentes tipos de textos –testimonios, literatura, films, documentos políticos, artículos académicos- y utilizado diversas herramientas metodológicas, pertenecientes a lo que se conoce como análisis discursivo. *El lenguaje, por tanto, no es para nosotros –como sí para muchas de esas investigaciones- un instrumento transparente, desideologizado, pasible de ser decodificado en su literalidad, sino portador y constructor de creencias, subjetividades, representaciones y visiones del mundo ideológicamente motivadas y producidas en determinado momento histórico y discursivo.*

Es así como pudimos conformar dos épocas distintas con sus regímenes discursivos particulares. Los discursos analizados permitieron observar signos ideológicos, argumentos y posiciones enunciativas que permiten hablar de una unidad, a la que llamamos, tomando a Gilman, *época* (Gilman, 2003). Sin embargo, a pesar de partir de esta homogeneidad discursiva, también creemos que toda época está atravesada por creencias y representaciones que la trascienden, en un orden temporal y subjetivo caracterizado por su heterogeneidad. Todo conjunto de discurso debe pensarse como unidad dividida, en una heterogeneidad con relación a sí misma. Es por ello que hemos conformado un corpus que conjugó lo sincrónico con lo diacrónico pues sólo así es posible detectar aquellas *huellas interdiscursivas constitutivas de todo texto*, lo que Courtine (1981) llama sus *condiciones de producción*.

Como vimos en la primera parte, dedicada a los discursos producidos en lo que llamamos *época de la revolución*, la identidad político-discursiva del PRT-ERP no es diferente y contrapuesta a la de las otras organizaciones del momento, ni tampoco a la de la izquierda tradicional, como planteaba Pablo Pozzi (2004). Tomando a Eliseo Verón y Silvia Sigal, si bien hay diferencias en lo que respecta al contenido de los enunciados (algunos hablan de guerra popular prolongada, otros de lucha legal democrática, de insurrección y otros, como el PRT-ERP, de lucha armada), *todos los discursos analizados están atravesados por similares posiciones de enunciación*. El enunciador –el Partido- habla desde la legitimidad que le da el conocimiento del marxismo-leninismo pero también desde la superioridad moral que le otorga ser representante de los intereses históricos del proletariado, único sujeto autorizado desde el marxismo a revolucionar la sociedad. El “hombre nuevo” interpelado por este enunciador siempre es un *otro ideal*, proletario, disciplinado, que debe encuadrarse políticamente y comportarse del único modo considerado apto: el que se corresponde con *la moral revolucionaria* (creada también por este enunciador colectivo). Al planteo histórico mecanicista que plantea la victoria como una catástrofe histórica, se le contraponen la necesidad de este sujeto revolucionario. Desde esta perspectiva, sin esta subjetividad, la revolución “inexorable”, *no podrá llevarse a cabo*.

En los textos analizados, pertenecientes a esta época, los militantes revolucionarios de los sesenta y setenta asumían diferentes posiciones. Algunas veces, como en *Así se templó el acero* y *Reportaje al pie del patíbulo*, asumían una *posición pasiva*, expectante. El buen militante para ser tal debía copiar estos moldes que la tradición revolucionaria había construido como correctos. En otros momentos, como en los documentos del PRT-ERP, asumían un *rol activo*: proponían, armaban estrategias, *pero siempre teniendo esos modelos*

militantes como base. También vimos sus *dudas*. El género discursivo que mejor las representó fue la literatura. Las novelas *Libro de Manuel* y *Los pasos previos*, si bien estaban atravesadas por la creencia en la revolución y en la necesidad del “Hombre Nuevo” para llevarla a cabo con éxito, también se permitían dudar acerca de la novedad de esta práctica política y la necesidad de pensar una revolución que vaya más allá de la toma del aparato estatal y la socialización de los medios de producción. Tomando a Alejandro Raiter (2003), las novelas de Urondo y Cortázar son *discursos opositores* pero no emergentes porque no ponen en riesgo las referencias sociosemióticas del discurso de izquierda revolucionaria de los sesenta y setenta dominantes, sino que se oponen dentro de esa misma red. Todos estos textos tienen un aspecto en común: *la centralidad, actualidad y necesidad de la creencia en la “Revolución” y en el “Sujeto” para llevarla adelante, el otro ideal proletario, sacrificado y con moral revolucionaria*.

Teniendo en cuenta lo afirmado, no creemos, como afirman Pilar Calveiro (2005) y Vera Carnovale (2011), que la identidad de la izquierda armada haya sido un producto especular de la identidad del enemigo. Tampoco creemos, como plantea Vezzetti (2009), que el imaginario constitutivo de la práctica política guerrillera se diferencie del universo de las izquierdas, más preocupado, para este autor, por la estrategia, el liderazgo y la relación con las masas que por el coraje personal. Por el contrario, como ya hemos demostrado, *la identidad guerrillera del PRT-ERP estaba formada por las creencias del interdiscurso del momento* (representadas, en nuestro corpus, en las novelas de Urondo y Cortázar), *como de los discursos fundantes de la tradición revolucionaria* (en nuestro caso, la novela soviética de Nikolai Ostrovski y el *Relato al pie del patíbulo* de Julius Fúcik, ambas obras literarias de lectura frecuente en la militancia de izquierda “tradicional” y también en la llamada “Nueva Izquierda”). Como dijimos, los discursos se encuentran atravesados por lo ya dicho, estas *memorias discursivas del sacrificio revolucionario*, como por las particularidades propias del momento socio-histórico en el que fueron producidos.

Acordamos con Hugo Vezzetti cuando dice que el concepto de “hombre nuevo” que impactó en la militancia de la izquierda de los sesenta y setenta estaba constituido por el mandato de desclasarse: “Aquello viejo que debía quedar atrás en esta suerte de segundo nacimiento era una condición sobrellevada como una falla esencial, una subjetividad de clase, condensada en la figura del pequeño-burgués” (Vezzetti, 2009:196). Desclasarse significaba, como vimos en el corpus, una *conversión moral*. El pequeño-burgués encarnaba aquellos atributos que eran contraproducentes al voluntarismo imperante: los pequeño-burgueses eran

los débiles, los pacifistas, todo aquel que no estuviera convencido de tomar las armas y entregarse al mandato revolucionario. Esta es la subjetividad propia de la *época de la revolución* que, con sus vaivenes, cambios y actualizaciones, la define y diferencia de la otra época por venir.

Para el autor, las consecuencias de esta concepción llegan a la nueva época: la figura del héroe muerto, excepcional, la máxima realización de una cultura revolucionaria, perdura en las evocaciones de las víctimas del terrorismo de Estado (Vezzetti, 2009:202). Y es aquí cuando comenzamos con aquella otra época, nacida luego del exterminio llevado adelante por la dictadura de 1976: la *época de la utopía democrática*. Decimos que es una nueva época porque no es un discurso opositor más dentro de las referencias sociosemióticas de la *época de la revolución* sino que rompe con ésta, fundando un discurso nuevo. Lo que Raiter llama *discurso emergente* (2003).

La *época de la utopía democrática* comienza a fines de la última dictadura cívico-militar, cuando el proyecto transformador de la “Nueva Izquierda” había sido derrotado, especialmente, a partir la apertura democrática de 1983. Se funda sobre otra visión del pasado (inmediatamente) reciente –un pasado de violencia “demoníaca” o de “utopías”, no de “revoluciones”- así como en la construcción de proyectos políticos que omiten los signos “socialismo” o “lucha armada” de sus discursos. Los sujetos interpelados también son distintos. Si los discursos analizados en la primera parte de la tesis hablaban de “hombre nuevo”, “clase obrera”, en las nuevas condiciones de producción discursivas son usados con mayor recurrencia el signo “ser humano”, abstracto y despolitizado, y “generación” para referirse al sujeto revolucionario de este pasado presentado, muchas veces, como finalizado.

Como afirma Crenzel (2008), esta transformación de “militantes”/“subversivos” a “víctimas”/“seres humanos” comenzó en los propias denuncias de familiares, antes de que finalizara la última dictadura cívico-militar. Sin embargo, cobró mayor ímpetu gracias al discurso oficial de la reciente democracia. Tanto el discurso del entonces Presidente de la Nación argentina, Raúl Ricardo Alfonsín, como el primer prólogo al *Nunca más*, construyen a los “guerrilleros” como culpables al mismo nivel que el Estado terrorista. Esto es lo que, comúnmente, se denomina “teoría de los dos demonios”. El signo “desaparecidos” tiene distintas valoraciones. Si bien en ambos discursos está vinculado a los signos “víctimas” y “seres humanos”, la relación con “terrorismo subversivo” varía. En el discurso de Alfonsín, los signos “desaparecidos” y “terrorismo” aparecen relacionados –de forma indirecta implica

que las víctimas formaban parte de sus filas-, pero en el primer prólogo al *Nunca Más* son diferenciados. En este último, los “desaparecidos” son “víctimas” que, al igual que la sociedad civil, nada tenían que ver con la violencia adjudicada a uno y otro bando. A pesar de estas diferencias, ambos discursos coinciden en construir a la “democracia” como único régimen político capaz de hacer justicia a ese pasado y de finalizar con los antiguos enfrentamientos. Los discursos de la guerra revolucionaria (y también de la contra-revolucionaria) habrían –al menos, por el momento- finalizado.

En esta nueva situación de enunciación, los antiguos militantes, sobrevivientes de esta tragedia histórica, sin precedentes en nuestro país, asumen diferentes posiciones. A veces - como en algunos testimonios de *Cazadores de utopías*- reiteran el discurso humanitarista de la nueva democracia ubicándose a sí mismos como pacientes de acciones de otros, los militares. Otras, como en *Hombres y mujeres del PRT-ERP* y también *Cazadores de utopías* y *Errepé*, vuelven a posicionarse como actores de un pasado acabado (rechazado) y sólo reivindican a los compañeros caídos o la “voluntad de transformación” de la generación, representación que mantiene vigente las características idealizadas del “hombre nuevo” setentista (Vezzetti, 2009). En otras oportunidades, como observamos en algunos pasajes de *Errepé*, el discurso despersonalizado de Mattini en *Hombres y mujeres del PRT-ERP* y los artículos de *Lucha Armada en la Argentina*, se ubican en una posición de enunciación distanciada, propia del experto que investiga *críticamente* su objeto. El pasado, *los sesenta y setenta*, dejan de formar parte del presente de la enunciación y se transforman en objeto discursivo del conocimiento histórico.

En estos discursos, como vimos, el signo “democracia” adquiere otro valor. Si en la *época de la revolución*, sangre, sacrificio, lucha armada eran condiciones sine qua non para la victoria revolucionaria, en *la época de la utopía democrática* es algo negativo que hay que negar. Aparece la democracia, antes denostada, como elemento dinamizador de este proceso. En contra de los lugares comunes constitutivos de los discursos revolucionarios de los años sesenta y setenta, desde el discurso dominante de la nueva época, la “guerra prolongada” no debe por qué excluir a la “lucha política legal democrática” como uno de los momentos del largo camino al socialismo. Desde el discurso que la *época democrática* instaaura, no sólo no hay un “único camino para el poder obrero y el socialismo”, sino que dentro de esos muchos caminos, se encuentra también la “democracia”. En los discursos del PRT-ERP, como vimos, el proceso electoral abierto por el GAN era mera “farsa electoral”. En las nuevas condiciones de producción discursivas, esta apertura electoral –y las elecciones en sí- dejan de

ser “engañifa” para ser “una posibilidad real de democratización del país”, desaprovechada por la organización. Allí se detiene, muchas veces, el foco de la crítica de los discursos analizados. Crítica que tiene como centro los nuevos signos y valores de *la época democrática*.

En estos discursos, el proyecto político “setentista” es rescatado del olvido y la desaparición pero transformado ya en otra cosa, pues es leído, criticado y reivindicado desde los signos, valores y argumentos de la *nueva época de la utopía democrática*. El pasado de los sesenta y setenta deja de ser un pasado de revoluciones certeras para ser un pasado de utopías; así como el futuro, un futuro incierto, de cambios progresivos y pacíficos, que habilita la democracia. La pérdida del eje rector y certero de la revolución, puede ayudarnos a explicar el paso del *anti-intelectualismo* -propio, como vimos, de la anterior época-, al predominio enunciativo del crítico, no necesariamente comprometido con un proyecto político transformador. Si la *época de la revolución* estaba dominada por lo que llamamos tomando a Gilman (2003) las *ideas anti-intelectualistas*, ideas que valoraban los “hacedores” por sobre los “pensadores” –en la vertiginosidad de la revolución inexorable, no había tiempo para *pensar, discutir*, había que *hacer* la revolución-, en las nuevas condiciones de producción discursivas de la *época de la utopía democrática*, la posición de enunciación distanciada, “crítica”, aparece, muchas veces, como la más legitimada para hablar de los tiempos revolucionarios pasados. A diferencia de la *época de la revolución*, en ésta no hay ninguna revolución que hacer, o si la hay, no se sabe bien de qué se trata; mejor sentarse a *pensar, discutir* qué paso. Estos discursos, por tanto, no tienen ya como objetivo buscar la mejor forma (o “la” forma) de *hacer* la “revolución”, -de hecho, se deja de creer en su real posibilidad-, sino *hablar* sobre ella, estudiarla y, sobre todo, *criticarla*. Crítica que tiene como fin conocer la verdad –o exculpar culpas, como es el caso de Oscar del Barco- de ese pasado, un pasado ya finalizado.

Sólo el discurso que reivindica los sueños de aquella generación ubica ese pasado en el presente –y futuro- de la enunciación. No es tanto el caso de los discursos de ex militantes. Mucho menos aún, del de los expertos. Si bien ambos discursos polemizan con la representación que hacía de los desaparecidos víctimas despolitizadas, muchas veces, se victimizan nuevamente en base a otros argumentos (como, por ejemplo, el *huracán de la historia*) o construyen ese pasado como algo finalizado, incluso, rechazado (por ejemplo, los *asesinos* de del Barco).

En un sentido similar a lo afirmado por uno de los ex militantes entrevistados en *Cazadores de utopías*, el que presentaba como deseable recomponer en el presente el espacio de sueño, de utopía pasado, creer que un cambio (que *no* es el de los setenta) es posible, el ex Presidente Néstor Kirchner, se construye a sí mismo como sobreviviente y representante de la “generación” en el gobierno, el que va a cumplir sus sueños truncados. Su discurso es el que más se opone a la representación del pasado reciente que la *época de la utopía democrática* construyó. En él, el pasado deja de ser algo acabado, perteneciente a *otro* tiempo. Es un pasado que vuelve a tener vínculos con el presente y el futuro. Esto es posible porque el enunciador en cuestión no entiende ese pasado como algo literal, *paraíso perdido*, *mito irreproducible*, como sucedía en los testimonios analizados, sino que lo metaforiza haciéndolo presente en la nueva situación de enunciación.

En sus discursos, las acciones de esta generación se encuentran, en numerosas oportunidades, en pasado simple, un pasado acabado (García Negroni, 1988). Sin embargo, como vimos, la generación también se encuentra presente en sus familiares y en todos aquellos que continúan su legado. El locutor se construye como su enunciador privilegiado, quién llevará adelante sus sueños truncados. Es su *metáfora*.

En tanto metáfora, los sueños del pasado no son, por tanto, los del pasado sino que son otros, producidos en las nuevas condiciones de producción discursivas de la *época de la utopía democrática*. Por ejemplo, a diferencia de la concepción política que acuñaba aquella generación, atravesada por el conflicto y el lazo amigo-enemigo -y en el caso del PRT-ERP en particular, por el desprecio y rechazo de la democracia electoral-, el discurso de Néstor Kirchner construye su proyecto político “patriótico” y “democrático” como negación de la confrontación. El proyecto trunco de la generación soñadora es reivindicado a lo largo de los discursos, olvidando la matriz antagónica que lo atravesaba. La ética del sacrificio, constitutiva de la subjetividad revolucionaria pasada, en cambio, sigue vigente. El sacrificio de esta generación, es recordado, recuperado y tomado como ejemplo no ya para la búsqueda de la revolución –como lo era en el pasado-, sino para interpelar a los “compañeros ausentes-presentes” a construir este “país distinto” al que continuamente se refiere el locutor. *Las víctimas del pasado vuelven a ser actores históricos que se sacrificaron y que tomaron decisiones que deben ser revisadas y criticadas pero desde los valores y signos de otra época, la de la utopía democrática*. Por eso decimos que, por el momento, es un *discurso opositor* pero no *emergente*, productor de una nueva red discursiva.

El discurso del ex Presidente, del “Presidente-compañero”, como decíamos, trae la vieja época al presente pero de la única manera que puede hacérselo: modificándola. De esta forma, los héroes del pasado no son héroes de la “revolución”, de la “Patria socialista”, como lo eran antaño, sino héroes de un “país distinto”, el mismo que podemos tener hoy. El surgimiento de *Nestornauta* –versión kirchnerista del héroe colectivo y viajero de la eternidad de la historieta sesentista *El Eternauta* de Oesterheld (2012)- poco antes de su muerte¹²⁸, las características míticas que adquiere su figura, son una manifestación más de esta especie de *entrecruzamiento epocal*¹²⁹. Si bien, como ya dijimos, el discurso de Néstor Kirchner es un discurso propio de la *época de la utopía democrática*, creyente de la democracia y crítico de cualquier forma de “violencia política”, es el primer discurso presidencial, desde la recuperación democrática, que se construye evocando aquellas convicciones pasadas “por un país diferente” de la generación (diezmada) de los setenta. *La práctica política pasada deja de formar parte del pasado y se convierte en su discurso en objeto discursivo de la política presente*. De ahí el boom testimonial y crítico que se produjo sobre la militancia de los sesenta y setenta a partir de su gobierno.

En una futura investigación, continuaremos viendo si los discursos de Néstor Kirchner y luego los de Cristina Fernández, son discursos opositores dentro de la misma red discursiva, la de *la época de la utopía democrática*, o son el comienzo de una *nueva-vieja época*, una que

¹²⁸ Néstor Kirchner falleció de un paro cardio-respiratorio el 27 de octubre de 2010.

¹²⁹ A esto, habría que agregar el nombre otorgado a la agrupación juvenil kirchnerista dirigida por Máximo Kirchner, hijo del ex Presidente y Cristina Fernández: *La Cámpora*, en obvia alusión al ex Presidente Héctor Cámpora, presidencia conocida como la *Primavera camporista*. La ligazón entre este gobierno (truncado como los sueños de la generación) y los gobiernos kirchneristas aparece, recurrentemente, en los discursos. Por ejemplo, en la introducción al *cuaderno de la militancia* dedicado a los discursos de Héctor Cámpora, Eduardo Luis Duhalde, *Secretario de Derechos Humanos de la Nación durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, afirmaba* lo siguiente: “Este CUADERNO DE LA MILITANCIA, recopila los mensajes y discursos fundamentales del Dr. Héctor Cámpora (...). La lectura de estos textos tal vez sorprenda a muchos, por el coincidente registro, en el modelo de país –salvando las circunstancias de la acción del tiempo transcurrido– con el llevado adelante por el presidente Néstor Kirchner a partir del 25 de mayo del 2003, cuando cambió los vientos de la historia, continuado y profundizado por la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner. Ello no debería sorprender. Cámpora, fue el presidente de la Cámara de Diputados durante el primer gobierno de Perón y Evita, y vivió la profunda revolución peronista llevada adelante en esa etapa de 1946-1952. Recogía en 1973, al mismo tiempo, el mandato de las luchas de la resistencia peronista y de los pensadores populares que marcaron los pilares de una reconstrucción nacional, pero también, contemporáneamente, el de la generación del 70, expresado en esa explosión e incorporación afectiva a la acción política de la juventud argentina soñando en acto, y muchas veces con el sacrificio de la propia vida, con la transformación de la Argentina bajo la bandera de la Liberación frente a la Dependencia. Néstor Kirchner y Cristina Fernández, como militantes peronistas de aquella generación (...) no olvidaron las raíces fecundas del peronismo ni el compromiso ideológico-político asumido junto a sus compañeros en aquellos años juveniles, expresado en la histórica promesa de Néstor de que no iba a dejar sus convicciones en la puerta de la Casa de Gobierno. Cristina, al sucederlo, ha dado cotidianas muestras, de que ella tampoco” (Duhalde, *Cuadernos de la militancia 1*, 2011:5-6).

avanza, como el ángel de la historia de Walter Benjamin¹³⁰ (1973), volviendo el rostro sobre el pasado¹³¹.

¹³⁰ Así lo expresa este magnífico filósofo en la tesis 9 de sus *Tesis sobre filosofía de la historia*: “Hay un cuadro de Klee que se llama Angelus Novus. En él se representa a un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que le tiene pasmado. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, la boca abierta y extendidas las alas. Y este deberá ser el aspecto del ángel de la historia. Ha vuelto el rostro hacia el pasado. Donde a nosotros se nos manifiesta una cadena de datos, él ve una catástrofe única que amontona incansablemente ruina sobre ruina, arrojándolas a sus pies. Bien quisiera él detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo despedazado. Pero desde el paraíso sopla un huracán que se ha enredado en sus alas y que es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Este huracán le empuja irreteniblemente hacia el futuro, al cual da la espalda, mientras que los montones de ruinas crecen ante él hasta el cielo. Ese huracán es lo que nosotros llamamos progreso” (Benjamin, 1973).

¹³¹ El spot oficial del 25 de mayo de 2012 acerca del 202° aniversario de la revolución de mayo es, en este sentido, sintomático. El mismo, a través de la participación de diferentes personalidades de la cultura, los derechos humanos y ciudadanos “de a pie”, se construye sobre la centralidad del signo “Revolución”. Éste es utilizado por las distintas personas y personalidades que participan del spot para representar las medidas políticas más importantes que se tomaron desde 2003 en adelante, como por ejemplo, la re-estatización de Aerolíneas Argentinas, la lucha de los derechos humanos, la Asignación Universal por Hijo, entre muchas otras. Si, como vimos, Néstor Kirchner construía su identidad política a partir de la pertenencia a la generación diezmada de los setenta, tan patriota como la de los patriotas fundadores, la identidad del gobierno de Cristina Fernández se construye, en este spot, desde su pertenencia a “lo revolucionario”, como la propia revolución del 25 de mayo de 1810. Podemos afirmar que *a ambos los une esas ansias de construir presente y futuro a partir de revisar un pasado que aparece como diezmado, oculto por los relatos hegemónicos, poniendo de esta forma en cuestión cualquier idea de linealidad en la historia* (Spot disponible en http://www.youtube.com/watch?v=3QGxwWnbHrQ&feature=results_main&playnext=1&list=PL8A344C48B99F1D56).

BIBLIOGRAFÍA

- Abal Medina, Juan Manuel; “Crisis y recomposición del Estado”, *Revista argentina de sociología*, v.4 n.7 Buenos Aires jul./dic., 2006.
- Adorno, Theodor y Horkheimer, Max; *Dialéctica del iluminismo*, Editorial Nacional Madrid, Madrid, 2002.
- Amézola, Gonzalo de; “El caso del realismo insuficiente. Lanusse, La Hora del Pueblo y el Gran Acuerdo Nacional” en Pucciarelli, Alfredo; *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Amossy, Ruth; “La interacción argumentativa en el discurso literario. De la literatura de las ideas al relato de ficción” en *Escritos 17/18. Revista del Centro de Ciencias del lenguaje*, enero-diciembre 1998.
- Amossy, Ruth; *L’argumentation dans le discours. Discours politique, littérature d’idées, fiction*, Nathan, París, 2000.
- Amossy, Ruth y Herschberg Pierrot, Anne; *Estereotipos y clichés*, Eudeba, Buenos Aires, 2005.
- Anscombe, Jean-Claude; “Pero/Sin embarco en la contra-argumentación directa: razonamiento, genericidad y léxico” en *Signo & Señal. Revista del Instituto de Lingüística*; N° 9, 1998.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín; *La Voluntad*, Norma, Buenos Aires, 1998.
- Aristóteles; *El arte de la Retórica*, Eudeba, 1996.
- Aristóteles; *Poética*, Quadrata, Buenos Aires, 2002.
- Arfuch, Leonor; *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.
- Asociación Madres de Plaza de Mayo; *Las manos de las madres*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, 2011.
- Authier-Revuz, Jacqueline; “Heterogeneidades enunciativas” en *Langages* n° 73; 1978.
- Ayer, Alfred; *Language, Truth, and Logic*, Gollancz, Londres, 1946.

- Baczko, Bronislaw; *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005.
- Bajtín, Mijail; “El problema de los géneros discursivos” en *Estética de la creación verbal*; Siglo Veintiuno, México, 1982.
- Benjamin, Walter; *Tesis de filosofía de la historia*, Taurus, Madrid, 1973.
- Benveniste, Emile; *Problemas de lingüística general*, Editorial Siglo XXI, México, 1982.
- Beigel, Fernanda; *El itinerario y la brújula*, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- Blanco Arnejo, María D., *La novela lúdico experimental de Julio Cortázar*, Editorial Pliegos, 1996.
- Bufano, Sergio; “La guerrilla argentina. El final de una épica impura” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 3, N° 8, Buenos Aires, 2007.
- Calveiro, Pilar; “La memoria como futuro” en Revista *El Rodaballo* N° 13, 2001.
- Calveiro, Pilar; *Poder y desaparición*, Ed. Colihue, 2004.
- Calveiro, Pilar; *Política y/o violencia*, Ed. Norma, 2005.
- Campos, Esteban; “Arquetipos del compromiso militante en la revista Cristianismo y Revolución” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 3, N° 9, 2007.
- Carnovale, Vera, “Jugarse al Cristo: mandatos y construcción identitaria en el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP)”, en *Entre pasados* Año XIV- Número 28 - Fines de 2005.
- Carnovale, Vera, “El concepto de *enemigo* en el PRT-ERP: discursos colectivos, experiencias individuales y desplazamientos de sentido”, en *Lucha Armada en la Argentina*, N 1, Diciembre-enero-febrero 2006.
- Carnovale, Vera; “Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP” en *Lucha Armada en la Argentina* N° 5, 2006.
- Carnovale, Vera; “En la mira perretista. Las ejecuciones del ‘largo brazo de la justicia popular’” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 3, N° 8, 2007a.
- Carnovale, Vera; “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina” en Franco, Marina y Levin, Florencia (comps.); *Historia*

- reciente. *Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007b.
- Carnovale, Vera; “Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 4, N° 11, 2008.
- Carnovale, Vera; *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011.
- Carrizo, Gabriel; “Reflexiones en torno al que se vayan todos. Los partidos políticos y su crisis de representación en la etapa contemporánea” en *Papeles de Nombre Falso, Anuario/Política*, 2006-2007.
- Casullo, Nicolás; “Memoria y revolución” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, N° 6, mayo 2006.
- Catanzaro, Gisela y Ipar, Ezequiel; *Las aventuras del marxismo*, Gorla, Buenos Aires, 2003.
- Catoggio, María Soledad, “El concepto de la moral en los fundamentos de la sociología de Émile Durkheim” en *Nómadas. Revista crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas* N 10, agosto 2004.
- Charaudeau, Patrick y Maingueneau, Dominique; *Diccionario de análisis del discurso*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2005.
- Ciriza, Alejandra; “Crónica interesada y apuntes para el debate sobre el taller *Feminismo y Marxismo*” en http://www.rimaweb/feminismos/feminismo_marxismo_aciriza.html
Fecha de publicación en RIMAweb: 29 de octubre 2001.
- Ciriza, Alejandra y Rodríguez Agüero, Eva; “Militancia, política y subjetividad. La moral del PRT-ERP” en *Políticas de la memoria* N° 5, Cedinci, verano, 2004/2005.
- Cortázar, Julio; *Viaje alrededor de una mesa*, Editorial Rayuela, Buenos Aires, 1970.
- Courtine, Jean-Jacques; “Análisis del discurso político. (El discurso comunista dirigido a los cristianos)” en *Langages* N° 62, junio 1981.
- Crenzel, Emilio; *La historia política del Nunca Más*, Eudeba, Buenos Aires, 2008.
- Crenzel, Emilio (coordinador); *Los desaparecidos en la Argentina*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2010.

- Duhalde, Eduardo Luis; “A modo de Prólogo” en *Cuadernos de la militancia 1*, Buenos Aires, 2011.
- Durkheim, Emile; *La división del trabajo social*, Editorial Planeta-Agostini, Buenos Aires, 1985.
- Durkheim, Emilio; “La determinación del hecho moral” en *Sociología y Filosofía*, Miño y Dávila editores, Madrid, 2000a.
- Durkheim, Emilio; "Representaciones individuales y representaciones colectivas", en *Sociología y Filosofía*, Miño y Dávila editores, Madrid, 2000b.
- Ducrot, Oswald; *El decir y lo dicho*; Editorial Piados; Barcelona, 1986.
- Ducrot, Oswald; “Argumentación y ‘topoi’ argumentativo” en *Lenguaje en contexto*, volumen I números 1/2, septiembre 1988.
- Eco, Umberto; *Seis paseos por los bosques narrativos*, Lumen, Barcelona, 1996.
- Fairclough, Norman, *Discurso y cambio social*, Cuadernos de Sociolingüística y Lingüística crítica N° 3, UBA, FFyL, 1998.
- Foucault, Michel; *La arqueología del saber*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2002.
- Franco, Marina y Levin, Florencia; “El pasado cercano en clave historiográfica” en Franco, Marina y Levin, Florencia (comps.); *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007.
- Fuchs, C. y Pêcheux, M.; “Actualizaciones y perspectivas a propósito del Análisis Automático del Discurso”, en: *Hacia el Análisis Automático del Discurso*, Gredos, Madrid, 1978.
- Funes, Ernesto, “La naturaleza de la acción moral” en *La crisis del lazo social*, EUDEBA, Buenos Aires, 1998.
- García Negroni, María Marta; “La destinación del discurso político: una categoría múltiple” en *Lenguaje en contexto*, volumen I números 1/2, 1988.
- García Negroni, María Marta; “Argumentación y dinámica discursiva. Acerca de la Teoría de la Argumentación en la Lengua” en *Signo & Señal. Revista del Instituto de Lingüística*, Número 9, Junio de 1998a.

- García Negroni, María Marta; “La negación metalingüística, argumentación y escalearidad” en *Signo & Seña. Revista del Instituto de Lingüística*, Número 9, Junio de 1998b.
- García Negroni, María Marta; “La distinción pretérito perfecto simple/ pretérito perfecto compuesto. Un enfoque discursivo” en *Revista Iberoamericana de Discurso & Sociedad*, Volumen I, número 2, Editorial Gedisa, 1999.
- Genette, Gérard; *Umbrales*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2001.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1987.
- Gilman, Claudia; *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
- Gramsci, Antonio; *Cuadernos de la cárcel*, Era, México, 1975.
- Greco, Florencia, “Argumentación, retórica y política. La lucha armada como “... único camino hasta el poder obrero y el socialismo”, ponencia presentada en IV Jornadas de Jóvenes Investigadores “Dr. Gino Germani”, en http://www.iigg.fsoc.uba.ar/jovenes_investigadores/4jornadasjovenes/principal.htm, 19, 20 y 21 de septiembre de 2007.
- Greco, Florencia, “‘Revolucionarios’ y ‘pequeñoburgueses’. Un análisis de las identidades discursivas perretistas”, ponencia presentada en III Congreso internacional “Transformaciones culturales: debates de la teoría, la crítica y la lingüística”, Universidad de Buenos Aires, FFyL, 4, 5 y 6 de agosto de 2008a.
- Greco, Florencia, “La democracia electoral en el discurso perretista”, ponencia presentada en V Jornadas de Sociología “Cambios y continuidades sociales y políticas en Argentina y la región en las últimas décadas. Desafíos para el conocimiento social”, FaHCE, Universidad Nacional de La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008b.
- Greco, Florencia, “Experiencia, testimonio e historia. Las representaciones del ‘Proceso’ en la bibliografía contemporánea”, ponencia presentada en I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, FaHCE, Universidad Nacional de La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008c.

- Greco, Florencia, “La moral de los revolucionarios. Un análisis discursivo del ‘hombre nuevo’ perretista”, ponencia presentada en IV Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso y I Jornadas Internacionales de Discurso e Interdisciplina, en http://www.fl.unc.edu.ar/aledar/index.php?option=com_wrapper&Itemid=47, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Lenguas, 16, 17 y 18 de abril de 2009.
- Greco, María Florencia; “*Hombre nuevo*” y “*Revolución*”. *Indagando en las continuidades y reformulaciones discursivas constitutivas de la identidad colectiva perretista*. Tesis defendida en la Maestría en análisis del discurso. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009.
- Greco, Florencia; “Capítulo 74: Acerca de la violencia revolucionaria. Un análisis de las representaciones de la polémica ‘no matarás’ en la prensa gráfica”, en Víctor M. Castel y Liliana Cubo de Severino (Editores), *La renovación de la palabra en el bicentenario de la Argentina. Los colores de la mirada lingüística*, pp. 605-612. Mendoza: Editorial FFyL, UNCuyo, 2010.
- Greco, Florencia, “Estrategias discursivas en la transición democrática: el *Nunca Más*”, en *Libro de ponencias, V Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso, II Jornadas Internacionales de Discurso e Interdisciplina*, Universidad Nacional de Villa María, 30 de septiembre de 2011. http://www.unvm.edu.ar/archivos/jornada_discurso/GRECO.pdf
- Greco, Florencia, “La guerrilla en foco. Tópicos y argumentos en la revista *Lucha Armada en la Argentina*”, ponencia presentada en el Congreso Internacional de Discurso y medios, Biblioteca Nacional, 19 al 21 de septiembre de 2011. Actas en prensa. Año de publicación: 2012. http://filo.uba.ar/contenidos/carreras/letras/actas_jornadas/
- Greco, Florencia; “El pasado de los ‘compañeros’. Un análisis de las representaciones de los años setenta a partir del discurso de Néstor Kirchner en la ex ESMA (2004)”, ponencia presentada en *XIII Congreso de la SAL*, San Luis, 27 al 30 de marzo de 2012. Actas en prensa.
- Guevara, Ernesto; *El socialismo y el hombre nuevo*, Siglo XXI editores, México, 1987.
- Guglielmucci, Ana; “Dar la vida y la muerte por la revolución. Moral y política en la praxis militante” en *Lucha Armada en la Argentina* N° 5, 2006.
- Halliday, Michael; *Language as social semiotics. The social interpretation of language and meaning*, Edward Arnold, Londres, 1978.

- Hegel, G. W. F; *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Revista de Occidente, Madrid, 1974.
- Hilb, Claudia y Lutzky Daniel; *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y violencia)*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
- Hilb, Claudia; “La tablada: el último acto de la guerrilla setentista” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 9, año 3, septiembre 2007.
- Hodge, R. y Kress, G.; *Language as Ideology*, Londres, Routledge, 1993.
- Ibaceta Perez, Guilda. “La Novela Lúdica Experimental de Julio Cortázar, por María D. Blanco Arnejo” en *Rev. signos*. [online]. 1997, vol.30, no.41-42 [citado 24 Abril 2008], p.199-202. Disponible en la World Wide Web: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09341997000100014&lng=es&nrm=iso>. ISSN 0718-0934.
- Jakobson, Roman; *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Ariel, 1984.
- Kovacci, Ofelia; *El comentario gramatical: teoría y práctica*, Arco/ Libros, Madrid, 1990.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal; *Hegemonía y estrategia socialista*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- Laclau, Ernesto; *Misticismo, retórica y política*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.
- Lakoff, G. y Johnson, M.; *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1991.
- Lavandera, Beatriz; *Variación y significado*, Hachette, Buenos Aires, 1984.
- Lenin, V.I; “La enfermedad infantil del ‘izquierdismo’ en el comunismo”, en *Obras Escogidas*, ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.
- Lenin, V.I.; “Qué hacer” en *Obras completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981.
- Logie, Ilse; “Plurilinguismo y traducción en la obra de Julio Cortázar” en *Ciberletras, Revista de crítica literaria y de cultura*, vol 3, 12/03, 2004.
- Longoni, Ana; “El FATRAC, frente cultural del PRT-ERP” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 1, n° 4, septiembre 2005.

- Longoni, Ana, “La pasión según Eduardo Favario. La militancia revolucionaria como ética del sacrificio” en *El Rodaballo* N 11/12, primavera/verano 2000.
- Longoni, Ana; *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Editorial Norma, Buenos Aires, 2007.
- Maingueneau, Dominique; “La polémica como interincomprensión”, en *Génèse du discours*, Mardaga, Bruselas, 1984.
- Maingueneau, Dominique; “Problèmes d’ethos”, en *Pratiques* N° 113/114, junio de 2002.
- Maingueneau, Dominique; *Introducción a los métodos de análisis del discurso*, Hachette, Buenos Aires, 1980.
- Malidier, Denise ; “(Re) lire Michel Pêcheux aujourd’hui” en Denise Malidier (editor) *L’inquiétude du discours*. Textes de Michel Pêcheux. Éditions des Cendres, París, 1990.
- Mariátegui, Jose Carlos; *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, El Andariego, Buenos Aires, 2005.
- Marx, Karl; “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte” en Marx, K. y Engels F.; *Obras escogidas*, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1981.
- Muñoz, Irene y Raiter, Alejandro; “El discurso zapatista, ¿un nuevo discurso o un discurso emergente?” en *Discurso y Ciencia Social*; Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Oberti, Alejandra; “La moral según los revolucionarios” en *Políticas de la memoria* N° 5, Cedinci, 2004/2005.
- Oberti, Alejandra y Pittaluga, Roberto; *Memorias en montaje. Escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Ediciones El cielo por asalto, Buenos Aires, 2006.
- Oberti, Alejandra; “Memorias y testigos. Una discusión actual” en *Políticas de la memoria*, N° 8/9, Cedinci, Buenos Aires, primavera 2008.
- Ollier, María Matilde; *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria*, Ariel, Buenos Aires, 1998.
- Ollier, María Matilde; *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009.

- Oesterheld, Victor /López, Solano; *El Eternauta* (versión completa), Doedytores, Buenos Aires, 2012.
- Palti, Elías; “‘Giro lingüístico’ e historia intelectual” en Palti (comp); Fish; Lacapra; Rabinow; Rorti; *Giro lingüístico e historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998.
- Pêcheux, Michel; “Las condiciones de producción del discurso” en Pêcheux, Michel “Análisis del contenido y teoría del discurso” en *Análisis Automático del Discurso*. Dunod. París. 1969
- Pêcheux, Michel; “Remontémonos de Foucault a Spinoza”, en *El discurso político*, Nueva Imagen, México, 1980.
- Pêcheux, Michel; “El mecanismo del reconocimiento ideológico” en Žižek, Slavoj (comp); *Ideología. Un mapa de la cuestión*; Fondo de Cultura Económica; Buenos Aires, 2003.
- Perelman, Chaim; *El imperio retórico. Retórica y argumentación*; Grupo editorial Norma; Colombia; 1997.
- Perez, Sara, Raiter, Alejandro y Zullo, Julia; “Hacer historia con herramientas textuales” en AAVV, *Discurso y ciencia social*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Plis-Sterenberg, Gustavo; *Monte Chingolo. La mayor batalla de la guerrilla argentina*, booket, 2006.
- Pittaluga, Roberto, “La historiografía del PRT-ERP” en *El Rodaballo* N° 10, verano 2000.
- Pittaluga, Roberto; “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista” en Franco, Marina y Levin, Florencia (comps.); *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Paidós, Buenos Aires, 2007.
- Pozzi, Pablo, “‘Los perros’: La cultura guerrillera del PRT-ERP” en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, Vol. I N 2, Buenos Aires, Noviembre 1996.
- Pozzi, Pablo; *‘Por las sendas argentinas...’ El PRT-ERP. La guerrilla marxista*, Imago-Mundi, 2004.

- Pozzi, Pablo; “Para continuar con la polémica sobre la lucha armada” en *Lucha Armada en la Argentina*, N 5, febrero-marzo-abril 2006
- Raiter, Alejandro; *Lenguaje en uso*; Editorial A-Z; Buenos Aires, 1995.
- Raiter, Alejandro; *Lingüística y política*, Biblos, Buenos Aires, 1999a.
- Raiter, Alejandro; “Mensaje, presuposición e ideología” en AAVV, *Discurso y ciencia social*, Eudeba, Buenos Aires, 1999b.
- Raiter, Alejandro; “Representaciones Sociales” en Raiter, A., Zullo, J. Y otros, *Representaciones Sociales*, EUDEBA, Buenos Aires, 2001.
- Raiter, Alejandro; *Lenguaje y sentido común. Las bases para la formación del discurso dominante*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2003.
- Raiter, Alejandro y Zullo, Julia (comp.); *La caja de Pandora. La representación del mundo en los medios*, Editorial Crujía, Buenos Aires, 2008.
- Redondo, Nilda; *Si ustedes lo permiten prefiero seguir viviendo: Urondo, de la guerra y del amor*; Campana de Palo, Buenos Aires, 2005.
- Reyes, Graciela; *Los procedimientos de cita: estilo directo y estilo indirecto*, Arco Libros, Madrid, 1993.
- Rot, Gabriel; *Los orígenes perdidos de la guerrilla argentina*, Walduter editores, Buenos Aires, 2010.
- Sarlo, Beatriz; *Tiempo pasado*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- Sartre, Jean Paul; *¿Qué es la literatura?*, Losada, Buenos Aires, 1990.
- Seoane, María; *Todo o nada. Biografía de Mario Roberto Santucho*, Editorial Planeta, 1991.
- Tarcus, Horacio; “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad” en Revista *El Rodaballo* N 9, verano 1998-1999.
- Trew, T., *Lenguaje y Control. Cap. VII “Lo que dicen los periódicos”: Variación Lingüística y Diferencia Ideológica*, 1979.

- Terán, Oscar; “La década del 70: la violencia de las ideas” en *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, n° 5, febrero 2006.
- Tortti, María Cristina; “Protesta social y “Nueva Izquierda” en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional” en Pucciarelli, Alfredo; *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Urondo, Francisco; *La patria fusilada: entrevista de Francisco Urondo a los sobrevivientes de Trelew*, Crisis, Buenos Aires, 1973.
- Verón, Eliseo; "La palabra adversativa", en AAVV; *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*; Hachette; Buenos Aires, 1987.
- Verón, Eliseo y Sigal, Silvia; *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 2003.
- Vezzetti, Hugo; *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Vezzetti, Hugo; “Conflictos de la memoria en la Argentina” en *Lucha Armada en la Argentina*, N 1, Diciembre-enero-febrero 2006.
- Vezzetti, Hugo; *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2009.
- Vitale, María Alejandra; “Memoria y acontecimiento. La prensa escrita argentina durante el golpe militar de 1976” en P. Vallejos (Coord.) *Los Estudios del Discurso: nuevos aportes desde la investigación en la Argentina. Editorial de la Universidad Nacional del Sur*. Disponible en www.historiapolitica.com Programa Bs. As. de Historia Política. Director: Luis Alberto Romero, 2007.
- Virno, Paolo; *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Colihue, Buenos Aires, 2003.
- Voloshinov, Valentín; *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Ediciones Godot, Buenos Aires, 2009.
- Weisz, Eduardo; *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, internacionalismo y clasismo*, Ediciones del CCC, 2006.
- Williams, Raymond; *The long revolution*, Harmondsworth, Penguin, 1965.

Žižek, Slavoj; “¿Cómo inventó Marx el síntoma?” en Žižek, Slavoj (comp.); *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

Zoppi Fontana, Mónica; "El discurso referido o en busca del contexto perdido" en *Cuadernos del Instituto de Lingüística*, N°1, 1986.

CORPUS

Capítulo I

Fucik, Julius; *Reportaje al pie del patíbulo*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1965.

Ostrovski, Nikolai; *Así se templó el acero*, Editorial Porrúa, México 1990.

Capítulo II

FRIP N° 1. “Una nueva política”. Octubre de 1961 Boletín Mensual del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular en De Santis, Daniel, *A vencer o Morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, Buenos Aires, Nuestra América, 2004.

FRIP N° 2. Noviembre de 1961. *Boletín Mensual del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular* en De Santis, Daniel, *A vencer o Morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, Buenos Aires, Nuestra América, 2004.

FRIP N° 3. Diciembre de 1961. Boletín Mensual del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular en De Santis, Daniel, *A vencer o Morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, Buenos Aires, Nuestra América, 2004.

“La lucha de los pueblos indoamericanos”, NORTE ARGENTINO 1963. Edición preparada por la Secretaría Ideológica del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) en De Santis, Daniel, *A vencer o Morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, Buenos Aires, Nuestra América, 2004..

“Tucumán-Diputados obreros al parlamento capitalista”. NORTE REVOLUCIONARIO N° 19, del 3 de Marzo de 1965. Órgano quincenal del Partido Unificado (ex FRIP-PO) en

De Santis, Daniel, *A vencer o Morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, Buenos Aires, Nuestra América, 2004.

“Resoluciones del Comité Central de Marzo de 1971”.

“Resoluciones del Comité Ejecutivo de abril de 1971”.

“Resoluciones del Comité Ejecutivo de enero de 1972”.

“Resoluciones del CE de Enero de 1972” en Partido Revolucionario de los Trabajadores: *Resoluciones del V Congreso y de los Comité Central y Comité Ejecutivo posteriores*, Ediciones El Combatiente. Agosto 1973.

Carta de Santucho a Sayo en Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y política del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*.

Santucho, Mario Roberto; Prada, Oscar Demetrio y Prieto, Félix Helio; *El único camino hasta el poder obrero y el socialismo*, documento del IV Congreso del Partido Revolucionario de los Trabajadores, 25 y 26 de febrero de 1968.

Ortolani, Luis (Parra, Julio), “Moral y proletarización” en *Políticas de la memoria* N° 5, Cedinci, 2004/2005. Publicado por primera vez en *La Gaviota Blindada*, N° 0, julio 1972.

PRT. *Sobre Moral y proletarización. Pequeña burguesía y revolución*, 1972.

“Por qué el Ejército Revolucionario del Pueblo no dejará de combatir. Respuesta al Presidente Cámpora”, 13 abril, 1973 en De Santis, Daniel; *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, Tomo I, Volumen 2, Nuestra América, Buenos Aires, 2006.

“A la violencia reaccionaria, la violencia revolucionaria” en *Estrella Roja* N° 28, 7 de enero de 1974. De Santis, Daniel; *A vencer o morir. PRT-ERP documentos*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.

“Sobre el ataque al arsenal”. *Boletín interno* N° 98 del 27 de diciembre de 1975. De Santis, Daniel; *A vencer o morir. PRT-ERP documentos*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.

“La aventura golpista frente al desarrollo de la guerra revolucionaria”. Editorial de *El Combatiente* N° 205. Miércoles 25 de febrero de 1976. De Santis, Daniel; *A vencer o morir. PRT-ERP documentos*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.

“Argentinos: ¡A las armas!”. *El combatiente* N° 210. Miércoles 31 de marzo de 1976. De Santis, Daniel; *A vencer o morir. PRT-ERP documentos*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.

Capítulo III

Cortázar, Julio, "Mi ametralladora es la literatura" en *Revista Crisis*, junio 1973

Cortázar, Julio, *Libro de Manuel*, Suma de Letras, Buenos Aires, 2004.

Cortázar, Julio y Prego Gadea, Omar; *La fascinación de las palabras*, Buenos Aires, Alfaguara, 1985.

Urondo, Francisco; *Los pasos previos*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 1999.

Capítulo IV:

-Discurso oficial

Primer discurso de apertura a sesiones ordinarias de Ricardo Raúl Alfonsín, 10 de abril de 1984. Disponible en el sitio web del Banco Central de la República Argentina http://www.bcra.gov.ar/pdfs/historiacirculares/Circular2375/discurso_asuncion.pdf

“Prólogo” en Comisión Nacional sobre la desaparición de personas; *Nunca Más. Informe de la comisión Nacional sobre la desaparición de personas*, Eudeba, Buenos Aires, 1984.

-Discursos ex militantes

Mattini, Luis; *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1990. Film documental *Cazadores de utopías*. Dirección: David Blaustein. Guión: Ernesto Jauretche. Año de estreno: 1996.

Alegato de Enrique Gorriarán Merlo ante la cámara de San Martín disponible en www.elortiba.org/pdf/GMerlo.pdf

Capítulo V:

-Nuevo discurso oficial

**Discursos de Néstor Kirchner:*

“Discurso del Señor Presidente de La Nación Argentina, Doctor Néstor Kirchner, ante la Honorable Asamblea Legislativa”, 25-05-2003 en *Cuadernos de la militancia* 2, 2011.

“Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el acto de Presentación del Archivo Nacional de la Memoria”, 24-10-2003 en *Cuadernos de la militancia 2*, 2011.

“Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el Encuentro de la militancia”, 11-03-2004 en *Cuadernos de la militancia 2*, 2011.

“Palabras del Presidente de la Nación, Doctor Néstor Kirchner, en el Colegio Militar de la Nación”, 24-03-2004 en *Cuadernos de la militancia 2*, 2011.

“Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el acto de firma del Convenio de la creación del Espacio de La Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos”, 24-03-2004 en *Cuadernos de la militancia 2*, 2011.

**Nuevo Prólogo Nunca Más*

Secretaría de Derechos Humanos de la Nación; “Prólogo” en Comisión Nacional sobre la desaparición de personas; *Nunca más. Informe de la comisión Nacional sobre la desaparición de personas*, Eudeba, Buenos Aires, 2006.

-Discursos ex militantes

“Testimonio de Héctor Jouvé” en Bélzagui, Pablo (comp.); *No matar. Sobre la responsabilidad*, El Cíclope Ediciones/La Intemperie/Editorial de la UNC, Córdoba, 2007.

“Carta de Oscar del Barco” en Bélzagui, Pablo (comp.); *No matar. Sobre la responsabilidad*, El Cíclope Ediciones/La Intemperie/Editorial de la UNC, Córdoba: 2007.

Film documental *Errepé*. Dirección y guión: Gabriel Corvi y Gustavo de Jesús. Año de estreno: 2004.

-Revista Lucha Armada en la Argentina

**Artículos*

“Las cosas por su nombre”, *Radar Libros*, 22 de octubre 2006

Bufano, Sergio y Rot, Gabriel; “Editorial” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 1, 2004/2005.

Carnovale, Vera; “El concepto de *enemigo* en el PRT-ERP: discursos colectivos, experiencias individuales y desplazamientos de sentido” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 1, 2004/2005.

Carnovale, Vera; “Postulados, sentidos y tensiones de la proletarización en el PRT-ERP” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 5, 2006.

Carnovale, Vera; “En la mira perretista. Las ejecuciones del ‘largo brazo de la justicia popular’” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 8, 2007.

Carnovale, Vera; “Política armada: el problema de la militarización en el PRT-ERP” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 11, 2008.

Carra, Juan; “A vencer o morir en Mar del Plata”, *Lucha Armada en la Argentina*, N° 11 en 2008.

Garaño, Santiago; “‘El PRT también se forja en la cárcel’. Sentidos y práctica de la resistencia entre los militantes del PRT-ERP encarcelados durante la última dictadura” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 9, 2007.

Longoni, Ana; “El FATRAC, frente cultural del PRT-ERP” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 4, 2005.

Weisz, Eduardo; “ERP- 22 de Agosto: fracción pro-Cámpora en el PRT-ERP” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 2, 2005.

AAVV; *Política y Violencia. Anuario Lucha Armada en la Argentina 2010*, Ejercitar la memoria, Buenos Aires.

AAVV; *Política y Violencia. Lucha Armada en la Argentina. Anuario 2011*, Ejercitar la memoria, Buenos Aires.

*Entrevistas

“Entrevista a Gustavo Plis-Sterenberg” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 4, 2005.

“Entrevista a Hernán Invirnizzi” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 5, 2006.

“Entrevista a Juan Cacho Ledesma” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 7, 2006.

“Entrevista a Indio Paz” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 11, 2008.

“Entrevista a Che Peryra” en *Política y Violencia. Lucha Armada en la Argentina. Anuario 2011*, Ejercitar la memoria, Buenos Aires, 2011.

*Documentos

“Crónicas y declaraciones del ERP- 22” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 2, 2005.

“El documento de los sabinos. Crítica a Montoneros desde Montoneros. El ‘Documento verde’”, Julio de 1972. Suplemento sin cargo de *Lucha Armada en la Argentina*, N° 6, 2006.

“PRT Tendencias internas” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 7, 2006.

“Fracción Roja: la escisión del ERP” en *Lucha Armada en la Argentina*, N° 9, 2007.